



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

# **Rugidos entre los Andes: una historia del jaguar en la región andina (1820-1910)**

**José Arturo Jiménez Viña**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia  
Bogotá, Colombia  
2015

# **Rugidos entre los Andes: una historia del jaguar en la región andina (1820-1910)**

**José Arturo Jiménez Viña**

Trabajo de investigación presentado como requisito para optar al título de:

**Magister en Historia**

Directora:

Ph.D. Stefania Gallini

Línea de investigación:

Historia Ambiental

Grupo de investigación:

Historia, Ambiente y Política

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia

Bogotá, Colombia

2015

*A mi familia, sin la cual la culminación de este proyecto hubiese sido imposible.*

*A Morisca y a todos los felinos del mundo, inspiradores de las líneas de este trabajo.*

### ***Agradecimientos***

El autor agradece el apoyo fundamental de varias personas e instituciones que suministraron el apoyo académico y económico necesario para el desarrollo y finalización del presente trabajo. En primer lugar, resulta fundamental agradecer al *Jardín Botánico de Bogotá “José Celestino Mutis”* y su programa de estímulos a la investigación Thomas van der Hammen, por medio del cual se convirtió en la primera institución en apoyar de forma económica y académica esta investigación. No menos importante fue el aporte del *Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)* el cual contribuyó con recursos al presente trabajo por medio de su programa de apoyo de investigación en Historia republicana en el año 2014. También es necesario agradecer a Esteban Payán Garrido, doctor en Biología y director de la *Fundación Panthera* en Colombia, quien no solo puso a disposición los fondos documentales de esta institución sino también parte de sus conocimientos como invaluable aporte para las líneas de esta investigación. En Medellín, debe agradecerse al profesor Sergio Solari, director del Grupo de Mastozoología-CTUA del Instituto de Biología de la Universidad de Antioquia, que facilitó el acceso a los trabajos realizados por este grupo sobre los jaguares en Antioquia y con quien se discutieron algunas de las ideas presentes en este trabajo. En la misma ciudad es necesario agradecer al personal del Archivo Histórico de Antioquia (AHA) quienes no solo facilitaron sino también acompañaron la consulta en sus fondos documentales. Dentro de las instancias de la Universidad, reconozco especialmente el aporte de la División de Investigación de la Sede Bogotá (DIB) quien a través del *Programa Nacional de Internacionalización del Conocimiento* financió la socialización de una parte de este trabajo en el *VII Simposio de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental (SOLCHA)*, evento realizado del 15 al 18 de octubre de 2014 en la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina). También se debe agradecer a los funcionarios de la Biblioteca Luis Ángel Arango y de la Biblioteca Nacional en Bogotá, cuyos fondos documentales son parte vital de la presente investigación.

Muchas personas aportaron de forma muy significativa para la presente investigación y son ampliamente merecedoras de todo agradecimiento. La primera de ellas es mi directora, Stefania Gallini, quien no solo aportó sus conceptos, sugerencias y correcciones a estas líneas, sino que muchas veces fue más creyente en el éxito de este trabajo que el propio autor. Sin su coordinación, quizás esta historia solo sería un reflejo del desorden de ideas de quien escribe. A Mauricio Nieto, profesor de la Universidad de los Andes, director de mi monografía de pregrado y quien fue la primera persona que incentivó a este historiador a estudiar los felinos del pasado. También debo agradecer a todos y todas las compañeras y compañeros del semillero de la Línea de Historia ambiental de la Universidad Nacional quienes aportaron con sus ideas, sugerencias y comentarios al desarrollo de cada uno de los capítulos que conforman la investigación. No puedo olvidar a todos y todas las compañeras y compañeros de la primera Escuela de Posgrados de SOLCHA que se realizó entre el 3 y el 7 de junio de 2013, quienes aportaron desde sus conocimientos y experiencias al proyecto que desembocó en este trabajo. Del mismo modo a los profesores que participaron en esta escuela, especialmente a John

Soluri, profesor de la Carnegie Mellon University, y a Shawn Van Ausdal, profesor de la Universidad de los Andes, quienes aportaron con sus comentarios al desarrollo de la investigación. A Alfonso Simbaqueba Hurtado por la elaboración de los mapas. A Leidy Jazmín Torres, colega y amiga que también contribuyó con la transcripción de algunas de las fuentes primarias que se incluyeron en este trabajo. Tampoco puedo dejar de agradecer a Laura Carolina Vásquez, amiga, colega de las vivencias de mi pregrado, además de amante de los gatos, que contribuyó con algunas de las traducciones de los textos presentes en la investigación. A Roberto Franco García (Q.E.P.D.) quien conoció la “semilla” de este trabajo y que no solo lo apoyó cuando todavía era una “quimera” sino que compartió algunas ideas y consejos para el desarrollo del mismo. Gracias a todos los amigos y personas que conocedores de mi obsesión “auto-inducida” sobre los jaguares aportaron durante este tiempo cualquier noticia o información sobre estos enormes gatos manchados.

Finalmente nunca podré dejar de agradecer a mi familia: a mi madre, María Argenis Viña, a mi padre, José Arturo Jiménez, y a mi hermano, César David Jiménez, soportes fundamentales durante todo el proceso de investigación y escritura. El apoyo de ellos fue el motor necesario para hacer más llevadera la difícil situación en estos momentos de un estudiante de posgrado de Ciencias Humanas en este país.

## Resumen

Las colonizaciones de la región andina colombiana en el periodo 1820-1910 terminaron por afectar su amplia biodiversidad. Uno de los conflictos ambientales que se encuentran registrados en las fuentes al respecto fue el acontecido entre los seres humanos y el principal depredador terrestre del continente: el jaguar (*Panthera onca*). Este felino, conocido en las fuentes como “el tigre”, poseyó hasta esa época poblaciones estables en las selvas y bosques de la región, poblaciones que pudieron presentar diferencias de comportamiento y adaptación respecto a los jaguares de nuestros días. El tigre americano fue una referencia cultural cotidiana para los habitantes de la época y sobre este animal se construyeron connotaciones tanto “negativas” como “positivas”. Las actividades asociadas a la colonización humana (deforestación, ampliación de la frontera agrícola, introducción de la ganadería y los cultivos de extensión) pero sobre todo a la ocupación y el crecimiento de la población en la región llevaron a la disminución crítica de los jaguares. Esta desaparición “física” del tigre contribuyó a que las memorias sobre la criatura se desvanecieran, pero en este proceso también fueron fundamentales los discursos de “civilización” y “progreso” que hicieron que la región rompiera con su pasado salvaje. Pese a la difícil situación en la cual quedó el tigre andino a comienzos del siglo XX, todavía, en un ejemplo de resiliencia ecológica, el jaguar subiste en algunos sitios de la región, lo cual ha permitido un proceso de reinterpretación y reapropiación del animal.

**Palabras clave:** Jaguar, Tigre, Región andina, Siglo XIX, Historia Ambiental

## Abstract

The colonization of the Colombian Andean region between 1820 and 1910 affected its great biodiversity. One of the environmental conflicts most recorded in the sources was the conflict between humans and the jaguar (*Panthera onca*), the main land predator of the continent. This big cat, known in the sources as "tiger", had stable populations in the jungles and forests of the region. These populations could present differences in behavior and adaptation from current populations of jaguars. The tiger was an everyday cultural reference for the inhabitants of the time. Both "negative" and "positive" connotations were built about the animal. The activities associated with human colonization (deforestation, expansion of the agricultural frontier, introduction of livestock, and crop extension), and especially those associated to the occupation and human population growth in the region, led to a critical reduction of the specie. This "physical" disappearance of tigers contributed to the slow removal of the jaguar from the collective memory. In this process were also relevant discourses about "civilization" and "progress" that disconnected the region from its wild past. Despite the difficult situation of the Andean tiger in the early twentieth century, as an example of ecological resilience, the jaguar still survives in parts of the region, fact that promoted a new process of reinterpretation and re-appropriation of the animal.

**Key words:** Jaguar, tiger, Andean region, nineteenth century, Environmental history

## Índice de contenido

Agradecimientos .....	4
Lista de Figuras.....	7
Lista de tablas .....	8
Introducción:.....	11
Capítulo 1 <i>El tigre en la cultura</i> .....	37
Antes de la llegada del tigre: el jaguar entre los pueblos indígenas de la región andina .....	40
Un “jaguar” europeo: animales como los nuestros.....	42
El jaguar como “peste”.....	47
El jaguar como reflejo de una naturaleza inferior.....	51
El tigre valioso .....	57
Un tigre entre los hombres: Del animal antropomorfizado.....	66
Capítulo 2: <i>Colonizaciones en la región del jaguar</i> .....	76
Los tigres en la región andina.....	78
Los mapas de la colonización.....	85
Las fundaciones en la región andina .....	86
Sub-región Santanderes:.....	89
Valle del Alto Magdalena: .....	91
La subregión del Cauca, Valle del Cauca y Nariño:.....	102
Cundinamarca <sup>243</sup> : .....	104
Sub-región de la cordillera central y la zona montañosa de Antioquia: .....	107
Capítulo 3: <i>Invasión al reino del tigre</i> .....	112
Tigres entre colonos y arrieros: La región cafetera .....	114
Los colonos y el desmonte .....	117
La cacería .....	120
La extensión de la colonización y el destierro del tigre.....	122
La zona del Carare-Opón: el derrick que reemplazó a la ceiba .....	124
La precaria colonización .....	126
El oro negro: El derrick por la selva .....	129
Tigre acorralado .....	131
Capítulo 4: <i>Desvanecimiento de los rugidos</i> .....	133
“En este país, mi viejo, no hay tigres” .....	137
Una región para los humanos .....	139
La tecnología y la infraestructura .....	152
El tigre que desaparece de la memoria.....	158
La resistencia y la resiliencia del jaguar andino .....	161
Un nuevo tigre: el jaguar hacia el futuro en la región andina .....	166
Conclusiones.....	179
Bibliografía.....	183

## Lista de Figuras

Figura No.1 <i>Panthera onca</i> .....	13
Figura No. 2 <i>Escudo de Santa María la Antigua del Darien</i> .....	42
Figura No.3 Zamarros de piel de tigre.....	57
Figura No.4 Pedro José Figueroa, <i>La muerte de Sucre</i> .....	61
Figura No.5 <i>Felino de La Muerte de Sucre</i> .....	62
Figura No.6 Anónimo “ <i>El tigre enjaulado</i> ”.....	63
Figura No.7 Mapa de hábitat potencial del jaguar en la región andina.....	77
Figura No. 8 <i>Mapa de avistamientos y registro de presencia del jaguar</i> .....	80
Figura No. 9 <i>Mapa de fundaciones en la Región Andina (Siglo XIX)</i> .....	84
Figura No.10 <i>Mapa Sub-región Santanderes</i> .....	86
Figura No.11 <i>Mapa sub-región Valle del Alto magdalena</i> .....	88
Figura No. 12 <i>Mapa sub-región Cauca , Valle del Cauca y Nariño</i> .....	90
Figura No. 13 <i>Mapa sub-región Cundinamarca</i> .....	93
Figura No.14 <i>Mapa sub-región cordillera Central y Antioquia</i> .....	97
Figura No. 15 Riou, E. “ <i>Chasse au Jaguar dans le Quindío</i> ”.....	100
Figura No. 16 “ <i>Terror</i> ”. <i>El jaguar sacrificado en la “Operación”</i> .....	123
Figura no. 17 <i>Recorte con la noticia de la “Operación tigre”</i> .....	123
Figura No. 18 <i>Gráfico de distribución de población</i> .....	129
Figura No. 19 <i>Gráfico de población departamentos andinos en 1912.</i> .....	131
Figura No. 20 <i>Gráfico de población según el Censo de 1921.</i> .....	133
Figura No. 21 <i>Jaguar de la Feria de las Flores.</i> .....	153
Figura No. 22 <i>Foto de la primera estatua del tigre de Amalfi.</i> .....	154
Figura No. 23 <i>Segunda estatua del tigre de Amalfi.</i> .....	155.
Figura No. 24 <i>Estatua del tigre Ituango</i> .....	157
Figura No. 25 <i>Detalle de la dedicatoria de la estatua del tigre de Ituango</i> .....	157

## Lista de tablas

Tabla No.1 Crecimiento demográfico por Estado soberano.....	127
Tabla No. 2 Población de Departamentos según el censo de 1912.....	130
Tabla No. 3 Población de Departamentos según el censo de 1921.....	132
Tabla No. 4 Comparación de crecimiento de ciudades en la región andina. ....	135

## Introducción:

¿Por qué y para qué una historia del “tigre”? El título del trabajo quizá motiva entre sus lectores la pregunta que encabeza el presente apartado y razones para esto no faltan. La aparición de diversos trabajos en ramas como la historia ambiental y la historia cultural ha permitido que los animales se conviertan en objetos de estudio de la disciplina. Hace cerca de cuarenta años la situación era muy distinta y los animales todavía eran “actores despreciables que nada tenían que ver con lo que [...] era la investigación histórica”<sup>1</sup>. Es cierto que el *tigre* (jaguar) es el eje central de las páginas por venir; no obstante esta no es la historia de un animal aislado, por lo cual tampoco es la a veces temida historia “sin hombres”. Preguntarnos por el tigre americano en el pasado implica reconstruir el contexto en el cual vivió, conocer las concepciones que sobre él tenían los seres humanos en el pasado y también averiguar por aquellas personas que en su camino se cruzaron con el felino: es reconstruir las relaciones que mantuvo la sociedad con este animal en el siglo XIX. Por eso esta historia es tan humana como aquella propuesta por Marc Bloch en su clásica definición de ser esta la ciencia de los “hombres en el tiempo”<sup>2</sup>. Para cumplir con este objetivo, el trabajo habrá de beber de diversas ramas de la propia historia y de las ciencias sociales buscando entender al ser humano en función de pasado: De esta forma la historia cultural, la económica, la política, la geografía y la antropología serán parte de este análisis.

Nuestra indagación parte desde la historia ambiental, una de las corrientes que más desarrollo ha obtenido en la disciplina durante los últimos años. Hace cerca de 40 años Alfred Crosby escribía en el texto que lo llevaría a la fama y que aún hoy en día es de los más debatidos en distintas disciplinas un planteamiento “novedoso” para la época: “El hombre es una entidad biológica antes que católico romano o capitalista o que cualquier otra cosa más [...] El primer paso para entender al hombre es considerarlo como una entidad biológica la cual ha existido en este planeta, afectando y siendo afectado por sus organismos prójimos por muchos miles de años”<sup>3</sup>. Esta es quizá uno de las premisas que fundamentan la historia ambiental, pero que también resulta vital para nuestro proyecto.

La historia ambiental ha argumentado desde entonces que la historia no solo debe dar cuenta de los

1 Michel Pastoureaux, *El oso historia de un rey destronado* (Barcelona: Paidós, 2008), 21.

2 Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), 26.

3 Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492* (Greenwood, 1973), xiii. [Traducción mía y en siguientes]

fenómenos sociales, políticos y culturales, sino también de la relación de los seres humanos con su contexto físico, este entendido muchas veces como medio ambiente. Una definición más reciente sobre la historia ambiental planteada por J.R, McNeill , que retoma algunos de los aspectos planteados por Crosby, es aún más certera. McNeill destaca el carácter particular que ha encarnado el hombre dentro del planeta: “La humanidad ha sido por largo tiempo parte del mundo natural, pero una parte distinta, especialmente en milenios recientes, cuando adquirió el poder y los números para convertirse en un mamífero avivado, ejerciendo una cada vez más creciente influencia sobre los ecosistemas planetarios”. A su vez, los hechos humanos solo pueden desplegarse en un contexto físico y biológico – que algunos llaman naturaleza- pero: “este contexto evoluciona también por su propia cuenta. Especialmente en los recientes milenios, este contexto ha co-evolucionado con la humanidad”<sup>4</sup>.

De esta forma la humanidad tiene una historia de continuas interacciones con el mundo natural, pero a su vez la naturaleza cuenta con su propio destino independiente. El punto de encuentro de estos dos fenómenos es aquello que la historia ambiental busca estudiar. El presente proyecto quiere situarse desde esta perspectiva, por lo que nuestro objetivo principal es evaluar los fenómenos antrópicos que afectaron al jaguar y a su habitat, pero también reconoce la existencia de un mundo allí afuera<sup>5</sup> del cual el tigre americano hace parte y en el cual obra por su cuenta. Esto solo es posible al rastrear en medio de las selvas, pueblos y ciudades de la Colombia decimonónica la figura del jaguar, pero entendido este no solamente como un icono cultural o como parte de las representaciones humanas sobre el mundo natural sino también como animal material, depredador en un ecosistema que empezaba a verse altamente transformado por las acciones del hombre.

### **La *Panthera onca* y el tigre**

Llegados a este punto también podemos preguntarnos sobre la elección de este animal como objeto de nuestra investigación. El jaguar es una criatura que expresa como pocos la percepción que se ha elaborado sobre el mundo natural. Es símbolo de lo salvaje en todas sus formas, habitante de aquellos lugares vedados para el hombre<sup>6</sup>, reflejo para bien o para mal de la naturaleza americana, pero también

- 4 J. R McNeill, «Observations on the Nature and Culture of Environmental History, Observations on the Nature and Culture of Environmental History», *History and Theory*, *History and Theory* 42, 42, n.o 4, 4 (1 de diciembre de 2003): 6  
 5 Existe una Versión sintetizada y traducida del original en inglés en el número 22 de la revista *Nómadas*, abril de 2005, 12-22.  
 6 Ibid., 17.  
 6 O al menos así quiere presentarse en más de una ocasión

llega a convertirse en alhaja real, curiosidad viviente<sup>7</sup> o por virtud de su piel manchada en un recurso explotable. Es el único representante del género *Panthera* (del cual también hacen parte el león y el tigre asiático) que habita el Nuevo mundo. Antiguamente se distribuía desde la frontera sur de lo que hoy son los Estados Unidos hasta bien adentro de la Pampa argentina<sup>8</sup>. Puede encontrárselo al nivel del mar y se ha reportado su presencia hasta los 3800 metros de altura. Su rango de depredación es de cerca de 85 especies, entre ellas criaturas como dantas, capibaras (chigüiros) y caimanes entre otras, a las cuales es capaz, en un gesto único entre los felinos, de perforar sus cráneos<sup>9</sup>. Prefiere habitar en la cercanía de cuerpos de agua y en regiones selváticas prodigas en presas, aunque también es recurrente en las sabanas neotropicales de nuestro continente<sup>10</sup>. Se cree que precedió al hombre en su llegada al continente americano a través del estrecho de Bering por cerca de 1 millón y medio de años<sup>11</sup>. Cuando finalmente el *Homo sapiens* arribó al hemisferio americano, el jaguar se encontraba bien establecido por la mayoría del territorio. De hecho, esto permite que las relaciones entre jaguares y humanos hayan tomado todo tipo de carices a través del tiempo. Por esto el estudio del tigre americano excede incluso el alcance de la biología.

El jaguar es una criatura que requiere un amplio espacio de hábitat y de presas para poder sobrevivir, lo cual conlleva que continuamente entre en conflicto con los seres humanos. Su peso es variable según el lugar pero por lo general las hembras suelen alcanzar alrededor de 50-77 kg y los machos entre 70-100 kg. En cuanto a su longitud está en el rango de 120-200 cm desde la cabeza hasta la base de la cola. Es un animal solitario y territorial. Este comportamiento solo se rompe para la época de reproducción. Los machos toleran ocasionalmente la presencia de dos o tres hembras en su territorio, las cuales se reproducen exclusivamente con ese macho. Tras la monta exitosa, la hembra tiene un proceso de gestación de 100 días aproximadamente, después de los cuales suele dar a luz dos cachorros. Los cachorros se destetan a los 4-5 meses y se independizan de la madre entre los 16 y 24 meses. La madurez sexual se adquiere a los 24-30 meses. Aparte del ser humano, los enemigos de los cachorros son poco conocidos, aunque existen registros de infanticidio. Los jaguares también son reconocidos por desplazarse entre grandes distancias.

7 Carlos Gómez-Centurión, “Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la ‘Ménagerie’ real durante el siglo XVIII”, *Anuario de estudios americanos* 66, n° 2 (2009): 181–211.

8 Por lo cual hasta la primera mitad del siglo XIX no escasean las referencias sobre los combates entre gauchos y tigres.

9 Kristin Nowell, Peter Jackson, y IUCN/SSC Cat Specialist Group, *Wild Cats: Status Survey and Conservation Action Plan* (Gland, Switzerland: IUCN, 1996), 119.

10 *Ibid.*, 119–120.

11 Kevin L. Seymour, “*Panthera onca*”, *Mammalian Species*, n° 340 (26 de octubre de 1989): 1–9.



Figura No. 1 *Panthera onca*<sup>12</sup>

Según la literatura del tema, la distancia que recorren los individuos juveniles en la búsqueda de su área de actividad varía según el sexo y el tipo de ambiente en donde se encuentren. En ambientes tropicales, las hembras pueden establecerse entre 7 y 39 km de distancia de su área natal, y los machos entre 30 y 64 km<sup>13</sup>. Estas distancias pueden variar de acuerdo a las necesidades de cada individuo.

Como pasa con el resto de especies del género *Panthera*, el jaguar cuenta con la capacidad de rugir, esto gracias a su alargada y especialmente adaptada laringe y su unión al hueso hioides<sup>14</sup>. El rugido del tigre americano es único: con voz ronca emite un “UH UH” corto, gutural y rasposo y por este motivo se dice que “ronca” en vez de rugir<sup>15</sup>. El macho es quien ruge más fuerte, y lo hace habitualmente para advertir o disuadir a posibles competidores por el territorio y las hembras; en estado salvaje se han observado intensas competencias de rugidos entre individuos. Este sonido característico fue tan relevante para los pueblos prehispánicos que terminó siendo imitado en varios rituales<sup>16</sup> y en la faenas

12 Tomado de [https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/0a/Standing\\_jaguar.jpg](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/0a/Standing_jaguar.jpg). 1 de octubre de 2015.

13 Daniela Valera Aguilar, “Conectividad de las poblaciones de jaguar (*Panthera onca*) en el noroeste de México” (Tesis de Maestría para Maestría en Ciencias-Recursos Bióticos, Universidad Autónoma de Querétaro, 2010), 7.

14 GE Weissengruber et al., “Hyoid apparatus and pharynx in the lion (*Panthera leo*), jaguar (*Panthera onca*), tiger (*Panthera tigris*), cheetah (*Acinonyx jubatus*) and domestic cat (*Felis silvestris f. catus*)”, *Journal of Anatomy* 201, n° 3 (septiembre de 2002): 195–209.

15 Antonio Rivera, “Jaguar Conservancy ‘El Jaguar’”, <http://jaguarconservancy.mx>, 15 de octubre de 2012, <http://jaguarconservancy.mx/portfolio/el-jaguar/>.

16 Georgina García Saíenz, “El jaguar , Dios y origen de nuestra raza indígena”, *Revista de Arqueología mexicana* Vol. XII,

de cacería<sup>17</sup>. Muchas de las fuentes decimonónicas utilizadas en el presente trabajo registraron también la particularidad del rugido del tigre haciendo parte de las alusiones sobre el paisaje natural de la época.

Como se pretende hacer ver en las líneas que vienen a continuación, el jaguar fue referencia permanente en la vida cotidiana de los colombianos durante largo tiempo, aunque se debe aclarar que no precisamente con este nombre. Desde la llegada de los españoles hasta el día de hoy, los habitantes de casi toda la América hispana se refirieron a esta criatura con un nombre cargado de profundo significado: *tigre*. No queremos desconocer aquí los cuantiosos nombres que recibe la *Panthera onca* en las lenguas nativas de nuestra América y tampoco ignorar la taxonomía moderna que ha hecho de este un nombre “incorrecto” para referirnos a nuestro felino mayor, pero sí queremos destacar que durante mucho tiempo el jaguar fue el “verdadero tigre”; y bajo este nombre y otros derivados lo encontramos entre los cronistas de Indias, en los relatos de los primeros europeos que atravesaron nuestras selvas; también en los reclamos de los primeros ganaderos que vieron caer bajo sus garras a sus reses, motivo por el cual lo persiguen, en los discursos que trataron de explicar nuestra “naturaleza” entre nuestros primeros “científicos”, en los refranes y en el lenguaje popular que tanto vilipendia su figura casi al mismo nivel que la honra, en los relatos de viajeros foráneos y coterráneos, en la música y la literatura, así también en el dicho del ciudadano como en el del campesino.

Al “tigre” que se refieren nuestras fuentes históricas no es a aquella criatura tan lejana del Asia, sino a aquel felino manchado que acechaba desde los sitios más insospechados de nuestra geografía y de la imaginación del hombre. Solo este hecho explica su continua presencia en miles de documentos producidos en nuestro territorio y en los cuales los historiadores -tal vez por reflejo de la naturaleza huidiza propia de estos felinos- no han destacado su presencia. Pero quizá esa capacidad esquiva del jaguar que tan útil le resulta en su estado natural, puede resultarle desfavorable en otros sentidos. Con la ocupación cada vez más amplia de su territorio por parte de los humanos el “reino del tigre” empieza a retroceder. Más o menos desde comienzos del siglo XX las referencias hacia nuestro tigre son cada vez menos continuas y en las décadas siguientes a la vez que el jaguar desaparece físicamente de los paisajes de nuestra nación, “culturalmente” empieza a ser desplazado por su contraparte asiático gracias a circos y zoológicos pero sobretodo a las imágenes legadas por la fotografía, el cine y la televisión.

---

nº número 72 (2005): 17.

17 Julio Forcat, “La literatura maya”, *Anales de literatura hispanoamericana*, nº 5 (1976): 36.

Por esto, las rayas exóticas de la *Panthera tigris* –el tigre del Viejo Mundo- triunfan sobre la piel moteada en el diario vivir, mientras que el tigre americano se ve acorralado y extirpado de grandes zonas del país.

Por otro lado, otra de las grandes motivaciones de este proyecto es la amenaza que se cierne sobre la supervivencia del tigre ante fenómenos muchos de ellos provocados por los seres humanos: la deforestación, la fragmentación de su hábitat y su caza han provocado ya la extinción del tigre americano en muchas zonas del continente donde otrora fue común verlo. Se quiere mostrar que esta rivalidad entre seres humanos y felinos tiene tras de sí también un trasfondo histórico y que muchos de los riesgos que hoy afronta -pérdida de su hábitat, cacería, disminución de sus presas- también pueden rastrearse en el pasado. La región andina es escenario principal de muchos de estos fenómenos aún en nuestro presente. Por eso, escoger esta zona como nuestro marco geográfico de estudio no resulta de una simple elección subjetiva sino que también parte del deseo de mostrar que la *Panthera onca* aun ronda por los valles y montañas cercanos al centro del país aún pese al desconocimiento y a veces al desprecio de sus habitantes humanos.

### **La *Panthera onca* en medio de los Andes**

Tratar al jaguar en un trabajo histórico resulta por lo menos “curioso” como ya se mencionó en el anterior apartado, pero la novedad de este aumenta al estudiarlo en el marco una región que poco se asocia a una criatura considerada “selvática”. Ya hace más de 200 años con cierto “orgullo” el sabio Caldas mencionaba que “El tigre jamás ha empapado en sangre las orillas del Bogotá”<sup>18</sup>. Quizá en verdad el jaguar no haya merodeado por Bogotá ni por las más escarpadas montañas andinas en mucho tiempo, pero sus rugidos sí han hecho parte del paisaje de lo que hoy llamamos región andina y pese a las más desesperanzadoras expectativas aún suelen escucharse en algunos rincones de ella. La región andina es un término que se ha considerado como ampliamente arbitrario y que acoge una enorme variedad de ecosistemas agrupados en una clasificación más social que natural. No obstante, podemos destacar de ella algunos rasgos naturales comunes que pueden diferenciarla de otros territorios del país. Desde luego el principal de ellos es aquel del cual proviene su nombre: los tres grandes ramales en los cuales se bifurcan los andes al ingresar a territorio colombiano y que solemos conocer como *cordilleras*. En ella se encuentran alturas desde los 200 metros sobre el nivel del mar hasta algunas que

18 Francisco José de Caldas, “El influjo del clima sobre los seres organizados”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 3 de julio de 1808, 245.

sobrepasan los 5000 metros (especialmente en la cordillera central) y que todavía están cubiertas por nieve, toda una aparente anomalía para un país tan cercano al trópico.

Tal disposición de relieve ha hecho que la región presente una gran diversidad de microclimas con muy pocos puntos de comparación en el planeta. A la altitud sumada a la latitud como factores fundamentales de variación de los ecosistemas andinos colombianos, debemos también agregar otras variables como las cuencas hidrográficas que se distribuyen por toda la región, siendo la más importante de ellas la del río Magdalena, ubicada justamente en el centro de la región. Producto de estas y de otros aspectos la región andina ha contado a lo largo del tiempo con una increíble variedad de flora y fauna que se ha adaptado a todos los ambientes que la conforman. Después que se produjera el “Gran intercambio americano”<sup>19</sup> arribaron a este territorio una gran cantidad de animales herbívoros de tamaño medio y mayor como tapires, equidos (parientes de los caballos), pecaríes, ciervos e incluso mastodontes. Sigilosamente y aprovechando cada oportunidad para procurar su alimento, venían persiguiendo a estas criaturas sus tradicionales depredadores felinos y cánidos, entre los que se encontraban los famosos esmilodontes -los famosos tigres dientes de sable- y quizás también el “verdadero” león americano (*Panthera leo atrox*) pariente gigante de los leones africanos y asiáticos que hoy conocemos.

Un poco a la saga de estos enormes gatos que ocuparían la cima de la cadena alimenticia, con las mismas intenciones, llegaría a estas tierras la *Panthera onca* y gracias a su versatilidad se ubicaría en los más diversos ecosistemas, devorando desde las presas más pequeñas hasta algunas que lo superaban ampliamente en tamaño. Con el fin de lo que se conoce como la “era de hielo” -uno de esos grandes cambios climáticos que son tan frecuentes en el tiempo geológico- y quizás por la intervención humana -como suelen defender algunos teóricos- la megafauna que pobló Suramérica desapareció<sup>20</sup>, por lo cual, sin los formidables felinos gigantes y otros rivales en escena, el tigre americano se encumbraría como el depredador supremo terrestre del continente. Y desde entonces el jaguar habría de buscar sus presas en cualquier lugar donde pudiese darles alcance. En cuanto a la región andina de nuestro país, el jaguar terminó por asentarse en las zonas bajas y cálidas que se ubican en los valles de la misma, aunque son

19 S. David Webb, “Mammalian Faunal Dynamics of the Great American Interchange”, *Paleobiology* 2, nº 3 (1 de julio de 1976): 220–34.

20 Karina Vanesa Chichkoyan, *Grandes Mamíferos del Sur. Extinciones Sudamericanas y la Colección Rodrigo Botet del Museo de Ciencias Naturales de Valencia, España* (San Carlos de Bariloche: Universidad Nacional de Río Negro - CONICET, 2011), 13.

continuos los registros de la criatura en alturas medias entre los 1500 y 2000 metros sobre el nivel del mar.

En tiempos prehispánicos, la relación entre seres humanos y el jaguar no solo se situaría en la competencia por las presas, sino que las culturas que habitaron la región nos han dejado testimonio del culto al felino como los inmensos monolitos de San Agustín (Huila) el uso de las pieles de los jaguares entre los pueblos nativos<sup>21</sup> y la presencia de estas entre las comunidades de las zonas altas quienes hicieron de las pieles de felino un objeto que se procuraban de las tierras bajas. Las pieles de tigre fueron valiosas aún entre los Muisca coloniales<sup>22</sup>. Desde tal periodo la región andina ha sido la zona más habitada del país, lo que durante mucho tiempo parece que no fue una amenaza para las poblaciones de jaguares que se ubicaban en ella. La situación variaría en algo con la invasión europea. En algunas zonas la transformación temprana de sus entornos y la introducción de especies foráneas y de actividades como la ganadería extensiva llevarían a la desaparición del jaguar, siendo tal el caso del “Tolima grande” del cual no hemos encontrado registros del tigre americano en nuestras fuentes de archivo. Pero a su vez la ocupación española del territorio llevaría al exterminio de grupos humanos en partes de la región, zonas que no contarían con amplia ocupación humana durante largo tiempo, por lo cual en ellas se producirían procesos de “recuperación ambiental”<sup>23</sup>. En estas últimas zonas, caracterizadas por una inmensa biodiversidad, los jaguares pudieron vivir a sus anchas.

La configuración geográfica moldeada por la dinámica colonial sería heredada por la República independiente. Las altiplanicies eran los lugares más habitados del país y en una de ellas se encontraba el asiento del poder político: Bogotá. Pero en el interior de la región se encontraban vastas selvas interiores y otros territorios que no se habían vinculado en los procesos económicos y de poblamiento coloniales, permaneciendo inexplorados e inhabitados. A estas zonas las identifica LeGrand con el concepto de *Frontera*<sup>24</sup>. El aislamiento y el contraste entre la “civilización” de la tierra fría y el mundo

21 Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*, vol. I (Amberes: Por Juan Baptista Verdussen, 1688), 15.

22 En 1584 un funcionario español puede decir que visitó el cercado del Cacique de Ramiriquí “... y le secreté por bienes suyos para en cuenta y pago de mis salarios una yegua color castaña, un cuero de tigre, once totumas y media carga de algodón y dos guacamayas...”. Citado en Eduardo Londoño, “Un mensaje del tiempo de los Muisca”, *Boletín del Museo del Oro*, n° 16 (julio de 1986): 48–57.

23 Andrés Etter Rothlisberger y W Van Wyngaarden, “Patterns of landscape transformation in Colombia, with emphasis in the Andean Region”, *Ambio* 29, n° 7 (noviembre de 2000): 433.

24 Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)* (Bogotá, Colombia: Centro Editorial, Universidad Nacional de Colombia, 1988), 14.

indómito de la “tierra caliente” parte de esta realidad dividida que poseía el centro del país.

Esta configuración permite ubicar al jaguar en medio de los paisajes andinos y a su vez explica la continua presencia del mismo en las fuentes que tratan a la región. La cordillera central, el tapón del Cararé, Antioquia, el valle interandino del Magdalena fueron santuarios de nuestro tigre. Incluso, en nuestro tiempo la región más transformada de nuestro país alberga poblaciones del felino. Según el informe del *Programa Nacional para la Conservación de Félidos en Colombia* (2007) los ecosistemas asociados a la región andina siguen ocupando un lugar importante en el número de avistamientos y ataques de la *Panthera onca*<sup>25</sup>. De esta forma, nuestro trabajo se convierte en un llamado también para atender la fauna que habita en la región central de nuestra nación y que muchas veces parece “invisibilizada” por los procesos de urbanización, colonización y explotación económica.

### **El historiador frente al animal<sup>26</sup>**

El historiador francés Michel Pastoureau en su obra *El oso: historia de un rey destronado* (2007), considerada como modelo respecto a la historia de los animales<sup>27</sup>, recuerda el rechazo que sufrió por parte de la academia en los años 70 su tesis sobre el bestiario heráldico medieval, no solo por tratar una disciplina considerada arcaica, sino que también hablaba sobre animales, “actores despreciables” y ajenos a la disciplina histórica. Pese a esto, la historia de los animales no parte de la nada y muchas investigaciones históricas se han relacionado de alguna forma con los animales durante largo tiempo. Previo a la escuela de *Annales* se pueden encontrar, sobretodo en Europa, algunos tratados e investigaciones sobre los animales, pero los mismos son propios de una historia de corte anecdótico. Después del replanteamiento propiciado por la revista de Febvre y Bloch, el papel histórico de los animales puede verse en algunas páginas historiográficas. El clásico trabajo de Bloch sobre los *Reyes taumaturgos* (1924) parte de su curiosidad del porque se consideraba que los monarcas legítimos eran indemnes a las garras de los leones. En la segunda etapa de *Annales*, podemos destacar el brevísimo apartado que dedica Braudel a la importancia de dromedarios y camellos en las invasiones turcas y árabes en su famosa obra *El mediterráneo en los tiempos de Felipe II*<sup>28</sup>. Sin embargo, durante largo tiempo un trabajo histórico centrado sobre los animales ni siquiera fue considerado. En los años

25 *Programa Nacional para la Conservación de Félidos en Colombia* (Colombia: Ministerio de Ambiente Vivienda y Desarrollo Territorial, 2007), 12.

26 Pastoureau, *El oso historia de un rey destronado*, 17.

27 Arturo Morgado García, “La visión del mundo animal en la España del siglo XVII: El Bestiario de Covarrubias”, *Cuadernos de Historia Moderna* 36 (2011): 69.

28 Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. I (Mexico: Fondo de cultura económica, 1976), 123–128.

posteriores a la anécdota de Pastoureau las investigaciones históricas sobre los animales comenzaron a abrirse paso. Entre las polémicas propias de un área con deseos de legitimación, la historia de los animales comienza a alojarse en el mundo académico, ajena a la tradicional historia natural de corte positivista. La *zoohistoria*, como también es conocida<sup>29</sup> ha estado vinculada con la historia cultural, pues se consideraba a la misma como el recuento de la percepción que poseen los animales dentro de determinada sociedad. Los medievalistas son pioneros en este enfoque<sup>30</sup>. Posiciones como esta y similares respaldan la premisa que la historia de los animales no es más que la historia de las representaciones humanas de los animales, pues cualquier intento al respecto se fundamenta en fuentes y documentos de origen humano<sup>31</sup>. Esta perspectiva de la historia de los animales no abandona los métodos y patrones tradicionales de la disciplina histórica, es apenas un cambio de objeto de estudio. La cuestión de la agencia de los animales es una de las preguntas fundamentales que atraviesa las investigaciones históricas sobre estos seres: ¿la historia de los animales debe estudiar a estos como objetos “pasivos” inmersos en las dinámicas humanas?, o, por el contrario ¿son los animales no humanos<sup>32</sup> “agentes históricos” en su propio derecho y su participación en la historia no está mediada de forma exclusiva por las acciones humanas?. Estas preguntas han sido abordadas desde distintas perspectivas y sobre ellas se han elaborado ya algunas propuestas.

Algunos autores han expuesto la posibilidad de concebir a los animales como una nueva “otredad” o incluso como “agentes históricos”, cuestión que ha sido ignorada o evitada por muchos. Este nuevo planteamiento se ha gestado a partir de teorías desarrolladas sobre agentes no humanos desde otras áreas como la sociología (Bruno Latour por ejemplo<sup>33</sup>) y también al progreso de los estudios multidisciplinares y de nuevas áreas como los Animal Studies y la Historia Ambiental. Parafraseando un ejemplo sobre el papel del medio ambiente en las gestas humanas<sup>34</sup>, los animales no serían

29 Carmen Morales Muñoz, “Zoohistoria: Reflexiones acerca de una nueva disciplina auxiliar de la ciencia histórica”, *Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval*, nº 4 (1991): 367–84.

30 Nona Flores, *Animals in the Middle Ages* (Garland Publishing, Incorporated, 2000), xi.

31 Erica Fudge, “Left-Handed Blow: Writing the History of Animals”, en *Representing Animals*, ed. Rothfels Nigel (Indiana University Press, 2002), 6–7.

32 Término utilizado por nuevas corrientes de estudio sobre las relaciones establecidas entre los seres humanos y el resto de animales Óscar Horta, “Ética Animal. El cuestionamiento del antropocentrismo: distintos enfoques normativos”, *Revista de Bioética y Derecho*, nº 16 (abril de 2009): 36–39.

33 El autor es un conocido teórico de la sociología de la ciencia. En su teoría del Actor-Red afirma que nadie actúa solo y que hay un gran número de “actantes” que influyen en las acciones sociales. Estos “actantes” pueden ser humanos o no humanos. Bruno Latour, *La esperanza de Pandora ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia* (Barcelona: Gedisa Editorial, 2001).

34 Stefania Gallini, “La naturaleza cultural de la historia ambiental y su re-materialización”, en *Historia cultural desde*

simplemente compañeros o invitados dentro de la historia humana, sino que también serían protagonistas de la misma. Uno de los autores que se posicionó al respecto fue Terry O'Connor quien identificó a los animales no como sujetos pasivos, por el contrario, los cataloga de criaturas imbuidas en objetivos y motivaciones reales como la procura de alimento y de reproducción, necesidades materiales que les asignan un papel activo<sup>35</sup>. Más atrevido en sus planteamientos es Jason Hribal, quien, escudado en una particular visión de izquierda, no solo dota a los animales de *agencia*, sino que también los equipara a una clase social capaz de ofrecer resistencia; de esta forma la historia de los animales que propone es una historia “desde abajo” en un sentido bastante peculiar del término: el autor termina por asociar a los animales -fundamentalmente los de trabajo- como parte de la “clase obrera”<sup>36</sup>. Sin embargo, Hribal no es muy certero en explicar la forma en la cual los animales pueden generar algún tipo de “conciencia de clase” y tampoco logra incluir a los animales salvajes dentro de su perspectiva. Mucho menos radical que Hribal, Erica Fudge pretende rescatar la visión de los animales como parte de la historia cultural y social humana, aunque también apunta a que se les debe admitir como activos protagonistas de ella. Según esta autora la historia de los animales es una forma de replantear el lugar de los “humanos” en el mundo, proponiendo una nueva perspectiva de análisis en nuestros patrones de pensamiento que sea capaz de romper el antropocentrismo<sup>37</sup>.

En medio del debate de la agencia o no de los animales, al igual que de otras controversias, la historiografía que se ha desarrollado sobre estos ha ido construyendo una nueva perspectiva de estudio sobre el pasado, tanto así que en la actualidad poseemos una importante bibliografía de la cual daremos cuenta a continuación.

### **La historia de los animales en contexto: Literatura y antecedentes**

La historia de los animales posee un amplio rango de enfoques y corrientes. Para el mundo anglosajón podemos destacar la obra del historiador británico Keith Thomas *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800* (1984) quien incluye allí un estudio de las percepciones de los animales en la cultura inglesa abordando temas como maltrato animal, el origen legal de las “mascotas”, vegetarianismo, peleas entre animales (animal-baiting) y el nacimiento de las asociaciones

---

*Colombia: categorías y debates*, ed. Hering y Pérez (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Universidad Nacional de Colombia, Universidad de los Andes, 2012), 378.

35 Georgina Montgomery y Linda Kalof, “History from Below: Animals as Historical Subjects”, en *Teaching the Animal: Human-Animal Studies Across the Disciplines* (Brooklyn: Lantern Books, 2010), 36.

36 Jason Hribal, “Animals, Agency, and Class: Writing the History of Animals from. Below”, *Human Ecology Review* 14, n° 1 (2007): 101–12.

37 Fudge, “Left-Handed Blow: Writing the History of Animals”, 16.

defensoras de animales. Erica Fudge ha continuado el legado de Thomas y hoy en día es una de las autoras más prolíficas dentro del área<sup>38</sup>. En Estados Unidos desde los años 80 la historiadora ambiental Harriet Ritvo se interesó por la temática animal y en 1989 publicó *The Animal Estate: The English and Other Creatures in the Victorian Age*. Herederos de la perspectiva de Ritvo se encuentran los trabajos de Andrew Isenberg. *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (2000), reseñando que este cuenta con un enfoque -como bien lo dice su título- eco-histórico, el de Jon T. Coleman *Vicious: Wolves And Men in America* (2006), y el texto sobre los lobos japoneses de Brett L. Walker *The Lost Wolves of Japan* (2009) siendo los últimos dos de gran relevancia para el presente trabajo por tratar el caso de un depredador en continuo conflicto con los seres humanos. Se suma a lo anterior los *Animal Studies*<sup>39</sup> desde los cuales se ha desarrollado una amplia literatura sobre historia de los animales. Aparte del *British Animal Studies Network* podemos destacar la actividad del *Centre for Human Animal Studies* ubicado en la Universidad de Canterbury de Nueva Zelanda. También desde hace alguno años desarrolla actividades el *Ecological and Cultural Change Studies Group* de la Michigan State University dirigido por el sociólogo Thomas Dietz, y cuya figura principal, al menos para los historiadores, es la socióloga Linda Kalof, autora de *Looking at Animals in Human History* (2006), responsable de la obra colectiva *The Animals Reader: The Essential Classic and Contemporary Writings* (2007), y también de la coordinación de *A Cultural History of Animals* (2007). Kalof es también una de las gestoras del novedoso programa de posgrado en Animal Studies de la mencionada Universidad. Un trabajo que proviene desde otra perspectiva se encuentra la obra de la historiadora del arte Marina Belozerskaya. *La Jirafa de los Medici* (2008) quien otorga especial énfasis a la relación que ha existido entre los animales y la demostración de poder en distintas épocas y contextos de la historia.

En el mundo académico francés, por su parte, fueron los medievalistas los que jugaron el papel pionero: el trabajo de Jean Claude Schmitt (aunque no le interesaban tanto los animales como la religiosidad) *Le Saint Lévrier. Guinefort, guérisseur d'enfants depuis le XIIIe siècle* (1979); al que

38 Ver *Perceiving Animals, Humans and Beasts in Early Modern English Culture*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2002, y *Brutal Reasoning: Animals, Rationality and Humanity in Early Modern England*, Ithaca, Cornell University Press, 2006; así como la coordinación de obras de carácter colectivo tales *Renaissance Beasts: Of Animals, Humans, and Other Wonderful Creatures*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2004, y *At the Borders of the Human: Beasts, Bodies and Natural Philosophy in the Early Modern Period*, Londres, Macmillan, 1999

39 Un joven campo de estudios multidisciplinar que tiene como principal objeto el estudio de los animales y su relación con la sociedad humana. En las investigaciones de este nuevo campo de conocimiento se ha incluido aportes que compaginan disciplinas como la antropología, la biología, los estudios literarios, el derechos y desde luego la historia.

pocos años después se uniría la obra del también medievalista Robert Delort *Les animaux ont une histoire* (1984), trabajo impulsor de la zoothistoria en Francia y que tendría un gran éxito mediático<sup>40</sup>. Desde ese mismo año se publica la revista *Anthropozoological* por parte del Muséum National d'Histoire Naturelle. El siguiente hito vendrá dado por la figura de Eric Baratay, algunas de cuyas primeras obras fueron *L'église et l'animal*(1996), o *Zoo: Histoire des jardins zoologiques en Occident (XVIe-XXe siècle)*(París, 1998). Destacamos de nuevo el trabajo de Michel Pastoureau quien, aparte del oso, ha tratado la cuestión animal en otros textos como *Les animaux célèbres* (2001) y *Le cochon: histoire d'un cousin mal aimé* (2009).

En España se destacan Carlos Gómez Centurión<sup>41</sup>, la ya citada Dolores Carmen Morales Muñiz y Arturo Morgado García quien desde la Universidad de Cádiz realiza una amplia labor de difusión. En este país se realizaron igualmente en 2010 de dos congresos sobre historia de los animales, uno de los cuales dio como resultado el libro *Los animales en la historia y en la cultura*. (Cádiz: Universidad de Cádiz, 2011).

### **Los antecedentes de la historia de los animales en Latinoamérica y Colombia**

En cuanto al contexto latinoamericano el estudio de las relaciones culturales entre los animales y los seres humanos es un campo recurrente de la Antropología y poco de la Historia. Apenas en el 2013 se publicó un texto que reunió distintos trabajos de historiadores latinoamericanos que han dedicado parte de su trabajo a los animales y que fue editado por Martha Few y Zeb Tortorici. *Centering Animals in Latin American History: Writing Animals Into Latin American History* (Duke University Press). Antes de la aparición de este libro se puede destacar algunas otras obras puntuales; la primera es el trabajo conjunto de Miguel Ásua y Roger French, *A New World of Animals: Early Modern Europeans on the Creatures of Iberian America*. (2005) que si bien está enfocada desde la Historia de la ciencia, es uno de los primeros textos que tratan el estudio de la percepción histórica de los animales en el contexto hispanoamericano. La segunda es la obra de María Valverde Valdés *Balam: el jaguar a través de los tiempos y los espacios del universo maya* (2004) que si bien parte desde la antropología, es una obra pionera que muestra al jaguar como una especie susceptible de estudio histórico y diacrónico. El ya

40 Originó una serie televisiva que llevó el mismo nombre.

41 “Exóticos pero útiles: los camellos reales de Aranjuez durante el siglo XVIII”, *Cuadernos dieciochistas*, 9, 2008, pp. 155-180; “Treasures fit for a king. King Charles III of Spain's Indian Elephants”, *Journal of the History of Collections*, 2009, pp. 29-44; “Exóticos y feroces. La ménagerie real del Buen Retiro durante el siglo XVIII”, *Goya. Revista de Arte*, 326, 2009, pp. 3-25; “Curiosidades vivas. Los animales de América en la Ménagerie real durante el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, 66, 2, 2009, pp. 181-211 .

citado arqueólogo británico Nicholas J. Saunders editó un volumen que plantea un panorama general sobre el papel ocupado por los felinos entre diversas culturas prehispánicas<sup>42</sup> e hizo parte del volumen que dedicó la revista de Arqueología mexicana de forma exclusiva al jaguar<sup>43</sup>. No sobra citar las dos extensas obras que realizó Antonello Gerbi sobre la naturaleza americana, en cuyas líneas los animales cuentan con especial protagonismo<sup>44</sup>. Por último, en Brasil puede destacarse el trabajo de la profesora Regina Horta Duarte<sup>45</sup>, quien desde la perspectiva de los circos analizó los cambios de percepción frente a los animales.

Como sucede en el campo latinoamericano, la cuestión de la relación cultural entre animales y humanos es un tema que cuenta con muchos trabajos en la antropología y la etnología. Sin embargo, el abordaje de este tema desde una perspectiva histórica no cuenta aún con muchas referencias. Existen algunas obras pioneras, haciendo la salvedad que los autores no las han identificado como historia de los animales y las mismas presentan diversidad de enfoques. Entre ellas tenemos el artículo del historiador Juan Carlos Jurado «Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX» (*Boletín Cultural y Bibliográfico*. Número 46. Volumen XXXIV - 1997 - editado en 1998), en el cual el autor realiza una reflexión que parte desde la historia de las mentalidades, pero también es un ensayo modelo para nuestro tema. Otro autor a destacar es Hernando Cabarcas Antequera<sup>46</sup> quien desde los estudios literarios plantea una reconstrucción de los patrones emblemáticos y de convención escrita que rodearon las primeras descripciones de los animales del Nuevo mundo hechas por los europeos.

No se puede dejar de nombrar el amplio trabajo de la antropóloga Astrid Ulloa Cubillos, que cuenta ya con una dilatada producción bibliográfica planteada desde una propuesta multidisciplinar -con presencia en ocasiones de reflexión histórica- en cuanto a las relaciones entre fauna y hombre en

42 Nicholas J. Saunders, *Icons of power: feline symbolism in the Americas* (London and New York: Routledge, 1998).

43 Saunders, Nicholas J. «“El icono felino en México: fauces, garras y uñas”». *Revista de Arqueología mexicana* Vol. XII, n.º. número 72 (2005): pp. 20–27.

44 *La disputa de nuevo mundo : historia de una polémica: 1750-1900*. 2a. ed. México: Fondo de cultura económica, 1982. *La Naturaleza De Las Indias Nuevas: De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández De Oviedo*. 1. ed. en español. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

45 *Noites Circenses* (1995), y *O Circo em Cartaz* (2002)

46 *Bestiario Del Nuevo Reino De Granada: La Imaginación Animalística Medieval Y La Descripción Literaria De La Naturaleza Americana*. Biblioteca «Daniel Samper Ortega». Santa Fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 1994 “La descripción de la naturaleza americana o el milagro recobrado”, *Revista Texto y Contexto* N.º 28, Septiembre-Diciembre, 1995, Comité Interdisciplinario Universidad de los Andes, Bogotá

diversos contextos de la geografía colombiana; también las obras colectivas *Rostros culturales de la fauna: las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano*. (Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Fundación Natura, 2002) -una recopilación interdisciplinaria sobre las interacciones entre seres humanos y animales- y *El poder de la carne. Historias de ganaderías en la primera mitad del siglo XX en Colombia*. (Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Jurídicas, 2008) un nuevo acercamiento a la historia de la ganadería que se aleja de la perspectiva econométrica que la caracterizó durante largo tiempo, prefiriendo un enfoque interdisciplinario que incluye la biología, la antropología, la ciencia política, la geografía, la economía y la historia. También podemos destacar el trabajo de Gregorio Saldarriaga, interesado especialmente por la historia de la alimentación, quien se ha acercado a la historia de los animales citando como ejemplo su artículo "Consumo de carnes en zonas cálidas del Nuevo Reino de Granada: cualidades cambiantes, siglos XVI y XVII"<sup>47</sup>. Desde una perspectiva multidisciplinaria también son muy pertinentes las investigaciones del grupo de "Arqueología y ambiente" de la Universidad Nacional de Colombia que han planteado investigaciones sobre la relación fauna-sociedad en tiempos coloniales<sup>48</sup>. Por último se encuentra el texto de reciente publicación de Camilo Quintero *Birds of Empire, Birds of Nation. A History of Science, Economy, and Conservation in United States-Colombia Relations*<sup>49</sup>, que si bien versa sobre animales el autor lo propone más cercano a la historia de los objetos o commodities.

### **Un tigre en la academia: el estudio social del jaguar en Colombia**

El jaguar no es un desconocido para los estudios de las ciencias sociales y humanidades en Colombia. Uno de los textos pioneros sobre la relación entre la criatura y los seres humanos fue *Jaguar* del naturalista sueco George Dahl. Este hombre de ciencia arribó al país en 1936, con el objetivo de estudiar la fauna del trópico. En 1958 fue nombrado profesor de zoología de la Universidad Nacional de Colombia. Como producto de su estancia en Colombia legó varios artículos científicos y textos de corte literario. En *Jaguar* el europeo hizo protagonista al felino de su relato sobre las costumbres de los pueblos de los ríos San Jorge y Sinú. El libro que cuenta con el diciente título de *Jaguar*<sup>50</sup>, nos muestra por medio de la figura de "Imamá", nombre entre los Emberá del felino, las complejas relaciones que

47 *Fronteras De La Historia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia v.11 *fasc.* p.17 – 52, 2006.

48 Destacamos el texto de Diana Carolina Ardila Luna, y María Fernanda Martínez Polanco "Pesquerías Coloniales en el río Magdalena en el Siglo XVIII. El caso de Honda y San Sebastián (Colombia)" en *Pescadores En América Latina Y El Caribe: Espacio, Población Y Política*, I. México, 2011, además del texto de Martínez Polanco "Una pregunta para la historia ambiental colombiana: ¿Qué ha pasado con la fauna silvestre desde la colonia a la actualidad?" IX Congreso Centroamericano De Historia [Ponencia] 2008.

49 Bogotá: Ediciones Uniandes, 2012

50 El texto original se publicó en sueco en 1939, existe una traducción en español (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colección Popular, 1985).

se daban entre el hombre, el tigre y la naturaleza en las otrora inexpugnables selvas que cubrían las cuencas de estos dos ríos. Un aspecto a rescatar del texto es el análisis del significado del jaguar no solo entre los Emberá, sino también entre los colonos negros de la región, los cuales asocian al tigre con algunas de las tradiciones de felinos propias de su herencia africana. De esta forma se muestra la polivalencia con la cual cuenta la criatura y sus diversas acepciones culturales, ajenas a las perspectivas de la taxonomía occidental, por lo cual, se propone la existencia de diversos “tipos” de tigre. Por otro lado debemos mencionar que Dahl hizo al jaguar eje central de su libro en coherencia con el motivo central del mismo, el cual legó en su introducción: “Espero que este libro contribuya en algo a aumentar el interés por el estudio de la singular fauna suramericana”<sup>51</sup>.

Después de casi cuatro décadas de la publicación del texto de Dahl apareció una de las obra más conocidas sobre la relación entre los jaguares y las culturas nativas: el libro de Gerardo Reichel-Dolmatoff *El chamán y el jaguar: estudio de las drogas narcóticas entre los indios de Colombia* (México: Siglo Veintiuno Editores, 1978). Este trabajo -texto obligado para los estudios sobre chamanismo en Sudamérica- y la significación del hombre-jaguar, el ser mítico que comparte las propiedades de los seres humanos y el felino, en las culturas aborígenes de Colombia y del Amazonas. Si bien Dolmatoff se enfoca constantemente en la etnia tukano, el antropólogo y arqueólogo también analiza el rol simbólico que cumplía el jaguar en distintas culturas nativas, entre ellas la Kogi. El icono felino está presente en muchos de los trabajos de Reichel-Dolmatoff, pero consideramos que el texto citado es el de mayor relevancia para el presente proyecto.

De regreso al ámbito de la antropología y la arqueología, la influencia del jaguar como símbolo planteada por Reichel-Dolmatoff acapara las páginas de estas disciplinas con especial ahínco desde entonces. Una de esas obras que refleja esa posición es el texto de Friedemann y Arocha *Herederos del jaguar y la anaconda*<sup>52</sup>, recopilación de las costumbres y hechos culturales de diversas comunidades indígenas colombianas. Esta obra rescata la visión del jaguar de Reichel-Dolmatoff (incluso lo citan textualmente) y la transversalidad que este animal posee en las culturas nativas. Aludiendo también al trabajo de Antonio Grass, quien señala al jaguar como símbolo de América, los dos antropólogos juntan al felino y a la serpiente para formar esa dualidad que supone el origen ancestral de las etnias

51 George Dahl, *Jaguar* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colección Popular, 1985), 11.

52 Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha, *Herederos de jaguar y la anaconda* (Bogotá: C. Valencia, 1993).

que habitan nuestra nación, lo cual explicaría porque el jaguar y la anaconda aparecen representados en las más diversas manifestaciones culturales<sup>53</sup>. También influenciado por Reichel-Dolmatoff, Roberto Pineda propone un particular análisis etnohistórico a la resistencia indígena del Cauca. Según este autor las comunidades nativas, en especial aquellas de las vertientes de la cordillera central del país, asociaron a los perros de guerra españoles con jaguares y por relación chamánica, también a sus poseedores: “En este espacio de la muerte, en el que se entrecruzaba la sangre, el horror, el miedo, el rumor y la peste, consistía la realidad cotidiana de la conquista. Los españoles estaban auxiliados en su política de muerte por esos perros que debían ser vistos como jaguares por parte de los nativos. Aún hoy, muchos grupos nativos clasifican a los perros bajo la categoría "tigre". En este sentido, probablemente los extranjeros eran percibidos como "brujos" transformados en tigres”<sup>54</sup>. El tigre se asocia de esta forma por su carácter voraz y violento, que también se expresa en las intervenciones del chamán. Según este autor, la respuesta a esta situación fue una táctica de “terror” en la cual los indígenas quisieron adoptar una actitud temible en la que se incluían actos de canibalismo, violencia e intimidación<sup>55</sup>. De acuerdo a esto, los grupos nativos también quisieron transmutarse en “tigres”.

Por otra parte, los estudios literarios también ya se han ocupado del jaguar. El ya citado Cabarcas Antequera lo incluye en su obra, aunque lo menciona como tigre, destacando que las descripciones de esta criatura que se encuentran en los primeros cronistas de América son herederas de aquellas presentes en los bestiarios. Se entiende entonces que la figura del tigre americano fue construida a partir de fuentes clásicas como Plinio el viejo, Isidoro de Sevilla y autores medievales como Tomás de Cantimpré. Esto explica porque al tigre se le asignan criaturas antagonistas (el caimán en este caso), se le rodea de historias fantásticas y provistas de enseñanza moral<sup>56</sup>. Este trabajo aporta una explicación al porqué el jaguar recibió el nombre de “tigre” por parte de los europeos y cuales implicaciones puede contener este hecho.

Desde otra perspectiva (y de nuevo retomando algunos de los postulados de Reichel-Dolmatoff) el escritor y literato Fabio Gómez Cardona estudia al tigre americano en su tesis de maestría en literatura *El Jaguar en la literatura Kogui*. Desde un análisis fundamentado en la metodología estructuralista,

53 Ibid., 48–52.

54 Roberto Pineda, “Malocas de Terror y Jaguares españoles”, *Revista colombiana de Antropología* 3, n° 2 (1987): 93.

55 Pineda, “Malocas de Terror y Jaguares españoles”.

56 Bestiario Del Nuevo Reino De Granada: La Imaginación Animalística Medieval Y La Descripción Literaria De La Naturaleza Americana, Biblioteca «Daniel Samper Ortega» 1 (Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1994), 95.

Gómez Cardona rastrea la polisemia que posee el jaguar en las manifestaciones literarias de esta cultura indígena. De esta forma el autor llega a concluir que el papel del jaguar en esta cultura no es fijo sino que por el contrario: “el valor del símbolo depende del sistema de relaciones y del contexto específico que el jaguar sea un elemento decididamente masculino, en la literatura kogi encontramos al jaguar asociado con elementos representativos de lo femenino, tales como la noche, la menstruación, la luna”<sup>57</sup>. De esta forma no puede establecerse en el jaguar kogi condiciones plenamente dicotómicas, incluso algunas de sus acepciones “positivas” pueden convertirse en peligrosas dependiendo del contexto y del hecho al que estén relacionados.

Como último punto destacamos dos textos historiográficos que hablan sobre el jaguar y que ya han sido citados en el presente texto. El primero es el artículo *Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX*. En cuanto al jaguar Juan Carlos Jurado realiza un análisis de mucha pertinencia para nuestro proyecto, pues presenta algunas de las concepciones con las cuales se asociaba al tigre, además de las tensiones y relaciones que sostuvo con los humanos. Lo incluye dentro del ámbito de los animales salvajes, es decir “la fauna salvaje [que] estaba localizada en las afueras de las ciudades y villas y con más seguridad en las tierras boscosas alejadas, donde podían ir los campesinos por motivos de trabajo o al trasegar por caminos montunos y selváticos”<sup>58</sup>. Son animales peligrosos y que hasta cierto punto desafían el orden establecido por el hombre. El jaguar es mencionado por Jurado siempre como *tigre* (nombre con el cual es designado en las fuentes), un animal peligroso, que si bien no solía atacar al hombre “era común verlos en las noches rondando las casas y bloquearlas, inundando el espacio con sus rugidos. Aunque no atacaban, solían matar a los perros y otros animales que encontraban a su paso”<sup>59</sup>. Resultaban impopulares además por atacar a las mulas, una de las principales fuerzas de trabajo en la economía rural<sup>60</sup>.

Aparte de esto Jurado plantea dos ideas fundamentales: En una primera instancia, la calificación de fieras salvajes [entre ellas los tigres] que se le otorga a los individuos que habitan los márgenes de la

57 Fabio Gómez Cardona, “El jaguar en la Literatura Kogi” (Maestría Literatura Colombiana y Latinoamericana, Universidad del Valle, 2010), 207–208.

58 Juan Carlos Jurado, “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* XXXIV, n° 46 (1997).

59 *Ibid.*, 16.

60 *Ibid.*, 17.

civilización y a aquellos cuyo comportamiento era cruel e iracundo<sup>61</sup>. El segundo planteamiento es ubicar a nuestro tigre en el lugar que el lobo ocupaba en el contexto europeo, un animal con amplias connotaciones simbólicas<sup>62</sup>. Sin embargo, más allá de que el objetivo principal de Jurado no es estudiar al jaguar como tal, existen otros rasgos que lo distancia de nuestra propuesta. Uno de estos es la constricción del autor hacia una sola tipología de clasificación, es decir, aquella propuesta por Ladurie. Desde luego que la misma resulta útil, pero las “taxonomías” son variables, artificiales y a veces contradictorias según la perspectiva en la cual se plantean. Otro punto de distanciamiento es la remisión casi absoluta a un análisis cultural de la fauna, con la ausencia de referencias a la materialidad de los animales -en especial los salvajes- y el contexto estudiado. No falta decir que Jurado en ningún momento pretende realizar un trabajo propio de la Historia ambiental, pues como ya resaltamos, se centra en la historia de las mentalidades. Sumado a esto, el análisis de Jurado es limitado, no solo por la restricción de su marco geográfico -que no es del todo clara- y su brevedad sino también por otros aspectos que el propio autor reconoce.

El último trabajo a destacar es la tesis de maestría de James Parra Monsalve (magister en Historia de la Universidad Nacional, Sede Bogotá) es el trabajo historiográfico de mayor relevancia para nuestra propuesta de investigación, tanto por que se ocupó de nuestro objeto de estudio (el tigre americano) y por partir de la Historia ambiental. Fue sobre los progresos y discusiones que este campo historiográfico ha logrado en nuestro país en los últimos años que Parra Monsalve propone su trabajo. El objetivo de este autor fue realizar una historia del jaguar en el siglo XX en el en las cuencas de los ríos Caquetá-Japurá y Putumayo-Içá (Amazonia): “Un siglo que marca hitos en la historia global en cuanto a masificación de las urbes, consumo energético, desarrollo tecnológico, actividad económica y homogeneización de la ideología y la política”<sup>63</sup>, enmarcado a su vez en un territorio que ha enfrentado grandes presiones medio-ambientales durante dicho periodo y un proceso que es el hilo conductor del texto conocido como la época de las “tigrilladas”, en la cual se produjo un aumento exponencial en la cacería de jaguares, tigrillos y otras especies animales con el ánimo de surtir la industria peletera. Este marco geográfico suma también elementos particulares como la transnacionalidad del mismo “[...] los ríos Caquetá -en Colombia- y Putumayo -en Colombia, Ecuador y Perú- atraviesan territorios

61 Ibid., 20.

62 Ibid., 21.

63 James Parra Monsalve, “Imaginaris, cacerías y comercio de jaguar en las cuencas de los ríos Caquetá-Japurá y Putumayo-Içá (Amazonia), durante el Siglo XX” (Tesis para magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2009), 12.

multinacionales, siendo denominados Japurá e Içá, respectivamente, en Brasil; dos ríos con diferentes nominaciones y una tarea común en relación con el manejo y gestión ambiental de sus espacios hidrográficos transfronterizos<sup>64</sup>, y la multiculturalidad de los habitantes del mismo: indígenas, misioneros, colonos y “blancos”. Son precisamente los actores humanos a los cuales Parra atribuye la transformación de este ambiente regional y las principales amenazas que se ciernen sobre el jaguar “Hipotizando el origen esencialmente antrópico de dicha transformación, se detallaran los más pronunciados impactos humanos en las cuencas durante el siglo XX, poniéndolos en relación con la distribución histórica de los jaguares y su cambio a lo largo de la pasada centuria”. La investigación de Parra parte de la premisa de lo peligrosa que resulta la transformación antrópica para esta especie y esto lo resalta para el presente “en buena parte de las cuencas altas de los ríos estudiados existen hoy muy pocas poblaciones de jaguares<sup>65</sup>, por lo cual la perspectiva de conservación se plantea como una de las motivaciones centrales del texto.

Como queda en claro en las anteriores líneas el estudio del tigre americano ya cuenta con un buen número de investigaciones en las ciencias humanas y sociales, lo que hasta cierto punto también ratifica la importancia de este tema; pero también se puede ver que, salvo por el texto de James Parra, la contribución de la historiografía hacia los estudios del jaguar ha sido limitada y aún mucho menos aborde el período y el contexto geográfico seleccionado para el presente proyecto. A su vez, también nuestra propuesta se enfoca en las visiones no necesariamente indígenas que se le han dado a esta criatura, lo cual es un tema a su vez muy poco estudiado a nivel académico.

### **¿Cómo se hace una tesis sobre el jaguar en la región andina del siglo XIX?**

La construcción de esta tesis partió de un problema fundamental sobre las fuentes: la organización de los archivos no facilita la búsqueda en ellos de documentos sobre animales salvajes y mucho menos de uno tan específico como el jaguar. En otros lugares los archivos de cacería y las listas de recompensa por las cazas de animales considerados como peste pueden ofrecer alguna clase de ayuda al respecto<sup>66</sup>. No obstante, para el caso de nuestra zona geográfica y delimitación cronológica estas no existen. Por eso, las fuentes de archivo presentes en este proyecto son escasas y corresponden a documentos plenamente identificados. El citado con mayor frecuencia es la “Relación de Antioquia de 1808” un

64 Ibid., 13.

65 Ibid., 19.

66 Ver, por ejemplo, para el caso japonés Brett L. Walker, *The Lost Wolves of Japan* (University of Washington Press, 2009), 231–234.

documento que reunió las repuestas o informes de un cuestionario remitido por las autoridades virreinales a las poblaciones de la entonces provincia de Antioquia. Actualmente este documento de 56 folios se encuentra en el fondo de *Censos y Estadísticas* del Archivo Histórico de Antioquia (AHA) en la ciudad de Medellín. La pregunta número ocho del cuestionario que dio origen a la “Relación” explica porque esta fuente resalta de otras: “qué aves son las comunes y cuáles las singulares, cuáles las fieras o clase de animales cuadrúpedos, ya terrestres y ya anfibios”<sup>67</sup>. Esta situación permitió que sea una de las pocas fuentes de archivo en las cuales se describe a los animales salvajes de la región en ese momento. No obstante, este documento dentro del mundo de los archivos es una excepción. Sobre este problema de las fuentes y los animales en el pasado Juan Carlos Jurado había hecho ya la siguiente afirmación para nuestro país “Los registros documentales sobre el particular son difíciles de hallar en nuestros archivos históricos, por su carácter disperso, y es necesario explorar varios tipos de fuentes y un conjunto faunístico amplio, para sacar conclusiones más certeras”<sup>68</sup>. Lo anterior obliga a que la investigación salga de las fuentes de archivo y busque en otros sitios documentos relacionados con el jaguar (fuentes impresas, diarios de viaje, periódicos, crónicas, obras literarias, etc).

Al abrirse a otro tipo de fuentes el historiador puede caer en riesgo de una "indigestión de fuentes" que haga inviable el proyecto. Para evitar esta situación aquí se utilizaron la limitación geográfica y la demarcación cronológica del trabajo. En páginas anteriores mencionamos que si bien el término de región andina es una construcción social, y que puede resultar algo “anacrónico” para la época, este obedece a un hecho puntual: la influencia directa de los tres ramales de la cordillera de los Andes que ingresan al territorio colombiano en una zona específica del país. No obstante, esta situación que parte de algo material se ve complementado por un sentimiento de identidad regional que empezó a consolidarse en el siglo XIX. En lo que hoy se denomina como región andina se ubicaban a comienzos del diecinueve los principales centros poblados del país. También allí se asentaba el poder político de la nación. La región andina empezó a “construirse” desde mediados del siglo XIX como el lugar que era asiento de la “civilización” del país, frente a la barbarie que pululaba en las otras regiones de la nación<sup>69</sup>.

67 Archivo Histórico de Antioquia, *Censos y estadísticas*, Volumen 343, Documento 6538 [Relación de la Provincia de Antioquia], (1808), folio 1 v.

68 Jurado, “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX”, 4.

69 Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología,

En cuanto a la escala de tiempo, se debe recordar que los problemas de estudio de la historia ambiental, a diferencia de otras corrientes historiográficas, cuentan con un rango cronológico más cercano a la larga duración<sup>70</sup>. Se estableció como límite al respecto los años que van de 1820 a 1910, aunque este no es del todo una camisa de fuerza, a partir de una serie de razones completas: es un periodo de tiempo prudencial -cerca de 100 años- que permite ver los cambios que se dieron en las relaciones entre el jaguar y los seres humanos, coincide en su inicio con los primeros relatos de viajeros extranjeros que visitaron la nación después de consolidarse su Independencia de España. Ejemplo de lo anterior son los registros de jaguares realizados por viajeros europeos como John Potter Hamilton (1827, *Travels Through the Interior Provinces of Colombia*) y Carl August Gosselmann (*Viaje por Colombia: 1825 y 1826*). El determinar 1910 como límite máximo se relaciona con dos hechos puntuales: el destajo de las selvas del Carare y la etapa final de la Colonización antioqueña, fenómenos que a grandes rasgos significaron el cierre de la frontera central del país. A partir de esa época las apariciones y menciones sobre el jaguar en la zona andina son escasas; ante el avance del “hacha civilizadora”<sup>71</sup> el jaguar se fue replegando.

Con estas limitaciones claras se construyó un *corpus documental* de fuentes primarias sobre el tigre americano. Estas fuentes fueron escogidas en virtud de su relación directa con el objeto de estudio y con la pregunta principal; el que proyecto trate una especie animal también contribuyó a que el número de documentos no sea tan elevado y que permitieron un análisis sistemático de los mismos. La mayoría de fuentes impresas proceden de los fondos de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia y de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. Se debe resaltar que la existencia de los catálogos y colecciones digitales de estas instituciones resultó invaluable para el curso de esta investigación. La pesquisa por el jaguar en las fuentes fue un proceso muy similar al de la búsqueda del felino en la vida silvestre. Primero fue necesario conocer un poco a la criatura, saber sobre su “historia natural”: qué come, cuáles son sus presas favoritas, cómo es su proceso de reproducción, cuál es su hábitat común, etc. Luego se debió buscar el ambiente propicio para los jaguares en las fuentes. Por eso fueron tan importantes las crónicas de viajeros y los documentos de la Comisión Corográfica, pues en estos se encuentran las descripciones detalladas de los paisajes andinos del siglo XIX. En medio de las selvas y los montes presentes en estos textos, los tigres comenzaron a

---

2005), 65,86,129.

70 Stefania Gallini, “Invitación a la Historia ambiental”, *Revista Tareas*, nº 120 (agosto de 2005): 5–28.

71 Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente* ([Bogotá]: Ministerio de Educación, 1946).

aparecer. Conectados a estos “avistamientos” en las fuentes aparecieron también las presas de los felinos, los cazadores o “tigreros”, los rumores y leyendas además de los enfrentamientos con el felino. Esta primera parte de la construcción del corpus documental nos permitió encontrar un número altísimo de fuentes sobre el tigre y confirmar que la presencia de este animal en la región no era una situación excepcional.

Lo que siguió fue una búsqueda por palabras clave en diversos recursos digitales para complementar las fuentes ya encontradas. En este paso aparecieron las menciones al *tigre de Berruecos*, a Jesús María Ocampo “el tigrero”, a los zamarros de piel de tigre además de varias otras referencias al jaguar en el siglo XX que si bien no se encuentran dentro de la delimitación de tiempo sirvieron para dar más soporte a algunos de los textos que se presentan en el trabajo. De forma simultánea al proceso de investigación y escritura del proyecto sucedieron muchas noticias y aparecieron varios artículos de prensa sobre el jaguar. Gran parte de este material se refirió a los jaguares en la Antioquia de nuestros días, por lo cual fueron incluidos en el capítulo 4 del trabajo. Algunos de estos textos fueron aportados por amigos y personas que conocían esta investigación, a quienes les agradezco de nuevo en estas líneas.

Después de haber construido y analizado las fuentes de este corpus documental se comenzó a elaborar parte del trabajo que se vincula con la pregunta central: los jaguares y el conflicto con los seres humanos en la región andina. Para poder rastrear los usos y relaciones de los habitantes de la región andina decimonónica con el tigre y la naturaleza se debió recurrir a la lectura no solo de documentos de la época, sino también de fuentes secundarias que enfocan la compleja relación que ha existido en Colombia entre los seres humanos y su entorno natural, especialmente con los animales salvajes. A través de las fuentes se siguieron dos fenómenos precisos: el montar y el deforestar. Aquí es necesario destacar el trabajo que sobre el particular han realizado ya algunos autores, aunque no en una perspectiva histórica como es el caso de Luis (Brigitte) Baptiste-Ballera<sup>72</sup> y Germán Márquez. Lo anterior se complementó con uno de los resultados que se incluyó en el capítulo 2: los análisis de los

72 Luis Baptiste-Ballera, “La fauna silvestre como producción discursiva”, en *Rostros culturales de la fauna: las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano* (Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ;Fundación Natura, 2002), 113–28; Luis Baptiste-Ballera et al., “La fauna silvestre colombiana: una historia económica y social de un proceso de marginalización”, en *Rostros culturales de la fauna: las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano* (Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ;Fundación Natura, 2002), 295–340.

mapas de fundaciones en la región andina. Los datos de fundación se obtuvieron en las páginas gubernamentales de cada municipio y se contrastaron con bibliografía secundaria. Para la elaboración de estos mapas también se utilizó como referencia el trabajo de Fabio Zambrano Pantoja y Oliver Bernard. *Ciudad y territorio: el proceso de población en Colombia*.

Los mapas de poblamiento humano fueron contrastados con otros mapas: el primero de ellos “habitat hipotético del jaguar y principales factores que lo afectan” elaborado por la corporación ecológica GEA en 1993. Otro mapa que estuvo en el proceso de contraste fue un mapa elaborado en el curso de esta investigación y que se basó en el registro de lugares en los cuales las fuentes dieron cuenta de la presencia del jaguar en la región en el siglo XIX. A su vez, debemos recordar que el tigre americano no ha abandonado su lucha por la supervivencia y aún hoy se registra su presencia -aunque muy escasa- en nuestra zona de estudio. Por este motivo se revisaron y mapas sobre el jaguar presentes por ejemplo en el informe final del *Programa Nacional para la Conservación de Félidos en Colombia* (2007, Ministerio de Ambiente Vivienda y Desarrollo Territorial) y compararlos con algunos de los resultados obtenidos por nuestro trabajo.

En el capítulo número 4 se incluyeron las fuentes sobre el jaguar del siglo XX y XXI en la región. La parte más importante de ellas son los estudios del Grupo de Mastozoología-CTUA del Instituto de Biología de la Universidad de Antioquia. Los miembros de este grupo han producido una serie de estudios interesantes sobre uno de los pocos territorios de la región andina en la cual todavía se encuentran jaguares. La presencia de estas fuentes permite que todo el proyecto se cierre con una reflexión sobre la afectación que tuvieron los procesos humanos sobre los tigres andinos y sobre algunas de las perspectivas a futuro que tiene las posibles poblaciones que todavía habitan la región central del país.

## Capítulo 1 *El tigre en la cultura*

“Jaguar” es un nombre tan común como lo es *Panthera onca*, una palabra de origen tupí pero acogida por los europeos y que en viaje de regreso a América fue adoptada por los eruditos para diferenciar a nuestro felino manchado de la *Panthera tigris*, aquel tigre rayado del Asia. Pero no es así en todos los contextos. En muchas regiones del país y de latinoamérica el “tigre nunca ha dejado de ser tigre”. A su vez la naturaleza críptica propia de los felinos ha propiciado que desde un comienzo las confusiones entre especies y nombres sean comunes. Hasta el día de hoy la taxonomía todavía especula sobre especies y subespecies de jaguar tal como en el siglo XIX se sospechaba de la existencia de varios tigres americanos<sup>73</sup>. Nada más se puede esperar de una criatura que aparte de manchada puede ser totalmente negra o tal vez blanca<sup>74</sup>. Las palabras jaguar y tigre no se utilizan con vocación zoológica, sino como aglutinantes de las cuantiosas denominaciones que se le han otorgado a aquel depredador supremo del territorio americano.

Lo anterior no es más que un *efecto* de que el jaguar sea una criatura *inventada*. Edmundo O’Gorman<sup>75</sup> y José Rabasa han discutido el concepto de la *invención* antes que el *descubrimiento* de América. Este último autor nos dice: “He argumentado que la invención de una parte desconocida del mundo implicó su inscripción dentro de una representación preexistente del globo. El surgimiento de América no afectó sólo a la imagen cartográfica del mundo, también trajo a primer plano una redefinición de regiones ya conocidas. En el proceso, la subjetividad europea emergió como una perspectiva privilegiada y definidora de la totalidad. El poder que está detrás de esta objetivación del planeta y de sus pueblos ha seguido refinándose sin descanso hasta nuestros días”<sup>76</sup>. La invención no debe tomarse entonces como sinónimo de *falsificación* o mentira, sino como la contraposición al *descubrimiento* como hallazgo de una nueva realidad a través de una experiencia completamente “objetiva”. La

73 Antonio Vélez Ocampo, *Cartago, Pereira, Manizales: cruce de caminos histórico* (Papiro, 2005).

74 Las panteras negras son leopardos o jaguares negros que presentan casos de una condición conocida como melanismo. Félix Azara (1742 – 1821) reporta la existencia de un tigre albino en su visita al Paraguay. Citado en Georges-Louis Leclerc Buffon (Comte de), Renato Ricardo Castel, y Pedro Estala, *Compendio de la historia natural de Buffon, clasificado según el sistema de Linneo* (Imprenta de Villalpando, 1803), 205. Fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España* también describe un tigre blanco. La existencia comprobada de leopardos albinos (*Panthera pardus*) insinúa la posibilidad de que en su pariente americano pueda darse la misma situación. Sin embargo, desde la biología moderna no se ha podido verificar ni descartar la existencia de jaguares albinos.

75 Edmundo O’Gorman, *La invención de América: el universalismo de la cultura de Occidente*, 1 ed., [Fondo de Cultura Económica] Sección de obras de historia (México: Fondo de Cultura Económica, 1958).

76 José Rabasa, *De la invención de América: la historiografía española y la formación del eurocentrismo* (Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2009), 240.

invención alude entonces a como estas realidades son incluidas de forma discursiva en el espectro de conocimiento de occidente. Al interior de este complejo proceso se incluye por supuesto la “invención de la naturaleza americana”, por la cual múltiples representaciones y formas de comprensión han “domesticado” y apropiado el conjunto natural del Nuevo mundo<sup>77</sup>. Sobre estas representaciones se depositan de forma intencionada o no visiones políticas, culturales, sociales y económicas desde determinada perspectiva.

De esta manera las descripciones y valoraciones del tigre americano no obedecen a una mera observación “objetiva”, sino que estas han reflejado elementos que escapan de su “realidad” natural. Con esto se pretende explicar el porqué si bien la *Panthera onca* ha existido en el mundo de “lo real” durante largo tiempo su concepción cultural ha sido profundamente voluble. Para 1820, fecha de inicio del marco de investigación, habían transcurrido más de 300 años desde que los europeos se encontraron con América. Esto permitió un largo proceso de “construcción” de la imagen del jaguar. Es por eso que a través de los ejemplos que planteamos en las siguientes líneas se pretende entender cual era el tipo de “tigre” al cual se refirieron los habitantes de la región andina del siglo XIX, un animal que surgió de una yuxtaposición de diversos procesos culturales.

Los apartados a continuación no están guiados por un orden cronológico, sino que presentan algunos de los “significados” que ha cobrado el tigre americano durante casi 500 años y que dan cuenta de un proceso complejo de “invención” del jaguar el cual aún sigue en curso.

***Antes de la llegada del tigre: el jaguar entre los pueblos indígenas de la región andina***

Una de las contrariedades de este trabajo es tratar de hacer una historia del jaguar sin ahondar en la visión de los pueblos indígenas sobre el felino. Como ya se mencionó en la introducción existe una enorme literatura que se ha especializado al respecto y que reafirma lo importante que resulta ser este gato manchado dentro de las cosmovisiones nativas. Los pueblos indígenas de la región andina comparten algunos de los elementos que se le asignó al jaguar en distintas culturas amerindias. El jaguar es una criatura asociada con lo erótico y la fecundidad, un punto de enlace con la tradición, benefactor o depredador según el contexto en el que se encuentre<sup>78</sup>. Estas concepciones complejas

77 Mauricio Nieto Olarte, *Historia natural y política: conocimientos y representaciones de la naturaleza americana* (Banco de la República, 2008), 21.

78 Carlos Castaño-Urbe, “Algunos de los Arquetipos del Palearte de Chiribiquete (Colombia) en la Fase Ajajú: una Aproximación Arqueológica para Entender el Concepto de Jaguaridad y la Definición de una Tradición Cultural que se Remonta al Paleolítico Continental”, en *Grandes felinos de Colombia*, 2013, 63.

sobre el jaguar van a verse opacadas con el arribo de los europeos quienes van a “inventar” al tigre, una criatura construida a partir de distintas tradiciones y experiencias y sobre el cual versa la mayoría del presente trabajo. El conflicto que existió entre la *Panthera onca* -ya sea en su versión de jaguar o tigre- con los seres humanos en el siglo XIX es el eje que guía a las líneas que siguen.

Los españoles dejaron registros sobre la continua presencia de la figura del jaguar entre los pueblos que habitaron la actual región andina. Algunos cronistas legaron el testimonio que entre los indígenas de Anserma el diablo se aparecía en forma de jaguar<sup>79</sup>. Podemos asumir que los españoles cuando mencionaban al “diablo” se referían a alguna divinidad o ser mitológico de los pueblos nativos. Esta situación se replica en varios lugares de Latinoamérica<sup>80</sup>. Tal apreciación se mantiene al día de hoy entre los indígenas tunebo quienes creen que el demonio tiene la forma del felino<sup>81</sup>. Las connotaciones que se le han asignado al jaguar entre los pueblos nativos son de toda clase. Signo de desfortuna fue el cachorro de jaguar que entregaron los indígenas del actual Huila al conquistador Pedro de Añasco, siendo interpretado este acto simbólico como la declaración de guerra contra los españoles<sup>82</sup>. Entre los ingano se afirma que la aparición inesperada de un jaguar representa un anuncio de muerte para la primera persona que lo observa. De acuerdo con esta creencia el felino es la representación del alma de la persona condenada<sup>83</sup>.

En un papel más benefactor se encuentran los jaguares en una de las versiones de la leyenda *Juan Tama*, uno de los héroes culturales de los paeces o nasa. Este había nacido de la unión entre una mujer nasa y un indígena pijao que había adoptado la forma de un jaguar. Vale resaltar aquí que, según sus propios relatos ancestrales, los pijaos y nasas mantuvieron una profunda rivalidad en tiempos previos a la invasión española. La actitud agresiva y “caníbal” del pueblo pijao fue vista por los paeces como una evidencia de la asociación entre estos y los jaguares. De la unión de esta pareja nació Tama, el niño-

79 Gerardo Reichel-Dolmatoff, *El chamán y el jaguar : estudio de las drogas narcóticas entre los indios de Colombia*, 1. ed. en español. (México: Siglo Veintiuno Editores, 1978), 57–58.

80 María Valverde Valdés, *Balam : el jaguar a través de los tiempos y los espacios del universo maya*, 1. ed. (Ciudad Universitaria México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Filológicas Centro de Estudios Mayas, 2004).

81 Reichel-Dolmatoff, *El chamán y el jaguar*, 58.

82 Stanley Vernon Long y Juan Yanguez Bernal, *Excavaciones en Tierradentro* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1971), 29.

83 Reichel-Dolmatoff, *El chamán y el jaguar*, 58.

trueno que guió a los nasa y los instruyó en el chamanismo, pues conservó la naturaleza felina de su padre<sup>84</sup>. Existen testimonios del uso prehispánico de las pieles de los jaguares entre los pueblos nativos<sup>85</sup>, uso que se conservó entre los Muisca coloniales<sup>86</sup>.

Las fuentes relacionadas con el jaguar y las comunidades indígenas de la región andina no están tan presentes en nuestro trabajo por una razón que destaca de otras: la invasión española exterminó casi que por completo a los grupos indígenas que habitaban la cordillera Central. Las enfermedades, la violencia y el sometimiento que impusieron los españoles a los pueblos que habitaron la cordillera central y los valles interandinos casi los lleva a la desaparición de la región<sup>87</sup>. Esta catástrofe demográfica también afectó a los jaguares de otra forma; se considera que este fue la principal causa proceso de recuperación -aunque podría considerarse mejor como “reconfiguración”- de algunos ecosistemas de la región andina<sup>88</sup>. Durante casi trescientos años la cordillera central y las zonas cercanas a ellas presentó índices muy bajos de poblamiento humano, lo cual favoreció la existencia de un ambiente propicio para la existencia de grandes animales. Esta es una de las causas por las cuales a comienzos del siglo XIX los jaguares todavía tenían suficiente asiento en el centro del país.

Con todo y lo ya mencionado, la población nativa de la región andina no desapareció del todo. Las comunidades indígenas del Cauca fue clave durante la época colonial y hoy son de las más numerosas (según el censo de población de 2005 su población es de más del 20% de este departamento<sup>89</sup>) y activas políticamente del país. En Antioquia la población nativa también sobrevivió a los cruentos procesos de conquista y sobre ella se emprendieron diversas misiones de evangelización hasta bien entrado el siglo XX, sirviendo de ejemplo las actividades de la hermana Laura Montoya y sus sucesoras<sup>90</sup>. Del mismo

84 Ibid., 59.

85 Fernández de Piedrahita, *Historia General De Las Conquistas Del Nuevo Reino De Granada*, 72.

86 "... y le secreté por bienes suyos para en cuenta y pago de mis salarios una yegua color castaña, un cuero de tigre, once totumas y media carga de algodón y dos guacamayas..." (ANC. C+I: XXIV: 279v; en Londoño, 1985: 246). Consultado el lunes 2 de abril en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/bolmuseo/1986/bol16/bob4.htm>

87 José Vicente Rodríguez Cuenca, *Las enfermedades en las condiciones de vida prehispánica de Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006), 267.

88 Etter Rothlisberger y Van Wyngaarden, “Patterns of landscape transformation in Colombia, with emphasis in the Andean Region”, 438.

89 Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), “La visibilización estadística de los grupos étnicos colombianos” (Imprenta Nacional, s.f.), 30, [http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/visibilidad\\_estadistica\\_etnicos.pdf](http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/visibilidad_estadistica_etnicos.pdf).

90 Laura Montoya Upegui, “Estrategias de evangelización y catequización de las misioneras Lauritas en el Occidente

modo algunos pueblos indígenas en la cordillera central de la nación consiguieron soportar tanto la invasión europea como los tiempos coloniales y la época republicana que no les fue tan favorable. Parte de esta última historia fue reconstruida por Nancy Appelbaum<sup>91</sup>.

No obstante, los procesos de mestizaje, exterminio y exclusión por los cuales atravesaron los pueblos indígenas del centro del país provocaron que sus voces sobre los jaguares para nuestro periodo de estudio sean muy débiles. Las fuentes del siglo XIX poco aportaron para identificar la visión que tuvieron las comunidades indígenas sobre el jaguar para la época. El “tigre”, el animal cuyo proceso construcción se empezará desde el siguiente apartado, terminará por imponerse sobre los múltiples significados que tenía el felino entre los pueblos nativos.

### ***Un “jaguar” europeo: animales como los nuestros***

Para hablar de la invención del jaguar se debe ir más atrás de nuestro marco cronológico. Por esto se deben revisar los primeros testimonios de los europeos en territorio americano y que hablan del origen del “tigre” del Nuevo Mundo. Ya mencionamos que hoy en día es equivocado llamar por este nombre al jaguar e incluso las quejas al respecto se pueden rastrear desde siglos atrás. Sin embargo, es necesario comprender el contexto donde surgió este “error” y el porqué de este. La analogía, el recurrir a lo cotidiano para referirse a lo desconocido o a lo exótico fue uno de los recursos más utilizados por los europeos para incluir “las cosas del Nuevo Mundo” en su espectro de conocimiento<sup>92</sup>. Decir de una especie nueva, animal o vegetal, que “es como en Europa”, o “como en España” o “como entre nosotros”, quiere decir recibirla en el propio horizonte mental, reconocerle aquella normalidad, aquella tradicionalidad, la racionalidad que tienen los animales y las plantas de nuestros climas, con lo cual aquello que se consideraba exótico comienza a verse como familiar<sup>93</sup>.

En este profundo territorio de “otredad” que encontraron los europeos en el continente americano – que a veces no pudieron describir con palabras- aparecieron algunos términos y referencias (casi por necesidad) que acercaron aquellas lejanas tierras al mundo cotidiano europeo. Entre caníbales, sierpes

---

Antioqueño (1914-1925)”, *Revista de Estudios Sociales*, nº 51 (marzo de 2015): 118–31.

91 Nancy P. Appelbaum, *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948* (Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007).

92 Nieto Olarte, *Historia natural y política*, 21.

93 Antonello Gerbi, *La Naturaleza De Las Indias Nuevas: De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández De Oviedo*, 1. ed. en español (México: Fondo de Cultura Económica, 1978), 18.

(iguanas), manatis y plantas “ignotas” surgen algunas criaturas que pueden plantear una conexión entre Europa y aquella extraña naturaleza encontrada al otro lado del Atlántico: Los felinos, tigres, leones y parentela hacen parte de la autoproclamada tradición occidental desde los textos “zoológicos” de Aristóteles, Plinio el viejo, Claudio Eliano entre otros. Fueron parte fundamental del circo romano y de las casas de fieras reales. A su vez plagaron los bestiarios y heraldos medievales destacándose entre ellos el león, aquel que se proclamó en la Edad media como rey de los animales<sup>94</sup> y que en ocasiones era asociado al propio Jesucristo<sup>95</sup>. La existencia de estas bestias en las nuevas tierras es un hecho destacado por los primeros exploradores europeos. Al parecer el primero en mencionar la presencia de fieras de este tipo en el nuevo continente es Americo Vesputio<sup>96</sup>. Desde allí los gatos del Nuevo Mundo comienzan a figurar en las líneas de los cronistas y de todos aquellos que se refieren a las “nuevas tierras”.

Después de Vesputio, Pedro Mártir de Anghiera es el autor encargado de realizar una descripción más explícita de los felinos del Nuevo Mundo. Sin nunca pisar tierra americana, Anghiera (o Anglería según la grafía hispana) es una de las principales fuentes sobre la llegada de los primeros europeos al Nuevo Mundo. Con disciplina y curiosidad, el italiano acopia en España todo aquel material que considera interesante sobre los nuevos territorios. Por sus manos pasaron desde fuentes escritas, plantas, tejidos y adornos nativos e incluso los pocos animales vivos que soportan la travesía atlántica. Fuente importante para sus reconocidas *Décadas del Nuevo Mundo* son también los interrogatorios que realiza a los hombres que emprenden la “aventura indiana”. Tal vocación de Anghiera es potenciada cuando es oficialmente nombrado como el primer Cronista de Indias (1520). Para cuando escribe su segunda década (1514) los españoles ya habían logrado llegar al continente suramericano. De hecho ya se había establecido el núcleo primigenio de Santa María La Antigua del Darién, población fundada a instancias de Vasco Núñez de Balboa y Martín Fernández de Enciso (1510) Mártir habla de la naturaleza encontrada en la región de la siguiente forma:

“Los espantosos bosques de aquellas tierras alimentan, además de tigres, leones y otros que ya conocemos o que al menos han sido descritos por insignes escritores”<sup>97</sup>

94 Michel Pastoureaux, *El oso: historia de un rey destronado* (Barcelona: Paidós, 2008), 169.

95 R. K French, *Ancient Natural History: Histories of Nature*, Sciences of antiquity (London: Routledge, 1994), 279.

96 Valverde Valdés, *Balam*.

97 Pedro Martir de Angleria, *Décadas del nuevo mundo*, vol. I (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos,

Los felinos encontrados en las nuevas tierras resultan más familiares a los europeos cuando se comparan a otros animales mencionados en dicha descripción como el tapir<sup>98</sup> y aquel animal “(no conocido, que yo sepa, de ningún escritor), que lleva consigo su hijos en una bolsa del vientre [¿zarigüeya?]”<sup>99</sup>. Ante la monstruosa y espantosa naturaleza con la cual suele toparse Anghiera desde luego que fieras como leones y tigres resultan ser más coherentes con su conocimiento. Al menos estos se conocen en Europa y son mencionados por los “escritores”, es decir, las fuentes clásicas. Pero al italiano no deja de asaltarle una duda y que aparentemente habría resuelto en su Tercera Década al interrogar a Juan de Ledesma (uno de los miembros de la expedición de Vasco Núñez de Balboa por el Darién) cuando este se refirió a un tigre del cual confesó “haber comido” y cuya “carne no es inferior en nada a la de vaca”<sup>100</sup>. Ante tales afirmaciones Anghiera queda atónito por lo cual:

“[...] al preguntarles como decían que se trataba de tigre, no habiendo visto ninguno, respondieron haberlo identificado por las manchas, ferocidad, agilidad y otras características que los autores [las fuentes clásicas de nuevo] indican, y por haber muchos de ellos contemplado leopardos y panteras manchadas”<sup>101</sup>

La anécdota de Ledesma está acompañada por un relato digno de Plinio o de Eliano y que quizá para Anghiera diera más coherencia a la existencia de tigres y leones en las nuevas “Indias”:

“Decíase que el año anterior había sido asolado el Darién por un tigre, con no menos daños que los ocasionados antaño en Caledonia por el rabioso jabalí o en Nemea por el fiero león; durante seis enteros meses no hubo noche que transcurriera indemne y sin que, en las calles mismas del pueblo, diese muerte a alguna vaquilla, yegua, perro o cerdo. Lo mismo ganado mayor que los rebaños eran sus víctimas, y aun contaban que nadie salía de sus casas, sobre todo cuando la fiera criaba a sus cachorros, porque entonces, urgida por el hambre de sus hijos, acometía a los hombres, si topaba con ellos

---

1989[1511-1525]), 273.

98 Pedro Martir de Angleria, *Décadas del nuevo mundo*, vol. II (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1989[1511-1525]), 275.

99 Pedro Martir de Angleria, *Décadas del nuevo mundo*, 1989, I:273.

100 Ibid., I:302.

101 Ibid.

antes que con algún animal”<sup>102</sup>.

Los colonos, cansados de la situación, buscaron resolver el problema con el felino y cavaron un trampa en el suelo de las cercanías. Dejaron cebo encima de la misma y taparon el agujero con ramas y hojas. La estrategia cumplió su efecto y el animal cayó en la trampa:

“Llegóse el incauto tigre, pues era el macho, cayó en la fosa y se quedó clavado en unos agudos palos que en el fondo estaban fijos. Con sus rugidos estremecía los alrededores y hacía retumbar los montes con sus gritos. Echando enormes peñascos desde la superficie del hoyo sobre el animal sujeto por las estacas, lo mataron. Las lanzas que le tiraban las rompía él con sus garras en mil astillas y fragmentos; medio muerto y desangrado, aun llenaba de espanto a los que lo miraban”<sup>103</sup>

También en el mismo estilo de las historias de Claudio Eliano el relato de Anghiera deja una enseñanza:

“Habiendo muerto al macho, llegaron en seguimiento de sus huellas hacia los montes, a la madriguera en que vivía, y se trajeron en ausencia de la madre, dos cachorrillos que aun mamaban. Cambiando de parecer, y con objeto de enviarlos a España así que crecieran un poco, los volvieron a llevar, tras de ponerles cuidadosamente férreas cadenas en el cuello, a su antro para que la madre los lactase, y habiendo vuelto pocos días después a la cueva la encontraron vacía, sin que se hubiese cambiado de lugar las cadenas. Debió de ocurrir, en opinión de los nuestros, que la fiera arrebatada de rabia, según afirman, era imposible zafarlos vivos de sus vínculos”<sup>104</sup>

Quizá por influencia de la obra de Mártir y del creer que esta criatura era igual al tigre de las fuentes clásicas, Fernando el Católico dispone en 1515 que un tigre sea escogido junto a un lagarto -referencia a un caimán- como emblemas del escudo de la primera ciudad (y capital) de Tierra-Firme: Santa María

102 Ibid.

103 Ibid.

104 Ibid., I:302–303.

la Antigua del Darién<sup>105</sup>. Como parte de esta asimilación, el tigre americano ingresa a la heráldica, uno de las áreas europeas en las cuales sus parientes del viejo mundo habían reinado por más de 300 años. El tigre que allí se dispone es rayado, pero esto tiene que ver más con una disposición de la disciplina - pues la heráldica no destaca por su naturalismo- más que una confusión con su primo asiático. Por esto, se puede asegurar que el felino presente en este escudo es un jaguar: un tigre del Nuevo mundo.



Figura No 2. Escudo de Santa María la Antigua del Darién<sup>106</sup>

### El jaguar como “peste”

Si bien los felinos del Nuevo mundo se convirtieron en una especie de “vínculo” con la naturaleza conocida por los europeos, también esto significó que los tigres de este hemisferio “heredaron” parte de la mala fama que persiguió a sus parientes y semejantes. La anécdota del tigre del Darién con la cual se terminó el anterior apartado ofrece una pequeña muestra de esta situación. Esta “satanización” de los depredadores americanos resultó todavía más compleja al toparse con la firme intención de los europeos de trasladar su forma de vida a las tierras del Nuevo mundo. Quizá el fenómeno asociado a

105 “[...] señalo e doy que tenga por armas la dicha cibdad un escudo colorado e dentro, en él, un castillo dorado e sobre él la figura del sol e debaxo del castillo un tigre a la mano derecha y un lagarto a la izquierda, que estén alzados el uno contra el otro alrededor de esta manera siguiente y por divisa la imagen de Nuestra Señora de la Antigua, las cuales dichas armas y divisa doy a la dicha ciudad para que las podáis traer e trayais y poner y pongáis los pendones y sellos de la dicha ciudad (...)” Hernán Escobar Escobar, “Escudo de Santa María la Antigua del Darién,” *Lotería*, Abril de 1961. Este escudo queda en “desuso” por más de 400 años al abandonarse la ciudad. Se convertiría en el escudo del naciente departamento del Chocó en 1957 y lo sigue siendo hasta el día de hoy.

106 Tomado de [https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/e1/Escudo\\_darien.gif](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/e1/Escudo_darien.gif) Consultado el 1 de octubre de 2015.

esto último que produjo mayor conflicto con los felinos nativos fue la introducción de animales domésticos.

Algunos clásicos de la historia ambiental se han enfocado sobre las consecuencias ambientales que implicó este proceso de introducción e intercambio de especies<sup>107</sup>. No obstante, ninguno de estos trabajos clásicos se detuvo en analizar como esta introducción de fauna foránea afectó los depredadores americanos<sup>108</sup>. Para tratar de revisar esta situación en términos históricos deben revisarse las fuentes al respecto. Como ya se vio con el ejemplo de los tigres del Darien, el conflicto entre animales domésticos y jaguares se produjo de forma muy temprana. Gonzalo Fernández de Oviedo confirma esta situación con una información muy diciente: para 1522 la corona española promulgó recompensas en oro para quienes cazaran a los felinos<sup>109</sup>, tal y como se hacía en Europa con aquellos animales considerados como plagas<sup>110</sup>. Muchas veces estas recompensas se justificaban por que el tigre había cobrado presas entre los animales domésticos de las poblaciones españolas. Parece que este fue el comienzo del conflicto entre el hombre de campo y el felino manchado en nuestro territorio, el primero casi siempre dispuesto a tomar la escopeta cuando escucha el rumor de la cercanía del segundo.

Si bien cerdos, gallinas, ovejas, caballos e incluso perros no podían escaparse del rango de presas de los tigres americanos, fue su relación específica con un animal traído del Viejo mundo un retrato de continua de tensión: el ganado. La biología hoy afirma que la ganadería extensiva acarrea serios impactos para los jaguares, entre ellos, la disminución de área de distribución, fragmentación, reducción de conectividad, aislamiento genético y mayores efectos de bordes<sup>111</sup>. Es muy difícil rastrear históricamente con cifras precisas la incidencia que ha tenido la práctica ganadera en la extinción local del jaguar, pero podemos asegurar con cierta certeza que hace parte de los factores que explican la

107 Alfred W. Crosby, *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900*, 2ª ed. (Cambridge University Press, 2004); Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492* (Greenwood, 1973); Elinor G. K. Melville, *Plaga de Ovejas: Consecuencias Ambientales de la Conquista de México* (Fondo de Cultura Económica, 1999).

108 Melville, *Plaga de Ovejas*.

109 “El año de mill e quinientos e veinte dos años los regidores que éramos de la cibdad de Sancta María del Darién hecimos en nuestro cabildo una ordenanza, en la cual prometimos cuatro o cinco pesos de oro al que matase un tigre éstos, y por este premio se mataron muchos dellos en breve tiempo, de la manera que está dicho, e con cepos asimismo” *Historia general y natural de las Indias* (Madrid: Ediciones Atlas, 1959), vol. III, 40.

110 Sir Keith Thomas, *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800* (Oxford University Press, USA, 1996), 274.

111 Esteban Payán Garrido et al., “Distribución y estado de conservación del jaguar en Colombia”, en *Grandes Felinos de Colombia*, vol. I (Bogotá D.C.: Panthera Colombia, Fundación Herencia Ambiental Caribe, Conservación Internacional y Cat Specialist Group UICN/SSC, 2013), 32.

desaparición de nuestro tigre y de otros depredadores de ciertos territorios.

Desde las etapas más tempranas de la Invasión europea surgen testimonios de este conflicto entre el ganado y el más grande de los felinos americanos. Para la región andina existe un testimonio del año 1572 en una visita de la corona realizada a la población de Tocaima “... y el otro son los tigres que hazen grandísima carnicería en todo género de ganado mayormente si con tiempo no los matan antes aquellos se encarnicen...”<sup>112</sup>. El ganado es introducido en América para suministro de carne y leche, convirtiéndose en uno de los principales ejes sobre los cuales se fundamentó la economía colonial. A lo largo de toda la América se establecieron enormes haciendas ganaderas en las cuales el conflicto con el jaguar se convirtió en un cuadro de la vida cotidiana.

Resulta más importante fijarnos sobre el ganado -una palabra con un significado muy poderoso<sup>113</sup>- vacuno por una situación que no puede pasar desapercibida. La Relación de San José de Urrao – un informe que hace parte de la Relación de Antioquia- nos menciona que “tigres, leones [,] osos [...] estas tres clases de animales son muy perjudiciales a los ganados”<sup>114</sup>. Sin embargo, en el resto de la documentación consultada la figura del tigre emerge como la del principal enemigo para el ganado. Desde la biología moderna se explica que las únicas dos especies nativas americanas que pueden depredar al *Bos taurus* y parentela<sup>115</sup> son el puma o león americano (*Felis concolor*) y el jaguar. Esto hace que la *Panthera onca* sea considerado prontamente como un enemigo al cual temer. Surge entonces una paradoja: el tigre de América ha sido concebido como una criatura débil<sup>116</sup>, pero a su vez es una de las que más daños causa al hombre. De esta forma, el tigre es un elemento que atenta contra las comunes visiones armónicas que se construyeron sobre el mundo natural: un elemento que alteraba el orden utópico que pretendía establecer el hombre<sup>117</sup>. Por esto el tigre se convierte en un animal visto con profundo rechazo.

112 Tovar Pinzón, Hermes. *Relaciones y visitas a los Andes, siglo XVI*. Tomo I, II, III y IV. (Colcultura y Instituto de Cultura Hispánica, Bogotá, 1995), 378.

113 Según la Real Academia de la Lengua “Dicho de una cosa: Que se gana” consultado en <http://lema.rae.es/drae/?val=ganado> el 1 de octubre de 2015.

114 Archivo Histórico de Antioquia, *Censos y estadísticas*, Volumen 343, Documento 6538 [Relación de la Provincia de Antioquia], (1808) Folio 32v.

115 En el siglo XX fueron introducidas *Bos indicus* (conocido como ganado cebú) y un miembro más lejano de la familia bovidae el *Bubalus bubalis* o búfalo doméstico.

116 Esta situación se discute en el próximo apartado

117 Donald Worster, *Nature's Economy: A History of Ecological Ideas* (Cambridge University Press, 1994), 400.

Esta hostilidad hacia al jaguar es una realidad aún presente<sup>118</sup>. Como suele suceder con sus pares del Viejo mundo, los ganaderos tienden a atribuir la mayoría de los casos de muerte o desaparición del ganado a los depredadores, provocando una percepción de pérdida mayor que la pérdida real, acentuando el conflicto, lo que puede conducir a represalias<sup>119</sup>. Por eso, así el animal no sea el responsable de las muertes que se le ajustan, por lo general termina siendo muerto ante la más mínima sospecha.

Una de las situaciones que podemos resaltar en las fuentes es la sospecha que el tigre se acostumbre a cazar animales domésticos o que quede “cebado” por los mismos, un fenómeno que incluso es reconocido actualmente por la biología. José Manuel Restrepo, uno de los autores más prolíficos de comienzos del siglo XIX, menciona que en los “montes” (refiriéndose a las zonas salvajes) de la Provincia de Antioquia los tigres depredaban de forma continua el ganado que se encontraba a su alcance<sup>120</sup>.

También los documentos nos expresan otro temor que suele asociarse a la depredación del ganado y es aquel que un día el tigre cansado de devorar animales domesticados termine por cazar hombres. En el informe del poblado de San Jerónimo en la Relación de la provincia de Antioquia (1808), también se hace referencia al mayor de los posibles atrevimientos cometidos por nuestro tigre:

“Hay una clase de animales como es el tigre, león, osos, tatabras, zorros, venados, conejos, camevaes, chuchas, guaratinajas, hurón, *todos perjudiciales al común, pero excede el tigre, pues éste es dañoso no sólo en los demás animales útiles, como son la res, la mula, caballo, burro, y marrano y perro, cabras, sino que cuando está ya cebado a comer de estos animales, también come cristianos*”<sup>121</sup>.

La Relación de San José de Nechi -también incluida en la Relación de Antioquia- termina por completar la anterior alusión al confirmar que los tigres resultaban “dañosos” para el ganado pero

118 Rodrigo A. Medellín et al., “Un análisis geográfico del estado de conservación y distribución de los jaguares a través de su área de distribución”, en *El jaguar en el nuevo milenio* (Fondo de Cultura Económica, 2002), 551–600.

119 Charudutt Mishra, “Livestock depredation by large carnivores in the Indian trans-Himalaya: conflict perceptions and conservation prospects”, *Environmental Conservation*, n° 04 (diciembre de 1997): 338–343.

120 José Manuel Restrepo, “Sobre la Geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reyno de Granada”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 19 de febrero de 1809, 55.

121 Archivo Histórico de Antioquia, *Censos y estadísticas*, Volumen 343, Documento 6538, (1808) Folio 36r.

también entre los hombres particularmente para los “labradores y montadores”<sup>122</sup>, es decir, los individuos que se aventuraban al “monte”.

Emiro Kastos, seudónimo de Juan de Dios Restrepo, uno de los cronistas colombianos más importantes de mitad del siglo XIX, escribió en 1859 un terrible testimonio al respecto “En los alrededores de Bucaramanga se entregó a un comunismo desenfrenado: comióse unos cuantos muleros, algunas mulas i un burro. De una choza arrebató un muchacho, e hirió mortalmente a un hombre”<sup>123</sup>. Resulta una experiencia terrible para el ser humano -el “rey de la creación” según la tradición occidental y el depredador supremo- temer la posibilidad de convertirse en presa de otro animal. Es una afrenta grave al dominio que pretende sobre el mundo natural<sup>124</sup>.

Sin embargo, los ataques a los hombres por parte del jaguar son poco frecuentes y por lo general ocurren cuando el felino advierte la posibilidad de salir con alguna ventaja en el lance, aunque no dejan de ser aterradores y se convierten en la peor afrenta que puede hacer un animal al ser humano dentro de la perspectiva occidental. Aunque parezca contradictorio, no falta citar que este es precisamente uno de los motivos al cual se atribuye la reverencia prestada por muchas culturas nativas a esta criatura: el jaguar es la única criatura terrestre que puede devorar hombres<sup>125</sup>.

### **El jaguar como reflejo de una naturaleza inferior**

Las primeras crónicas europeas sobre la naturaleza del Nuevo mundo fueron uno de los puntos de partida del proceso de “invención” del jaguar. Estas explican porque al animal de tierras americanas fue identificado con el nombre de una criatura del Asia (tigre) y porque desde muy temprano compartió la mala suerte que poseyeron los animales depredadores en Europa. Pero también en las primeras crónicas se encuentran las primeras líneas que condujeron a hacer la diferencia entre animales del Viejo y el Nuevo mundo. Gonzalo Fernández de Oviedo, a quien se debe citar de nuevo, nos legó las siguientes líneas al respecto: “De aquestos animales hay muchos en la Tierra-Firme, [...] pero yo no me determino si son tigres, viendo lo que se ve de la torpeza de aquestos que tigres llamamos en las Indias”<sup>126</sup>.

122 Archivo Histórico de Antioquia, *Censos y estadísticas*, Volumen 343, Documento 6538, (1808) Folio 51r.

123 Kastos, Emiro. *Colección de artículos escojidos*. Bogotá: Pizano i Pérez, 1859

124 Jon T. Coleman, *Vicious: Wolves And Men in America* (Yale University Press, 2006), 106.

125 Nicholas J. Saunders, “El icono felino en México: fauces, garras y uñas”, *Revista de Arqueología mexicana* Vol. XII, n° número 72 (2005): pp. 20–27; Valverde Valdés, *Balam*.

126 Fernández de Oviedo, Gonzalo (1525). *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. P. 59.

No sabemos a que se refiere exactamente Oviedo cuando alude a la torpeza del tigre americano<sup>127</sup>, pero para él es motivo suficiente para implantar dudas en su mente. Al principio logra resolverlo de la siguiente forma:

“Verdad es que, según las maravillas del mundo y los extremos que las criaturas, más en unas partes que en otras, tienen, según las diversidades de las provincias y constelaciones donde se crían, ya vemos que las plantas que son nocivas en unas partes, son sanas y provechosas en otras, y las aves que en provincia son de buen sabor, en otras partes no curan de ellas ni las comen; los hombres que en una parte son negros, en otras provincias son blanquísimos, y los unos y los otros son hombres : ya podría ser que los tigres asimismo fuesen en una parte ligeros, como escriben, y que en la India de vuestra majestad, de donde aquí se habla, fuesen torpes y pesados”<sup>128</sup>.

También en un momento considera que esto se explica también porque en realidad esta criatura no es un tigre sino un animal parecido y que hace parte del acervo clásico: “panteras (porque les falta la ligereza del tigre quese alegó de suso, y estos no tienen coyunturas en las piernas postreras e van a saltos)”<sup>129</sup>

De todas formas y pese a esta anterior explicación, el propio Fernández no queda muy convencido, situación que deja plasmada en la siguiente acotación:

“Para mi opinión, dicho he lo que siento de ser o no ser tigres estos ochis; mas sea cualquiera de los que se notan en el número de la piel maculada, o por ventura otro nuevo animal que así mismo la tiene y no está en la cuenta de los que están escriptos, porque de muchos animales que hay en la Tierra Firme, y entre ellos aquestos que yo aquí porné (o los más de ellos), ningún escriptor de los antiguos hace memoria de ellos”<sup>130</sup>

127 Esta aparente “torpeza” del tigre americano también es señalada en forma similar por Martín Fernández de Enciso: “los tigres son más grandes de cuerpo que los leones, y tienen muy recios brazos y mucha fuerza, pero son tan pesados que corren poco y son de poco corazón” Fernández de Enciso. *Suma de geografía*. Madrid, Bibliófilos Españoles, 1948. P.223.

128 Fernández de Oviedo, Gonzalo (1525). *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. P. 59

129 Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés, *Historia general y natural de las Indias* (Madrid: Ediciones Atlas, 1959), III, 39.

130 Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia Natural de las Indias*. Tomo II P.40.

En el siglo XVIII algunos autores recuperaron estas dudas y juntando estas con algunos “hallazgos” de su tiempo se comenzó a plantear con mas fuerza la diferencia entre los tigres de los dos mundos. Sin embargo, tal conocimiento más que un hecho “científico” es también otra manifestación del álgido debate que se mantuvo sobre la supuesta inferioridad de la naturaleza americana respecto a la del Viejo mundo<sup>131</sup>. Los animales americanos casi por necesidad debieron convertirse en animales distintos a los conocidos por los antiguos y tal diferencia se construyó desde sus “rasgos negativos” aparentes. Autores como Buffon, De Pauw, Lacepede, entre otros retomaron los relatos de los cronistas para sustentar dentro de un ánimo “científico” la superioridad de la naturaleza del Viejo mundo. Una de las criaturas que sale mal librada en dichas interpretaciones es el tigre americano. En su *Histoire naturelle* Buffon describe al jaguar como una criatura capaz de devorar los cuadrúpedos que estén a su alcance, pero cobarde en todo caso, no más grande que un perro europeo y cuando saciaban su apetito no eran más feroces que uno de estos. Su atrevimiento respecto al hombre se limitaba a devorar unos cuantos nativos -cobardes entre cobardes-, pues como ocurría con el leopardo en el África, el jaguar no se atrevía a atacar al hombre blanco<sup>132</sup>.

Para Buffon y otros autores de su tiempo el tigre de las Américas no es más que otro ejemplo de una naturaleza degradada y decadente, en la cual incluso todo aquello que se lleva de Europa se degenera (a excepción de los cerdos que parecen sentirse a sus anchas). América es un continente húmedo, joven y profuso en reptiles e insectos, los cuales ante tales condiciones parecen reproducirse por generación espontánea<sup>133</sup>. Que aquella criatura cobarde tomase el nombre del tigre de las fuentes clásicas no era más que producto de la confusión que generó el encuentro con el Nuevo Mundo<sup>134</sup>.

Tales posiciones generaron un debate entre contradictores y defensores a ambos lados del Atlántico. Sin embargo dentro del círculo científico dominante la supuesta inferioridad de la naturaleza americana habría de aceptarse durante algún tiempo más. No es extraño entonces que en algunos de los nacientes círculos ilustrados americanos estas opiniones tuvieran recibo con ciertos bemoles y divergencias claras. Francisco José de Caldas, el sabio, fue uno de aquellos que conocieron dichas ideas y las

131 Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica: 1750-1900*, 2a. ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1982).

132 Buffon's *Natural History: General and Particular* Translated by William Smellie (8 volumes, 1781).  
<http://faculty.njcu.edu/fmoran/buffonhome.htm>

133 Gerbi, *La disputa de nuevo mundo*, 7–9.

134 Ibid., 39.

interpretó según su visión. El Sabio conoce la obra de Buffon y cita su traducción cada vez que sus escritos se refieren a la historia natural. En sus obras la referencia al tigre americano es recurrente más no extensa. Primero que todo Caldas reconoce que el tigre de las Américas no es el mismo tigre asiático (o verdadero tigre):

“¿Qué es la ferocidad del lobo europeo comparada con la índole sanguinaria del tigre de Bengala?. ¿Qué son la onza y el león americano al frente de los animales que llevan el mismo nombre en el Antiguo Continente? No por esto se imagine que la crueldad disminuye en razón inversa de la latitud”<sup>135</sup>

Caldas afirma que las criaturas americanas no pueden compararse con aquellas del Viejo Mundo, pero no por esto son menos crueles. El tigre americano es una criatura inferior, pero no por esto debe dejarse de temerle. Por otro lado Caldas está lejos de abandonar los diversos nombres que se le dan al tigre americano que lo acompañas hasta el día de hoy al jaguar y que no pocas veces suelen causar confusión; en esta ocasión lo llama *onza* tal y como lo hicieron los primeros viajeros portugueses<sup>136</sup>, motivo por el cual Linneo designó a la criatura con el nombre científico de *Felis onca*<sup>137</sup>. Dentro de la teoría de Caldas la influencia del clima no se limita exclusivamente al hombre y a su disposición económica, social y “moral”, sino que influye también sobre los seres irracionales:

“Nuestros animales están también distribuidos por el calor y por el frío. Qué diferentes son los moradores de las selvas del Orinoco y del Chocó, comparados con los que habitan las faldas, y los de la cima de nuestra cordillera! El cocodrilo, los lagartos, la tortuga, el tigre, las serpientes, el mosquito y mil otros insectos diferentes viven, se complacen y multiplican en las orillas del Océano y en las soledades ardientes. Aquí se oyen los gritos lamentables del perezoso, aquí devasta el jaguar, pueblan los aires el guacamayo, el loro, el paletón. Más arriba el oso, la danta y el ciervo corren y atraviesan grandes espacios sobre la nieve y sobre la cima casi desnuda de los Andes. Todos están circunscritos, todos tienen

135 Francisco José de Caldas, “El influjo del clima sobre los seres organizados”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 12 de junio de 1808, 217–218.

136 Otro de los nombres que se utiliza hoy en día para el jaguar entre los lusoparlantes es “onça” u “onça pintada”. Consultado en <https://www.priberam.pt/DLPO/on%C3%A7a> el 1 de octubre de 2015.

137 Caldas llama al tigre americano “felis onza” en su otro ensayo Francisco José de Caldas, “Estado de la geografía del virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 3 de enero de 1808, 7.

límites que no pueden pasar. El tigre jamás ha empapado en sangre las orillas del Bogotá; la cascabel jamás ha inspirado el terror en el corazón del quiteño, y el que habita nuestras costas no conoce nuestros ciervos”<sup>138</sup>

El jaguar no es más que una criatura dañina, reducida a aquellas zonas que no son viables para la civilización: las soledades ardientes, donde el hombre no ha impuesto su dominio ni político ni de facto. El tigre americano comparte su espacio vital con los mulatos, los indios bárbaros y demás castas ajenas al concierto de la nación<sup>139</sup>. En esto también es comparable el jaguar a sus parientes africanos que dan frente a los pueblos de hombres “lascivos y ociosos” cercanos al Ecuador<sup>140</sup>. Caldas se convierte así en precursor de los autores que observan en el jaguar un testimonio del atraso de la república. El rugido del tigre americano solo se escucha en aquellos parajes a los cuales no ha llegado el imperio del hombre, así lo registra José María Samper en su travesía por el Magdalena “Entretanto, el buho solitario de la playa vecina respondía con su canto lúgubre al bramido lejano del jaguar errando entre las asperezas de la selva”<sup>141</sup>, visión que coincide incluso con el manual de historia de Henao y Arrubla “en la Sierra Nevada de Santa Marta en sitios apartados de toda habitación humana, existen soberbios caminos empedrados que hoy sólo frecuentan los tapires, los pecaris y los jaguares”<sup>142</sup>. Es el reino del tigre y del caimán, aquel país no “conquistado” por los españoles y en el cual los ciudadanos de la república apenas podían ser espectadores de la batalla de los soberanos naturales de la tierra (el felino) y el del agua (el lagarto)<sup>143</sup>.

Hacia 1858 Emiro Kastos expresaba, en otra de sus crónicas, lo siguiente sobre su viaje al territorio que hoy corresponde al Huila y sus alrededores:

“Mi querido amigo: me tiene U. aquí sano y salvo, de vuelta del Alto Magdalena, sin fiebre, ronchas, llagas, pica duras ni carate. Esas pobres tierras calientes son por los raizales

138 Francisco José de Caldas, “Del influjo del clima sobre los seres organizados. Del influjo del clima sobre los seres organizados”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 3 de julio de 1808, 27 edición, 245.

139 Ibid., 246–247.

140 Francisco José de Caldas, “El influjo del clima sobre los seres organizados”, *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 5 de junio de 1808, 213–214.

141 (1862) *Viajes de un Colombiano en Europa*, Vol. 1. Cap.1.

142 Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, 3ª ed. (Bogotá: Librería Colombiana, C. Roldán & Tamayo, 1920), 26.

143 “terribles combates el jaguar, tirano de la selva, y el monstruoso dragon de los rios colombianos” tal cual es el testimonio de José María Samper (1862) *Viajes de un Colombiano en Europa*, Vol. 1. Cap.1.

atrozmente calumniadas. Imaginan que allá, á los rayos del sol puede bonitamente encenderse un cigarro, que los moscos y los zancudos no le dejan á uno cara en que persignarse, que las rayas clavan su arpón en todas las corrientes, que los tigres aguzan los colmillos contra las piedras para esperar á los viajeros, y que las serpientes silban, colgadas de las ramas, formando una melodía infernal. Ya U. ha visto que la fiebre no habita en el Alto Magdalena, y que los insectos son casi inofensivos ; hallar un tigre en los bosques es un acontecimiento, y se tropieza con una culebra por muerte de un Obispo.”<sup>144</sup>

Kastos refleja en esta cita el contraste y los temores que existen en el pensamiento del hombre andino sobre la “tierra caliente” que ya expresaba Caldas en su disertación. El tigre es utilizado en este texto como una criatura que simboliza todo lo perjudicial que puede encontrarse en las zonas bajas de la región andina. Sin embargo, Kastos también menciona en su crónica la “redención” de una zona que parece haber sido arrebatada al salvajismo y de la cual solo circulaban “calumnias” que no hacían justicia con su “realidad”. Según Kastos, la región ya se encontraba tan próxima a la “civilización” que ya era muy difícil encontrar “tigres” en ella.

La idea de la supuesta inferioridad del tigre americano -y, por extensión, de la naturaleza que lo rodea- sobrevivió hasta tiempos recientes. Bien entrado el siglo XX, Luis López de Mesa, ministro de educación del presidente liberal Alfonso López Pumarejo y una de las figuras más influyentes del pensamiento de la época, se quejaba aún de la lamentable realidad de la naturaleza nacional:

“Más de media República este sumida en bosque virgen. Seiscientos mil kilómetros cuadrados de tierra baldía aún ¿Que sello peculiar pone esta naturaleza al hombre, si es que pone alguno? No lo sé bien. Para mí selva y magia se confunden (...) Es el ambiente de lo inesperado, de la tradición, de lo inextricable y sombrío. Bajo el techo vegetal sin fin se avanza en la penumbra de un mundo casi cavernario, sin frente ni espalda, sin derecha ni izquierda: inagotable sucesión de troncos, bejucos, de intrincada maleza, de arroyos y pantanos, igual acá, igual allá, igual en todas direcciones, hasta producir el vértigo de la indefinición espacial y el vértigo de la indefinición de los seres”<sup>145</sup>

<sup>144</sup> *El Tiempo*, número 198, de 12 de Octubre de 1858.

<sup>145</sup> Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana* (Bogotá: Librería Colombiana, 1934), 37–38.

En esta realidad el hombre parecía sucumbir ante las bestias, pero el autor en un tono propio de Buffon e incluso más vehemente que el de Caldas afirma que los animales americanos apenas hacen sombra a las bestias de los demás continentes:

“Todas las regiones del país dan origen a numerosos placentarios, simios, carniceros, rumiantes, roedores etc., pero de pequeña talla. Al elefante solo podemos oponer el tapir, al camello la llama, al cordero la vicuña, a la jirafa el venado, al tigre el jaguar, al león el puma, al canguro el oposum, al gorila el marimonda o "belzebuth"; y nada tuvimos desde la época cuaternaria para reemplazar el caballo, el toro, el asno. En esta América meridional, causando con ello una detención en la marcha del progreso de las naciones aborígenes”<sup>146</sup>

Cuan distinta es la visión de estos autores frente a aquella legada por el barón de Humboldt<sup>147</sup> en la cual asocia a la naturaleza de América con el paraíso perdido por Adán y Eva, dejando en medio un elogio al jaguar:

“Uno se siente en un mundo nuevo, frente a una Naturaleza salvaje e indómita. Ora aparece en la ribera el jaguar, la hermosa pantera americana; ora es el hocco (crax aletor), de negro plumaje y penacho (...). “Es como el paraíso”, decía nuestro timonel, viejo indio de las misiones. Y en realidad todo recuerda aquí el estado original del mundo.”<sup>148</sup>

### ***El tigre valioso***

La compleja relación que se planteó con los jaguares también presenta otra cara: el jaguar también produce un enorme grado de fascinación. De nuevo, los antecedentes para esta situación pueden rastrearse mucho antes del marco cronológico del presente trabajo. Existen testimonios del envío de tres tigres por parte de Hernán Cortés a al rey en 1520<sup>149</sup>. Nicolás Monardes mencionó que tales animales eran embarcados con frecuencia en los galeones de indias<sup>150</sup> y existen pruebas de la

146 Ibid., 39–40.

147 Humboldt es conocido por su “defensa” de la naturaleza americana. En una respuesta a Hegel, quien reprocha de las criaturas del Nuevo Mundo, el Barón menciona lo siguiente “De buena gana renunciaría a esa carne de vaca europea que Hegel nos quiere hacer pasar como muy superior a la americana, y me gustaría vivir al lado de esos cocodrilos suyos, débiles e inofensivos, pero que desgraciadamente tienen 25 pies de largo” Gerbi, Antonello. *La disputa del nuevo mundo: historia de una polémica: 1750-1900*. 2a. ed. México: Fondo de cultura economica, 1982. 527.

148 Alexander von Humboldt, *Del Orinoco al Amazonas : viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, 2ª ed. (Barcelona: Editorial Labor, 1988), 189.

149 José Luis Martínez, *Hernán Cortés* (Fondo de Cultura Económica, 1992), 224–228.

150 José Pardo Tomás, *El tesoro natural de América: Oviedo, Monardes, Hernández colonialismo y ciencia en el siglo*

existencia un célebre jaguar que poseía el leonero real en Toledo, del cual Gonzalo Fernández de Oviedo dejó una anécdota en su *Historia general*<sup>151</sup>. Los jaguares hacían parte del boyante comercio de aves y animales que acaeció en Europa durante los siglos XVI y XVII. Fue tanto el interés hacia este que la casa Fugger agregó a los animales exóticos a su carpeta de inversiones y la Compañía Holandesa de las Indias orientales construyó almacenes y establos especiales para mantener allí a los animales que debían ser vendidos. Incluso los barcos particulares no perdían oportunidad de comprar algún espécimen raro sabiendo que después podía venderse muy bien en puerto<sup>152</sup>.

Los números de este comercio cobraron tal magnitud que hasta los autores afincados en las Indias occidentales lo dejaron mencionado en sus relatos. Es el caso de Lucas Fernández de Piedrahita, cronista colonial de la Nueva Granada, quien mostró cierto desacuerdo con estos comerciantes que querían replicar la hazaña de Noé:

“[...] de un gusto estragado, vemos cada día llevar a Italia y traer a España tigres de la América, elefantes del Asia y leones de África, y lo que es más, conducir de estos últimos a las Indias Occidentales, como se han visto en la ciudad de Cartagena, sin haber príncipes en ella, en cuyo obsequio hallase disculpa su conducción. Además que no es de poca conveniencia para los hombres manifestar la superioridad de su especie sobre todos los Individuos de las otras”<sup>153</sup>.

Pero por motivos que van más allá de la simple viabilidad<sup>154</sup> el comercio de la piel del jaguar es la práctica más relacionada con el felino: Esta se convierte en objeto de ostentación y de intercambio. Muerto el animal, su piel se convierte en un objeto que demostraba el poder y la prestancia de aquel

XVI, 1. ed. (Tres Cantos: Nívola, 2002), 99.

151 Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés, *Historia general y natural de las Indias* Vol. III (Madrid: Ediciones Atlas, 1959), 41–42.

152 Marina Belozerskaya, *La Jirafa de los Medici* (Barcelona: Gedisa, 2008), 215–216.

153 Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*, I:3.

154 Trasladar jaguares vivos al otro lado del atlántico requería un cuantioso y costoso proceso, por eso, transportar de las Indias al tigre americano era una de las mejores muestras de poder que podía dar el soberano español. Y así lo fue hasta que la leonera no podía sostener un animal más y las guerras comenzaron a menguar el presupuesto para tal fin: Por ejemplo, como alimento de tres jaguares enviados a Felipe IV en 1635 hubo que embarcar treinta cerdos —y seis fanegas de maíz para mantener a la piara— que no resultaron suficientes, de manera que su conductor se vio en la necesidad de comprar a bordo otros tres cerdos y un carnero. Carlos Gómez-Centurión, «Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la “Ménagerie” real durante el siglo XVIII», *Anuario de estudios americanos* 66, no. 2 (2009): 207.

que la usaba. Al valor que se le otorgó a la piel del jaguar se le puede atribuir el por qué, pese a ser un animal perseguido, su muerte no resulta ser tan “infame” como la aplicada a otros depredadores como lobos y osos que muchas veces se vieron sometidos a las más horribles vejaciones<sup>155</sup>. La piel del tigre debía cuidarse y mantenerse lo más intacta posible. Dentro de la economía extractiva que practicó España en el Nuevo Mundo durante los siglos XVI y XVII las pieles siempre tuvieron un lugar prioritario, tanto así que incluso terminaban en otros países europeos<sup>156</sup>. A finales del periodo colonial, Alexander von Humboldt registró en su visita a las colonias hispanoamericanas el comercio de pieles de tigre que mantenían los pueblos hispánicos en la región del Apure e incluso mencionó la existencia de hombres que se dedicaban a la caza de estos felinos con el fin de mantener este negocio<sup>157</sup>. En la época de la Ilustración, las pieles cobraron un gran valor científico, convirtiéndose en uno de los objetos más buscados por los naturalistas en los gabinetes de curiosidades. Hasta el siglo XIX las catalogaciones y estudios sobre los animales se basaron primordialmente en pieles y esqueletos, muy pocas veces en los animales vivos<sup>158</sup>.

Retornando a nuestro marco de investigación, los testimonios sobre el aprovechamiento de la piel del jaguar son igualmente frecuentes. Los objetos hechos de piel de tigre son usados por aquellos reconocidos por su valentía y carácter dominante<sup>159</sup>. A su vez la piel se ofrece como obsequio a los extranjeros, tratando que esta se encontrase en la mejor condición posible: “El coronel García me envió de regalo la más bonita piel de jaguar (o tigre) de seis pies de longitud, de animal capturado en trampa y no tenía marcas de lanza u orificios de bala”<sup>160</sup>. Como se puede intuir, una piel en estas

155 Coleman, *Vicious*, 2; Walker, *The Lost Wolves of Japan*, 137; Pastoureau, *El oso historia de un rey destronado*, 154–155.

156 Albert Girard y Antonio García-Baquero González, *El comercio francés en Sevilla y Cádiz en tiempo de los Habsburgo: contribución al estudio del comercio extranjero en la España de los siglos XVI al XVIII* (Editorial Renacimiento, 2006), 400.

157 Alexander von Humboldt, *Del Orinoco al Amazonas: viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, 2.ª ed. (Barcelona: Editorial Labor, 1988), 188, 192.

158 Richard W. Burkhardt, «The Leopard in the Garden: Life in Close Quarters at the Muséum d’Histoire Naturelle», *Isis* 98, n.º 4 (diciembre 2007): 679–680.

159 Joaquín Posada Gutiérrez describe así al Teniente coronel Eraso -subordinado del general Obando- y a su mujer de la siguiente forma: “Su aspecto siniestro, el de su mujer, que montaba a caballo a horcajadas como hombre, con sable ceñido y pistolas cargadas en pistoleras de cuero de tigre; el de sus compañeros, que llamaba sus jornaleros, negros o indios, sucios, de tosco semblante y torvo mirar; todo inspiraba en aquella forzada pascana un terror que quitaba el sueño al hombre más fatigado. Y ese Eraso era teniente coronel y comandante de las milicias de aquellos contornos, que se llamaban “la línea de Mayo”, nombrado, sostenido y mimado por el general Obando”. *Memorias Histórico-políticas*. Documento consultado el 3 de abril de 2012 en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memhist/mem32a.h>

160 John Potter Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, vol. I (Londrés: John Murray, Albemarle Street, 1827), 151.

condiciones suponía un mayor esfuerzo pues al animal debía dársele muerte con mayor dificultad y riesgo para el cazador, al no emplearse armas de fuego. En este último caso, el jaguar debía ser muerto generalmente por una única cuchillada que debía aplicar un cazador experto<sup>161</sup> o en una trampa en foso<sup>162</sup>.

En cuanto a los usos más frecuentes de la piel de tigre se encontraba la elaboración de los zamarros - aquella “señorial” prenda para montar (ver figura no. 3 en la página 57)-, uno de los objetos más codiciados por los ciudadanos. Ernst Röthlisberger en su crónica de viaje no pasa por alto este detalle y lo integra a su descripción de los cabalgantes que encuentra en Bogotá:

“Es orgullo del colombiano saltar sobre un ligero corcel de ondulante cola -hombre y cabalgadura finamente equipados y salir galopando, o, bien pegado a la silla, dejarse mecer cómoda y gentilmente por el paso del bello animal. Los bogotanos no son excepción en este punto, y eligen por lo común el domingo para sus cabalgaduras. El sombrero de ancha ala y copa puntiaguda (el jipijapa, que entre nosotros llaman equivocadamente "de Panamá") está impecablemente blanco; los zamarros, de piel de tigre o de oso, o bien de goma gris, son nuevos; limpia se halla la ruana.”<sup>163</sup>.

El cronista payanés Cordovez Moure los hace también parte de la descripción del arquetipo del padre de familia de la Sabana de Bogotá:

“el pater familias, gravemente montado en su acémila, debajo de colosal sombrero enfundado, cubierto con gran ruana pastusa forrada en bayeta roja, metido dentro de estrechos zamarros de piel de tigre”<sup>164</sup>.

Estos zamarros según las descripciones e ilustraciones que han llegado a nuestros días no necesariamente eran de piel de jaguar, pues podían corresponder a otras especies de felinos moteados

161 Charles Stuart Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia*, vol. I (Londres: Henry Colburn, 1825), 162–163.

162 Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, 1827, I:151.

163 Ernst Röthlisberger, *El Dorado; reise- und kulturbilder aus dem südamerikanischen Columbien*, (Bern: Schmid & Francke, 1898).

164 José María Córdovez Moure, *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá* (Bogotá: Fundación Editorial Epigrafe, 1893), 526.

(aquellos nombrados generalmente como “tigrillos” entre ellos el *Leopardus tigrinus* y el *Leopardus pardalis*). Así como los caciques y gobernantes indígenas del altiplano en tiempos previos a la Invasión europea, los señores republicanos también contaron en su ajuar con las pieles de los felinos de la tierra caliente y las tuvieron por símbolo de distinción. A su vez esta situación termina por confirmar que el comercio entre la tierra fría y las zonas más bajas del territorio del país, con antecedentes prehispánicos, permaneció muy activo en pleno siglo XIX.

Resulta casi una contrariedad el enorme valor que cobra la piel de una bestia tan temida y “nociva”, que además provenía de las zonas “no civilizadas” de la región. Quizás se puede interpretar que obtener una piel de tigre representaba dar un paso más hacia la “civilización”, como sucedió con las pieles de animales salvajes que exhibían los colonos por títulos de sus tierras. Hacia esto apunta Rafael Uribe Uribe cuando a los literatos ciudadanos les pidió que cambiasen las esquilas que ofrecían a sus amadas por: “una piel de ciervo del Ruiz, o una de tigre de Risaralda, cazados por su mano, [y así] distinto anduviera el mundo” .

Pero la valoración de la piel del tigre no solo se da entre los círculos más poderosos e influyentes de la sociedad. Uno de los elementos más tradicionales y populares de los colonizadores antioqueños -el carriel-, cobra mayor valor cuando este estaba hecho de cuero de felino . Pero desafortunadamente para nuestro tigre la piel del jaguar no es sometida solamente a una demanda interna. Las pieles de tigre son objeto de comercio internacional. Si bien ya mencionamos que tiene antecedentes en la época colonial, para el siglo XIX podemos tener una idea más clara de las exportaciones que realizaba la república independiente. Las pieles grandes (pumas, jaguares, ocelotes y caimanes), las plumas de garza o los insectos, fueron productos que para 1870 proveyeron más de la tercera parte de las exportaciones colombianas . Este interés que ofrecieron los extranjeros por estas “mercancías” explica porque, según Francis Loraine Petre, las pieles de tigre se vendían todavía en Bogotá en el año 1904 como si fuesen “artesanías” características del país.

En ciertas ocasiones no solo se valoraba el jaguar muerto convertido en piel. La posibilidad de contar con un jaguar vivo en medio de la ciudad, un ambiente que le era totalmente ajeno, resultaba un espectáculo con pocas posibilidades de igualarse.



*Figura No. 3 Zamarros de piel de tigre. Fragmento de: Fernández, Carmelo. Habitantes notables (Tundama). Láminas de la comisión Corográfica (ca. 1850).*

Citando de nuevo a la crónica de Emiro Kastos, en la cual el tigre es retratado de forma positiva y negativa en el transcurso de unas pocas líneas, encontramos los motivos por los cuales esta fiera que al parecer fue hallada en Santander, había sido traída a Bogotá:

“En esta capital ha sido exhibido al público en la casa consistorial, en el salon del Congreso, i todo el inundo ha visitado la temible fiera, que simboliza la astucia, la fuerza, la crueldad i la belleza. El señor Arrubla, para animar las fiestas con que queria inaugurar su plaza de las monjas, compró la hermosa bestia, cara, como cuestan siempre las hermosas. Siendo base fundamental de las fiestas i conociéndose su ajilidad proverbial i la *tremenda animalis velocitas* de que habla Plinio, hubo que construirle un circo cerrado con verja de fierro, que parecia a prueba de saltos i de acechanzas [sic]”<sup>165</sup>.

Kastos destaca una gran cantidad de características que le asignan al tigre desde las fuentes antiguas, en este caso el autor romano Plinio el Viejo -por lo cual vemos que la separación entre el tigre del Viejo y del Nuevo mundo no es clara para el autor-, pero lo que aquí se busca destacar es el hecho que asocia el jaguar a la belleza y la hermosura, la suficiente como para congregar a una enorme cantidad de personas a su alrededor. El cronista aprueba que se haya pagado una enorme suma de dinero por el tigre, pues resulta lógico que una animal de tal estampa costase tal valor. Todos estos rasgos que resalta Kastos también hacen parte de una reivindicación que se le atribuía al mundo natural americano. Manuel María Madiedo en su poema *Al Magdalena* retrata también así al tigre, como un ejemplo de este reconocimiento de la naturaleza americana. La esquila de Madiedo comienza con un emotivo “¡Salud, salud majestuoso río!...”. A continuación el autor hace una breve comparación entre la naturaleza americana y la del Viejo mundo teniendo al tigre americano como una de sus referencias:

“No en tus corrientes nada el albo cisne,  
Solo armonioso en pobres alabanzas;  
Pero atraviesan tu raudoso curso  
Enormes tigres y robustas dantas”<sup>166</sup>

En los apartes siguientes se pone en evidencia la inmensidad de la naturaleza que circunda el río:

165 *El Tiempo*, número 192, del 17 de agosto de 1857.

166 Reproducido en Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de America)*. (Bogotá: Camacho Roldan & Tamayo, 1890), 163.

“Y oigo el ronquido del hambriento tigre  
 Rodar sobre tu margen solitaria;  
 Mientras salvaje el grito de los bogas  
 Que entre blasfemias sus trabajos cantan  
 Vuela a perderse en tus sagrados selvas  
 Que aun no conocen la presencia humana”

“Da sus mugientes y espumosas aguas,  
 Que acaso llega a interrumpir no lejos  
 Del ronco tigre seca la garganta![...]  
 De las tortugas la penosa marcha,  
 Y del caimán la formidable cola,  
 Y de los tigres la temible garra”<sup>167</sup>.

Estas descripciones de la belleza del mundo natural encarnadas en el jaguar son propias del siglo XIX y son herederas de los discursos elaborados por el barón Humboldt – quien se alejó de visión de la inferioridad que se le atribuyó a la naturaleza americana- que habían calado en la mentalidad de los republicanos. La naturaleza presente allí está: “en acción, dotada de fuerzas vitales, muchas de las cuales son invisibles para el ojo humano; una naturaleza que empequeñece a los seres humanos, domina su ser, despierta sus pasiones, desafía sus poderes de percepción”<sup>168</sup>. La belleza y admiración que se le asigna al jaguar en estos ejemplos parte de esa casi infinita riqueza que se le asigna a la naturaleza americana y ante la cual todavía las obras del hombre palidecían.

Y así Kastos y Madiedo ofrecen una visión distinta de la bestia que era el azote de los ganaderos, el espanto de bogas y campesinos, siendo admirada esta vez por los hombres de ciudad. Al jaguar se le persigue y se le odia, pero también -en un hecho que resulta paradójico- terminó por ser respetado y cautivó la atención de los hombres.

167 Reproducido en *ibid.*, 163–164.

168 Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación* (Fondo de Cultura Económica, 2010), 229–230.

### ***Un tigre entre los hombres: Del animal antropomorfizado***

Por las calles de Bogotá deambuló durante largo tiempo un “tigre” que muchos también quisieron ver tras las rejas como al animal de la crónica de Emiro Kastos. No obstante, este logró andar por mucho tiempo a sus anchas y erguido en dos piernas. Incluso, llegó a ser llamado “ciudadano presidente”. Se trata del polémico José María Obando. Nació cerca a Corinto (actual Cauca) en 1795. En su juventud llegó a combatir en el ejército realista, aunque cambiaría de bando cerca de 1822 y sería una de las figuras claves para la derrota de los realistas en Pasto. En esta zona establecería tanto un fortín político como militar.

En 1828 se rebelaría contra el gobierno Simón Bolívar, aunque después de un proceso de negociaciones este último lo nombró comandante general del Cauca. Sin embargo, tal levantamiento generó eternas sospechas sobre su verdadera fidelidad al gobierno bolivariano. Por esto último, no pocos lo señalarían con el dedo acusador a la hora de buscar al responsable intelectual del asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre, acontecido el viernes 4 de junio de 1830, al sur del país en las montañas de Berruecos. Obando nunca pudo librarse de estas sospechas.

Cerca de 1835 el pintor Pedro José Figueroa, famoso ya para ese entonces por sus obras en torno a la causa independentista, plasmaría para la posteridad este acontecimiento en un lienzo. La pintura, de estilo primitivo e ingenuo, representa en los primeros planos al mariscal derribado por un disparo en la sien, en cuanto su montura huye despavorida (ver figura No. 4, página 62). En la parte superior izquierda entre los arbustos emergen los cuatro asesinos<sup>169</sup>, pero el rasgo que hace que esta pintura destaque de otras obras<sup>170</sup> es el felino manchado que -en medio de flores blancas- domina la parte superior del cuadro (ver figura No.5, página 63). Las flores son una alusión del pintor a uno de los principales sospechosos de la conspiración que generó el crimen: el general venezolano Juan José Flores. El felino, que parece lamerse su pata ensangrentada, es también la representación de otro de los acusados de fraguar el asesinato, aquel que habría de soportar un mote animal durante el resto de su vida: “El tigre de Berruecos”, José María Obando<sup>171</sup>.

<sup>169</sup> *La Independencia en el arte y el arte en la independencia: Historia hoy: aprendiendo con el bicentenario de la Independencia* (Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 2009), 95.

<sup>170</sup> Existe otra obra posterior representación de este hecho elaborada por Arturo Michelena en 1890.

<sup>171</sup> Beatriz González Aranda, “El General el trabuco y la litografía” consultado el 1 de abril de 2012 en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto07.html>

Posteriormente Obando se convertiría en uno de los adalides de las ideas liberales y en 1853 con el apoyo de José Hilario López y las Sociedades democráticas de artesanos llegaría a la presidencia. Para su mala fortuna, sería derrocado por una revolución de artesanos encabezada por el general José María Melo, quienes ante la enconada oposición que recibía el gobierno por parte del partido conservador y de un importante sector del liberalismo, decidieron realizar un golpe con la intención de nombrar a Obando dictador, situación que este no aceptaría y por lo cual se dirigiría al exilio. El enconado rechazo que recibió Obando en los círculos conservadores se hizo evidente entre los diarios satíricos fieles a esta tendencia política. De esta forma el “tigre de Berruecos” se convirtió en uno de los motivos más comunes de las primeras caricaturas políticas colombianas. Una de las más famosas es aquella aparecida en El Día de Bogotá, el 9 de marzo de 1851, titulada “La llegada de la víctima inmaculada” atribuida a José Manuel Groot. Desde entonces, la representación de Obando como “tigre” se convirtió en referencia común.



Figura No. 4 Pedro José Figueroa, *La muerte de Sucre*, 1835, 139.5 x 200 cm. Colección Banco de la República, Bogotá .



*Figura No. 5 Felino de La Muerte de Sucre (Detalle de la Imagen No.3)*

Groot fue alumno de Pedro José Figueroa, por lo cual no es muy arriesgado pensar que conoció la representación que este hizo del tigre de Berruecos y que esta también haya influido en la elaboración de la caricatura. El rasgo propio de Groot de hacer más gruesas las garras no debe pasarse por alto, son una alusión como ya hemos visto al carácter sangriento del animal y que se ve reforzado en la persona de Obando. En 1855 el tigre de Berruecos aparecería de nuevo pero esta vez en una representación diferente (ver figura No. 6. Página 63) cuyo autor muy seguramente fue el propio Groot<sup>172</sup>.

Esta caricatura a su vez puede darnos cuenta de la concepción sobre los animales que existía en la época. El tigre -Obando desde luego- se encuentra encerrado en un guacal con la puerta entrecerrada. Fuera de ella se encuentra una romería de animales que observan con cierta curiosidad al felino, la mayoría de ellos criaturas que podían ser presas del cazador enjaulado. Por su parte el tigre luce intimidado, en una pose defensiva, muy distinta a como se había representado anteriormente. Pero la jaula se muestra entreabierta dejando la impresión que el tigre podría librarse de su prisión y atacar a cualquiera de los animales que ingenuamente se habían agrupado frente a ella.

Enjaulado o no el tigre de Berruecos siguió causando estupor entre simpatizantes y opositores durante mucho tiempo. El diplomático y político colombiano José María Quijano Wallis deja en sus memorias su propio testimonio al respecto:

<sup>172</sup> “La infamia” en *Ibid.*

“Obando era un monstruo de iniquidad, un aborto del infierno, el tigre de Berruecos, [...], que degollaba a todas las personas que encontraba en su camino de sangre y exterminio, hasta el punto de comerse los niños crudos[...] Aterrado con este macábrico fantasma, más de una vez en mis pesadillas infantiles ví al General Obando ( a quien no conocía) en forma de un monstruo o dragón infernal que trataba de regalarse con mis tiernas carnes de niño.[...] .

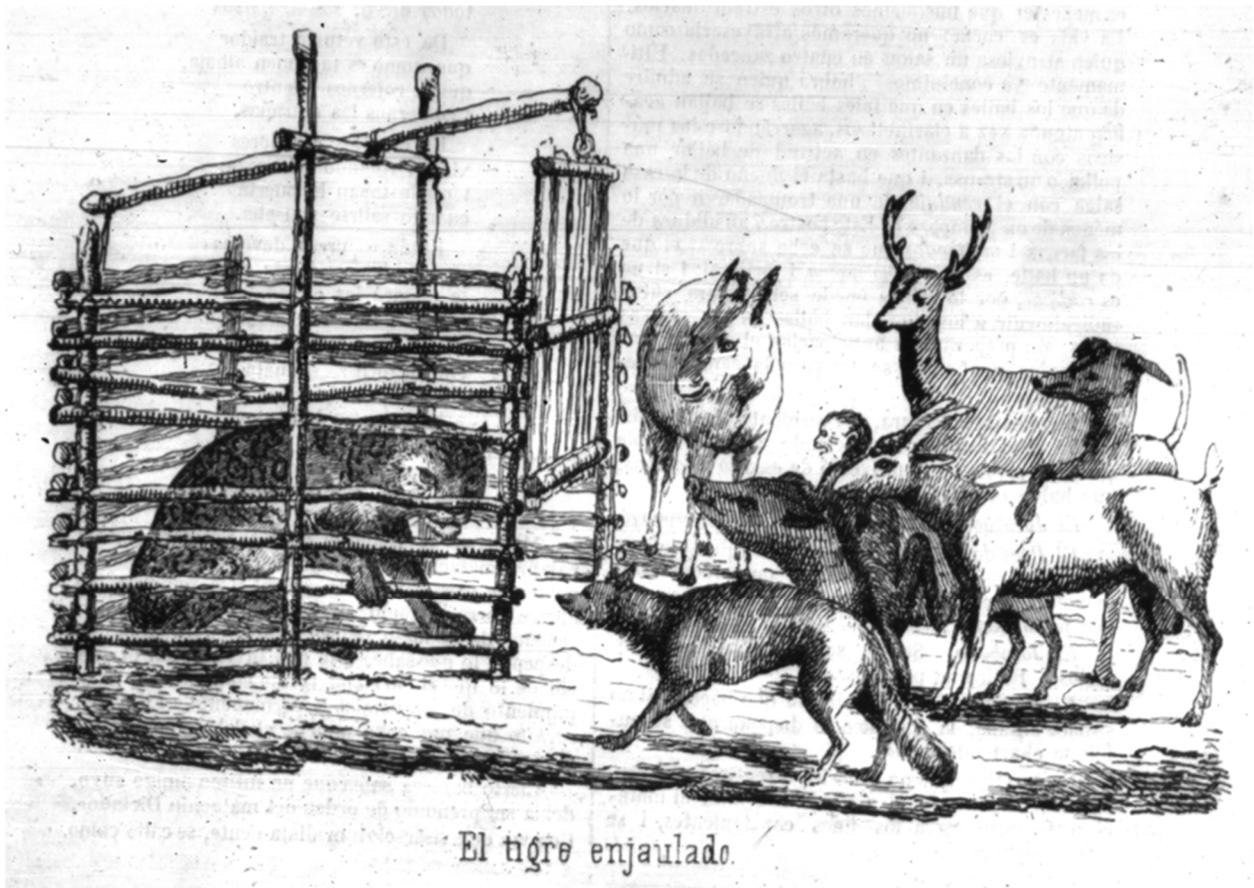


Figura No. 6 Anónimo “El tigre enjaulado”. Los Matachines ilustrados: periódico de los muchachos y las muchachas. Bogotá, febrero 19 de 1855.

Al día siguiente, el pequeño niño haría parte de una faena de cacería organizada por su tío en honor del general Obando:

“Presas me hallaba de una terrible pesadilla relacionada con el General Obando, cuando sentí que alguien ponía la mano sobre mi hombro. Desperté sobresaltado y me encontré frente a frente y a solas con el terrible monstruo de mi pesadilla. Aterrado con la idea de que la fiera venía a devorarme, caí de rodillas delante de él y, con lágrimas en los ojos, juntas mis manos temblorosas en señal de súplica, con la voz balbuciente, le dije: “no me

mate, no me mate, Señor, por Dios se lo pido; yo no le he hecho ningún mal; yo soy un pobre niño y si Ud. me come, mi mamá se morirá de pena”<sup>173</sup>.

Obando, sorprendido y consciente de que su fama de “tigre” era la que intimidaba al niño, lo reconfortó y le regaló al niño Quijano Wallis una brida confeccionada por los andaquís y unos dulces de azúcar y leche.

El ejemplo de Obando el que nos permite argumentar que el tigre no solo ronda en las selvas, sino que es capaz de andar entre los hombres. El jaguar ocupa en Suramérica el concepto que posee el lobo en el mundo europeo<sup>174</sup> y en el Norte de América<sup>175</sup>. El hombre como tigre es una representación de una bestia temible, un animal que puede alterar el orden establecido por el hombre (de nuevo el animal *dañoso*, aunque aplicado aquí al orden político y social), un delincuente en potencia y un ser que no duda en acudir a la violencia cuando sus propósitos lo requieran. Contemporáneas a las andanzas del tigre de Berruecos son las palabras que pone José Hilario López en boca de Policarpa Salavarrieta la víspera de su ejecución:

“Vosotros, viles, miserables, medís mi alma por las vuestras: vosotros sois los *tigres*, y en breve seréis *corderos*: ¡hoy os complacéis con los sufrimientos de vuestras inertes víctimas, y en breve, cuando suene la resurrección de la patria, os arrastrareis hasta el barro, coma lo tenéis de costumbre. *Tigres*, saciaos, Si esto es posible, con la sangre mía y de tantos incautos americanos que se han confiado en vuestras, promesas! ¡*Monstruos del género humano*! -encended ahora mismo. las hogueras de la detestable inquisición; preparad la cama del tormento y ensayad conmigo si soy capaz de dirigiros una sola mirada de humildad. Honor me haréis, miserables, en poner á mayor prueba mi sufrimiento y mi resolución [sic]”<sup>176</sup>

Estas reposan en las memorias elaboradas por el que también fuera presidente de la República. Hasta

173 Ibid.

174 Juan Carlos Jurado, “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia en los siglos XVIII y XIX”, Boletín Cultural y Bibliográfico XXXIV, no 46 (editado en 1998 de 1997): 21.

175 Coleman, *Vicious*.

176 José Hilario López, *Memorias del general José Hilario López: antiguo presidente de la Nueva-Granada* (Impr. de D’Aubusson y Kugelmann, 1857), 85.

donde sabemos López pudo ser testigo presencial de este hecho, pero no es muy seguro que estas palabras hayan sido pronunciadas por la “Pola”. Sin embargo, expresan como pocas lo que representa comparar al tigre con los hombres: el tigre es el animal que expresa en mayor grado la crueldad, una situación que no es exclusiva del caso latinoamericano<sup>177</sup>.

Un rasgo común entre estas representaciones identificar al tigre como un ser sangriento, pareciera que el animal casi que en un hecho de su propia “naturaleza biológica” -la cual compartía con otras criaturas- prefería satisfacer su sed con sangre en vez de agua<sup>178</sup>. Lo sanguinario, lo que excede a los límites de la violencia conocida. Como deja ver el anterior ejemplo estas caracterizaciones permanecieron incluso en la historia natural del siglo XVIII<sup>179</sup> -tan cercana ya entonces a la “ciencia moderna”- y cuentan con cierto grado de continuidad hasta el día de hoy. Un ejemplo hacia el final del periodo de estudio nos da cuenta de esta situación. En 1908 se publicó la pericia de un delito que había causado enorme revuelo en la sociedad colombiana: Braulio Ramos había asesinado a su cuñado, causándole cerca de 280 heridas con machete. Ramos habría de recibir desde entonces una “alias” que al parecer se había originado en la prensa sensacionalista y lo acompañaría a lo largo de su proceso judicial: “El hombre tigre”<sup>180</sup>. Las alusiones al tigre podían cobrar entonces significados profundamente negativos, tanto así que parecieran no corresponder con las actuaciones que en verdad toma el felino en el mundo natural. La exageración y los contenidos simbólicos que se atribuyen a la acciones del tigre suelen ser, de forma curiosa y peligrosa, más propias de los seres humanos que de los animales.

Por esta última razón, la presentación del tigre como hombre tampoco es un hecho inusual. La aquí frecuentemente citada crónica de Emiro Kastos nos lo presenta de esa forma:

“Por allá en el año de 1852 nació bajo una ceiba gigantesca, a orillas del Magdalena, un

177 Para un ejemplo similar en Inglaterra ver Keith Thomas, *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800* (Oxford University Press, USA, 1996), 47.

178 Caldas citando a Lacepede -uno de los naturalistas más cercanos a Buffon- nos comenta “Los tigres y los demás animales del Africa -dice el Conde de Lacepede-más sedientos de sangre que de agua, vienen a las orillas de los ríos más bien para sorprender sus víctimas que para apagar su sed”. Francisco José de Caldas, (1808) “Del influjo del clima sobre los seres organizados, por Francisco José de Caldas” en *Obras completas de Francisco José de Caldas* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1966), pie de página 34, 111.

179 Thomas, *Man and the Natural World*, 64.

180 *El Hombre tigre. Exposición pericial*. Bogotá: Imprenta de la Luz. 1908.

tigrecillo de medianas apariencias. La tigre lamió con ternura la menguadilla fiera, sin sospechar que estaba llamada a meter bulla en las ciudades i a tener una reputacion histórica. Por algunos rumores que han llegado hasta nosotros, sabemos que la primera juventud de nuestro héroe fué sobremanera borrascosa, i que por allá en sus bosques sentó reputacion de gran cazador i gentil enamorado. En el año pasado, a consecuencia de algunas desgracias domésticas, de las persecuciones de sus émulos i del escándalo que habian causado sus aventuras en las selvas del Carare, emigró -de su patria- con ánimo de regresar algunos años despues, con los merecimientos de la proscripcion la aureola de víctima inocente. No pretendemos ser mas ni ménos verídicos que todos los biógrafos del mundo”.

El tigre abandona por esto su selva natal y decide aproximarse con total riesgo a los dominios del hombre:

“En los alrededores de Bucaramanga se entregó a un comunismo desenfrenado : comióse unos cuantos muleros, algunas mulas i un burro. De una choza arrebató un muchacho, e hirió mortalmente a un hombre. Ile aquí su hoja de servicios. Para poner coto a sus depredaciones, un señor Estévez le hizo una trampa de hoyo, en la cual cayó. Habiéndole dejado doce dias sin comer, débil, casi moribundo, lo encerró en una jaula i lo redujo a la vida civil”<sup>181</sup>.

Desde luego que la crónica de Kastos está escrita en tono satírico y burlesco, pero sorprende cuan fácil puede imaginar el autor la vida del felino en los mismos términos que la de un hombre: Incluso se proclama “biógrafo” de la fiera manchada.

Las imágenes presentes en el texto de Kastos también son bastante dicentes. Juan de Dios Restrepo - verdadero nombre de Kastos- sitúa el nacimiento del tigre en una Ceiba, uno de aquellos árboles gigantescos que dominaban el paisaje de la Colombia decimonónica, un ambiente selvático y en el cual el enorme tronco del dicho árbol era símbolo de la resistencia de la naturaleza al dominio del hombre. “La tigre”, es decir, la madre del felino, lame tiernamente a su vástago, reafirmando el origen “salvaje y natural” de la bestia, pero Kastos termina esta introducción afirmando que ese estado natural no habría de ser duradero, pues el cachorro estaba destinado a entrar en los dominios de la civilización y la cultura: la ciudad y la historia.

<sup>181</sup> *El Tiempo*, número 192, del 17 de agosto de 1857

Sin embargo, para llegar a este estado el tigre logra domarse al reprimir sus pasiones y sus instintos, al limitar su voracidad primaria. Kastos logra con su narración que el felino se convierta, al menos simbólicamente, en hombre. Pero la comparación no termina allí, pues el tigre logra escapar de la jaula en la que se encuentra y después de muchas peripecias logra dársele muerte:

“Tuvo un fin solemne murió entre los gritos i la vocingleria de cuatro mil espectadores. Hemos tenido en miniatura escenas del anfiteatro romano.

La muerte del tigre ha causado una sensacion profunda en Bogota. Como todas las criaturas fuertes, habia escitado odios profundos i grandes simpatias. Pero el tigre no era el único representante de la raza ferina en la capital. Quedan usureros sin conciencia, coquetas sin corazon, vampiros sociales de toda clase, que pudieran exhibirse en el anfiteatro; i, dado que saltaran la barrera, podria el pueblo cazarlos a todo su sabor [sic]”<sup>182</sup>.

La comparación del tigre con el hombre queda más clara en este aparte y se desplaza hacia el espacio de la moralidad, identificando a los felinos con algunos de los individuos más rechazados por la sociedad en virtud de sus actuaciones. Estos marginados sociales son también criaturas “salvajes” como lo era el jaguar, pues no se han sometido a las normas morales al igual que de urbanidad y cortesía que rigen la vida en sociedad.

Pese a este rechazo, el tigre es también una figura que busca ser imitada. En la fiesta de *Corpus Christi* que pudo presenciar Carl August Gosselman, un viajero sueco que pasó casi dos años en el territorio de la entonces nueva nación, la más importante que solía celebrarse en Bogotá destacaban las figuras de los tigres entre los diversos disfraces animales que lucían los bogotanos para la ocasión, aunque resultasen de mal gusto para los ojos del europeo<sup>183</sup>. Como lo fue Obando y como lo describe el propio Kastos, el tigre despierta los sentimientos más contrarios entre los hombres. En este apartado comenzamos mencionando a un hombre que era visto como tigre y finalizamos con un tigre que termina describiéndose como hombre.

Las diversas significaciones que son asociadas al jaguar y que fueron expresadas en las fuentes decimonónicas no simplemente parten de meras concepciones culturales, sino que obedecen al encuentro físico con la criatura en los más diversos parajes de la región andina y a las formas en que las poblaciones humanas se relacionaron con este animal. En cuanto a la concepción del tigre como

<sup>182</sup> *El Tiempo*, número 192, del 17 de agosto de 1857

<sup>183</sup> Gosselman, Carl August. *Viaje por Colombia: 1825 y 1826*. Editado por Ann Christien Pereira. Bogotá: Ed. del Banco de la República, 1981. Capítulo XV.

hombre obedece sin duda a uno de los hechos fundamentales que han marcado la relación entre el jaguar y los seres humanos: el tigre americano es la única criatura que puede concebirse como el rival para el hombre en el ambiente que disputan. Si bien una criatura como el caimán también desafía continuamente al hombre e incluso llega a atacarlo, el tigre por ser un carnívoro terrestre suele ocupar ese lugar antagónico con más claridad. Los ataques del puma o león americano son menos comunes, y quizá por ser un animal de menor tamaño no suele representar tanto temor. El jaguar y los seres humanos suelen -o solían cuando la caza para alimentación era más extendida- disputarse las mismas presas: venados, armadillos, dantas, etc.

Este capítulo ha procurado exponer la singularidad que existe sobre la relación del jaguar con los seres humanos. Si bien otros depredadores también atacan a los animales domésticos, pocos pueden atacar al ganado mayor como ya mencionamos. Dependiendo de la situación, el jaguar también está en la capacidad de atacar a los seres humanos. A su vez muchas fuentes del siglo XIX y comienzos del XX apuntan a que aquellos lugares que no habían sido dominados por el hombre eran “señoríos” del jaguar. Todo lo anterior hace que la relación del jaguar con los seres humanos resulte conflictiva y que se haya representado de diversas formas a lo largo del tiempo. En los siguientes capítulos se expondrá como este conflicto habría de potenciarse en la medida que la población humana de la región andina aumentó, creando nuevos frentes de colonización e incorporando nuevas formas de extracción y explotación de recursos que no solo pusieron en riesgo la existencia del jaguar sino que cambiaron gran parte de los ecosistemas que conforman el centro del país.

## Capítulo 2: *Colonizaciones en la región del jaguar*

Hacia 1808, en un informe solicitado por la corona sobre el estado de la jurisdicción de la Villa de Medellín, Salvador Madrid y José Manuel Restrepo -dos habitantes ilustrados de la región- escribieron sobre los animales que poblaban esta zona las siguientes líneas: “No existiendo[...]bosques a donde no hayan penetrado sus moradores, las fieras ya no se encuentran”<sup>184</sup>. Más de 100 años antes de la consolidación de la colonización del centro del país, Madrid y Restrepo eran conscientes de la excluyente relación que existía entre la ocupación humana y la existencia de las fieras nativas.

En el anterior capítulo se mencionó la rivalidad presente entre el tigre y los seres humanos, por lo menos desde la llegada de los europeos a nuestro continente. Muchas de las concepciones culturales sobre los tigres discutidas en el capítulo anterior se soportan en fundamentos materiales que explican esta relación conflictiva. Lo que puede resultar curioso es que esta rivalidad se sustenta en grandes similitudes que existen entre las dos especies: Ambos son depredadores y terminan por disputarse las mismas presas, sean ellas silvestres o domésticas. La justificación más común para no querer convivir con los jaguares, es el hecho de que ellos se alimentan de aquello que debería ser exclusivamente nuestro alimento: el ganado y demás animales domésticos<sup>185</sup>. Esto explica porque la persecución por parte de los ganaderos sigue siendo uno de los principales factores de riesgo para su supervivencia a lo largo de su territorio de distribución<sup>186</sup>. Otra semejanza entre los jaguares y los seres humanos es que ambos son depredadores formidables<sup>187</sup>, de hecho, puede considerarse que estos dos mamíferos son los cazadores americanos más exitosos en los últimos milenios.

Para el siglo XIX, la nación colombiana contó con un crecimiento demográfico alto comparado con otras etapas de su historia. Si bien no existen censos de población lo suficientemente detallados, Flórez y Romero calcularon una tasa de crecimiento del 1,7 % anual para dicho periodo<sup>188</sup>. Tal aumento es uno de los principales detonantes de los procesos de colonización de estas zonas que habían estado por

184 Archivo Histórico de Antioquia, *Censos y estadísticas*, Volumen 343, Documento 6538, (1808) Folio 10 r.

185 Silvio Marchini, *Guía de Convivencia Gente y Jaguares* (Mato Grosso, Brasil: Fundación Ecológica Cristalino. Wildlife Conservation Research Unit-, 2009), 8.

186 Nowell, Jackson, y IUCN/SSC Cat Specialist Group, *Wild Cats*, 120.

187 Marchini, *Guía de Convivencia Gente y Jaguares*, 8.

188 Carmen Elisa Flórez y Olga Romero, “La demografía de Colombia en el siglo XIX” (Seminario Historia Económica de Colombia en el siglo XIX, Bogotá: Banco de la República, 2007).

fuera del poder colonial. A este se suman otras causas diversas. LeGrand considera, por ejemplo, que la necesidad de incorporar las tierras bajas a una economía agroexportadora de productos tropicales como la quina, el añil, el tabaco y el café además de la titulación de baldíos y los incentivos a la colonización fueron una solución a la crisis económica que sucedió después de la independencia<sup>189</sup>.

Cualquiera que fueran sus motivaciones, estos procesos de colonización tuvieron como consecuencia fundamental un cambio en la geografía de la región central del país pues permitió: “la integración espacial del país y la conexión de una sociedad que para finales del siglo XVIII estaba claramente aislada en zonas discontinuas: la colonización antioqueña vuelve a crear un continuo habitado entre Antioquia y Nariño, antes interrumpido por la selva caldense y quindiana, mientras la colonización de las laderas cundinamarquesas vuelve a reocupar el territorio hasta el río Magdalena”<sup>190</sup>. Jorge Orlando Melo considera que este proceso de integración conllevó: “la creación de un espacio unificado nacional, el desplazamiento de la población de las altiplanicies a las zonas de ladera y a las tierras calientes, la expansión de las ganaderías y de la gran propiedad en las zonas planas, y la creación de un campesinado mediano y pequeño”<sup>191</sup>. Hasta ahora la historiografía se ha dedicado a estudiar las consecuencias de estos procesos para la población humana. El propósito de este capítulo es tratar de estudiar los efectos de estos procesos más allá de la perspectiva humana y tratar de entenderlos desde su impacto en la flora y fauna de la región, aunque rastreando con predilección las huellas y manchas del tigre americano.

Debe destacarse que los fenómenos descritos por Melo coinciden con algunos de los elementos señalados por los biólogos como principales causas responsables en la paulatina desaparición del jaguar: “La transformación del hábitat para construir asentamientos humanos, producir alimentos y otros bienes económicos a través de la superficie de la tierra acarrea impactos en disminución de área de distribución, fragmentación, reducción de conectividad, aislamiento genético y mayores efectos de bordes”<sup>192</sup>. Esto explica la cercana relación entre la colonización del centro del país y la casi desaparición de los jaguares que allí habitaban por el desarrollo de los fenómenos descritos por la

189 LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*.

190 Jorge Orlando Melo, “Historia de la población y ocupación del territorio colombiano”, en *Población y desarrollo* (Corporación Centro Regional de Población -CCRP- y Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico -CEDE- Universidad de los Andes, s.f.).

191 Ibid.

192 Payán Garrido et al., “Distribución y estado de conservación del jaguar en Colombia”, 32.

biología<sup>193</sup>.

La ecología y la biología de nuestros días han terminado por resaltar lo negativo que resulta ser el poblamiento humano para especies como el jaguar. La mayoría de actividades humanas que se producen en la escala que ha sido descrita terminan por generar fragmentación de parches de hábitat y aislamiento de poblaciones de mamíferos depredadores, los cuales terminan por ver reducidos su número de individuos<sup>194</sup>. Del mismo modo la cercanía de grandes y medianas poblaciones humanas termina por perjudicar la existencia de los jaguares<sup>195</sup>.

### ***Los tigres en la región andina***

Durante la primera mitad del siglo XIX la constatación de la presencia de jaguares en la región andina era un suceso cotidiano, tanto que quizás para algunos pueda resultar atemorizante. Toparse en ese entonces con un tigre era un hecho muy frecuente. Los informes de la Comisión corográfica elaborados a mitad del siglo XIX ubicaron “tigres” o “jaguares” en casi todas las provincias de la región y del país. Rondaban las moradas de los campesinos de los pueblos de Antioquia<sup>196</sup> y atacaban de forma continua las caravanas de los arrieros que se atravesaban las cordilleras andinas. Basta recordar la práctica casi ritual que debían realizar estos últimos de encender enormes fogatas para evitar que los tigres atacasen a los animales que los acompañaban. Pero en ocasiones parecía que los felinos podían atreverse a más. Stuart Cochrane, navegante y viajero inglés que atravesó el país entre 1823 y 1824, nos deja el siguiente testimonio al respecto sobre el camino del Quindío:

“Uno de los peones me contó que en un paso donde el camino cambia su rumbo, se había encontrado de golpe con un tigre que estaba desgarrando una mula muerta. Era imposible esquivarlo, así que el peón se enfrentó con el cuchillo en la mano al tigre, éste se lanzó

193 El **área de distribución** de una especie, subespecie u otro taxón, es el espacio geográfico sobre el que se distribuye un ecosistema y todo su entorno. La **fragmentación de hábitat** es un proceso de cambios ambientales, que describe la aparición de discontinuidades (fragmentación) en el medio ambiente de un organismo. La **conectividad** ecológica puede también definirse como la capacidad de conexión entre ecosistemas similares en un paisaje fragmentado. El **aislamiento genético** es la ausencia de intercambio genético entre poblaciones o especies como consecuencia de una separación geográfica o de otros fenómenos. El **efecto de borde** es un fenómeno que ocurre cuando dos hábitats naturales abruptamente diferentes se encuentran lado a lado en un ecosistema. De forma muy frecuente este fenómeno aparece gracias a la intervención humana (un ejemplo de lo anterior puede ser la construcción de una vía en medio de un ecosistema selvático) y suele

194 Kevin R. Crooks, “Relative Sensitivities of Mammalian Carnivores to Habitat Fragmentation”, *Conservation Biology* 16, n° 2 (1 de abril de 2002): 488–502, doi:10.1046/j.1523-1739.2002.00386.x.

195 Mariana Altrichter, Gabriel Boaglio, y Pablo Perovic, “The decline of jaguars *Panthera onca* in the Argentine Chaco”, *Oryx* 40, n° 03 (julio de 2006): 302–9, doi:10.1017/S0030605306000731.

196 Jurado, “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX”.

sobre el hombre, el pasó por encima y cayendo sobre sus pies, siguió lentamente su camino hacia delante [...]. Los tigres pequeños jamás atacan al hombre pero siguen a los arrieros durante días con la esperanza de que mueran y ya muerto enseguida se comen los cadáveres. Una noche, mientras recogía leña, encontré los huesos de una persona que pudo haber encontrado de esta forma su fin”<sup>197</sup>.

La anterior anécdota retrata el oportunismo que caracteriza a casi todos los felinos. En los “montes” el tigre acechaba y el ser humano no podía deambular en esos parajes con suficiente tranquilidad. Quizás esto hizo que estos jaguares se hayan habituado a la presencia humana y sacasen provecho de ello: Podrían haberse acostumbrado al tránsito de las recuas de mulas, identificarían a posibles presas entre los animales más débiles que hicieron parte de las caravanas y no desperdiciarían cualquier descuido u oportunidad para hacerse con una comida fácil. De esta forma, estos tigres andinos pudieron haberse comportado y adaptado de forma distinta a sus parientes que sobreviven en nuestros días. El historiador John Soluri se ha topado con esta posibilidad al estudiar las focas y los lobos marinos de la Patagonia: ¿qué tan distintos pudieron ser los animales del pasado frente a los miembros de su especie del presente?, ¿pudieron mostrar actitudes o adaptaciones distintas al hacerse esta comparación?<sup>198</sup>. La pregunta por ahora queda abierta y sobrepasa el alcance de las herramientas del historiador. También recuerda una dificultad de esta investigación: no existen en nuestro país estudios que reconstruyan el rol ecológico del jaguar en ambientes andinos y mucho menos para nuestro periodo de investigación.

Sin embargo, y por cuestiones metodológicas, debemos bosquejar algún panorama al respecto. Los biólogos apuntan a que la distribución histórica de los jaguares (*Panthera onca*) en Colombia se extendía en todos los ecosistemas por debajo de 2,000 msnm<sup>199</sup>, por lo cual gran parte de la región andina se vería incluida en esta delimitación<sup>200</sup>. Según las fuentes revisadas, pocas zonas de la región parecían estar libres de jaguares. El caso más sobresaliente es el del altiplano cundiboyacense, en el cual no se han encontrado registros de la presencia del tigre para el siglo XIX<sup>201</sup>.

197 Stuart Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia*, I:369–370.

198 John Soluri, “On Edge: Fur Seals and Hunters along the Patagonian Littoral, 1860-1930”, en *Centering Animals in Latin American History: Writing Animals Into Latin American History* (Durham and London: Duke University Press, 2013), 262–263.

199 Payán Garrido et al., “Distribución y estado de conservación del jaguar en Colombia”, 23.

200 Ver mapa de habitat potencial del jaguar

201 Como ejemplo puede tomarse la provincia Tundama, de la cual la comisión corográfica nos deja esta descripción “La ausencia de grandes bosques, salvo del lado de Casanare, y la numerosa población que desde antes de la conquista ocupó el territorio de Tundama, han impedido la mansión de cuadrúpedos silvestres” Comisión Corográfica, Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada / por la Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi. [Recopiló y ordenó Eduardo Acevedo Latorre], vol. II Provincias de Tunja y Tundama, Archivo de la

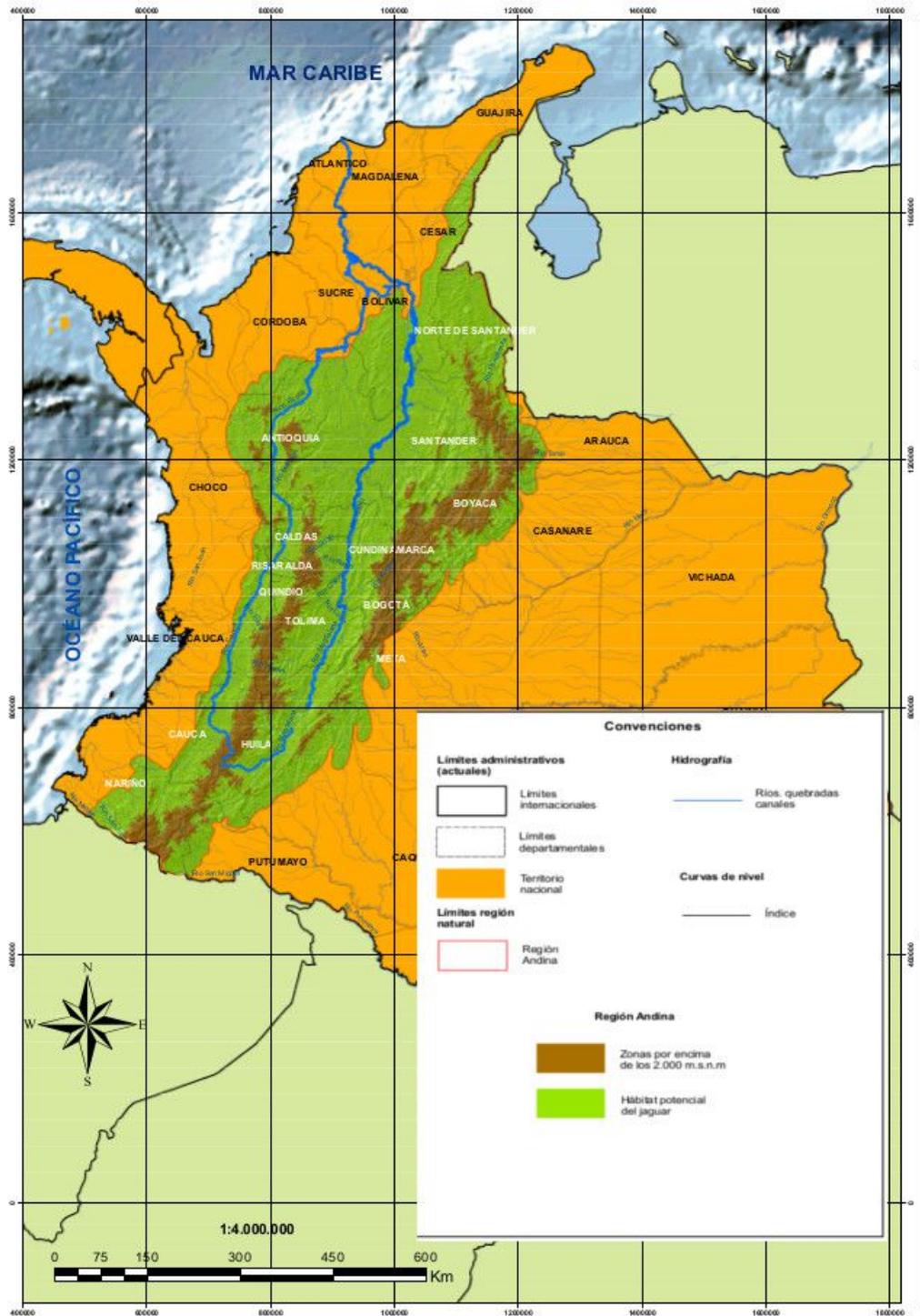


Figura No.7 Mapa de hábitat potencial del jaguar en la región andina (En verde)<sup>202</sup>

economía nacional ; 21-24. (Bogotá: Impr. del Banco de la República, 1957), 225.  
 202 Para ver mapa completo, Remitirse a anexos.

No obstante, algunas de nuestras referencias especialmente las vinculadas al paso del Quindío, al territorio de la antigua Provincia de Antioquia y a otras zonas de la cordillera central parecen apuntar a que era común que los tigres americanos no respetaran este límite de los 2000 metros y se aventuraran a alturas mayores como aparece en nuestro mapa de hábitat potencial del jaguar<sup>203</sup>.

Casi todo el curso del río Magdalena ofrecía abrigo al jaguar y por esto existen registros de su presencia desde Guaduas y Honda hasta el encuentro del río grande con las tierras de la actual región Caribe. Si bien el tigre podía encontrar en las márgenes de este curso fluvial presas que le son tradicionales -monos del género *Ateles*, dantas y venados de cola blanca- los viajeros registraron con especial profusión los encuentros entre el felino y los caimanes que habitaban en sus aguas. Hacia el norte de la región andina se encontraban algunos santuarios en los cuales el tigre llevaba su existencia con la menor intervención humana: el tapón del Carare y las selvas cercanas al Catatumbo en el actual departamento del Norte de Santander.

La cordillera central y sus vertientes también parecían ser un santuario para el felino. Esta zona para el siglo XIX contaba con una enorme biodiversidad entre la cual se incluía una enorme variedad de felinos y que algunos como el viajero y diplomático británico John Potter Hamilton no pudieron identificar fácilmente:

“También me dijeron que en la cordillera que se extiende desde Popayán hasta la provincia de Antioquia se encuentran ocho variedades de tigres, más leopardos, panteras y gatos monteses, algunos de ellos de piel casi negra, otros rojos, y algunos de color leonado con manchas blancas. Con mis propios ojos pude ver las pieles pertenecientes a cuatro clases diversas de felinos”<sup>204</sup>.

Sobre esta zona de la región andina se plantea la mayor dificultad para reconstruir el rol ecológico del jaguar, pues es la que mayores transformaciones ecológicas sufrió. Nuestro tigre se encuentra prácticamente extinto de la cordillera central del país -salvo en algunos reductos en Antioquia- y su presencia actual en ecosistemas similares tiende a ser nula. El paisaje cafetero terminó por ocupar los

203 Stuart Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia*, I:369–370; Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, 1827; Jurado, “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX”; Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia : 1825 y 1826*, ed. Ann Christien Pereira (Bogotá: Ed. del Banco de la República, 1981).

204 Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, 1827, I:231.

terrenos que otrora fueron selvas. Apenas resaltan algunos escasos avistamientos y ataques furtivos a los seres humanos, mulas y otros animales domésticos. Más allá de estos datos, se encuentran zonas poco transitadas tanto por la biología como por la historia. Las poblaciones remanentes de algunas presas del jaguar pueden darnos en todo caso algunas indicaciones sobre el bosquejo que estamos construyendo. La hoy amenazada danta andina podía contar con un mayor número de población en ese entonces<sup>205</sup> y resultaba ser un blanco perfecto para los ataques del felino. Del mismo modo las poblaciones de saínos y otros miembros de la familia *Tayassuidae* eran relativamente estables<sup>206</sup>, por lo cual podían servir de sustento a grandes depredadores entre ellos el jaguar. Venados<sup>207</sup>, armadillos y primates también pueden ser incluidos dentro de esta lista. Pero la presencia del tigre en este territorio solo puede ser rastreada de forma más eficaz con el estudio de los frentes de colonización y las posibles formas en que estos afectaron a las poblaciones del tigre.

Los avistamientos y registros de presencia de jaguares encontrados en las fuentes han sido utilizados para elaborar un mapa en el cual se dio la ubicación aproximada de los mismos.

205 Ibid., I:217–218.

206 En los apartados destinados a la descripción de la fauna, la Comisión Corográfica da cuenta de la abundancia de “cerdos” de monte en la región. Ver Comisión Corográfica, *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada / por la Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi. [Recopiló y ordenó Eduardo Acevedo Latorre]*, vol. III Provincias de Soto, Santander, Pamplona, Ocaña, Antioquia y Medellín., Archivo de la economía nacional ; 21-24. (Bogotá: Impr. del Banco de la República, 1957).

207 La cacería de venados era una práctica común en la región John Potter Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, vol. II (Londrés: John Murray, Albemarle Street, 1827), 6.

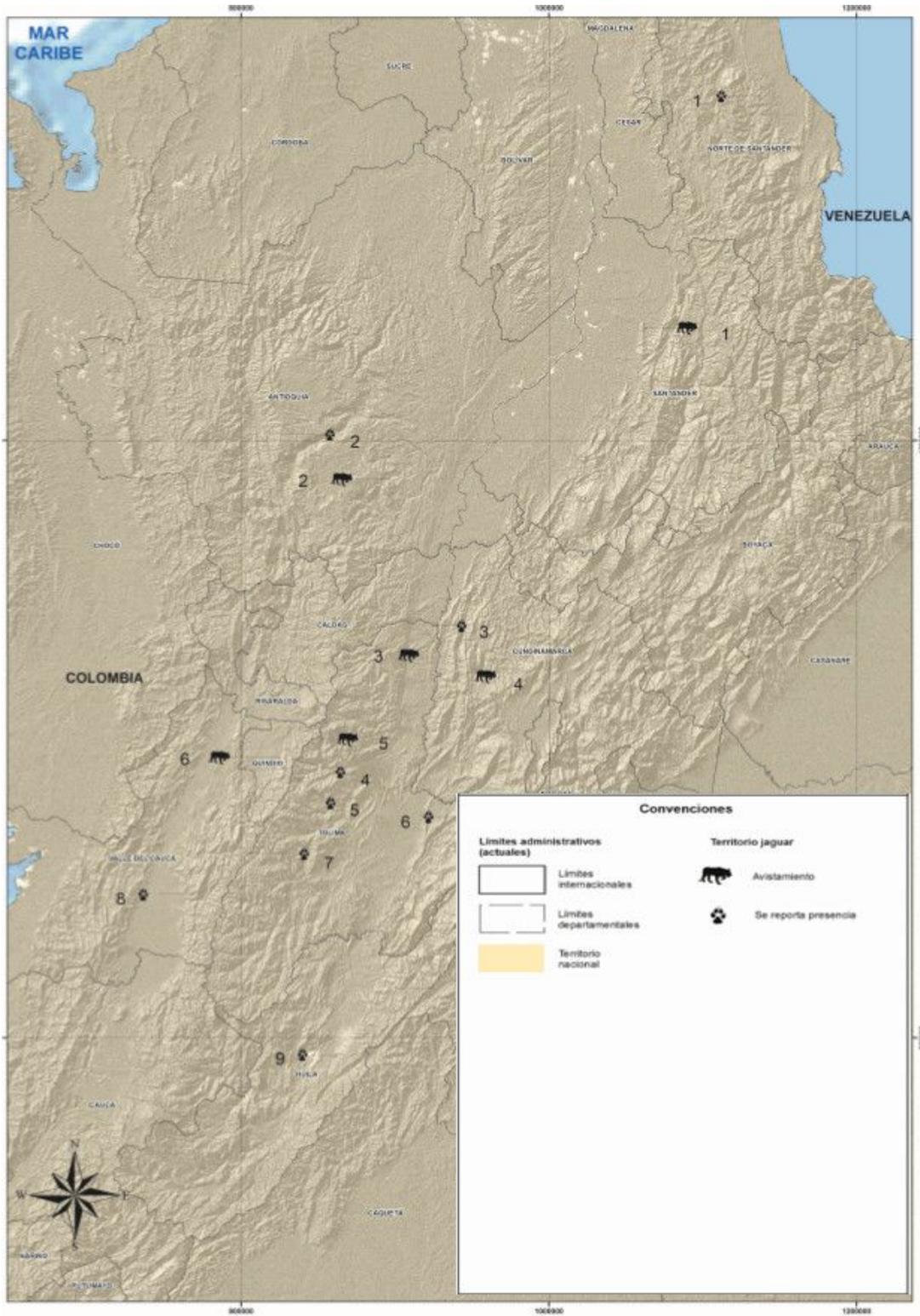


Figura No. 8 Mapa de avistamientos y registro de presencia del jaguar (1820-1910)<sup>208</sup>

208 Ver mapa completo en anexos.

### ***Los mapas de la colonización***

La presencia del tigre en el centro del país que se reseñó en el anterior apartado debe contrastarse con la presencia humana en la región y de como esta se modificó en la región a lo largo del siglo diecinueve. En líneas anteriores se ha mencionado que a comienzos de dicho siglo la mayoría de la población del actual territorio colombiano se ubicaba precisamente en la región andina. Con base en los censos que se hicieron al final de la época colonial se puede afirmar que hacia 1777 la población de la nueva Granada 58 % se localizaba en las montañas santandereanas y el altiplano cundiboyacense<sup>209</sup>. En resto de la actual región andina se encontraban algunas villas y caseríos de poca importancia en cuanto a su población y las aparentes “soledades ardientes” descritas por Caldas en *Del influjo del clima*. La historiografía que ha tratado los temas de la colonización se refiere a estos lugares como “espacios vacíos” o “selvas vírgenes” sin dedicarles muchas líneas en su argumentación<sup>210</sup>. Propio de los discursos del siglo XIX, plagados de modernidad y progreso, se planteaba como desafío poner a producir estos lugares cubiertas por selvas indómitas y sumergidas en la *wilderness*<sup>211</sup>. Estas ideas compartían discurso -y se contradecían de cuando en cuando- con la posible existencia en América de “un mundo antiguo y noble inmerso en una naturaleza en estado virgen y en el que la presencia de antiguas civilizaciones no perturbaba en nada la idea de las mismas como «salvajes»”<sup>212</sup>. Por ende, estas descripciones de soledades y lugares vacíos deben ser tomadas con muchas reservas. Para el caso de la región andina, estas zonas fueron aprovechadas por los seres humanos de formas diversas (la guaquería, el aprovechamiento de ganado cimarrón, la cría de cerdos y la tala entre otras) y la sola presencia de un camino -por más rústico que fuese, como es el caso del paso del Quindío- implicaba una intervención notoria en los ecosistemas y paisajes de dichos sitios.

Los mapas que han sido elaborados para la presente investigación también nos muestran que a lo largo del siglo XIX que la distribución de la población en la región se modificó de forma drástica y a comienzos del siglo XX ya gran parte de las zonas de vertiente de la región contaban con grandes focos de población y con importantes centros urbanos.

209 Fabio Zambrano Pantoja y Oliver Bernard, *Ciudad y territorio: el proceso de población en Colombia* (Academia de Historia, Instituto Francés de Estudios Andinos, Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia, 1993), 65.

210 Para nuestro trabajo y para el de la historia ambiental estas categorías deben ser revisadas pues no solo ocultan una serie de lugares con una amplia diversidad ecológica sino que perpetúan los silencios que existen sobre los grupos humanos y los procesos sociales y de transformación que se encontraban asociados a estos.

211 Stefania Gallini, “El ambiente entre representación y ecología – Un estudio de caso en Guatemala, siglo XIX”, *Varia Historia* 21, n° 33 (enero de 2005): 79.

212 *Ibid.*, 81.

## Las fundaciones en la región andina

Para lograr relacionar la ocupación humana de la región andina y las poblaciones de jaguares que habitaban la región se recurrió al uso de distintos tipos de información geográfica. Los mapas de esta sección han sido organizados en tres etapas basadas en las fechas de fundación de algunos de los municipios que asociamos a las colonizaciones andinas colombianas del siglo XIX. Una primera etapa acoge todas las poblaciones que se fundan a principios del siglo XIX y que están vinculados con los procesos de colonización que se dan desde finales de la colonia<sup>213</sup>. La segunda etapa corresponde con los pueblos y ciudades fundadas entre 1850, una fecha en la cual varios autores han identificado un punto de corte en los procesos de colonización de la región<sup>214</sup>, y 1880. Por último un periodo que puede identificarse con colonizaciones tardías en este territorio que se extiende desde 1880, vinculado al establecimiento de la industria cafetera<sup>215</sup> y el apogeo del modelo exportador<sup>216</sup>, hasta 1910 aproximadamente, fecha en la cual la colonización por la industria cafetera disminuye y se comienza el proceso de explotación petrolera en el Carare<sup>217</sup>. Estas divisiones de tiempo que planteamos son de carácter ilustrativo y no necesariamente concluyente:

1. La primera 1820-1850: Se argumenta en su inicio por la consolidación de la República
2. 1850-1880: Corresponde a grandes líneas con el auge de la economía exportadora, el comienzo de la colonización de vertientes y termina con el ascenso del cultivo del café
3. 1880-1910: Reorganización del territorio por parte de la economía cafetera, el afianzamiento de la colonización del centro del país y destajo del tapón del Carare

La información de estos mapas muestra que para el primer periodo la presencia continua de jaguares en las fuentes documentales se puede asociar a la existencia de amplias zonas en las cuales los felinos contaban con territorios pródigos en presas y las perturbaciones por parte de los humanos eran menores respecto a los siguientes periodos. La segunda etapa resulta ser crítica, especialmente para la zona de la cordillera central, pues las fundaciones aumentan en número y las vertientes de la misma se

213 James Jerome Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979).

214 Oscar Almario García, *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940: Espacio, poblamiento, poder y cultura* (Cecan Editores, 1994); Keith H. Christie, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia: Aspectos de la historia socio-política de la frontera Antioqueña* (Universidad Nacional de Colombia, 1986), 24,25; LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*.

215 Absalón Machado, "El café en Colombia a principios del siglo XX", en *Desarrollo económico y social en Colombia: siglo XX* (Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Económicas, 2001), 79.

216 David Bushnell, *Colombia : una nación a pesar de sí misma de los tiempos precolombinos a nuestros días*, 9. ed. (Bogotá: Planeta, 2008), 191.

217 Jacques Aprile Gniset, *Génesis de Barrancabermeja : ensayo* ([Colombia]: Instituto Universitario de la Paz, 1997).

ocuparon en corto tiempo. Esta situación puede explicarse por los fenómenos asociados al apartado de “invasión del reino del tigre” más adelante.

La última etapa puede compararse con un final dramático para los jaguares: la región del Quindío - donde los avistamientos de la criatura fueron comunes durante largo tiempo- es finalmente colonizada, la economía cafetera permitió la prosperidad de las zonas en las cuales se cultivó, conllevando un aumento considerable de la población y la transformación radical de los ambientes que otrora sirvieron de refugio para los tigres. Por ejemplo, la zona circundante a Medellín, que parece haber sido un corredor ecológico para la especie<sup>218</sup>, es urbanizada lo que le resta una “vía de escape” al felino. Como hecho final de este periodo se encuentra el destajo de las selvas del Carare, consecuente con la primera empresa de explotación petrolera en la nación. Este lugar resulta fundamental para las poblaciones del jaguar pues, según las pesquisas del presente trabajo, la especie de “tapón selvático” que se había mantenido allí desde la época colonial al parecer comunicaba tanto a Santander con Antioquia como a los tigres andinos con los de la región Caribe. La deforestación y transformación de esta zona terminó por mermar las condiciones propicias para este intercambio.

A continuación, por medio de un esquema de sub-regiones, presentamos un bosquejo de como estos lugares de “frontera” asociados a poblaciones de jaguares fueron ocupados a lo largo de nuestro periodo de estudio.

218 Esteban Payán, Comunicación personal. 18 de marzo de 2014

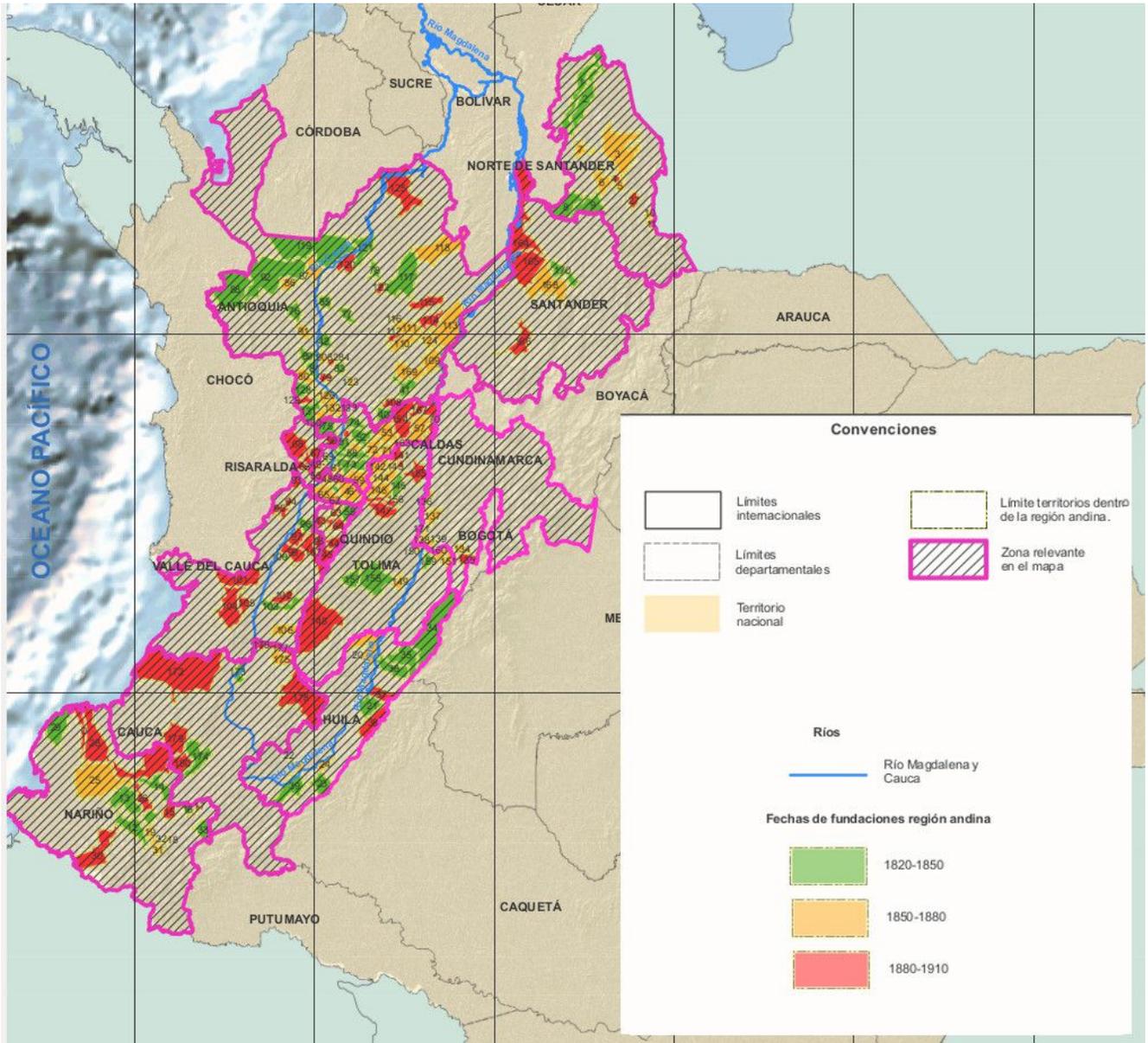


Figura No. 9 Mapa de fundaciones en la Región Andina (Siglo XIX)<sup>219</sup>

219 Ver mapa completo en anexos

**Sub-región Santanderes:**

El territorio de los actuales Santanderes vivió una época de prosperidad virtud de la producción de tabaco y textiles que explica la reactivación de establecimientos urbanos hacia finales del siglo XVIII y comienzos del siguiente. Las fundaciones en esta sub-región se ubican de forma temprana sobre la cordillera oriental y de forma más tardía hacia las vertientes que bajan al río Magdalena y al Catatumbo<sup>220</sup>. En comparación con otros focos de colonización la frecuencia de fundación durante el siglo XIX en esta zona fue bastante irregular. La zona de Santander que colindaba con el río Magdalena permaneció aislada durante casi todo el siglo, perdurando entonces las famosas selvas del Carare -sobre las cuales existió un profundo desconocimiento geográfico aún después del paso de la expedición corográfica-, sobre el que nos detendremos con más detalle luego. Al oriente las tierras resultaron infértiles lo que limitó el poblamiento de la zona<sup>221</sup>. Los mapas elaborados según las fechas de fundaciones nos indican que una fuerte ocupación del departamento de Norte de Santander se dio entre 1850 y 1880. Seis municipios fueron fundados durante el periodo en ese territorio. Pese al tamaño y a la importancia histórica de Santander del sur, solo seis municipios fueron fundados entre 1820 y 1910, lo cual termina por confirmar el freno que impuso a la colonización la selvas ribereñas al Magdalena. Los jaguares pudieron vivir allí con cierta tranquilidad hasta los comienzos de la explotación petrolera, caso a estudiar en el próximo capítulo.

220 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 128.

221 Salomón Kalmanovitz, *Nueva historia económica de Colombia* (Bogotá Colombia: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2010), 102.

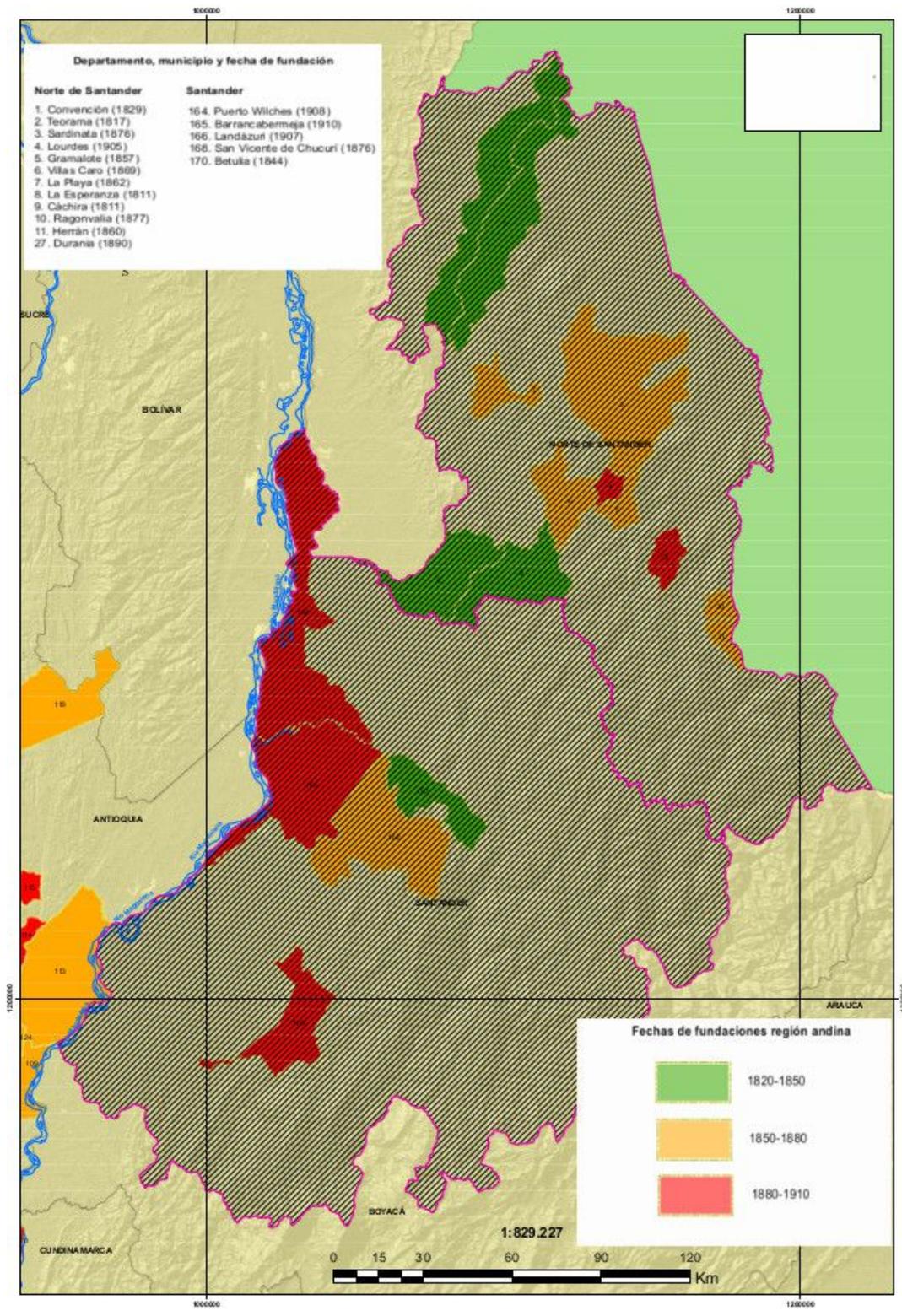


Figura No.10 Mapa Sub-región Santanderes<sup>222</sup>

222 Ver mapa completo en anexos

### **Valle del Alto Magdalena:**

Al sur, en la sub-región del valle del alto Magdalena se considera el cultivo del tabaco como factor desencadenante de las principales de transformaciones. La primacía urbana de Honda en la región se ve desafiada por el auge de ciudades como Ambalema, cabeza del distrito productor de tabaco, y a finales de siglo por Girardot. El impacto ambiental del cultivo de tabaco -aunque precisando todavía de más estudios del mismo- quizás haya sido de los más importantes de la región. Al respecto Miguel Samper escribió lo siguiente:

“[...] una gran corriente de jornaleros y trabajadores de toda clase y de toda categoría, partió de las faldas y mesas de la cordillera hacia las vegas del Alto Magdalena y sus afluentes. El hacha, y la azada resonaron en todas las selvas; los pantanos se desecaron; prados artificiales de grande extensión aparecieron; los caneyes, las habitaciones, las plantaciones de tabaco y de toda clase de frutos se veían brotar en cada estación de siembras; las factorías se levantaban y se llenaban de obreros de ambos sexos; las tiendas y los buhoneros se multiplicaban; todo era movimiento, acción, trabajo y progreso”<sup>223</sup>.

Curiosamente no podemos vincular estas transformaciones con la afectación de las poblaciones de jaguares. Pese a que esta sub-región cuenta con todas las posibilidades ecológicas para albergar poblaciones e individuos de *Panthera onca* los registros que se han encontrado sobre avistamientos y presencia de tigres son muy escasos. Como ya mencionamos, parece que el tigre americano se extinguió de esta zona mucho más tempranamente.

Lo que nos cuentan los mapas de fundaciones nos muestran que en la zona del actual departamento del Huila tuvo seis fundaciones entre 1820 y 1850, un caso atípico para la región. Las fundaciones en el Tolima se dieron a partir de 1850. En los últimos dos periodos que categorizan los mapas (1850-1880 y 1880-1910) se dieron cerca de 12 fundaciones. Esto confirmaría la influencia de la bonanza tabacalera y del cultivo del café en la colonización del actual departamento. No obstante, la ausencia de avistamientos y registros de jaguares en la zona nos impide realizar alguna clase de contraste entre esta colonización y la afectación de los tigres con la colonización.

223 Miguel Samper, *La miseria en Bogotá y otros escritos* (Universidad Nacional, Dirección de Divulgación Cultural, 1969), 35-36.

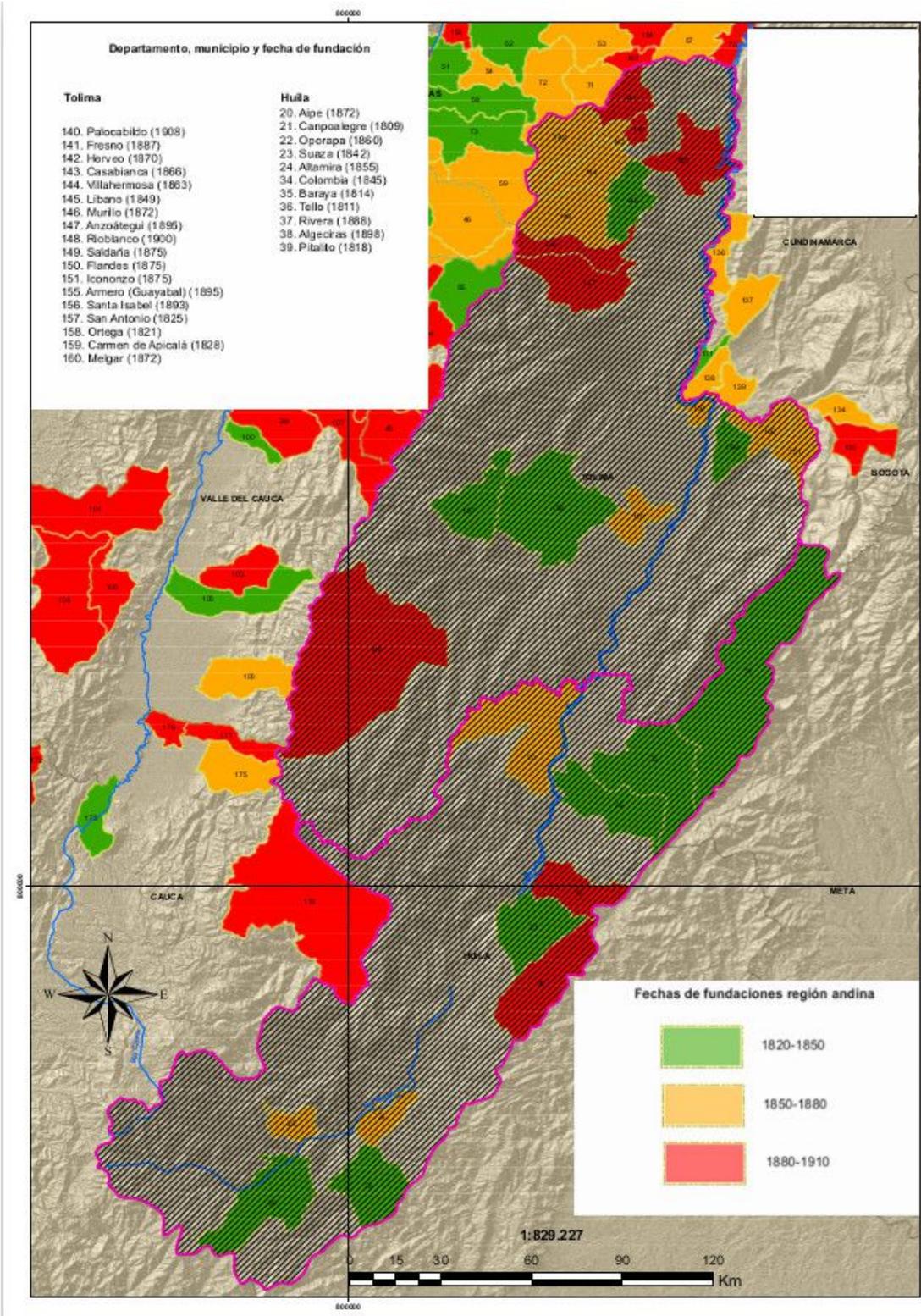


Figura No.11 Mapa sub-región Valle del Alto Magdalena<sup>224</sup>

224 Ver mapa completo en anexos

### **La subregión del Cauca, Valle del Cauca y Nariño:**

Esta zona de la región presentó un incremento de poblamiento a finales de la Colonia a cargo de poblaciones mestizas y mulatas que se ubicaron en los puntos medios de las haciendas de la región. Por ende estas fundaciones se apartaron del modelo dispuesto por la corona española<sup>225</sup>. En el actual departamento del Cauca el crecimiento de la población fue afectado por los reclutamientos forzosos durante las guerras de independencia. Keith Christie ubica los efectos de esta perturbación a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. A su vez los caucanos también padecieron inconvenientes económicos que incluyen la caída de la producción local de oro y la incapacidad para “desarrollar y mantener una producción de exportación de gran escala a lo largo del siglo XIX”<sup>226</sup>. En cuanto al poblamiento de las laderas del Valle del Cauca este es fechado por Zambrano y Bernard a partir de 1852<sup>227</sup>. Precisamente después de esta fecha se producen la conexión con el avance de la “colonización antioqueña”<sup>228</sup> y el surgimiento del cultivo del café<sup>229</sup>. Las zonas más altas del Cauca y del actual departamento del Nariño también contaron con algunas transformaciones en su matriz de poblamiento pero sobre las cuales no nos detendremos pues, según las pesquisas de archivo, dichos territorios no están asociados con el jaguar.

De acuerdo a los mapas, el Valle del Cauca tuvo un pico de colonización en el periodo 1880-1910. 10 municipios fueron fundados durante el mismo y apenas 5 fueron fundados entre 1820 y 1850. Las dinámicas colonización agrícola explica la concentración de fundaciones en este último periodo, lo cual pudo afectar a las posibles poblaciones de jaguar del actual departamento. El Cauca por su parte tuvo solamente 9 fundaciones entre 1820 y 1910. Nariño en cambio tuvo un patron de fundación más parejo. Las poblaciones que fundaron por debajo de los 2 mil m.s.n.m. entre 1820 y 1850 fueron 6, entre 1850 y 1880 se registraron 5 y las ocurridas dentro del periodo 1880-1910 fueron 6 nuevamente. La ausencia de registros de jaguares para este último departamento también impidió la realización de algún ejercicio de comparación.

225 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 160.

226 Christie, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia*, 23–24.

227 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 161.

228 Almario García, *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940*.

229 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 162.

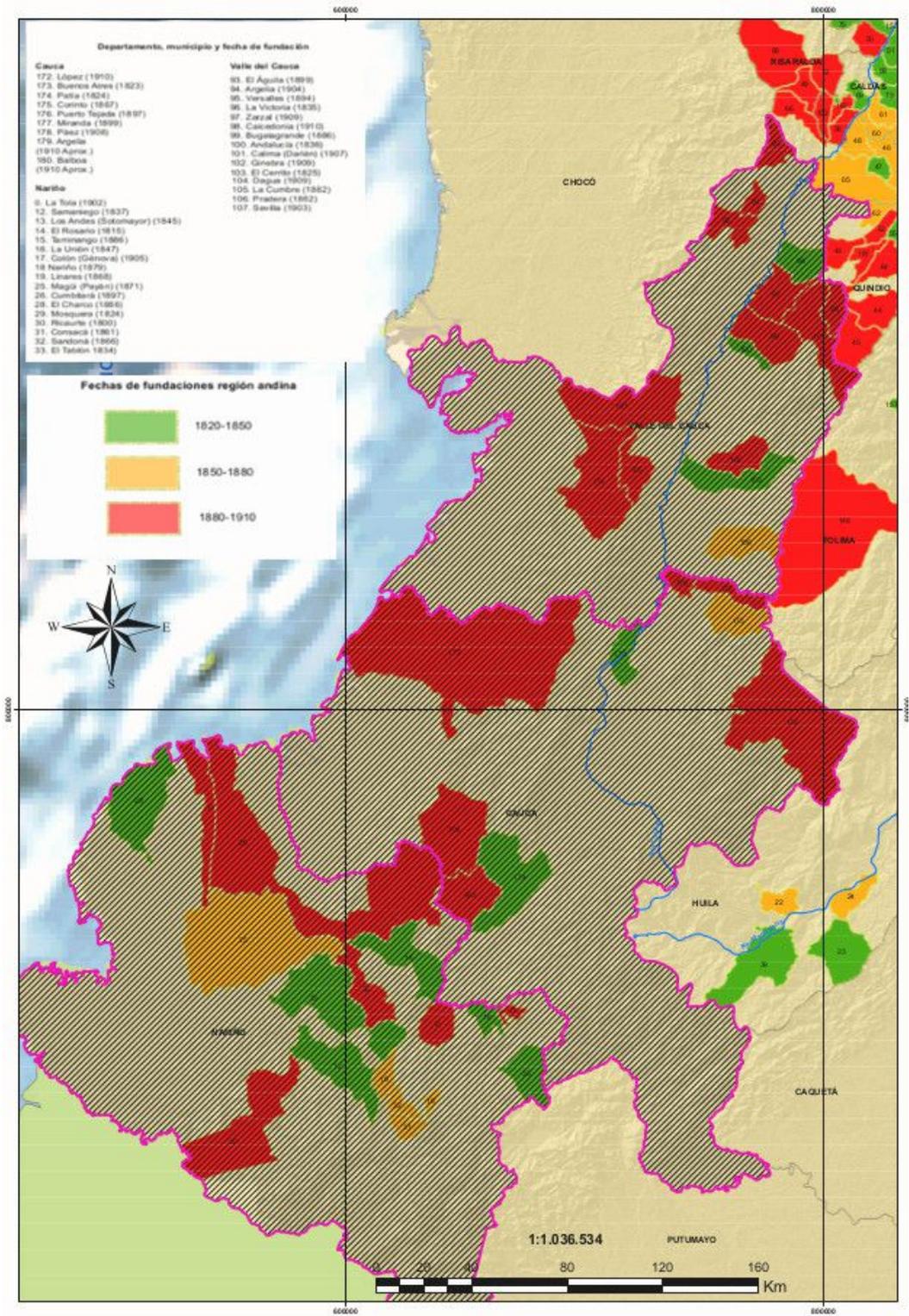


Figura No. 12 Mapa sub-región Cauca , Valle del Cauca y Nariño<sup>230</sup>

230 Ver mapa completo en anexos.

### **Cundinamarca<sup>231</sup>:**

En las vertientes del actual departamento de Cundinamarca se produce de forma temprana uno de los fenómenos que habría de cambiar la configuración regional. Hacia 1859 el occidente de este departamento estaba conformado por una serie de poblaciones dispersas cercadas por el terreno escarpado y la vegetación tupida<sup>232</sup>. Sin embargo sobre estas zonas de ladera se establecerían algunas de las primeras plantaciones de café con fines de exportación<sup>233</sup>. La intervención de los comerciantes bogotanos, principales inversores de la industria cafetera de la zona, habría de cambiar el paisaje. La búsqueda de este y otros productos de exportación también explica el poblamiento de las zonas cundinamarquesas ubicadas en pisos térmicos templados y cálidos<sup>234</sup>. No resulta claro como la esta colonización afectó a los tigres andinos, pues la información es deficiente. En los documentos consultados existen algunas referencias poco claras de avistamientos y también el hecho de que el holotipo -el individuo sobre el cual se basó la clasificación- para la especie en Colombia procede de Guaduas, siendo esta una verdadera curiosidad, pues este territorio no se asocia con jaguares (no existen registros , y muchos menos para las cercanías del siglo XX, tiempo en el cual fue registrado.

La Sabana de Bogotá albergó en tiempos remotos a la *Panthera onca*<sup>235</sup>, pero para la época cubierta por la investigación la especie ya se encontraba ausente de la zona y ningún documento colonial ubica al tigre en cercanías de la capital. Lo que consta en las fuentes para esta zona son los avistamientos de pumas y otros felinos más pequeños como ocelotes y tigrillos<sup>236</sup>. Incluso todavía se presentan algunos avistamientos de estos en las laderas de las montañas que rodean a Bogotá y el occidente del departamento<sup>237</sup>. Distinto es el caso de la vertiente del Sumapaz -hacia los llanos orientales- en donde existen registros recientes de la presencia de nuestro tigre<sup>238</sup>. Estos jaguares pueden pertenecer a

231 Bernard y Zambrano incluyen aquí al actual departamento de Boyacá. Sin embargo, no se presenta en este apartado pues no se ha encontrado ningún registro de jaguares en dicho territorio en el marco de esta investigación.

232 Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970: una historia económica, social y política*, 4a. edición corregida y actualizada. (México, D. F: El Colegio de México, 2009), 230.

233 Ibid., 194.

234 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 116.

235 Gonzalo Correal Urrego y Gerardo Ardila, *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos de Nemocón y Sueva* (Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, 1979); Gonzalo Correal Urrego y Thomas Van der Hammen, *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama: 12000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá* (Banco Popular, 1977).

236 Alfred Hettner, *Viajes por los Andes Colombianos (1882-1884)* (Banco de la República, 1976), El Páramo.

237 Eduardo Uribe Botero, Luis Fernando Molina Prieto, y Jacquelin Osorio Olarte, *Cerros, humedales y áreas rurales: Santa Fe de Bogotá* (DAMA, 1997).

238 “Alerta por jaguar que ronda el oriente de Cundinamarca”, *NoticiasCaracol*, accedido 25 de marzo de 2014, <http://www.noticiascaracol.com/nacion/video-255566-alerta-jaguar-ronda-el-oriente-de-cundinamarca>.

poblaciones llaneras de la especie en fenómenos de migración que no han sido todavía estudiados, por lo cual resultan ajenos a esta investigación.

Los datos arrojados por los mapas construidos evidencian que las fundaciones en este departamento para el gran marco cronológico fueron escasa en comparación con otras zonas de la región. Solo 7 fundaciones se dieron entre 1820 y 1910. La mayoría de ellas (es decir 5) se produjeron entre 1850 y 1880, lo que confirma la influencia de la industria cafetera en el fundamento de las mismas. De nuevo, la información deficiente sobre la presencia de jaguares en la zona nos impide elaborar alguna idea sobre la relación de la colonización en este territorio y la afectación de los felinos.

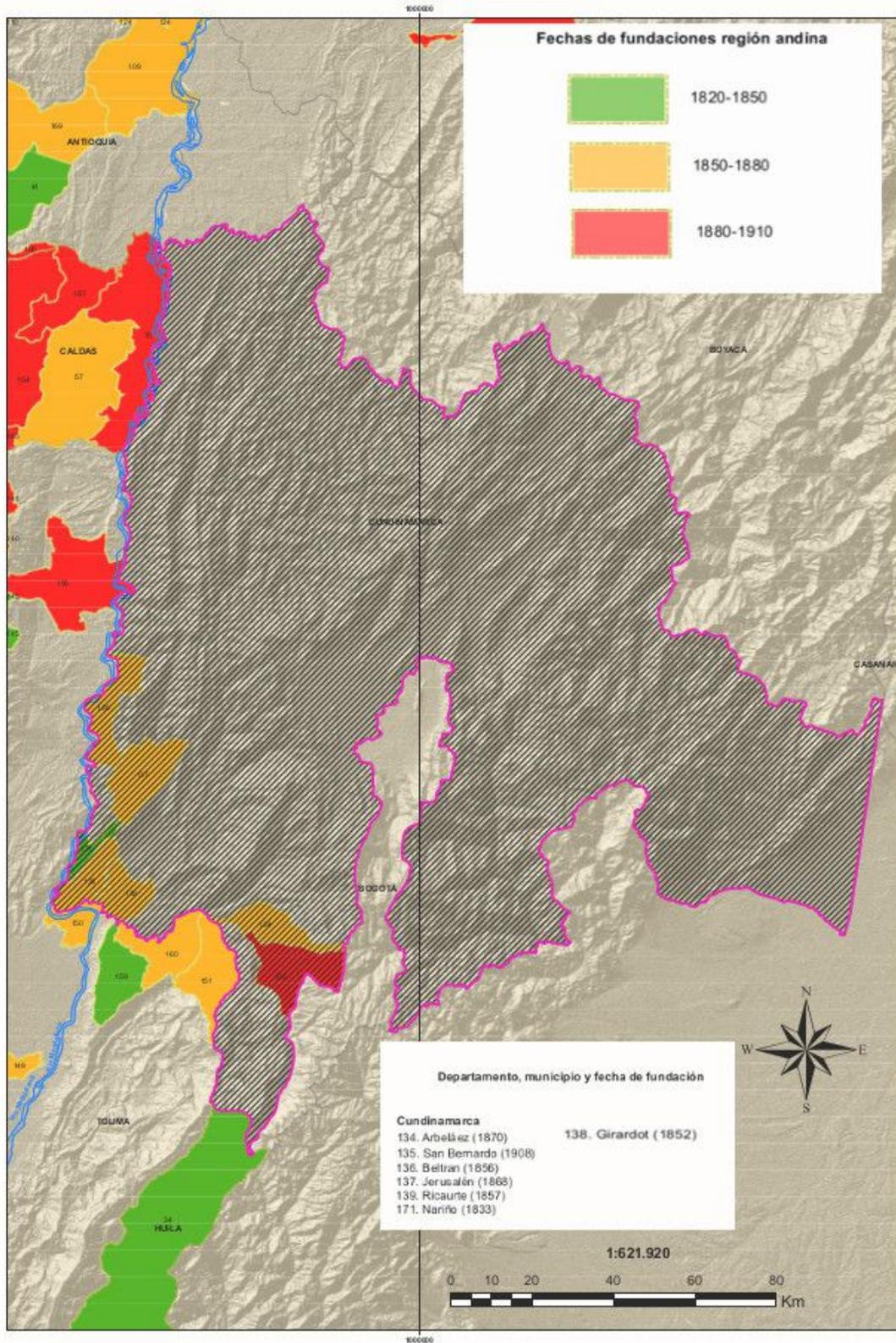


Figura No. 13 Mapa sub-región Cundinamarca

### **Sub-región de la cordillera central y la zona montañosa de Antioquia:**

Sobre esta debemos detenernos con mayor detalle pues no solo resultó fundamental para el declive de las poblaciones de jaguares y fauna asociada sino que significó uno de los cambios más radicales en los aspectos ecológicos y sociales del país. Ante lo complejo y polémico que resulta el tema de la “colonización antioqueña” no sobra hacer antes de entrar en materia algunas advertencias. Se plantea que no se puede hablar de un único proceso de colonización y de hecho se ha planteado abandonar el concepto hegemónico que se le atribuye a la “colonización antioqueña”. En todo caso la intención de la presente investigación no es ahondar sobre la complejidad de esta, sino analizarla como un hecho que afectó las poblaciones de jaguares de la región al igual que de la flora y fauna asociada<sup>239</sup>.

Consideramos más prudente hablar de “un conjunto de colonizaciones” más que de un frente único que explique todo el proceso. Incluso últimas investigaciones afirman que caucanos, tolimenses y cundiboyacences entre otros también abrieron monte y formaron parte de esta “colonización”<sup>240</sup>. Citando a Catherine Legrand se considera que: “En realidad, el movimiento antioqueño fue un episodio más bien excepcional en un proceso mucho más vasto del desarrollo de la frontera, que tuvo lugar en las tierras templadas y cálidas a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Al pasarlo por alto, los historiadores han malentendido fundamentalmente el carácter de la expansión de la frontera en Colombia”<sup>241</sup>. No ahondaremos en las motivaciones que contienen este proceso, ni entraremos en las discusiones que se proponen sobre el origen “étnico”, territorial o cultural de los colonos que se embarcaron en este proceso.

Para comienzos del siglo XIX esta sub-región poseía apenas algunas poblaciones importantes fundadas en las primeras etapas de la conquista y que se habían sustentado de las actividades mineras de la época colonial. La parte sur de Antioquia y el trecho de la cordillera central que sigue de allí hasta colindar con las proximidades de Popayán permaneció aislada del resto del territorio durante casi trescientos años. Las poblaciones indígenas que allí se encontraban asentadas fueron prácticamente aniquiladas por la invasión española permitiendo un notorio proceso de recuperación ambiental. Es por esto que los documentos de finales siglo XVIII y comienzos del siglo siguiente describen esta zona cubierta de

239 Un interesante resumen del debate al respecto fue publicado por Jaime Eduardo Londoño Mota, “El modelo de colonización antioqueña de James Parsons. Un balance historiográfico”, *Fronteras de la Historia* 7 (2002).

240 Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994* (Editorial Norma, 2003), 26.

241 LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, 17.

selvas hasta casi las márgenes del Cauca y los llanos del Tolima<sup>242</sup>.

Para la época de la llegada de los españoles este territorio estaba densamente ocupado y transformado. Testimonio de lo anterior son los rastros de camellones -especialmente en la zona del Quindío- y las descripciones legadas por los primeros cronistas españoles sobre los inmensos guaduales aparentemente cultivados que caracterizaban la zona<sup>243</sup>. La sub-región estaba atravesada por algunos caminos deficientes y escabrosos que conectaban los pocos centros urbanos que estaban allí localizados. El más famoso de ellos fue el camino del Quindío entre Cartago e Ibagué, única vía de comunicación durante largo tiempo entre las provincias de Antioquia y Cauca y el centro del país. Por él transitaba el comercio de ganado entre Cauca (Bugá, Cartago) e Ibagué, y también el oro que salía de las minas del Chocó hacia Cartago e Ibagué vía Santa Fé o España por el río Magdalena<sup>244</sup>. Desde la época colonial la empresa que caracteriza a estos caminos es la arriería. Los arrieros, quizás los individuos que mejor reconocían la presencia de los tigres de estas tierras, se encargaban de conducir mercancías y alimentos por medio de recuas de mulas<sup>245</sup>.

En la región también habitaban los pocos indígenas sobrevivientes del exterminio de la conquista en los pueblos de Supía, Riosucio y Pueblo Rico, colindantes con el Chocó<sup>246</sup>; complementaba este cuadro algunos otros colonos que escaparon del orden colonial y de los primeros años del gobierno republicano dedicados a la explotación de caucho, la gUAQUERÍA, el engorde de cerdos<sup>247</sup> entre otras actividades extractivas incluyendo el comercio de pieles de animales salvajes, incluyendo desde luego en estas últimas las de tigre. Este tipo de actividades fueron las que ocuparon a los primeros grupos de colonizadores de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Con el avance de siglo campesinos pobres de otras regiones y otros individuos -entre estos algunos que huían de las guerras civiles de la época- se ubicaron en la zona.

242 Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 46.

243 Ibid., 57.

244 Luis Javier Ortiz Mesa y Oscar Almarío Almarío García, *Caldas: una región nueva, moderna y nacional* (Universidad Nacional de Colombia. (Medellín). Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2007), 70.

245 Magdalena Jiménez, "Vías de comunicación desde el virreinato hasta la aparición de la navegación a vapor por el Magdalena", *Historia Crítica*, nº 2 (diciembre de 1989): 121.

246 Ortiz Mesa y Almarío García, *Caldas*, 71.

247 Ibid.

La frontera se ofreció como oportunidad de supervivencia para todos ellos<sup>248</sup>. El poblamiento de esta zona estuvo marcado por distintos conflictos siendo el más conocido “la lucha entre el hacha y el papel sellado” que se dio entre los colonos independientes y los grandes concesionarios de tierras<sup>249</sup>. La ocupación de “nuevos” territorios se dio por lo general en las vertientes de la cordillera central y occidental entre los 1000 y 2000 m.s.n.m., zona que se asociaría después con el café<sup>250</sup> y que no por simple coincidencia también hace parte del hábitat potencial del jaguar. A finales del diecinueve y comienzos del siglo XX todo el territorio de la sub-región estaba configurado alrededor de la economía cafetera<sup>251</sup>.

La interpretación de los mapas de esta subregión es quizás la más compleja y llena de resultados interesantes. Antioquia es el caso especial de la colonización de toda la región. 52 fundaciones se dieron entre 1820 y 1910 en la zona potencial de hábitat del jaguar. 19 se dieron entre 1820 y 1850 e igual número se dio en el correspondiente a 1850-1880. 14 fundaciones se dieron en el marco de años que va de 1880 a 1910. Caldas es el siguiente departamento a destacar dentro de la subregión: 23 fundaciones se dieron en el marco cronológico de la investigación, distribuidas 7 entre 1819 y 1850, 8 en el periodo que va de 1850 a 1880 y 8 también en la división final de 1880-1910. La distribución tan equilibrada de fundaciones terminaría por confirmar el rol de “puente de colonización” que se le dio a este territorio, al llegar y partir desde allí diversas expediciones colonizadoras durante todo el siglo<sup>252</sup>. Risaralda y Quindío terminan por ejemplificar la colonización de la subregión. La mayoría fundaciones de Risaralda ocurrieron desde 1850: 3 entre 1850-1880 y 5 en el periodo de 1880-1910. De nuevo, parece seguir el auge del cultivo el café. Por último Quindío presenta una situación que destaca de todos los demás lugares: De las 8 fundaciones ocurridas entre 1820 y 1910, 6 ocurrieron en el último periodo (1880-1910), lo que podría explicar hasta cierto punto la gran cantidad de testimonios sobre jaguares que existen para ese lugar y tiempo. El Quindío pudo haber servido como último santuario de los tigres andinos que poblaron la zona de la cordillera central que se encuentra al sur de Antioquia, por lo cual los testimonios de tigreros y cargueros que se presentan en el próximo capítulo dan cuenta de una fase compleja del conflicto que se dio entre jaguares y humanos en este lugar.

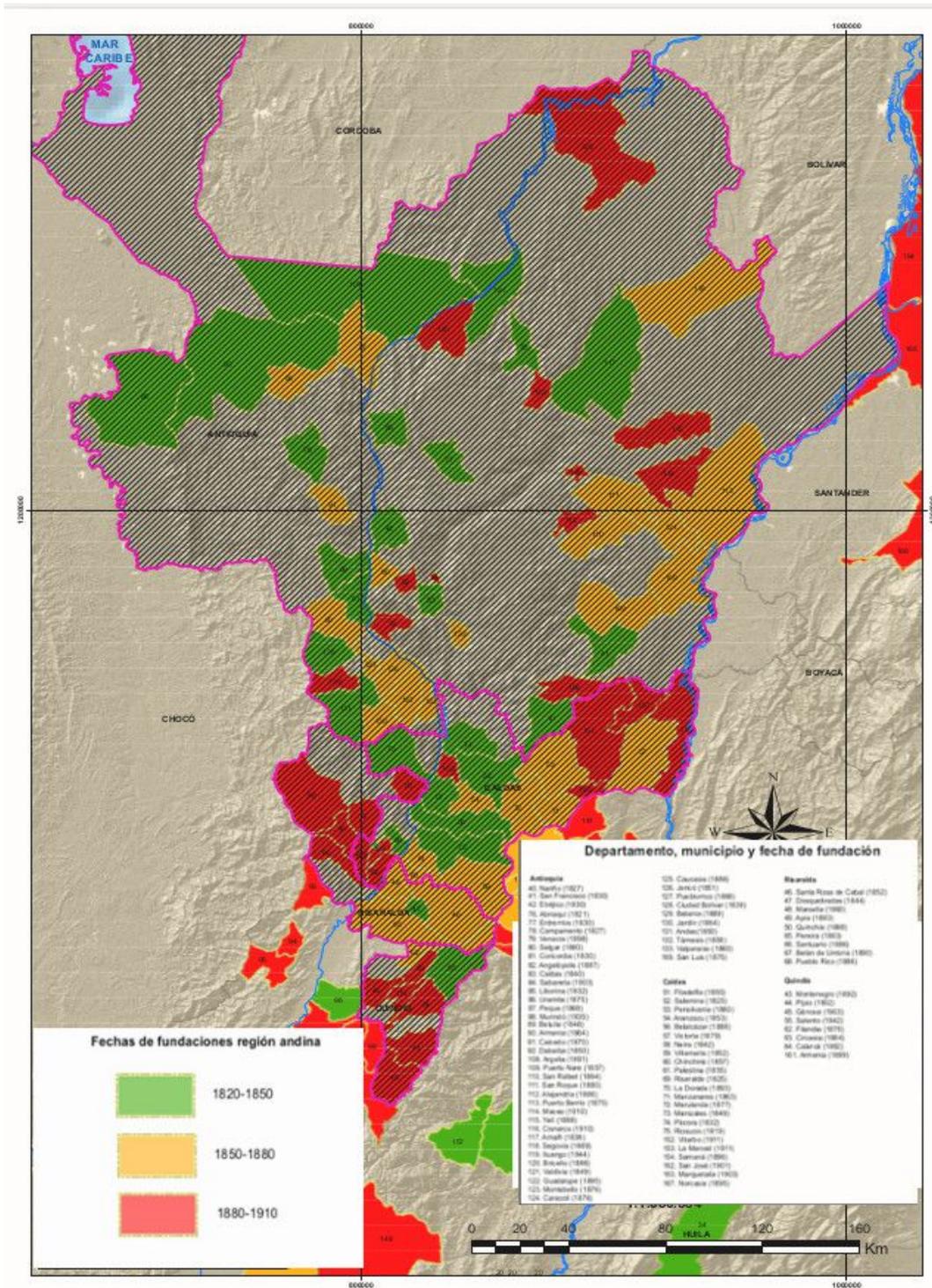
248 Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, 274.

249 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 150.

250 Ortiz Mesa y Almarino García, *Caldas*, 80–81.

251 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 151.

252 *Ibid.*, 150.





### Capítulo 3: *Invasión al reino del tigre*

«"Sí, señor: mis títulos están allí en la enramada del trapiche: son 18 cueros de tigre i 44 de oso que tuve que matar con mi propia mano para establecerme aquí." »<sup>254</sup>

La heterogeneidad de los procesos de colonización en la región andina contrasta con los rasgos en común que por afectar al jaguar de forma similar. Casi sin importar el sitio, el colono que se enteraba de la presencia del tigre en sus tierras inmediatamente salía en su búsqueda para darle muerte. La cacería de jaguares está registrada de forma copiosa en las fuentes consultadas y pudo afectar las poblaciones de estos felinos. No obstante otro tipo de afectación indirecta fue mucho más perjudicial para nuestro tigre. Los procesos colonizadores estuvieron asociados a la fragmentación -cuando no la destrucción completa- de su hábitat. Con esto no solo se estaba dejando al jaguar “sin su monte” sino también acabando a todas las especies vivas asociadas al depredador.

Los ataques cada vez más numerosos de animales domésticos en la región andina a partir de mediados del siglo XIX pueden indicar que el felino se encontraba acorralado y que ya no podía recurrir a sus presas naturales. Para exponer esta invasión a los dominios del tigre recurrimos a dos casos que pueden ilustrar esta situación de forma clara. El primero de ellos es de la región cafetera, el cual cuenta con un mayor número de estudios y fuentes que permiten rastrear tanto la presencia de jaguares como las acciones que terminaron por incidir en la existencia de la especie. El segundo corresponde al de la explotación petrolera en Santander y la deforestación de las selvas del Cararé. Estos dos casos resultan ser de enorme pertinencia para comprender la casi desaparición de los jaguares de los parajes de la región andina.

#### ***Tigres entre colonos y arrieros: La región cafetera***

El proceso de colonización de la cordillera central del país y del actual departamento de Antioquia es uno de los fenómenos más paradigmáticos del siglo XIX. Su estudio resulta fundamental para entender la ocupación de otros espacios en la región andina para ese periodo. El crecimiento demográfico, los procesos de desmonte, el avance de la frontera agrícola, entre otros son rasgos compartidos con la colonización en otros lugares. Desde luego que la ocupación de la cordillera central también contó con sus rasgos singulares, entre ellos la consolidación del cultivo de un producto que se convirtió en distintivo del país: El café.

254 Aníbal Galindo, *Estudios económicos i fiscales* (Impr. a cargo de H. Andrade, 1880), 266.

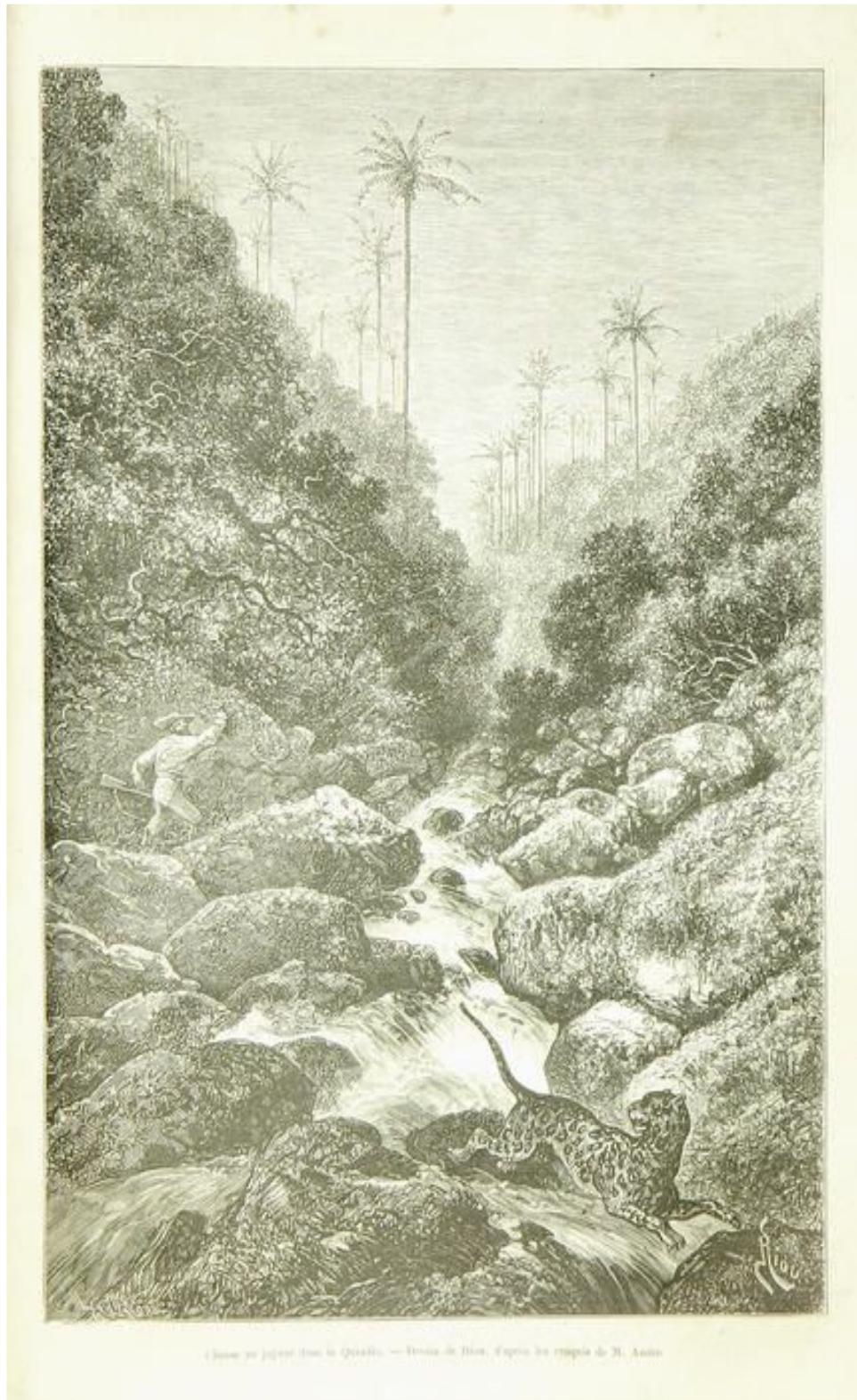


Figura No. 15 Riou, E. "Chasse au Jaguar dans le Quindío" [Basado en un bosquejo de Edouard André], Grabado. 23,7 x 15.7 cm, blanco y negro. *L'Amérique équinoxiale: (Colombie, Equateur, Perou)*. Paris: Libraire Hachette, 1877-1879. 103.

Antes que los cafetales dominaran el paisaje de esta zona de la región, los tigres y una vasta biodiversidad se encontraban en casi todos los rincones de la misma. Quizás por esta situación, la presencia del tigre fue uno de los hechos más citados por los cronistas y autores que dedicaron sus líneas a estos territorios.

La cacería del jaguar es un acto tan relevante que suele ser registrado tanto por autores extranjeros como foráneos. Un ejemplo de lo anterior es el testimonio dejado por Edouard André de la cacería, sin éxito, de un jaguar en medio de un paisaje dominado por las las palmas de cera del Quindío (ver figura No. 15 en página 98): “tuvimos que retirarnos sin resultado ninguno en nuestra excursión, pues el jaguar que perseguíamos, rápido como una centella, atravesó la quebrada y desapareció en dirección del [río] Coello”<sup>255</sup>.

Por lo anterior, no resulta ser producto de la casualidad que Jesús María Ocampo uno de los famosos fundadores de la ciudad Armenia -capital del actual departamento del Quindío- haya recibido el sobrenombre del “Tigrero”. Valentín Macías, su temprano biógrafo, explica el origen del mismo por las siguientes razones:

“[...]el nombre de Tigrero se lo dieron por la circunstancia de que siendo como era, tan valiente y arrestado, se internaba en el corazón de la montaña, por uno, dos y tres días al cabo de los cuales regresaba con sus arreos de cazador que consistían estos en tres o cuatro pieles de tigre, fiera común en aquellos tiempos en estas regiones. Por este motivo sus coterráneos le denominaron El Tigrero”<sup>256</sup>.

La descripción de Ocampo corresponde con el prototipo de personajes que hicieron parte de la colonización de esta zona del país. Participó en los conflictos civiles de finales del siglo XIX y también en la Guerra de los Mil Días. Antes de terminar uno de estos conflictos desertó y se dirigió a las selvas del Toirá (la zona próxima al actual municipio de Buenavista, Quindío) con la intención de abrir monte. Según las tradiciones quindianas, allí su fama de señor del monte se acrecentó. Jaime Buitrago, considerado como el novelista fundacional de la literatura del Quindío, utiliza en una de su novelas la figura de Ocampo para representar los conflictos que se dieron entre los agentes de las compañías colonizadoras y los colonos independientes:

255 Charles Wiener et al., *América pintoresca: Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores* (Barcelona: Montaner y Simon, 1884), 676–677.

256 Citado en “Yo Soy Quindío-Fundadores”, accedido 27 de marzo de 2014, <http://www.yosoyquindio.org/fonda/fundadores.htm>.

“Cuentan que a su finca de 'La Cabaña' se acercaron en estos días los agentes de la Compañía de Burila y como le averiguaron por los títulos de la tierrita que estaba cultivando, Tigrero no acertó a responderles inmediatamente. Sin embargo, lleno de coraje, subió al zarzo y se presentó luego ante los burileros con dos frescas pieles de tigre, diciéndoles retadoramente: Aquí están mis títulos. Los agentes salieron de allí tragando saliva, sin muchas ganas de comentar el suceso”<sup>257</sup>

El final que se le atribuye al “tigrero” es casi tan épico como la leyenda que dejó tras de sí. Huyendo de la Guerra de los Mil Días y también con las ansias de encontrar oro, se internó nuevamente en las montañas en las selvas que aún quedaban en el Toirá. Allí encontraron días después su cuerpo inerte aplastado por un inmenso árbol, semejante este a aquellos que acostumbraba a derrumbar junto con otros de sus compañeros para abrirle entrada a la “civilización”<sup>258</sup>. Desde luego que la vida del “tigrero” debe verse con ciertas reservas. Aprile-Gnisset -en su estudio sobre las ciudades colombianas- consideró que la mayor parte de las historias relacionadas con Ocampo fueron simples exageraciones que le atribuyeron los quindianos a su fundador y que su vida nunca se destacó más allá de las vivencias típicas de cualquier otro personaje que abrió monte<sup>259</sup>. Sin embargo, la situación del “tigrero” quindiano no es un caso único en el contexto latinoamericano. Facundo Quiroga, el famoso caudillo argentino, fue apodado “el tigre de los llanos” gracias a la supuesta muerte que le propinó a un tigre de una forma casi legendaria, ubicando a Facundo en el terreno de lo “sobrenatural”<sup>260</sup>. Para el presente trabajo la “realidad” o no de las anécdotas de Ocampo no oculta su mayor relevancia: la vida del “tigrero” fue una representación del conflicto de los seres humanos contra la naturaleza agreste, escenificada a la perfección en la lucha entre los hombres y los tigres.

Durante largo tiempo los procesos de colonización “autónomos y espontáneos” se justificaron con el argumento de robarle terrenos al monte y unir zonas otrora baldías o “desiertas” con el resto de la nación. Antes de la llegada de los colonos, los dueños legítimos de dichas tierras no eran más que las fieras salvajes a quienes habían desterrado por medio de la fuerza física, el esfuerzo y la voluntad.

257 Jaime Buitrago, *Hombres trasplantados: novela de colonizaje* (Imp. departamental, 1943), 183.

258 “Yo Soy Quindio-Fundadores”.

259 Jacques Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana: siglo XIX y siglo XX*, vol. II (Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1992), 162–163.

260 Ariel De la Fuente, *Los hijos de Facundo: caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del estado nacional argentino (1853-1870)* (Prometeo Libros Editorial, 2007), 187.

Frente a estas razones poco valía lo que constara en un papel. Pero más allá de afirmar la valentía de los colonos, estas pieles que cobraron el valor de escrituras terminaron por reflejar otra situación: la idea existente que los animales -y principalmente del tigre- dominaban los terrenos salvajes, interpretación que incluso aparece en las propias fuentes de la época. De esta forma, la colonización fue también entonces un conflicto que se dio entre los seres humanos y los animales que poblaban estas tierras, una confrontación que se daba de forma física y simbólica.

Jesús María Ocampo quizás haya sido el tigrero más famoso del centro del país, pero no fue el único. No cualquiera tenía el suficiente valor y pericia para enfrentarse al tigre, lo cual incrementaba el prestigio de aquellos que se dedicaban a la caza del enorme gato. En esto, la cacería del tigre se mostraba completamente distinta a la de los demás animales que habitaban el monte. Por eso es que la colonización de la actual región cafetera colombiana contó casi en cada rincón con sus propios “tigreros”, “matatigres” o “tigrilleros”, especialistas en esta faena. Jaime Buitrago nos describe la pericia y efectividad de Ocampo con estas líneas de su novela *Hombres transplantados*:

“—¿En estas espesuras [las selvas del Quindío] habrá mucho tigre?  
 —pregunta Miguel Santana dirigiéndose a Hermógenes.  
 —Están plagadas, mi amigo.  
 —Entonces estas selvas le quedan a la medida a Jesús María Ocampo —interpola Tomás Herrera.  
 —¿Cuál Ocampo? —indaga Basilio Valencia.  
 —Un amigo matatigres que tengo en Salamina. Cuando una fiera de estas se encapricha en algún paraje, los vecinos corren y le avisan a Ocampo. El cazador coge sus perros y su cuchillo y se adentra en los oquedales, blandiendo las puñaletas de sus ojos. Es punto de honor suyo no retroceder en la empresa. De allí que jamás regrese a Salamina con las manos vacías. Tigre que persigue puede darse por muerto, porque este hombre nació para matar fieras”

La narración continúa con una alabanza a la habilidad del tigrero:

“—¿Qué clase de trampas usa? —interrumpe Hermógenes.  
 —Qué va. Si fuera con trampas ni siquiera merecería contarse el hecho. Cualquiera de nosotros podría hacerlo. La gracia está en que Ocampo busca la fiera para enfrentársele, porque él sabe todas sus mañas. Conoce sus pisadas y sus rugidos y en el olor que despide el tigre sabe muchas veces a

qué distancia se encuentra de su cuchillo”<sup>261</sup>.

Más adelante Buitrago presenta en su narración a Tabares, un corregidor que acusa al “Tigrero” de apenas cazar tigres gallineros (tigrillos) con escopeta, queriendo rebajar las hazañas de Ocampo:

“¡Ah...! el tal Tigrero. Si me lo encontrara para probarle lo que es un macho. Matar tigres dice él que es bravura. Tigres gallineros es lo único que él mata con su escopeta. ¡Valiente gracia...! ¿Y por qué no ha sido corregidor como yo? Esto sí es valor del de verdad”.

Por contraste, este último párrafo no hace más que incrementar la fama de Ocampo y exhibir los rasgos con los cuales se retrató la colonización de estos territorios: una empresa masculina, solo posible para los más “machos”. Dentro de la historiografía y literatura temprana de la colonización derrotar al tigre fue una de las principales muestras de valentía que los colonos podían exhibir en estas tierras. Bernardo Arias Trujillo, ensayista y escritor caldense de las primeras décadas del siglo XX, pone en boca de los colonizadores afrodescendientes de Soponga -el actual municipio de la Virginia- las siguientes palabras con las cuales buscaban infundirse coraje frente a los embates de los “blancos” que llegaron a sus territorios: “Los blancos nos rodean por todas partes, tan sólo queda el río para que nos tiremos en él y nos ahoguemos todos, pero pudimos con los godos, pudimos con los *tigres*, también podremos con los blancos”<sup>262</sup>. El conflicto con la naturaleza fue una de las tantas confrontaciones a las que se sometieron los colonos del centro del país.

### ***Los colonos y el desmonte***

La persecución de los animales salvajes no se limitaba a los tigres andinos. Las actuaciones de los colonos parecen representar una amenaza de forma muy temprana para la fauna de estas selvas. José María Restrepo, autor de una historia pionera de la ciudad de Manizales, relata una de las estampas que ofrecía el avance de las caravanas colonizadoras:

“Al declinar el sol, la extraña caravana hacía alto en el primer claro que se hallaba en la espesura y allí se ponían todos manos a la obra [...] se encendía una hoguera para preparar la rústica comida del aduar, operación que quedaba a cargo de las mujeres [...] los varones se ponían a improvisar un rancho para que les sirviera de abrigo durante la noche. En esta

261 Jaime Buitrago, *Hombres trasplantados: novela de colonizaje*, 2da. ed. (Armenia: Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío, Universidad del Quindío, 2011), 33–34.

262 Citado en Albeiro Valencia Llano, *Colonización: fundaciones y conflictos agrarios (Gran Caldas y norte del Valle)* (Artes Gráficas Tizan, 2000), 3.

faena tropezaban a veces con una serpiente que los aterraba o con un oso que con sus resoplidos hacía retremblar los montes; entonces, el primero que descubría la fiera daba la voz de alarma, y todos los trabajadores corrían a perseguir y matar al terrible animal; a veces también se encontraban con algún venado que despachaba de un tiro de escopeta el más hábil cazador, o con una bandada de pavas que procuraban suculenta cena, que devoraban alegremente en el rancho por la noche”<sup>263</sup>.

Aún sin instalarse, el colono ya significaba un peligro los animales salvajes. Cuando finalmente lograba encontrar el sitio donde decidía establecerse la afectación resultaba mayor, pues entre las primeras labores del colono se encontraba la del desmonte de la vegetación que lo rodeaba. Parsons afirma que este proceso de desmonte empieza de manera temprana. Para esto cita a Mon y Velarde quien en 1788 escribió que por causa de “mala administración y muchos propietarios” se habían destruido algunos bosques de la región, haciendo escasa y cara la leña<sup>264</sup>.

Esta “Tumba del monte” es una labor que se dividía en dos partes: la primera llamada “socular” que implica limpiar el monte de malezas, bejucos y arbustos pequeños. La segunda es la “derriba” o “tala” que corresponde a la deforestación de los árboles más grandes<sup>265</sup>. Alrededor de esta práctica se configuran los principios de lo que algunos autores han denominado el “ethos del hacha”<sup>266</sup>. La fama de estos hombres que abrieron monte se extiende incluso en otras regiones del país. Por ejemplo, Medardo Rivas, escritor y político de larga producción durante el siglo XIX, contrató a una “tropa” de estos trabajadores que arribaron “con sus mujeres, niños y perros” a su hacienda de “Guatequico” en el Tolima:

“Llevaron su campamento al sitio más fresco de la propiedad; establecieron por cuadrillas, bajo la dirección de capitanes, con quienes hice contrato para la rocería por cuadras a \$ 25 cada una; y armados de calabozos o cuchillos de monte, empezaron la tala; y devoraban la montaña como por encanto. Los gigantescos cumulaes, los guayacanes y hobos se doblaban a su paso, y caían dejando una amplia huella y un ancho vacío del uno al otro lado de la montaña. A los tres meses el bosque íntegro había desaparecido; a los seis meses se recogían mil cargas de maíz; al año estaba formado el potrero de Lurá para cebar quinientas reses”<sup>267</sup>

263 José María Restrepo M., *Apuntes para la historia de Manizales: desde antes su fundación hasta fines de 1913* (Imp. San Agustín, 1914), 4.

264 Citado en Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 43–44.

265 Albeiro Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña* (Centro Editorial Universidad de Caldas, 1996), 19.

266 Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, 273.

267 Medardo Rivas, *Los Trabajadores de Tierra Caliente* ([Bogotá]: Ministerio de Educación, 1946), 212–213.

Seguido del desmonte y aprovechando los periodos de verano los colonos procedían a la etapa de la “quema”. Esta emulaba las prácticas agrícolas de los indígenas de la región y se hacía con el ánimo principal de fomentar las labranzas. La quema también traía otros beneficios para los colonos: reducía a cenizas los troncos y rastrojos que quedaban después de la socola y al mismo tiempo eliminaba insectos, arañas, serpientes manteniendo también alejados a otros animales entre ellos los tigres, osos, ardillas y micos, los cuales resultaban perjudiciales para los animales domésticos y las huertas<sup>268</sup>.

La vegetación previa estaba conformada por algunos de los árboles más comunes de estas vertiente entre ellos el guamo (*Inga spuria*) -que hoy en día se mantiene como árbol de sombra para los cafetos- y el yarumo (género *Cecropia*). Generalmente en los desmontes se salvaban las palmas, no solo por ser resistentes a las quemadas sino también por los beneficios que se podían obtener de ellas: madera, alimentos y ceras. Dentro de estas se encuentran la de corozo grande (género *Acrocomia*), la de corozo chiquito (*Martinezia*), la chontaduro, la de cuesco (género *Scheelea*) y finalmente la palma de cera (*Ceroxylon quindiuense* spp) que por su altura resalta entre las demás<sup>269</sup>.

Después de la quema el terreno era propicio para dos o tres cosechas de maíz o de yuca. Posteriormente el suelo se dejaba en barbecho lleno de árboles y malezas por diez años o más<sup>270</sup>. La rentabilidad de este sistema de roza y quema resultó ser muy alto durante los primeros años gracias a la abundancia de tierras nuevas, el poco capital económico utilizado y la familiaridad y habilidad desarrollada en sistema por parte de los colonos<sup>271</sup>. Esto puede explicar la rápida extensión de la práctica y por qué pudo cambiar drásticamente el paisaje de esta zona en corto tiempo.

### **La cacería**

Tomás Carrasquilla, uno de los autores costumbristas colombianos más famosos, retrató en su novela la *Marquesa de Yolombó* una cacería colonial del tigre muy distinta a las emprendidas en el contexto del XIX. Carrasquilla advierte que la caza del tigre no era una episodio frecuente en la Antioquia colonial y que la faena contenía en ese entonces un carácter casi festivo:

“Traían el cadáver de la fiera en florida y enramada barbacoa, a hombros de cuatro jayanes, más denodados de olfato que de ánimo; y, después de pasearla por todo el pueblo, entre los

268 Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*, 25.

269 Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 46.

270 Ibid., 143.

271 Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*, 25.

perros heroicos y los tiradores barraganes, se iban, entre el rebullir de los curiosos, con el más hábil de los matanceros a sacar, con arte y sutileza, aquella piel que a las veces se remitía a la metrópoli, como regalo para algún gran señor del Consejo de Indias”<sup>272</sup>

Para los colonos del XIX, la acción de cazar tigres pierde este sentido de espectacularidad para convertirse en una acción casi cotidiana. Pero la disputa con los cazadores no solo afectaría al tigre de forma directa, sino que lo puso a competir por presas con los seres humanos.

En las primeras etapas de la colonización algunos colonos cargaban con su escopeta al hombro no solo para espantar osos y tigres sino también para procurar alimento. Cuando no se habían establecido las rozas y los animales domésticos no eran suficientes, la carne de monte apareció como oportunidad o necesidad. Aves como gallinetas, guacharacas, pavas, perdices, tórtolas y sus huevos aparecían en el menú. Entre los mamíferos se contaban saínos, tatabras, venados, conejos silvetres, armadillos y guaguas. Para la caza de estos dos últimos el colono se valía de la ayuda de sus perros -compañeros fieles e indispensables- pues estos animales resultaban ser ágiles y escurridizos en medio del escarpado monte. La guagua, agutí o paca es un roedor que podía pesar entre 30 y 40 libras y su carne era muy apreciada. Veloz en la tierra, este animal se refugiaba en cuevas o madrigueras que el mismo hacía en el suelo de la selva. El armadillo o gurre también se guarecía en cuevas, de las cuales resultaba todo una dificultad extraerlo. Además de su uso como alimento, la sangre del armadillo se utilizaba como tratamiento para el asma<sup>273</sup>.

Todas las anteriores criaturas también entran en el rango de depredación del jaguar, por lo cual el felino estaba sometido a presión desde varios flancos: su territorio era destruido y fragmentado ante el avance del desmonte a la par que debió competir directamente con los seres humanos por sus presas. Por esto no resulta extraño que el tigre, temeroso y refugiado en los pocos parches de selva que dejaba tras de sí la colonización, recurriese a la depredación de animales domésticos, lo cual lo terminaría por hacer más vulnerable a los ataques del ser humano.

Del mismo modo y como sucedió en otros contextos, el ingreso de armas de fuego cada vez más

272 Tomas Carrasquilla, *La marquesa de Yolombó* (Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1984), 77.

273 Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*, 14–16.

sofisticadas pudo contribuir a elevar el rango de mortalidad de la criatura perseguida<sup>274</sup>. De esta forma, la cacería fue un aspecto que contribuyó también a que el jaguar no pudiese deambular en los Andes con la libertad de otros tiempos. O bien se dio de baja al propio tigre o se le quitaron su presas.

Con el descuaje del monte la figura del tigre se va volviendo casi fantasmal y se asocia a las leyendas que pueblan las tradiciones campesinas. Quizá la más vinculada con el tigre es la del mohán, aquel ser sobrenatural que espantaba por gran parte de la región andina:

"¡Virgen Santa! ¡Esto sí es lo mas tremendo! por ahí anda en el río abajo, por la cañada del Chochal y por la falda del Guáimaro. Varios to han divisado; todos han visto sus rastros en lo mojado y hasta en lo seco. Lo que es la pata deber ser como la de cualquier cristiano; mas, quien sabrá si tenía cola y si le repuntaban cachos por entre las greñas? Huye de los hombres peor que un venado perseguido. Le han puesto trampas como a los tigres, y no ha caldo; le han puesto lazos, y no ha metido la pata. El tal Mohan es peor que Tio Conejo. Endiablado tendría de ser, porque le han tirado con municiones, y peor; se ha disparado por entre el monte, que ni un cohete. Se entrevera por la palamenta como un lagartijo. Cuando menos volara como los gavilanes. Si huía de los cristianos no era porque les tuviera miedo sino odio"<sup>275</sup>.

No solo en lo huidizo se podía comparar el mohán al tigre. Algunas de sus acciones se comparaban con las realizadas por el jaguar, entre ellas atacar niños y mujeres que se aventuraban al monte<sup>276</sup> o robarse animales domésticos. Del mismo modo a la figura del espanto a veces se le agregaban rasgos del tigre, entre ellos usar pieles del animal o la capacidad de convertirse en el propio felino. Esta última propiedad también es común entre otros de los seres fantásticos propios de los cuentos que circulaban de boca en boca en la región andina. El hojarasquín, la patasola o la madremente -protectores del monte, vengadores de la selva destruida y enemigos del colono y el arriero- también podían revelarse en forma del jaguar y otros animales<sup>277</sup>.

Estos espantos, que aún son patrimonio de las tradiciones orales, expresaban también una especie de arrepentimiento que los colonos sentían al derrumbar al monte y destruir la inmensa variedad de estos ambientes naturales para convertirlos en terrenos para la vivienda o actividades agrícolas. Pero al igual que estos protectores, la presencia del jaguar comienza a ocupar el terreno de la leyenda con el paso del

274 Andrew C. Isenberg, *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (Cambridge University Press, 2000), 131; Walker, *The Lost Wolves of Japan*, 103-104; Parra Monsalve, "Imaginario, cacerías y comercio de jaguar en las cuencas de los ríos Caquetá-Japurá y Putumayo-Içá (Amazonia), durante el Siglo XX", 62.

275 Tomás Carrasquilla, "Del monte a la ciudad", en *Obras completas*, s. f., 503.

276 Javier Ocampo López, *Mitos y leyendas de Antioquia la Grande* (Plaza y Janes Editores Colombia s.a., 2001), 116.

277 Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*, 109-111.

tiempo y el ingreso de nuevas actividades económicas.

### ***La extensión de la colonización y el destierro del tigre***

La colonización que se produjo en la actual región cafetera estuvo enmarcada en una sociedad que se convirtió en agrícola. Como sucedió -y sucede todavía- en otros lugares del mundo estas sociedades agrícolas construyeron una alta sensibilidad y un total rechazo a los depredadores que amenazaron a los animales domésticos y a su forma de vida<sup>278</sup>. El tigre es el animal que debió soportar esa carga en la colonización de la cordillera central colombiana. No obstante, el proceso de avance de la frontera agrícola en esta región presentó algunas especificidades que deben mencionarse.

La primera etapa del poblamiento de la región estuvo marcada por una economía de subsistencia en la cual la cacería y el cultivo de maíz fueron fundamentales. Cuando el territorio de la colonización se consolidaba ya sus habitantes podían dejar de vivir del pancoger y emprender actividades más especializadas y extensivas entre ellas la ganadería y los cultivos de productos como el tabaco<sup>279</sup>. La descripción en 1892 de un terreno ocupado por colonos en las cercanías de la población de Filandia nos ofrece una idea al respecto pues eran cerca de 2000 hectáreas con: “casas de habitación, dehesas de pastos artificiales para más de mil reses y cultivos de otro género como plantaciones de azúcar, plátano, cacao, café y tabaco”<sup>280</sup>. Otro ejemplo más de estas transformaciones económicas y territoriales es Manizales, la cual obtendría fama por sus enormes potreros circundantes en los cuales los hacendados se dedicaron a la ceba del ganado<sup>281</sup>.

Por lo que se encontró en las fuentes, no se puede considerar a la ganadería y los cultivos extensivos - entre ellos el café- como causantes directos de la disminución de las poblaciones de jaguares y fauna asociada, pero si hicieron parte de un proceso complejo que inicio desde la tumba del monte. El caso del café resulta bastante ilustrativo. La mayoría de los autores que han estudiado el tema consideran que el cultivo de los cafetales aparece en una etapa secundaria del proceso de colonización. Mariano Ospina Rodríguez recomendaba en su famoso manual para la siembra del café que esta se debía realizar preferiblemente en un terreno que hubiese estado ocupado por otro cultivo pues: “Si el terreno está en cultivo, se ara o cava, según las circunstancias [...] En este caso la operación es más fácil i

278 Walker, *The Lost Wolves of Japan*, 136.

279 Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*, 154.

280 Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, 300.

281 Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*, 160.

económica”<sup>282</sup>. Además el comercio de este grano no resultaba rentable para aquellos que necesitaban beneficios casi inmediatos de la tierra que trabajaban. El cafeto produce sus primeros frutos al tercer o cuarto año después de su siembra y logra su mayor producción al quinto año, lo cual requiere un capital de reserva y de espera no disponibles para los colonos que empezaron con el desmonte<sup>283</sup>. Debíó esperarse entonces el establecimiento de la agricultura de subsistencia basada en el maíz, frijol, plátano, yuca y el mejoramiento de las redes de caminos y comerciales para que el café se convirtiese en parte fundamental de la economía regional<sup>284</sup>. De esta forma los cafetales ocuparon zonas que se encontraban ya en un alto grado de transformación ambiental.

Para 1870 el uso de la tierra en la típica hacienda cafetera -según datos de Marco Palacios- no se acercaba al monocultivo sino que incluía distintos usos entre ellos la dedicación a los pastos, las estancias y el cultivo de alimentos, la producción de caña y cerca de un 20% del total se calificaba como monte<sup>285</sup>. Esto conllevó a que el antiguo hábitat del jaguar se había fragmentado de una forma completamente drástica y estos parches de bosques -que aún quedaban en medio del paisaje cafetero- resultaban insuficientes para la supervivencia de grandes depredadores como el felino. La economía cafetera terminaría por contribuir a la explosión demográfica de la región y a la urbanización de zonas que menos de un siglo atrás estaban conformadas por enormes selvas.

Lo anterior termina por explicar los cambios que se dan sobre el tipo de avistamientos que se dan del jaguar a finales del siglo XIX. Para dicho periodo se mencionan montes o lugares “infestados de tigres” lo que podría apuntar a jaguares que tuvieron que refugiarse en reductos de lo que alguna vez fue parte de su territorio. La cacería del jaguar en estas zonas de vertiente se da para este periodo como retaliación del ataque a un animal doméstico. Se vuelven comunes entonces las expediciones “al monte” buscando dar muerte al tigre y de las cuales Jorge Isaacs nos ofrece una completa descripción en el capítulo XXI de su novela *María*, en el cual Efraín -el protagonista- participa de un “proyecto de caza, reducido a asestar un golpe certero a un tigre famoso en las cercanías, que le había muerto algunos corderos. Teníale seguido el rastro al animal y descubierta una de sus guaridas en el

282 Mariano Ospina Rodríguez, *Cultivo del café: Nociones elementales al alcance de todos los labradores* (Medellín: Imprenta del Estado, 1880), 4.

283 Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 175.

284 Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, 273.

285 Ver gráficos *ibid.*, 315.

nacimiento del río, a más de media legua arriba de la posesión”<sup>286</sup>. Ya la presencia del tigre no ocurre de forma inesperada y cotidiana como narraban los viajeros, guaqueros y otros personajes que atravesaban la región a comienzos del diecinueve. Ahora al felino se le debía buscar en las pocas zonas que quedaban como recuerdo de los dominios que había poseído en el pasado.

En 1919, el ingeniero y profesor universitario Fortunato Pereira Gamba en su obra *La vida en los andes colombianos* se refería a la presencia de fieras en las montañas del Quindío como un hecho que causaba impresión pero que ya hacía parte del ayer. Se remontaba cincuenta años en su pasado para mencionar “que el tigre era tan abundante entonces, que en el camino los cargueros eran asaltados no en raras ocasiones”<sup>287</sup>. La realidad de la zona cafetera ya para ese entonces correspondía con otra descripción: “Al presente los bosques impenetrables de ahora treinta años están en haciendas y cultivos; ciudades importantísimas se han levantado con admiración de todos: Armenia, Calarcá.....”<sup>288</sup>. Cuanto más avanzaba el tiempo la presencia del tigre se volvía cada vez más difusa tanto en el terreno como en las narraciones y tradiciones de la región. Para comienzos del siglo XX y como consecuencia de una de las transformaciones ambientales más radicales y rápidas ocurridas en el territorio colombiano, el jaguar cedió por completo su reino en estos campos que ahora parecía ocupar el ser humano a su entera disposición.

### ***La zona del Carare-Opón: el derrick que reemplazó a la ceiba***

A comienzos del siglo XX también se desarrolló en la otra banda del Magdalena un proceso de transformación ambiental jalonada por la primera explotación petrolera del país. El desmonte y la ocupación humana de gran parte de las selvas del Carare conllevó otro golpe para la supervivencia de la *Panthera onca* en el centro del país. Este territorio resultaba ser fundamental para el jaguar pues servía de punto de conexión para distintos corredores biológicos que permitían el tránsito no solo del tigre americano sino de otras especies asociadas. Del mismo era una zona de tránsito entre la región andina y la región caribe. Incluso hoy en día algunos de los bosques y ecosistemas subsistentes de la región resultan de enorme importancia para la conservación a largo plazo del jaguar<sup>289</sup>. La rápida transformación de esta zona a comienzos del siglo pasado resulta ser clave para explicar el declive de los jaguares en la región andina.

286 Jorge Isaacs, *María* (Presidencia de la República, 1996), Capítulo XXI.

287 Fortunato Pereira Gamba, *La vida en los Andes colombianos* (Quito: El Progreso, 1919), 143.

288 Ibid., 144.

289 Alan Rabinowitz y Kathy A. Zeller, “Conectando puntos: Conservación del jaguar a lo largo de su distribución”, en *Grandes felinos de Colombia*, vol. I, 2013.

El río Magdalena no solo articuló los fenómenos producidos en esta zona sino que es a su vez uno de los ejes de la historia nacional y sobre él se ha reflexionado de distintas maneras. Lo anterior quedó plasmado en diversos testimonios a lo largo del tiempo. A finales del siglo XIX Salvador Camacho Roldán se refirió a este con los siguientes términos:

“Nunca he llegado á las orillas de este río sin experimentar á su vista una sensación de respeto y simpatía. Cuando por primera vez lo conocí recibí tan sólo una impresión de grandeza y de fuerza con el volumen de sus aguas y el movimiento incesante de sus ondas hacia el mar. Después, cuando pude recapacitar en el servicio que nos presta, en el vínculo de unión con que liga todas las partes de nuestro territorio, en su relación con todo lo que es progreso y vida nacional, en las esperanzas que de ligarse con él fincan todos nuestros pueblos,— lo he mirado siempre como una divinidad protectora que guarda el secreto de nuestro destino: á su presencia he sentido despertarse en mi alma algo como sentimientos de veneración y amor filial, y nunca, al embarcarme en él, he dejado de sentir alegría y aun orgullo”<sup>290</sup>

La presencia del Magdalena no solo se limita al papel de “puente” de unión nacional y a ser participé de múltiples fenómenos sociales a lo largo de su cauce. El río es un elemento fundamental para explicar la diversidad climática y biológica de la región andina. La diversidad geológica, la variedad de relieves y la complejidad de los suelos que se encuentran en la zona de influencia del río contribuyen a esta riqueza ecológica. Por ejemplo, la diversidad vegetal es tan alta en la zona andina como en regiones consideradas muy diversas como la selva Amazónica y la región Pacífica. Lo anterior explica porque en la cuenca del río Magdalena se encuentran gran número de ecosistemas diferentes<sup>291</sup>.

Entre estos ecosistemas se encuentran las selvas tropicales ubicadas en las pendientes húmedas desde cerca del nivel del mar hasta 1000 metros de altitud. Estas por lo general se ubicaban en las cercanías de las orillas del río. Quizás una de las más famosas fue aquella próxima a la Tora que atravesaron los españoles a comienzos del XVI procurando alcanzar el centro del país. Lucas Fernández de Piedrahita expuso las cuantiosas dificultades que tuvieron los europeos en su primer tránsito por la zona. Parecía que la naturaleza del lugar estaba dispuesta para el martirio de los españoles:

290 Camacho Roldán, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de America)*, 209.

291 “Documento final de síntesis de caracterización de la cuenca del río grande de la Magdalena” (Cormagdalena/Universidad Nacional de Colombia, 2002), 45.

“Dios! que bastasen hombres de carne a romper doscientas leguas de monte espesísimo con sus propias manos, siendo tal su fragosidad y cerrazón, que apenas bastaban todos juntos a romper una ó dos leguas en un día con buenas herramientas! ¿Cuántas enfermedades quebrantaron muchos cuerpos que delicadamente sé habían criado en región más benévola? ¿Cuántas fiebres pestilentes y otras enfermedades pusieron a otros en estado de no poderse tener en pié, y con todo eso siempre trabajando con las manos, de que morían miserablemente los más? ¿ En qué género de muerte no tropezaron entonces aquellos nobles españoles, muriendo unos comidos de tigres, otros de lagartos que sin temor de las guardas se entraban los primeros en el alojamiento y se arrebataban el español ó indio que les parecía, no menos de día que de noche? Otros de hambre y sed procedida del venenoso contagio de las flechas de los bárbaros con quienes iban guerreando a cada paso: pero para qué puede ya ser buena relación de tantas fatigas i desventuras? ”<sup>292</sup>

Al parecer estas difíciles condiciones ecológicas para los europeos fueron uno de los motivos por los cuales la zona permaneció aislada durante la época colonial. Las vastas selvas del Opón-Carare que se convirtieron en el santuario de los indígenas yarigués. La zona se convirtió en frontera natural de las regiones caribe y andina, y, del mismo modo, fue la barrera que dificultó el acceso de las poblaciones del actual departamento de Santander al Magdalena. En todo caso, lo que resultaba ser un obstáculo para el avance de la “civilización” era un perfecto corredor para la biodiversidad que allí habitaba. La cartografía colonial no ofrece mayores descripciones de la zona más allá del descuidado camino del Carare y algunos “caminos de prudencia” que pretendían cumplir el anhelo de conectar las tierras templadas y más altas de Santander con el principal corredor fluvial de la nación<sup>293</sup>.

### ***La precaria colonización***

A finales del XVIII y comienzos del siglo siguiente en este territorio se comienza a dar presiones - demográficas y económicas- similares a las dadas en las selvas de la cordillera central. Desde ese momento se inicia un proceso de fundación y poblamiento de villas, vinculadas por intenciones comerciales y alrededor del proyecto de construcción del camino del Carare. Con la transición a la República el proceso no cesa. En 1842 la población de Flores -surgida al amparo de este proceso- contaba con más de 150 habitantes y más de 3000 en sus inmediaciones. Eran colonos que habían establecido los primeros cultivos de cacao, caña, café y se preparaban para la siembra del añil<sup>294</sup>. Lo anterior parecía ser un espejo de las colonizaciones que se daban en la otra banda del Magdalena. No obstante este proceso de expansión no resultó tan regular y uniforme como su contraparte de la cordillera central, en especial sobre los territorios más cercanos al río Magdalena. La comisión

292 Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*, I:104.

293 Aprile Gniset, *Génesis de Barrancabermeja*, 11.

294 Aristides Ramos Peñuela, *Los Caminos Al Río Magdalena: La Frontera Del Carare y Del Opón, 1760-1860* (Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 2000), 98–99.

corográfica retrató dicho territorio como: “lleno de cerros, llanuras, selvas vírgenes i pantanos que permanecen en la soledad de la creación primitiva, como toda la parte litoral del Estado [sic]”<sup>295</sup>. Codazzi esboza apenas el mapa del caserío de “Barranca Bermeja” y deja en blanco el espacio correspondiente a las selvas que ocupaban el territorio.

En cuanto a los tigres y animales de estas tierras no resulta mejor alusión que aquella legada por Manuel Ancizar, escritor, político y profesor colombiano, que transitó por la región a mediados del XIX:

“las planicies ribereñas del Magdalena, país de fiebres, de plagas, de intenso calor, llanuras solitarias en que el trueno retumba poderosamente, los árboles suben a desafiarlo hasta las nubes y el jaguar se pasea sin opositor, terrible y traicionero en el asalto, ágil en la carrera como el corpulento venado que suele atravesar velozmente las sabanas”<sup>296</sup>.

Es en esta tierras que Emiro Kastos ubicó el origen del tigre que fue exhibido en Bogotá. A diferencia de lo sucedido en la otra banda del Magdalena, el ánimo colonizador no surtió el mismo efecto en estas riberas. De hecho las medidas judiciales de poblamiento forzado son a veces rechazadas por algunos intelectuales, entre ellos el propio Ancizar quien las consideró condenas a “morir de miserias y fiebres a las selvas”<sup>297</sup>. A pesar de esto, desde la mitad del siglo del XIX las expediciones a las selvas del Opón-Carare se vuelven cada vez más frecuentes y son paralelas con el proyecto de “reducción” de los indígenas yariguíes que allí habitaban. La expansión del comercio, la apertura de caminos, la apropiación de tierras y la evangelización hacen parte de estas empresas que no siempre resultaron ser pacíficas<sup>298</sup>. La “ferocidad” de estos indígenas fue descrita así por José F. Gutiérrez :

“Algún caballero que a finales del siglo pasado [XIX] tuvo que entenderse con empresas comerciales de conducción de mercancías por el río Opón, nos explicaba como con tales gentes no hay más recursos que adelantársela [sic] con una certera puntería, con ellos no había que intentar medios blandos ni conciliatorios. Carniceros y terribles como tigres con ellos no valen sistemas distintos a los bélicos”<sup>299</sup>.

295 Felipe Pérez, *Jeografía física i política del Estado de Santander* (Bogotá: Imprenta de la Nación, 1863), 37.

296 Manuel Ancizar, *Peregrinación de Alpha: por las provincias del norte de la Nueva Granada, en 1850 i 51* (Imprenta de Echeverría Hermano, 1853), 447.

297 Ibid., 134.

298 Rafael Antonio Velásquez Rodríguez y Víctor Julio Castillo León, “Resistencia de la etnia Yareguíes a las políticas de reducción y ‘civilización’ en el siglo XIX”, *Historia y sociedad*, nº 12 (2006): 294.

299 Citado en Aprile Gniset, *Génesis de Barrancabermeja*, 36.

La comparación entre tigres e indios no resulta ser gratuita y parece pertenecer a otro caso en el cual el felino se convierte simbólicamente en “hombre salvaje” o al revés, lo cual ya se ha expuesto en el primer capítulo. La comparación en este caso es mucho más poderosa si se quiere, pues jaguares y yariguies terminan por compartir el mismo trágico destino como veremos.

En cuanto a los colonos mestizos y blancos estos no consiguieron establecer poblados perdurables en la zona. Vivían de la explotación de recursos que se daban de forma silvestre. Por ejemplo, hacia 1870-1880 se abre una época de extracción indiscriminada de recursos, entre ellos caucho, leña, quina, taguas y maderas, que acapararon la atención y cuya explotación dependió de la demanda del mercado internacional<sup>300</sup>. A estas “bonanzas” efímeras se les sumaban algunos exploradores y aventureros. Otros sobrevivieron del comercio asociado a la navegación por el río Magdalena. La actividad más importante sobre este aspecto fue la provisión de leña de las embarcaciones a vapor, para lo cual se aprovechaban los abundantes bosques ribereños<sup>301</sup>. Ocasionalmente, los barcos a vapor permitieron el transporte a baja escala de los productos de los pueblos de las orillas entre ellos: “el palo mora, la tagua, el cedro, el guayacán, el caoba, las pieles de los animales del monte y de los caimanes, el pescado, etc”<sup>302</sup>.

Para ese mismo momento y con el beneficio de las políticas federales se siguió buscando la apertura de caminos efectivos que conectaran el interior de Santander con el Magdalena. Identificados con esta empresa se cuentan personajes de renombre como el político y militar Aquileo Parra y Geo von Lengerke, siendo este último inmortalizado en diversas obras literarias. El alemán arribó al país en la década de los 50 con algún capital. Estableció algunos contactos políticos en Bogotá y después partió hacia Bucaramanga, lugar en el cual vio posibilidades de negocio. Allí abrió algunas tiendas en las cuales recibía de los campesinos de la región sombreros, tabaco, quinas, cueros o café según el caso y los intercambiaba por ropas, telas, machetes, herramientas agrícolas y otros productos importados al igual que por dinero en préstamo.

Con el tiempo decidió pasar a la producción agrícola, motivo por el cual adquirió tierras en donde

300 Ibid., 21.

301 Fabio Zambrano, “La navegación a vapor por el río Magdalena”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 9 (1979): 74.

302 Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)*, vol. I (Banco de la República, 1973), 145.

apostó por diversos cultivos. Después se embarcó en la construcción de caminos con la motivación de que estos se convirtieran en la vía por la cual transportar su producción hacia el exterior<sup>303</sup>. La obsesión de Lengerke por los caminos sería retratada en la literatura por Pedro Gómez Valderrama de la siguiente forma: “Él se rió y dijo que había soñado los caminos, que eran como rayas de tigre, como nuevas rayas que se le iban sumando a su piel, y que por alguna razón misteriosa el sentía como era eso de los caminos, y el impulso de abrirlos, los veía antes de trazarlos [...] sabía de alguna manera por donde debía orientarse sus rayas”<sup>304</sup>.

En esta empresa Lengerke se convirtió en uno de los más fieros defensores de la reducción o exterminio de los indígenas yariguíes. Esto evidenció la tremenda disparidad que existía entre las concepciones otorgadas a los caminos en las dos sociedades. Para blancos y mestizos abrir caminos resultaba ser un paso más hacia al “progreso” aparte de una necesidad económica, en cambio para los nativos terminaba por ser una amenaza a sus formas de subsistencia<sup>305</sup>. Entre el abandono y la imposibilidad de reducción de la etnia yareguíe los caminos hacia al magdalena se encontraban en pésimo estado para finales del siglo XIX. Las selvas del Opón-Carare seguían entonces ocasionando admiración y espanto entre los viajeros que se aventuraban en ellas o en sus cercanías.

### ***El oro negro: El derrick por la selva***

Un hecho clave terminó por cambiar la situación de la región y dar paso a un drástico proceso de transformación ambiental. En 1905, el coronel José Joaquín Bohórquez, veterano de la Guerra de los Mil Días, le presentó a Roberto de Mares unas muestras de petróleo obtenidas en el campamento de Infantas, cerca al poblado de Barrancabermeja, durante una de sus expediciones por las selvas de la zona en busca de caucho. De Mares, omitiendo a Bohórquez del negocio, obtuvo una concesión a treinta años en la zona aledaña a Barrancabermeja, luego de aprovechar su cercana amistad con el presidente Rafael Reyes, quien fue su padrino de bodas. Bohórquez por su parte sólo recibió una pensión por parte del Estado durante en los últimos años de su vida y después de un prolongado pleito<sup>306</sup>. Después de una serie de negociaciones la concesión terminó en manos de un grupo de inversionistas norteamericano vinculado a la *Standard Oil Company*, conformando la *Tropical Oil*

303 Aprile Gniset, *Génesis de Barrancabermeja*, 23.

304 Pedro Gómez Valderrama, *Más arriba del reino; La otra raya del tigre*, ed. Jorge Eliécer Ruiz (Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1990), 205.

305 Velásquez Rodríguez y Castillo León, “Resistencia de la etnia Yareguíes a las políticas de reducción y ‘civilización’ en el siglo XIX”, 309.

306 Eduardo Sáenz-Rovner, “La industria petrolera en Colombia, concesiones, reversión y asociaciones”, *Credencial Historia*, mayo de 2005.

*Company* (TROCO) en 1916<sup>307</sup>.

La explotación petrolera resultó nefasta para las selvas que allí existían, aún antes de comenzar a extraer el crudo. Alfonso Avellaneda menciona que previo a que brotara el petróleo por las tuberías: “fueron necesarias la apertura de vías de penetración a través de la selva y la tala de arboles, para montar campamentos, oleoductos y estaciones de producción”<sup>308</sup>.

Aproximadamente desde 1910 comenzaron estas labores de descuaje de la selva, las cuales se vieron redobladas con la intervención plena de la compañía norteamericana a finales de la década y con el arribo de obreros y trabajadores que se engancharon al proyecto. La limpieza de las vías navegables y la tala de la selva por parte de los hacheros buscando facilitar la construcción de campamentos, caminos y los trabajos de exploración y explotación, se desarrolló en condiciones difíciles y con grandes problemas de accidentalidad<sup>309</sup>. Las acciones se desarrollaron de forma tan acelerada que en 1922 el otrora caserío de Barrancabermeja se había convertido en un municipio de más de 4000 habitantes, uno de los más grandes del país para ese momento. Las presiones demográficas y la intervención norteamericana fueron fundamentales en todo el proceso<sup>310</sup>.

La “embestida” de la explotación petrolera afectó de forma tajante dos aspectos de la región. El primero es el puntillazo final que dio al prolongado proceso de exterminio de la etnia yariguíe. La TROCO ante algunos percances sufridos en territorios de la concesión emprendería una campaña procurando el exterminio de los “indios salvajes”, como si estos fuesen tigres de dos piernas. Después de 1920 no se vuelve a reportar ataques cometidos por los indígenas y tras un largo proceso de búsqueda en diciembre de 1944 se localizaron apenas cinco nativos sobrevivientes de este pueblo: tres indias y dos indios<sup>311</sup>. El siguiente aspecto es la transformación ecológica radical que sufrió la zona en algo más de una década. La Standard Oil Company, trastocaría casi en su totalidad las más de 100 mil hectáreas demarcadas dentro de la concesión. A la par que la concesión otorgada también a una

307 Tatiana Roa Avendaño, “Petróleo y deuda ecológica: Inicios de la historia de un saqueo” (Censat Agua Viva – FoE (Colombia), 2002), 6.

308 Alfonso Avellaneda, *Petróleo, colonización y medio ambiente en Colombia: de la Tora a Cusiana* (Ecoe Ediciones, 1998), 89.

309 Jairo Luna García, “Configuración de la Salud Obrera en la Tropical Oil Company: Barrancabermeja 1916-1951” (Tesis Doctoral en Salud Pública, Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá), 2011), 69.

310 Aprile Gniset, *Génesis de Barrancabermeja*, 167.

311 Rafael Velásquez Rodríguez, “Los Yareguíes: Resistencia en el Magdalena Medio santandereano”, *Credencial Historia*, agosto de 2013.

compañía petrolera en el Catatumbo y quizá de una forma más intensa, la fauna fue exterminada o cazada, para llevar sus pieles al extranjero y se hicieron colecciones de vegetales con destino a laboratorios, jardines botánicos, museos de historia natural de los países desarrollados, especialmente Estados Unidos, Inglaterra y Francia<sup>312</sup> Revisar esta información

### ***Tigre acorralado***

Los mapas y relatos de la colonización cuentan con una historia en la cual el tigre americano no salió bien librado. En menos de diez años las enormes ceibas en las cuales Efe Gómez ubicó el nacimiento de aquel jaguar que se hizo famoso en una plaza de toros en Bogotá habían sido reemplazadas por unas inmensas torres *derricks* de explotación petrolera. Al otro lado del Magdalena se levantaron las prósperas ciudades cafeteras que se montaron sobre un proceso de colonización bastante acelerado. Por el resto de la región se presentaron procesos similares. El aumento de la población, los procesos de ocupación humana y el avance de la frontera agrícola contribuyeron a cambiar por completo la cara de la zona central del país. Ya para 1920 parecía que en la región andina no habían suficientes árboles que cobijaran al jaguar y junto con ellos habían desaparecido venados, armadillos, tapires entre otros animales que le servían de presa. Por si fuera poco, cada vez que sus manchas quedaban en evidencia ante los humanos, el felino debía aguardar lo peor. Como el tigre de la crónica de Efe Gómez, el jaguar en el centro del país parecía haber quedado “enjaulado” y con su destino sellado: Aislado, cazado y desterrado. La conversión de las selvas del Carare en pozos petroleros y la consolidación de la colonización de las vertientes en las demás zonas de la región andina en las primeras dos décadas del siglo XX terminaron por delinear los escasos reductos en los cuales al día de hoy sobrevive el jaguar en medio de los Andes.

312 Avellaneda, *Petróleo, colonización y medio ambiente en Colombia*, 89.

## Capítulo 4: *Desvanecimiento de los rugidos*

*“No gasten cincuenta mil, oigan bien este consejo: en este país, mi viejo, no hay tigres sino conejos... no hay tigres sino conejos...”*<sup>313</sup>

Casi 100 años después de que la Comisión Corográfica dejara por escrito que casi en cualquier rincón de la nación se podía encontrar a los tigres acechando en los montes, sucedió uno de los hechos más rocambolescos y extravagantes que guarde relación con los jaguares en nuestro país, de tal magnitud que prontamente fue retratado en un sanjuanero<sup>314</sup> compuesto por el huilense Jorge Villamil, compositor de gran popularidad en la época, y popularizado por uno de los duetos más famosos de la historia musical colombiana: Emeterio y Felipe, más conocidos como *Los Tolimenses*.

Corría mayo de 1965. El escritor y diplomático colombiano Luis Zalamea Borda ocupaba la gerencia de la Empresa Colombiana de Turismo. Zalamea decidió montar diversas estrategias para promover el turismo hacia Colombia en el extranjero. Por la cercanía que este había tenido con el periodismo de Nueva York, buscó a Dick Joseph quien escribía de estos temas en la revista “Esquire”, buscando con esto promocionar la imagen del país. Zalamea invitó al norteamericano a que visitara Colombia y este aceptó con una única condición: “Acepto si me llevas en una cacería de jaguar, que entiendo abunda en las selvas colombianas”<sup>315</sup>. A Zalamea le pareció bastante generosa, aunque extraña, esta exigencia por parte del periodista. Decidió primero investigar el asunto antes de darle una respuesta definitiva a Joseph y montó entonces lo que el denominó la “Operación tigre”. Al día siguiente, Zalamea terminó consultando a un español, llamado Ruben Ferré, residente hacía ya algunos años en el país y que era “supuesto experto” en la cacería del jaguar<sup>316</sup>.

A partir de los consejos de este personaje, el gerente de la Empresa de Turismo montó todo un plan teniendo en cuenta los hábitos conocidos del jaguar, sus lugares de localización en el país y las mejores épocas y métodos para darle caza. Contrató al español como cazador “de cabecera” y al amparo de un presupuesto de más de US \$ 100 000 dólares emprendió la operación. Zalamea avisó con un mes de

313 El tigre de Zalamea. (Sanjuanero). Autor: Jorge Villamil.

314 Un ritmo y baile tradicional de la región central de Colombia.

315 Luis Zalamea Borda, *Memorias de un diletante* (Taller de Edición Rocca, 2008), 604.

316 Ibid., 605.

anticipación a Joseph, lo que hizo que la revista “Glamour” se uniera a la expedición de “Esquire” ante el notorio “exotismo” que significaba aquella aventura, una delicia para la prensa de la época<sup>317</sup>.

Todo quedó planeado para realizarse al mes siguiente y el lugar escogido fue las selva del Vaupés. Zalamea narra el comienzo de la expedición de la siguiente forma:

“A principios de junio llegó a Bogotá el grupo conjunto de “Esquire” y “Glamour”. Los recibimos, como correspondía a un país tan fiestero como el nuestro, con un gran *cocktail party* en el Gun Club. Al día siguiente volaron al Vaupés en el DC-3 de marras. El “cazador blanco” Ferré me mantenía al tanto de sus peripecias por radio. Porque las lluvias habían persistido más de la cuenta en la región, los tigres se tornaron elusivos”<sup>318</sup>.

Pese a la persistencia de los aventureros, pasaron los días y la expedición no contaba con éxito:

“Aunque vieron y fotografiaron algunos de lejos, no lograban cazar ninguno. El país entero seguía sus movimientos en los medios informativos. Del extremo norte del país me llamó el alcalde de Ayapel [Córdoba] para garantizarme la presencia de tigres en los montes vecinos. Con mi maldita impaciencia pisciana, ordené a Ferré trasladar allí el safari completo en el avión fletado. Para no alargar demasiado el cuento, a los diez días regresaron a Bogotá porque Joseph tenía que reintegrarse a su base neoyorquina”<sup>319</sup>.

Ante el posible fracaso de la expedición tanto a Joseph como a Zalamea se les ocurrió una idea para conseguir la foto de la “presa muerta”, pues esta era el objetivo final de la expedición: decidieron “posar” esta fotografía, es decir, hacer un montaje con cualquier otro jaguar “muerto” que completara el resto de imágenes que ya habían conseguido. Con Joseph de regreso a New York, Zalamea emprendió por todo el país la búsqueda de un ejemplar de *Panthera onca* con el cual cumplir la misión. Pero, como sucedió en el Vaupés, los tigres parecía que intuyeron el trágico destino y no aparecieron. Cien años antes, la misión podía haberse completado de manera pronta bastando salir a algunas de las vertientes andinas que daban al Magdalena para toparse con alguno de estos felinos. Pero este ya no era

317 Ibid.

318 Ibid., 606.

319 Ibid.

el caso.

En un aparente golpe de suerte, Zalamea logró tener a su alcance la solución a este predicamento:

“Por curiosa casualidad, esa noche tuve que asistir a un evento en la Feria Exposición, donde también estaba montado un modesto circo criollo que exhibía entre unas pocas fieras a un jaguar colombiano. Lucía triste y aburrido encerrado en su jaula, pero tenía la piel punteada y las poderosas fauces en buen estado. Se llamaba “Terror” y su dueño era un empresario antioqueño que accedió a alquilárnoslo un par de días por la suma que convinimos”<sup>320</sup>

No obstante aún había asuntos por solucionar:

“El maldito fotógrafo Freson era un perfeccionista e insistió en fotografiarlo muerto en su entorno tropical y no en la fría Sabana bogotana, de modo que hubo que trasladarlo en su jaula a tierra caliente hasta Melgar, donde un veterinario lo inyectaría con anestesia para la foto que nos hacía falta”<sup>321</sup>

Mientras eso ocurrió, los enemigos políticos de Zalamea se enteraron de la situación y dieron aviso a la prensa. Explosivos titulares sobre el asunto aparecieron en los periódicos. El propio Zalamea describió la situación: “Los titulares me prendieron fuego en el estómago: “Operación Tigre en la Empresa de Turismo”, “Despilfarro de Fondos Públicos en Cacería Fantasma”, “El Senador Moreno Pide la Cabeza de Zalamea” y otras lindezas”<sup>322</sup>. Más de un dedo acusador señaló a Zalamea y a las “desproporciones” que había cobrado el proyecto y mucho más en una época en la cual el gobierno había entrado en un plan de reducción de gastos. Zalamea debió publicar un comunicado en el cual se describió toda la operación y los costos que ella tuvo<sup>323</sup>.

320 Ibid.

321 Ibid., 607.

322 Ibid., 608.

323 “\$42.016 costó ‘operación Tigre’”, *El Espectador*, 1965.

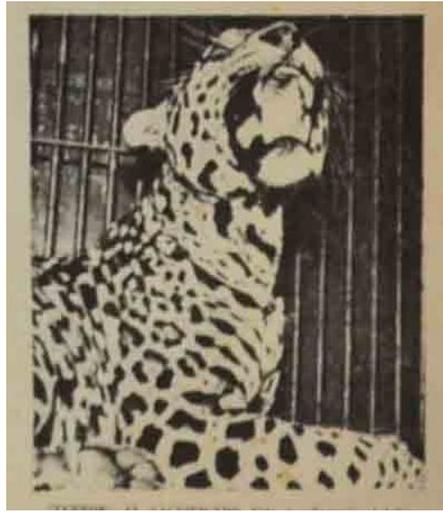


Figura No. 16 "Terror". El jaguar sacrificado en la "Operación". Archivo El Espectador (1965)



Figura no. 17 Recorte con la noticia de la "Operación tigre". En la Foto Luis Zalamea. Archivo El Espectador (1965)

Según la versión del entonces funcionario, pese al escándalo mediático la misión cumplió sus principales objetivos. Los dos reportajes de las revistas fueron publicados y finalmente el presupuesto pareció ajustarse a lo proyectado: "US \$42,016 [...] había costado la "Operación Tigre". Por esa cantidad "Esquire" publicó nueve páginas y "Glamour" cuatro de publicidad gratuita que no se habría podido comprar a ningún precio"<sup>324</sup>. Zalamea también lograría mantenerse en su cargo al ser ratificado por Guillermo León Valencia, presidente de la República. Como fuere, los vericuetos y chascos de

324 Zalamea Borda, *Memorias de un diletante*, 609.

toda la “Operación” serían el material perfecto para los versos burlones del sanjuanero de Villamil.

### **“En este país, mi viejo, no hay tigres”**

Interpretada desde el día de hoy la operación del tigre de Zalamea puede parecer un monumento al anti-ecologismo y al imperialismo cultural. No obstante, terminó por evidenciar una situación inocultable: para mediados del siglo XX en nuestro país los jaguares no se encontraban con la facilidad de otros tiempos y habían prácticamente desaparecido de sitios que en otra época fueron sus dominios. El consejo del cazador español para Zalamea y todo el desarrollo de esta historia procura otra reflexión: ya a mediados del siglo pasado los jaguares se asociaban ya casi por completo a las zonas selváticas ubicada al sur del país. El centro de la nación, la región andina, parecía estar desvinculada por completo del animal. Resultó incluso paradójico que “Terror”, el tigre utilizado al final de la operación, fuese encontrado en un circo que se presentaba en Bogotá. Esta es la pertinencia de la historia de Zalamea respecto a la presente historia del jaguar.

Desde la segunda década del siglo XX la referencia a los rugidos del jaguar entre los Andes parece haber desaparecido. Incluso Francis Loraine Petre, funcionario británico en su travesía por el Magdalena a comienzos del siglo XX, comentó un hecho que hizo su travesía distinta a la de otros viajeros extranjeros que lo habían antecedido:

“Fue sorprendente que, tan cercanos como muchas veces estuvimos al borde de la selva, no pudimos escuchar el llamado nocturno de los carnívoros o el sonido agudo de los ciervos asustados; en verdad debo admitir que -ni siquiera- recibimos el saludo del grito del mono aullador”<sup>325</sup>

Petre contrastó esta experiencia con el relato de Albert Millican -el “cazador de orquídeas” británico que arribó al país en 1887- pleno de referencias a las manadas de pecaríes que habitaban las márgenes del Magdalena y a los rugidos de los jaguares que este había escuchado tan a menudo<sup>326</sup>. Por oposición, el paisaje que encontró Petre a comienzos del XX estaba inmerso en el silencio.

La desaparición de los tigres andinos, si bien es un caso local, están enmarcados en una serie de

325 Petre, *The Republic of Colombia: An Account of the Country, Its People, Its Institutions and Its Resources.*, 59.

326 Ibid.

dinámicas globales. Desde finales del siglo XVIII se puede rastrear un declive global de la diversidad de mamíferos<sup>327</sup>. La persecución sobre los depredadores y felinos mayores hacia este momento resultó ser especialmente dramática. Hacia las primeras dos décadas del siglo XX las poblaciones del lobo y el oso europeo se habían reducido de forma escalofriante y se encontraban ya extintas de muchos países del Viejo mundo. En 1905 fue cazado el último ejemplar conocido del Lobo de Honshu (*Canis lupus hodophilax*)(†) que junto con la más temprana desaparición del Lobo de Hokkaido (*Canis lupus hattai* = *Canis lupus rex*)(†) significó la extinción de los lobos japoneses<sup>328</sup>.

Entre los felinos la situación no era muy distinta. Hacia 1922 las balas de un cazador daban muerte al último león del atlas (*Panthera leo leo*) que se encontraba en estado silvestre<sup>329</sup>. Del mismo modo se considera la década de 1860 como el periodo para la desaparición del león del Cabo (*Panthera leo melanochaitus*)<sup>330</sup>. A su vez, los primeros años del siglo XX las subespecies asiáticas de guepardos (*Acinonyx jubatus venaticus*) y leones (*Panthera leo persica*) se vieron confinadas a los escasos territorios en los cuales apenas subsisten hoy en día. En cuanto al tigre del Viejo mundo la situación no resultó ser mucho mejor. Las primeras décadas del siglo pasado fueron el escenario de la extinción de tres de sus subespecies: el tigre de Bali (*Panthera tigris balica*), el tigre de Java (*Panthera tigris sondaica*) y el tigre del Caspio (*Panthera tigris virgata*).

El hilo común a todas estas desapariciones resulta ser conocido: el aumento de las poblaciones humanas, la colonización y urbanización de territorios que antes fueron hábitat de estas especies, el avance de la frontera agrícola y la persecución de estos depredadores como retaliación al ataque de animales domésticos. Nuestro caso de estudio se inserta en este marco global. La región central del país se había modificado lo suficiente como para hacerla indistinguible de las selvas y bosques descritos por quienes las conocieron en el siglo XIX. Muchos de estos cambios fueron justificados por un concepto de tremenda variación en el tiempo pero que se convirtió en un concepto de legitimación histórica: progreso<sup>331</sup>. Si bien un hecho de origen humano -terriblemente trágico como fue la invasión española-

327 Isenberg, *The Destruction of the Bison*, 6.

328 Walker, *The Lost Wolves of Japan*.

329 Nowell, Jackson, y IUCN/SSC Cat Specialist Group, *Wild Cats*, 17–21.

330 Barnett, Ross; Nobuyuki Yamaguchi, Ian Barnes y Alan Cooper (agosto 2006). «Lost populations and preserving genetic diversity in the lion *Panthera leo* : Implications for its situ conservation». *Conservation Genetics* 7 (4): pp. 507-514

331 Ver al respecto de Reinhardt Koselleck. Citado en: Manuel Suárez Cortina, *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal* (Ed. Universidad de Cantabria, 2006), 9.

parece haber resultado fundamental para que muchas zonas de la región andina se hubiese transformado en un hábitat favorable para la existencia del jaguar, ahora las acciones e intervenciones humanas en este territorio jugaron en contra del enorme gato americano.

### ***Una región para los humanos***

Los procesos descritos en los dos capítulos anteriores habían convertido nuestro marco geográfico en una zona propia para el dominio de los seres humanos. La explotación a gran escala de dicho territorio consiguió la existencia de un entorno altamente “humanizado”. Las ciudades y asentamientos poblados habían modificado por completo la región central del país. Las selvas y “montes” fueron atravesados por carreteras, y a su vez, edificaciones y grandes extensiones dedicadas a las labores agropecuarias ocuparon terrenos otrora cubiertos por bosques. Esta derrota de la selva y de lo salvaje es celebrada en los conocidos monumentos al hacha que hoy se encuentran en la región e incluso en un símbolo de identidad tan poderoso como lo es el himno antioqueño:

“El hacha que mis mayores  
me dejaron por herencia,  
la quiero porque a sus golpes  
libres acentos resuenan”<sup>332</sup>.

A comienzos del siglo XX la región andina era la más poblada del país y sobre ella se habían formado nuevos centros urbanos con una población humana que creció de forma muy rápida. Los censos de población nos dan algunos datos al respecto. Durante todo el siglo XIX se realizaron diversos censos, aunque la calidad de estos es deficiente<sup>333</sup>. De todos modos, de ellos se puede extraer información y datos importantes para el presente trabajo.

Desde 1835 hasta 1898 los Estados soberanos que presentaron un mayor índice crecimiento demográfico se encontraban en la región andina (ver tabla 1): Antioquia (2,18), Cauca (2,14), Cundinamarca (1,44), Tolima (1,41) y Boyacá (1,38) presentaron altos índices de crecimiento anual<sup>334</sup>. También los censos mostraron que a comienzos del siglo XIX el 50% de la población del país se encontraba en Boyacá, Cundinamarca y Santander. A mediados de siglo Antioquia y Cauca

332 Este himno se basa en un poema de Epifanio Mejía escrito en 1868

333 Kalmanovitz, *Nueva historia económica de Colombia*, 99.

334 Flórez y Romero, “La demografía de Colombia en el siglo XIX”.

comenzaron a crecer a consecuencia de los procesos de colonización de la región<sup>335</sup>.

En el siglo XX se realizaron los primeros censos generales que tuvieron una metodología y técnica contrastable. El primero de ellos fue el censo de 1912<sup>336</sup>, realizado en el contexto de reconstrucción del país después de la Guerra de los Mil Días, la separación -o independencia si así se quiere- de Panamá y en la transición de una organización política territorial que reemplazó a los Estados soberanos por departamentos.

**Tabla No.1 Crecimiento demográfico por Estado soberano**

<b>Estado</b>	<b>Crecimiento 1835-1898 (% annual)</b>
Antioquia	2,18
Bolívar	1,2
Boyacá*	1,38
Cauca*	2,14
Cundinamarca	1,44
Magdalena	1,25
Santander	1,18
Tolima	1,41
<b>TOTAL</b>	<b>1,56</b>

\*Cauca y Boyacá incluían territorios que hoy no consideramos como parte de la región andina

*Fuente Flórez y romero (2007) En gris los Estados andinos (\*: Boyacá y Cauca incluían territorios que hoy no se consideran parte de la región andina)*

En este contexto, el censo presentó un país que siguió siendo fundamentalmente andino: 4.149.134 de habitantes estaban ubicados en esta área geográfica, es decir, un 75,8 % de la población total del país - si nos guiamos por los datos originales del censo- o al 81,8% si excluimos los datos de Panamá que fueron incluidos en el total (ver imagen)<sup>337</sup>. Dos departamentos andinos resultaron ser los más poblados del país: Antioquia con 740.937 habitantes, seguido por Cundinamarca -incluyendo Bogotá- con 713.968 pobladores. Boyacá\* ocupaba el tercer puesto y Santander el quinto. Sin embargo, uno de los

335 Ibid.

336 Censo general de la República de Colombia, levantado el 5 de marzo de 1912 : presentado al Congreso en sus sesiones ordinarias de 1912 por el Ministro de Gobierno. Imprenta Nacional, 1912.

337 Según el censo de 1912 la población de Colombia -incluyendo Panamá- ascendía a 5.472.604 habitantes.

casos a destacar es el, para entonces, recientemente fundado departamento de Caldas<sup>338</sup> que contaba con 341.198 habitantes: un para nada despreciable 6,7 % de la población nacional si no se incluyen los datos de Panamá. La densidad de población de la “Mariposa verde”, nombre poético con el cual se conoció al departamento, era de 24,5 habitantes por km<sup>2</sup>, una de la más altas del país para ese entonces<sup>339</sup>.

Para el censo de 1921<sup>340</sup> (que ya no incluyó las cifras de Panamá) se mantuvo la tendencia de crecimiento y Caldas se convirtió en el 4 departamento más poblado del país con 478 137 habitantes, un aumento de más de 100 000 pobladores en menos de una década. De la misma forma, 4 de los 5 departamentos más poblados del país se encontraban en la región andina: Antioquia, Cundinamarca, Boyacá\* y Caldas en respectivo orden. De 5 855 077 habitantes que tenía el país en ese momento la región central del país contaba con 4 762 288 cerca -nuevamente- del 81 % de la población colombiana. Según el propio censo, los departamentos con mayor densidad demográfica eran Cundinamarca, Atlántico, Caldas y Santander<sup>341</sup>.

La dinámica de las ciudades se mostró a la par del crecimiento de los departamentos andinos. Manizales, como capital del gran Caldas, aporta datos interesantes sobre el poblamiento de la región. Había sido fundada en cercanías de 1850 y para 1883 ya contaba con 14.603 habitantes<sup>342</sup>.

338 No sobra recordar que se trataba del “Viejo Caldas”, creado en 1905, que incluía los actuales departamentos de Caldas, Quindío y Risaralda.

339 En la región, Antioquia tuvo para esa época una densidad de 11,6 habitantes por km<sup>2</sup> y Cundinamarca 29,5 habitantes por km<sup>2</sup>, recordando que en este último dato se incluye a Bogotá, la ciudad más poblada del país. A nivel departamental la densidad más alta del país la tenía Atlántico con 34,5 habitantes por km<sup>2</sup>.

340 *Censo de población de la República de Colombia: levantado el 14 de octubre de 1918 y aprobado el 19 de septiembre de 1921 por la ley 8 del mismo año*. Imprenta Nacional, 1924.

341 Ver gráfico siguiente.

342 Dirección General de Censos, *Censos de la República de Colombia : población en 1883* (Colombia, 1883).

# Colombia 1912

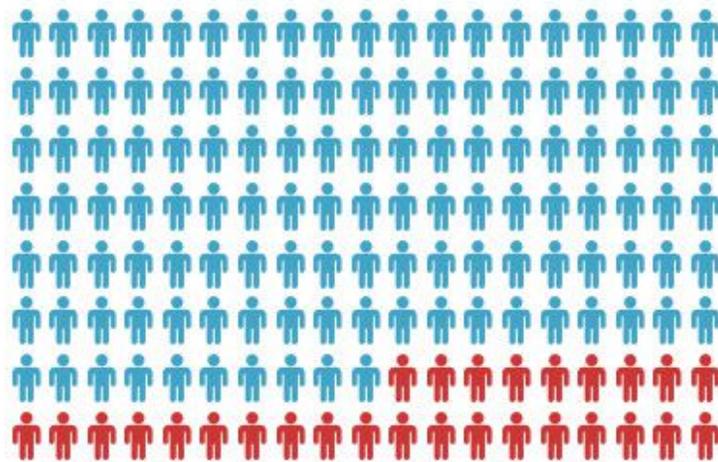
“ ”

## Número de población:

Total de Colombia: 5 072 604

Región andina: 4 149 134

Otros: 923 470



Región andina

Otros



Create infographics

infogr.am

Figura No. 18 Gráfico de distribución de población . Elaborada por el auto con base en el censo de 1912.

**Tabla No. 2 Población de Departamentos según el censo de 1912**

<b>Departamento</b>	<b>Población</b>
Antioquia	740937
Cundinamarca	713968
Boyacá	586499
Santander	400084
Caldas	341198
Nariño	292535
Tolima	282426
El Valle	217159
Cauca	211756
Santander Norte	204381
Hulla	158191
<b>Total</b>	<b>4149134</b>

*Fuente: Censo de población de 1912*

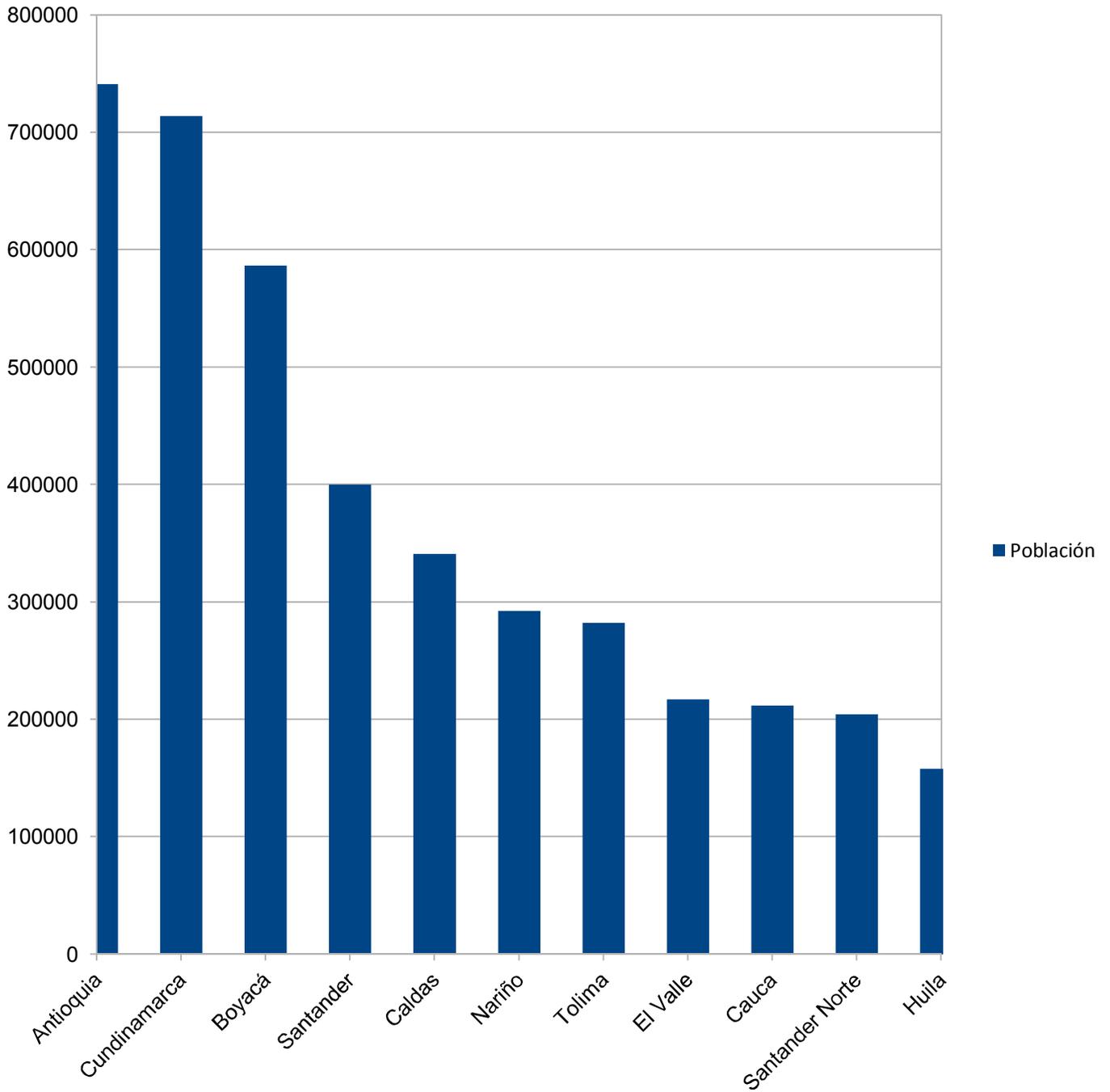


Figura No. 19 Gráfico de población departamentos andinos en 1912. Elaborado por el autor.

*Tabla No. 3 Población de Departamentos según el censo de 1921*

Departamento	Población
Antioquia	823226
Cundinamarca	812036
Boyacá	657167
Caldas	478137
Santander	439161
Nariño	340765
Tolima	328812
Valle	271633
Santander del Norte	239235
Cauca	238779
Huila	183337
<b>Total</b>	<b>4812288</b>

*Fuente: Censo de población de 1921*

En 1912 ese número de población se había más que duplicado y rondaba los 34.730. Con algo más de 60 años de existencia aventajaba en población a otras ciudades de más larga tradición como Ibagué (24.693), Pasto (27.760), Neiva (21.852) y Popayán (18.724). Aguadas, la segunda ciudad más poblada del departamento, no se quedaba a la zaga con sus 26.423 habitantes. En ascenso se encontraban ya Pereira con 18.429 habitantes y la joven Armenia, fundada apenas en 1889, con 13.720. Lo que permite resaltar el caso del “Viejo Caldas” es que este departamento fue resultado evidente de los procesos de colonización del XIX y de la consolidación de la economía cafetera. El café se convirtió en el principal motor de poblamiento en esta zona<sup>343</sup>. El “Viejo Caldas” es a su vez el mejor ejemplo del éxito y la rapidez que tuvo la ocupación de las vertientes andinas, especialmente de las ubicadas en la cordillera central del país.

343 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 150.

# Colombia 1921

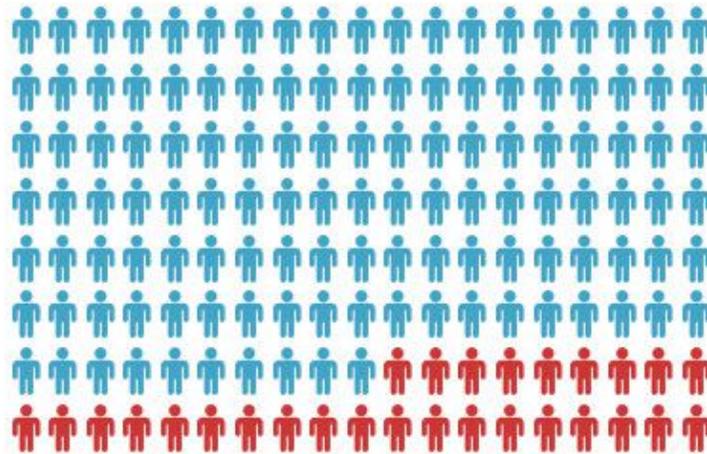
“ ”

## Número de población:

Total de Colombia: 5 855 077

Región andina: 4 762 288

Otros: 1 092 789



Región andina Otros



Create infographics

infogr.am

Figura No. 20 Gráfico de población según el Censo de 1921. Elaborada por el autor.

La dinámica de las ciudades se mostró a la par del crecimiento de los departamentos andinos (ver tabla No.4). Manizales, como capital del gran Caldas, aporta datos interesantes sobre el poblamiento de la región. Había sido fundada en cercanías de 1850 y para 1883 ya contaba con 14.603 habitantes<sup>344</sup>. En 1912 ese número de población se había más que duplicado y rondaba los 34.730. Con algo más de 60 años de existencia aventajaba en población a otras ciudades de más larga tradición como Ibagué (24.693), Pasto (27.760), Neiva (21.852) y Popayán (18.724). Aguadas, la segunda ciudad más poblada del departamento, no se quedaba a la zaga con sus 26.423 habitantes. En ascenso se encontraban ya Pereira con 18.429 habitantes y la joven Armenia, fundada apenas en 1889, con 13.720. Lo que permite resaltar el caso del “Viejo Caldas” es que este departamento fue resultado evidente de los procesos de colonización del XIX y de la consolidación de la economía cafetera. Es a su vez el mejor ejemplo del éxito y la rapidez que tuvo la ocupación de las vertientes andinas, especialmente de las ubicadas en la cordillera central del país.

No obstante, el avance del poblamiento no se circunscribió a esta zona de la región. El crecimiento de ciudades como Bucaramanga (19.735), Cali (27.747) y Cúcuta (20.364)<sup>345</sup> dan cuenta de un proceso que abarcó toda la región. Incluso Cali superó la población de Manizales a comienzos de los años veinte del siglo XX. Los resultados de los censos de 1912 y 1921 afirmaron el carácter andino que todavía mantenía la población del país pero con una diferencia respecto a otros tiempos: el mapa de “archipiélago” de centros urbanos que caracterizó a la región en la colonia y los primeros años de la república se había modificado por completo<sup>346</sup>. Se ocuparon gran parte de la fronteras internas que poseía la zona central del país y se había desafiado la supremacía demográfica que mantuvieron los altiplanos. La región se ocupó de una manera más uniforme.

344 Dirección General de Censos, *Censos de la República de Colombia : población en 1883* (Colombia, 1883).

345 En 1873 Calí tenía 12.743 habitantes, Bucaramanga 11.255 y Cúcuta 9.226 *ibid*.

346 Zambrano Pantoja y Bernard, *Ciudad y territorio*, 89.

*Tabla No. 4 Comparación de crecimiento de ciudades en la región andina*

Ciudad	1883*	1912	1921**
Cucutá	9226	20364	40151
Bucaramanga	11255	19735	30266
Manizales	14603	34730	51838
Ibagué	10346	24639	35836
Cali	12743	27747	68777
Neiva	8332	21852	28347
Popayán	8485	18724	21589
Pasto	10049	27760	30142
*Incluye datos de censos anteriores a 1883			
**Datos del censo de 1921			

*Fuente: Censos de 1883, 1912 y 1921*

Estos números ofrecen entonces un seguimiento de zonas que se transformaron en densamente pobladas incluso antes de los primeros años del siglo XX<sup>347</sup>. Como pasa con otros grandes carnívoros, la abundancia de jaguares se encuentra en relación inversa a la densidad humana<sup>348</sup>. Más población significó más terreno ocupado, también más alimentos que debían extraerse de la agricultura, la cacería y de la ganadería. Pero más allá de una población creciente, otra serie de factores terminaron por jugar en contra del tigre del centro del país. La colonización de la región se situó primero en pequeñas poblaciones a manera de “islas”; no obstante, con la consolidación del poblamiento se procuró “romper el aislamiento geográfico” en el cual estas se encontraban<sup>349</sup>. Esta etapa del proceso fue la que requirió el mejoramiento -cuando no la creación- de la infraestructura y de las comunicaciones que atravesaron los terrenos otrora considerados como “vírgenes” y baldíos.

### ***La tecnología y la infraestructura***

El aumento de la población de la región central del país estuvo acompañado por transformaciones pensadas para favorecer la ocupación del territorio. A la par del desmonte y del avance del hacha y los machetes, la introducción una serie de tecnologías y prácticas explican esta transformación tan radical. La población creciente procuraba nuevas prácticas que favorecieran el sustento de sus integrantes además del comercio y el transporte por la región. Todas ellas implicaron un impacto en los

347 Zambrano y Bernard afirman que a fines del siglo XIX la mayor parte del espacio se había ocupado *ibid.*, 151.

348 Rosie Woodroffe, “Predators and People: Using Human Densities to Interpret Declines of Large Carnivores”, *Animal Conservation* 3, nº 2 (1 de mayo de 2000): 165–73.

349 Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*, II:160.

ecosistemas en las que se implementaron. La influencia de la tecnología y los objetos ha sido repensada implica fenómenos que van más allá de sus consecuencias evidentes<sup>350</sup>. La implementación de estas tecnologías y estructuras materiales en la región andina no solo conllevó una serie de transformaciones ambientales y de paisaje sino que introdujo una serie de elementos que afectaron el orden social y político de la región. Una de las más importantes, y que suele pasar desapercibida, es la introducción hacia 1840 de dos variedades africanas de pasto: pará (*Brachiaria mutica*) y guinea (*Panicum maximum*). Si bien los resultados de la introducción de estos pastos no produjo los mismos resultados en todo el territorio del país<sup>351</sup>, en muchas zonas contribuyó a la conversión de bosques y selvas en potreros para ganadería. La introducción de nuevas razas de ganado y del alambre de púas también contribuyeron a esta transformación ambiental de la región y procuraron nuevas formas de apropiación del ambiente de la región<sup>352</sup>.

Pero en este panorama ingresaría también uno de los elementos considerados como uno de los mayores símbolos e progreso de la época. Por las montañas de la región se comenzaban a abrir el ferrocarril, considerados en ese entonces como la muestra más clara del progreso. Quizás el caso más paradigmático de la región sea la construcción del ferrocarril de Antioquia, una empresa que estuvo ligada por completo al desarrollo de la economía cafetera y que pretendió conectar a Medellín con el río Magdalena. La misma está envuelta en medio de una narrativa bastante grandilocuente y que no desaprovecha los ribetes heroicos, por lo cual los historiadores deben saber como trabajar con ella. No obstante, la entrada de rieles y locomotoras a los Andes colombianos ofreció claros testimonios de un conflicto por dominar las áreas de la región que todavía escapaban al dominio de los seres humanos. Así encontramos, por ejemplo, el testimonio en 1892 del gobernador de Antioquia ante el congreso de la República defendiendo la construcción del ferrocarril por motivos como los siguientes:

“[...] la construcción de un ferrocarril a través de regiones primitivas é incultas[...] [presupone que] [...] las tierras se trabajan y los pueblos y las aldeas brotan a uno

350 Al respecto, Landon Winner dice: “las máquinas, las estructuras y los sistemas de la cultura material moderna pueden ser juzgados adecuadamente no sólo por su contribución a la eficiencia y productividad y por sus efectos secundarios ambientales positivos y negativos, sino también por la manera en que pueden encarnar formas específicas de poder y autoridad” Langdon Winner, *La Ballena y el reactor: una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*, 2da ed. (Gedisa, 2008), 25.

351 Shawn Van Ausdal, “Potreros, Ganancias Y Poder. Una Historia Ambiental de La Ganadería En Colombia, 1850 - 1950”, *Historia Crítica*, nº Edición Especial (noviembre de 2009): 137–138.

352 Ibid., 135.

y otro lado de la vía, es decir, cuando la selva y el bosque ceden el paso a la industria y al trabajo que los dominan [sic]”<sup>353</sup>

De esta forma, la construcción del ferrocarril se visualizó por muchos como el mejor método para “civilizar” los territorios salvajes. Quizás la más famosa y controvertida declaración al respecto la pronunció Rafael Reyes en México durante le marco de la segunda Conferencia Panamericana:

“En tiempos pasados fue la Cruz o el Corán, la espada o el libro, los que hicieron las conquistas de la civilización; actualmente es la poderosa locomotora, volando sobre el brillante riel, respirando como un volcán, la que despierta los pueblos al progreso, al bienestar y a la libertad”<sup>354</sup>

Pero aquí la naturaleza no ocupó un rol meramente pasivo y en determinados momentos se consideró una enemiga del proyecto. La dificultad del relieve, las enfermedades<sup>355</sup>, el clima y la conformación de los lugares por los cuales debían instalarse las vías férreas dificultaron toda la empresa, hasta casi proponer su cancelación. Incluso el propio ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, uno de los principales promotores y constructores del ferrocarril de Antioquia, casi sucumbe ante los males de dichas zonas tropicales: “El señor Cisneros fue sacado tres veces moribundo de aquellos focos de pestilencia, sus amigos i su médicos le instaron reiteradas veces a abandonar esos trabajos”<sup>356</sup>. Situaciones como están explican porque las directivas procuraban conservar “viejos y veteranos servidores acostumbrados al clima y [connaturalizados] en el trabajo del ferrocarril”<sup>357</sup>. Pero también los animales salvajes contaron con su papel en la dificultosa construcción de las líneas férreas. En una especie de reinvidicación de la lucha que se emprendió contra la naturaleza muchos de los personajes que guardaron memorias del desarrollo de la empresa otorgaron un papel de primer orden a las serpientes venenosas y los tigres, considerándose como parte de las “plagas que más estragos hicieron” entre los miembros de la construcción<sup>358</sup>.

353 Periódico de *El Ferrocarril de Antioquia*. Medellín, Febrero 27 de 1894. 138

354 Citado en *La Opinión*, 10 de febrero de 1902.

355 Sobre el particular puede revisarse la tesis de Libia J. Restrepo, *La práctica médica en el ferrocarril de Antioquia: 1875-1930* (La Carreta Editores, 2004).

356 Lucio A. Restrepo citado en *ibid.*, 19.

357 *El Ferrocarril de Antioquia*, Medellín, Julio 2 de 1894, número 36.

358 *Revista del Club Nacional de Caza y Pesca*, vol. 3 (Medellín, 1962), 9.

En muchos sitios la naturaleza pretendió recuperar los dominios perdidos y por eso fueron constantes los reclamos para la reparación y conservación de la vía. Una de las respuestas dirigidas sobre esta situación es el fomento de la colonización de los territorios adyacentes a las vías ferroviarias. Estas medidas son impulsadas de manera oficial por el gobierno como es el caso de la ordenanza no. 42 de julio de 1898, emitida por la asamblea departamental de Antioquia. Así como los pastos introducidos, el ganado y el alambre de púas fomentaron la aparición de los potreros, el ferrocarril propició la aparición de poblados y caseríos a lo largo de su curso.

En cuanto a los caminos, desde 1850 una serie de trechos construidos desde Manizales hacia el oriente comenzaron a desafiar la hegemonía de los pasos de Herveo y Quindío<sup>359</sup>. El comercio propició que a lo largo de toda la región se impulsaran iniciativas al respecto. Pero quizás el proceso que termina por modificar hondamente la infraestructura del país es aquel que algunos denominaron *la revolución de la carretera*<sup>360</sup>. Desde finales del siglo XIX la región central del país comienza a verse atravesada por una red de carreteras que abrirían paso posteriormente para el transporte automotor. Hacia la década de 1870 una carretera para vehículos de ruedas se construyó entre Medellín y Barbosa. En 1885 la carretera que conducía de Bogotá a Facatativá se extendió hasta Cambao, este último cercano al río Magdalena<sup>361</sup>. Finalmente el punto de quiebre para la construcción de este tipo de vías sería el gobierno de Rafael Reyes, el cual impulso la construcción de estas, especialmente en el centro del país<sup>362</sup>.

Tanto los ferrocarriles como las carreteras contribuyeron a establecer fronteras en los dominios de un animal que requiere un enorme espacio para garantizar su supervivencia, al igual que resultan ser obstáculos para los hábitos viajeros del jaguar. Este tipo de infraestructuras, junto a la deforestación a gran escala, terminó por producir lo que en ecología se conoce como *Efecto de borde* “un fenómeno que ocurre cuando dos hábitats naturales abruptamente diferentes se encuentran lado a lado en un ecosistema”<sup>363</sup>. Cuando el efecto de de borde es producido por las actividades humanas termina por genera una serie de afectaciones drásticas en la zona intervenida, principalmente en las redes biológicas de conectividad presentes allí. Este fenómeno jugó en contra de los jaguares, pues terminó por

359 Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 196.

360 Ibid., 213.

361 Bushnell, *Colombia*, 196.

362 Ibid., 232.

363 Murcia, C. 1995. “Edge effects in fragmented forests: implications for conservation”. *Trends in Ecology and Evolution* 10(2): 52- 62

fragmentar los espacios en los cuales habitualmente cazaba y se desplazaba. Por último, en el presente se han hecho estudios que han terminado por concluir la pésima relación que existe entre los felinos y las carreteras<sup>364</sup>.

Mientras el jaguar perdía sus dominios enmarcados por las montañas andinas, también las riberas del río Magdalena, uno de los sitios que sirvió como refugio del tigre, también habrían de sufrir implacables transformaciones. A la par del desarrollo de las vía terrestres, durante casi todo el siglo XIX se procuró mejorar la navegación por el río Magdalena. Casi todos los esfuerzos se enfocaron en la navegación a vapor. Se buscó con esto reemplazar las rústicas embarcaciones que atravesaban el Magdalena. El principal de ellos era el *champán* una embarcación de remo de 20 a 25 metros de largo y que debía ser impulsado por bogas a través utilizando pertigas. Ante la situación los gobernantes, y algunos arriesgados empresarios, de la república pensaron en introducir las novedosas -para la época- embarcaciones a vapor desde los años 20, pero solo hasta la mitad del siglo pudieron ser establecidas de forma permanente<sup>365</sup>.

Desde 1852 -con la desmonopolización de la navegación- distintas empresas asumen el riesgo de operar en el río. Sin embargo, poco fue lo que contribuyó este tipo de navegación al mercado interno. En 1905, operaban en el río Magdalena varias empresas como la Hanseática de Vapores, la Alemana de Navegación de Luis Gieseken, la de Bartolomé Martínez Bossio, la de Federico Pérez Rosa, la Compañía Colombiana de Transporte y la Compañía Internacional del Magdalena. La mayoría de ellas tenía sede en Barranquilla, y en su conjunto sumaban 36 barcos y 40 planchones con una capacidad de carga de 20 mil toneladas aproximadamente<sup>366</sup>

Ocasionalmente los barcos a vapor transportaban los productos de los pueblos ribereños: “el palo mora, la tagua, el cedro, el guayacán, el caoba, las pieles de los animales del monte y de los caimanes, el pescado, etc”<sup>367</sup>. La navegación propició el desmonte de las riberas -pues la leña de los bosques

364 F. Colchero et al., “Jaguars on the Move: Modeling Movement to Mitigate Fragmentation from Road Expansion in the Mayan Forest”, *Animal Conservation* 14, n° 2 (1 de abril de 2011): 158–66, doi:10.1111/j.1469-1795.2010.00406.x.

365 Bushnell, *Colombia*, 118–119.

366 Meisel, Adolfo y Vilorio, Joaquín. “Barranquilla hanseática: el caso de un empresario alemán”, en Dávila, Carlos. *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX y XX. Una colección de estudios recientes*, 2 tomos, Bogotá, Naciones Unidas/CEPAL -Grupo Editorial Norma- Universidad de los Andes, 2003. 528.

367 Salvador Camacho Roldán, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)*, vol. I (Bogotá: Banco de la República, 1973), 145.

ribereños se utilizó como combustible de las embarcaciones<sup>368</sup> y también propició la explotación de maderas finas que allí se encontraban- y la aparición de nuevas poblaciones portuarias en ambas bandas del Magdalena. Puerto Berrío, Barrancabermeja -la cual ya se reseñó líneas atrás- y Girardot pueden ofrecerse como ejemplos de lo anterior. Con la desaparición y fragmentación del bosque ribereño, los avistamientos de jaguares en las orillas de este curso fluvial se vuelven raros a comienzos del siglo XX y desde entonces no se encuentran en las fuentes más testimonios sobre los espectaculares enfrentamientos entre jaguares y caimanes tan anotados en los relatos de viaje del siglo XIX.

Todos estos fenómenos -sumado al sostenido crecimiento de la población ocurrido entre el siglo XVIII y el XIX- hacen que para las cercanías de 1920 la región andina fuese un ejemplo de alto grado transformación y fragmentación ambiental<sup>369</sup>. El paisaje de la región era para ese momento ya mucho más cercano al del presente que a las selvas descritas por los viajeros y cronistas decimonónicos.

Manizales, Pereira, Armenia, Barrancabermeja y toda la pléyade de poblaciones -junto con la infraestructura humana- que ocupan hoy en día las vertientes de la región central del país solo fueron posibles por el aprovechamiento de los recursos de la enorme biodiversidad que se encontraba allí, biodiversidad que quizás fue igual o superior a la que posee el bosque húmedo tropical amazónico hoy en día<sup>370</sup>. Cuando se habla de una “región para los humanos”, se puede interpretar también desde una perspectiva de “metabolismo social”<sup>371</sup>: los colonos y habitantes que ocuparon estas otrora zonas de frontera enfocaron todos los recursos energéticos existentes para que sostuviesen a la sociedad humana que se estableció en la zona. Leña, carne de monte, suelos, fuentes de agua, etc. hicieron parte de este proceso. Esta sociedad que se convirtió en un “sifón metabólico” desplazó -y aniquiló- a otras especies que rivalizaban por lugares en la red trófica o que simplemente eran “forajidos” que robaban recursos energéticos a los seres humanos. Entre estos forajidos se encontraban osos, zarigüeyas, pumas y por

368 Al respecto Miguel Cané, diplomático argentino, en su recorrido por el Magdalena dijo: "Ningún vapor del Magdalena navega a carbón; los bosques inmensos de sus orillas dan abundante combustible desde hace treinta años y la mina está lejos de agotarse. La leña se coloca en las orillas desiertas, el buque se acerca, amarra a la costa y toma el número de burros que necesita" *En viaje (1881-1882)*.

369 Etter Rothlisberger y Van Wyngaarden, “Patterns of landscape transformation in Colombia, with emphasis in the Andean Region”, 438.

370 Germán Palacio, *Fiebre de tierra caliente : una historia ambiental de Colombia, 1850-1930* (Bogotá: ILSA : Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia, 2006), 72.

371 Según Toledo y González de Molina este término se define como el proceso por el cual “los seres humanos organizados en sociedad [...] se apropian, circulan, trans- forman, consumen y excretan materiales y/o energías provenientes del mundo natural”. Citados en Gallini, “La naturaleza cultural de la historia ambiental y su re-materialización”, 390.

supuesto jaguares. Estudios al respecto han sido planteados en contextos similares, como es el caso de la colonización agrícola estadounidense en la cual lobos, pumas, osos negros y linceos llevaron la peor parte<sup>372</sup>. En el presente texto apenas podemos señalar esta situación como parte de algunas indicaciones que resultarían más claras en un estudio histórico de metabolismo social de las colonizaciones del siglo XIX.

Como gran conclusión de este apartado se pretende mostrar que la transformación ambiental tan rápida y exitosa de las zonas templadas y bajas de la región andina en el siglo XIX solo se pudo lograr por que se estableció con la materia prima de los vastos recursos ambientales que allí existieron. Antes de la aparición de la próspera región cafetera, agrícola y petrolera, existieron ecosistemas tan ricos que mantuvieron una población sostenible de un depredador supremo como el jaguar.

### ***El tigre que desaparece de la memoria***

A medida que el jaguar desaparece físicamente de la región andina, también su recuerdo y su figura parecen difuminarse de la memoria de los pobladores. Un ambiente cada vez más urbano va desligándose no solo de los recuerdos del tigre sino también de aquellos que vinculaban a sus habitantes con tradiciones sobre la naturaleza mucho más cercanas al mundo de los campesinos y los colonos. El caso del jaguar en los Andes colombianos resulta interesante, pues después de haber poseído una carga simbólica cultural importante, comenzó a desaparecer muy prontamente de las manifestaciones culturales de la región, situación que no ocurre en otros contextos, pues pese a que los animales desaparezcan del medio natural su permanencia en la cultura se mantiene<sup>373</sup>.

Pueden citarse algunos ejemplos que permiten exponer la desaparición cultural del tigre en la región. Los arrieros que recorrieron los trechos andinos de las primeras décadas del siglo XX a diferencia de sus antepasados ya no tienen tan presente en sus relatos al felino. En la ciudad, parece que ya eran lejanos los tiempos del “tigre de berruecos”. El famoso grupo político conservador de “los leopardos” conformado por Eliseo Arango, José Camacho Carreño, Joaquín Fidalgo Hermida, Augusto Ramírez Moreno y Silvio Villegas tomó ese nombre no por un felino nativo – a pesar de que “leopardo” es uno de los nombres por los cuales se conoce al jaguar en Santander- sino que fue bautizado así por

372 Coleman, *Vicious*, 93.

373 Un caso interesante al respecto es la permanencia cultural del tigre de Java pese a su extinción. Ver Robert Wessing, “The Last Tiger in East Java: Symbolic Continuity in Ecological Change”, *Asian Folklore Studies* 54, n° 2 (1 de enero de 1995): 191–218.

Augusto Ramírez Moreno “en memoria de tres ágiles y combativos leopardos, auténtico orgullo de un circo de fieras que visitaba entonces a Bogotá”<sup>374</sup>.

El último caso también pone en evidencia una situación que es típica en las fuentes del siglo XX: La figura del tigre, que durante siglos estuvo siempre clara y presente entre los pobladores del centro del país, comenzó a difuminarse e incluso a confundirse con la del tigre asiático cuando no con la de otros felinos de otras tierras. La creación de zoológicos y el arribo de circos con gatos de otras tierras y la difusión por medios como el cine y la literatura del “mundo salvaje” de otros continentes, son fundamentales en este proceso. Regina Horta Duarte ha estudiado este fenómeno para el caso de los circos brasileños y de como poco a poco animales como leones, tigres (asiáticos), búfalos, camellos y otros reemplazaron a los animales nativos en los circos que buscaban con ansias otorgar espectáculos más “exóticos” y de carácter cada vez más internacional. Es así como parecen las alusiones a “leones de las sabanas”, “osos de Polonia” y “serpientes del África”<sup>375</sup>. Los “leopardos” del circo bogotano mencionados en el párrafo anterior parecen confirmar que el caso colombiano no era muy distinto al respecto. Todo lo anterior contribuyó a que las generaciones que habitaron en la región andina en el siglo XX les resultase más familiar la figura del tigre rayado del Asia y no la del moteado que conocieron “en persona” sus abuelos.

Sin embargo, todo lo anterior no es suficiente para explicar la desaparición tan pronta y radical que tuvo el jaguar -el tigre- del imaginario de los habitantes del centro del país. Una motivación que se mantuvo implícita a lo largo de varias líneas de este trabajo parece ser el causante mayor de esta situación: el jaguar es un monumento del pasado salvaje de la región, un pasado que contrariaba la imagen de “civilización” y “progreso” que consiguió construir a lo largo del siglo XIX y que parecía ya consolidada para comienzos del siglo XX. La región que debía ser el espejo sobre la cual el resto del país debía procurar el “desarrollo”<sup>376</sup>, buscó remover de su memoria estos recuerdos de fieras y bestias salvajes, y ,por supuesto, de la más representativa de ellas. Al respecto la pequeña descripción que

374 Vicente Pérez Silva, “Garra y perfil del grupo de Los Leopardos. Al final de la Hegemonía, ellos renovaron la política conservadora.”, *Credencial Historia*, nº 132 (s. f.).

375 Regina Horta Duarte, “Cavalinhos, leões e outros bichos: o circo e os animais”, *Varia Historia*, nº 26 (enero de 2002): 98–99.

376 Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, 129.

incluyó el censo de 1921 sobre la fauna que poblaba el país puede resultar diciente. La referencia sobre el jaguar es corta y parece mostrar esa “disminución” de la figura del tigre americano: “No poseen nuestras montañas grandes carnívoros: entre ellos prima el jaguar (*Felis onca*), que viste de pelaje de pantera y casi iguala al tigre por su talla y fuerza, siendo sí más sanguinario su congénere negro (*F. nigra*) [¿?] que no se halla sino en las selvas del Atabapo y Guayana”<sup>377</sup>.

Esta descripción del jaguar parece romper con las descripciones del tigre del siglo XIX. Aquí el jaguar que habitaba nuestras montañas es retratado como un “carnicero” (quizás carnívoro) que no podía compararse en tamaño a los de otros países. Si bien en algo se parecía al tigre del Asia, no era igual de sangriento que un supuesto “congénere” que vivía en las selvas de Guayana y Venezuela: el *Felis nigra*, el nombre que -de forma incorrecta- se le dio a los jaguares negros dentro de algunas clasificaciones taxonómicas del siglo XVIII y XIX. Lo que quiere dar a entender esta descripción es que los jaguares que habitaban el país apenas eran dignos de mención. Un país que pretendía mostrarse como cercano a la civilización no contaba ya con alguna bestia salvaje que poblase sus “montañas”.

Con los años, las referencias al tigre que rondaba los Andes desaparecen. Apenas algunas apariciones esporádicas como la de algún ataque del felino que se recuerda en la toponimia y en la memoria popular mantienen débilmente la imagen del tigre a comienzos del siglo XX<sup>378</sup>. No obstante, son menciones en algunas obras literarias son las que cumplieron de forma más eficaz con este papel. El mejor ejemplo de lo anterior son los novelistas y cronistas que dedicaron obras a la colonización del centro del país: en ellas el tigre es una criatura ajena, casi proveniente de un mundo “prehistórico” y a la cual recurre el autor para resaltar el carácter “salvaje” de las líneas que escribe. La aquí citada novela de Jaime Buitrago *Hombres transplantados* puede resultar uno de los mejores ejemplos al respecto, pero también la historiografía “épica” así como los relatos biográficos de la colonización. Más allá de casos como estos, los recuerdos del tigre solo eran patrimonio de unos cuantos sobrevivientes de las

<sup>377</sup> *Censo de población de la República de Colombia: levantado el 14 de octubre de 1918 y aprobado el 19 de septiembre de 1921 por la ley 8 del mismo año*. Imprenta Nacional, 1924.

<sup>378</sup> Es el caso de la “vuelta del tigre” un sitio del antiguo camino del Quindío que se llamó así por el supuesto ataque de un jaguar a una familia que habitaba una humilde casa en ese sitio a comienzos del siglo XX Roberto Restrepo Ramírez, *Referencias visuales del paisaje cultural desde el mirador colina iluminada de Filandia* (Armenia: Fundación Territorio Quindío, 2011), 9.

épocas de la colonización y de personajes “anacrónicos” como culebreros, trovadores y unos cuantos “matatigres” que todavía vagabundeaban por la región.

### ***La resistencia y la resiliencia del jaguar andino***

Las montañas y paisajes verdes de Amalfi (Antioquia) son el escenario de una historia que al día de hoy marca la identidad de esta población. El pueblo, ubicado en el nordeste del departamento, fue fundado en 1838 como parte de las migraciones de mineros y colonos que caracterizaron a la región desde finales de la Colonia. Su altura promedio es de 1.500 m.s.n.m. y su superficie es de 1.224 km<sup>2</sup>. Su nombre fue escogido por el obispo Juan de la Cruz Gómezplata, quien quiso con este hacerle un homenaje a la población italiana ubicada en la costa del Tirreno. Sus habitantes son orgullosos de la traza y del carácter plano que posee el poblado. También es conocido por ser cuna de personajes tremendamente dispares: El músico Camilo García, fundador del *Dueto de antaño* y una de las figuras más reconocidas de la música andina, nació allí en el año de 1910. Del mismo modo las hermanas Piedad y Diana Bonnett Vélez nacieron en la población, siendo las dos reconocidas a nivel nacional en el ejercicio de la literatura y la historia respectivamente. Pero también en el pueblo con nombre italiano dieron sus primeros pasos los hermanos Castaño: los sanguinarios y maquiavélicos líderes paramilitares que dejaron profunda huella en la sociedad colombiana de finales del siglo XX y comienzos del presente.

El pueblo subsiste principalmente de la agricultura, la ganadería y la producción de panela. Amalfi se encuentra rodeado por grandes bosques y reservas forestales que le otorgan a la población un verde característico. Atraviesan la población una gran cantidad de riachuelos y cursos de agua entre ellos la Víbora, la Virgen, Guayabito y Cancán o Riachón. Justo sobre este escenario, en cercanías del año 1948, sucedió el hecho por el cual el pueblo reviste interés para el presente trabajo. Antes de esa fecha, la vida de la población permanecía en relativa calma y con los azares de una típica población campesina. Sin embargo, desde el año 1947, según algunos, o un poco después, según otros, en algunas veredas del pueblo comenzaron a aparecer muertos algunas reses y otros animales domésticos sin que existiese alguna explicación satisfactoria. Algunos de los animales muertos daban muestras de haber sido devorados a medias. José Rendón Builes, escritor e historiador empírico del pueblo, nos cuenta: “Los campesinos ganaderos empezaron a sentir el pánico, pues no tenían seguridad alguna, ya que el

visitante hacía gala de fiereza, malicia y destreza sin dejarse ver”<sup>379</sup>. El desconcierto y la confusión comenzó a reinar entre los habitantes del pueblo. La situación parecía rayar lo sobrenatural: se dieron noches en las cuales se contaron hasta siete o más muertes. ¿Acaso el demonio mismo era el causante de esta “carnicería”?

Queriendo dar más sentido y razón a la situación, los campesinos y habitantes del pueblo comenzaron a buscar explicaciones más “terrenales” a lo que sucedía. Algunos echaron mano de los recuerdos y las historias de los más antiguos para darle forma a ese ser, hasta ese momento invisible, que estaba acabando con la tranquilidad del pueblo. De esa forma, comienza a elaborarse una versión sobre lo sucedido, y súbitamente, las manchas y garras de una criatura se tornan presentes en la mente de algunos: “¡¡Un tigre!!, ¡¡un tigre ha vuelto por las tierras de Amalfi!!”

—

Pese a muchos pronósticos e indicios desfavorables, el tigre de la región andina sobrevivió a tigreros, al hacha, a la bonanza cafetera, al machete de los colonos y al avance del asfalto y el cemento. Este jaguar andino continua su lucha por la subsistencia, a diferencia de los jaguares del Salvador, del Uruguay y de otros lugares de América, los cuales no soportaron las consecuencias del avance del poblamiento humano y de otros procesos bastante similares a los descritos en las páginas anteriores. Por desgracia estos tigres pertenecen hoy solo al terreno de la memoria, pero parece no ser el caso de tigre del centro del país.

Consideramos 1910, o mejor, la segunda década del siglo XX, como un punto de inflexión para las poblaciones de jaguares del centro del país. Fue hacia esa fecha que las colonizaciones en la cordillera central se afianzaron, el antiguo tapón del Cararé comenzó a deforestarse y la población humana en la región se había incrementado de forma súbita. Este fue un punto de “no retorno” y que representó un quiebre respecto al destino de la *Panthera onca*: implicó la desaparición de la especie en muchos lugares de la región, la fragmentación de su hábitat y la ruptura de muchos de sus corredores biológicos. No obstante, en la región andina muchos de los fenómenos ya descritos se profundizaron a partir 1920. El proceso de deforestación, colonización y transformación se siguió consolidando y

379 José Rendón Builes, “El tigre malo de Amalfi”, 1979, [www.ucn.edu.co/unidos/Documents/el-tigre-malo-de-amalfi.pdf](http://www.ucn.edu.co/unidos/Documents/el-tigre-malo-de-amalfi.pdf).

expandiendo hasta nuestros días. Las ciudades siguieron creciendo, la frontera agrícola fue aumentando y nuevas vías y carreteras comenzaron a travesar la región. Germán Márquez en su mapas de transformación de cobertura vegetal nos muestra la etapa que transcurrió entre 1920 y 1950 como un punto de crecimiento continuo en la desaparición de bosques y selvas de la región, lo cual condujo al mapa de comienzos del siglo XXI de esta situación: Una región andina con apenas unos minúsculos parches de lo que fue alguna vez su cobertura vegetal potencial<sup>380</sup>.

También fue en el siglo XX que el jaguar dejó de asociarse de la región central del país. Lo anterior es tan evidente que incluso la ciencia y la cultura se vieron afectados por esta situación: el tigre y la región de los Andes se convirtieron en elementos excluyentes el uno del otro. José Rendón Builes explica, por ejemplo, que aquel tigre de Amalfi era originalmente parte de un par de felinos que llegaron hasta el pueblo paisa procedentes de algún lugar de la región Caribe, quizás acosados por el fuerte verano que azotó el país en esa época<sup>381</sup>. Por su parte los científicos y demás estudiosos del jaguar se centraron en las poblaciones del animal que habitan en otros lugares de la geografía nacional, casi que olvidando que el animal existió alguna vez en casi todas las tierras bajas que se ubican en medio de los Andes<sup>382</sup>.

Fenómenos como las tigrilladas y los estudios etnográficos de los pueblos indígenas del sur del país, que coincidieron en la mitad del siglo XX, fueron fundamentales en que las poblaciones de esta zona destacaran sobre las demás. Así es, por ejemplo, que el jaguar amazónico termina por desplazar la figura del tigre que conocieron durante siglos los habitantes del centro del país. La extensa producción antropológica sobre los pueblos indígenas suramericanos propició que el jaguar del Amazonas fuese asociado a la cosmogonía de las culturas nativas -tanto que algunos autores critican que cualquier representación de garras y colmillos haya sido asociada directamente al felino<sup>383</sup>- y a la conservación del “pulmón del mundo”, contando con una relación clave con la invención del “nativo ecológico”<sup>384</sup>.

380 Ver mapas 5, 6, 7 y 8 en Germán Márquez, *Mapas de un fracaso: Naturaleza y conflicto en Colombia* (Univ. Nacional de Colombia, 2004).

381 Rendón Builes, “El tigre malo de Amalfi”.

382 Solo hasta hace unos 10 años comenzaron a aparecer algunos estudios sobre los jaguares que todavía habitan en inmediaciones de la región andina. Al respecto es importante el trabajo del Grupo de Mastozoología-CTUA del Instituto de Biología de la Universidad de Antioquia

383 César Augusto Velandia Jagua, “Un oso en la trastienda: acerca de la fauna inédita en la iconografía de San Agustín”, *Maguaré*, nº 24 (2010): 313–29.

384 Astrid Ulloa, *La construcción del nativo ecológico: complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia* (Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2004), 312.

Por ende, este *jaguar* -shamanico, símbolo de la biodiversidad del bosque húmedo tropical- se rodeó de una serie de connotaciones positivas que nunca tuvo el *tigre* andino -depredador de ganado, símbolo de lo salvaje-. Por cuenta de lo anterior, resultó mucho más fácil elaborar un discurso de conservación sobre el jaguar que está asociado a las culturas nativas, por lo general ubicadas en las zonas selváticas del sur del país, que al tigre que sobrevive en las tierras del centro del país.

Las tigrilladas por su parte, hicieron que la mirada de diversos autores, científicos y activistas se citaran sobre las poblaciones de jaguares que habitaban las selvas y tierras bajas del sur del país. Los primeros estudios e investigaciones ecológicas y biológicas se centraron sobre los felinos de la amazonía y la orinoquía. Esto quizás también contribuyó a que se desprecie la región andina como zona que pueda albergar a los jaguares en el futuro, dándole prelación a otros puntos de la geografía nacional<sup>385</sup>.

Pese a este panorama que podría resultar desalentador el jaguar siguió apareciendo en medio de la región andina, desde luego que de forma cada vez más esporádica. Desterrado de casi todas las vertientes de la región y prácticamente extirpado de la cordillera central del país, el tigre americano se vio arrinconado en algunos lugares de la región andina. Los registros científicos apuntan a que la zona del Magdalena medio, el Catatumbo<sup>386</sup> y parte del departamento de Antioquia<sup>387</sup> podrían contener algunas poblaciones de jaguar, es decir, el suficiente número de individuos como para que la especie subsista allí en el futuro. De cuando en cuando la aparición de un jaguar en medio de la región andina es lo suficientemente espectacular como para aparecer en la prensa local y nacional. Este fue el caso de un tigre que fue muerto en Amalfi en el año de 2012<sup>388</sup>, una historia bastante similar a la acontecida en cercanías del año 1948 y que terminó por demostrar que los jaguares son habitantes de la zona y no simplemente visitantes ocasionales.

385 Angélica Díaz Pulido, “Áreas de distribución potencial del jaguar (*Panthera onca*) en Colombia” (Tesis de Maestría, Universidad de los Andes, 2011).

386 Payán Garrido et al., “Distribución y estado de conservación del jaguar en Colombia”, 30.

387 Juan David Sánchez L., “Seguimiento del Estado de las Poblaciones de Grandes Felinos, así como la Interacción de estos con los Pobladores y sus Actividades Productivas en el Magdalena Medio Antioqueño” (Corantioquia, Grupo Mastozoología-CTUA, Instituto de Biología, Universidad de Antioquia., 2011); Andrés Arias Alzate et al., “Caracterización del estado de los Felinos(carnivora felidae) y su interacción con el hombre en el Oriente de Antioquia: informe fina”, s. f.

388 “Jaguar fue cazado por campesinos de Amalfi”, *www.elcolombiano.com*, 27 de julio de 2012, [http://www.elcolombiano.com/jaguar\\_fue\\_cazado\\_por\\_campesinos\\_de\\_amalfi-FUEC\\_199279](http://www.elcolombiano.com/jaguar_fue_cazado_por_campesinos_de_amalfi-FUEC_199279); “Tres jaguares andan sueltos en el municipio de Amalfi (Antioquia) - eltiempo.com”, *eltiempo.com*, accedido 28 de julio de 2012, [http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/tres-jaguares-andan-sueltos-en-el-muni\\_12073564-4](http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/tres-jaguares-andan-sueltos-en-el-muni_12073564-4).

En los últimos años la biología y otras disciplinas han comenzado a tomar con mayor seriedad estos registros de jaguares que antes habían permanecido en lo que se conoce como “literatura gris” (por no ser publicados), permitiendo la aparición de una serie de estudios sobre la especie en la región central del país, superando la predilección por las regiones de la Amazonía y los Llanos que los han caracterizado<sup>389</sup>.

Ante este panorama surge una pregunta: ¿por qué los jaguares todavía permanecen en la región andina de Colombia?. Resulta casi contradictorio que después de presentar un trabajo que evidencia las drásticas transformaciones de la región central del país y a su vez el complejo conflicto con los humanos que cargo sobre su “piel” el jaguar, se termine mostrando como todavía el jaguar subsiste en parte de la zona más intervenida y poblada del país. Se quiere explicar esta situación con un término que de forma literaria se utilizó al comienzo de este apartado: “Resistencia”, aunque en términos más científicos y precisos se debe utilizar como “Resiliencia”. C. S. Holling utilizó en 1973 este término, empleado en ecología de comunidades y ecosistemas, para indicar la capacidad de estos de absorber perturbaciones, sin alterar significativamente sus características de estructura y funcionalidad; pudiendo regresar a su estado original una vez que la perturbación ha terminado<sup>390</sup>.

Holling acuñó esta palabra para paliar las visiones de “estabilidad” y “equilibrio” que todavía suelen acompañar los estudios sobre el mundo natural<sup>391</sup>. Para este autor el cambio y el desbalance -entre ellos los procesos de extinción de especies- son una parte tan continua de los fenómenos del mundo natural que a veces es necesario plantear explicaciones sobre las condiciones que permiten la “persistencia” en los ecosistemas<sup>392</sup>. Este concepto, aparte de ofrecer una explicación a la permanencia de los tigres en el centro de Colombia, resulta también oportuno para revisar las narrativas de declive (la destrucción progresiva por parte de los humanos de la naturaleza originaria, prístina) que suele caracterizar algunos trabajos de historia ambiental<sup>393</sup>. Estos parches de bosques que aún se conservan en la región andina han contado con la suficiente capacidad de recuperación como para hospedar

389 Sánchez L., “Seguimiento del Estado de las Poblaciones de Grandes Felinos, así como la Interacción de estos con los Pobladores y sus Actividades Productivas en el Magdalena Medio Antioqueño”, 5.

390 C. S. Holling, “Resilience and Stability of Ecological Systems”, *Annual Review of Ecology and Systematics* 4 (1 de enero de 1973): 1–23.

391 Ibid., 2.

392 Ibid.

393 Mark Carey, “Latin American Environmental History: Current Trends, Interdisciplinary Insights, and Future Directions”, *Environmental History* 14, n° 2 (4 de enero de 2009): 238–239.

todavía a una amplia biodiversidad. Solo de esta forma se explica que pese a su alta fragmentación y a la realización de actividades productivas de gran impacto todavía zonas de la región sirvan como refugio a grandes felinos<sup>394</sup>.

La resiliencia también aplica al jaguar como especie. En un ambiente completamente hostil para su supervivencia ha sabido adaptarse y subsistir cerca de los Andes colombianos hasta los tiempos que corren. Es una prueba más de que si bien las dinámicas humanas pueden resultar determinantes en ciertos contextos, la naturaleza no es una simple “marioneta indefensa” ante los designios de los seres humanos.

No se debe caer en el otro extremo y presentar una imagen “utópica” para la subsistencia del jaguar en el centro del país. La resiliencia cuenta con un punto de no retorno, que al ser traspasado ocasiona un cambio lo suficientemente radical como para que el sistema entero se modifique<sup>395</sup>. El tigre americano ya ha sufrido esta situación en muchos lugares de la región andina. Por ejemplo, el Quindío, que en otros tiempos fue uno de los sitios con más referencias sobre el felino, hoy en día es una de las zonas más altamente transformadas del país y gran parte de su territorio pertenece al denominado “Paisaje Cultural Cafetero”, declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO en el año 2011<sup>396</sup>. Pese a que el “verde” domina estos parajes quindianos, los jaguares desaparecieron hace mucho tiempo de allí y las posibilidades de que pudiesen retornar allí como en otros lugares de la región son remotas. Las poblaciones de Jaguar del centro del país se encuentran catalogadas como VU (vulnerable), es decir, se encuentran en un mayor índice de riesgo de desaparición que las poblaciones del sur de Colombia que se encuentran bajo la categoría NT (casi amenazada) según la IUCN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza)<sup>397</sup>.

### ***Un nuevo tigre: el jaguar hacia el futuro en la región andina***

Hace ya 31 años el zootecnista colombiano Rodrigo Otero de la Espriella había profetizado la

394 Sebastian Botero-Cañola, “Aproximación a la distribución del jaguar (*Panthera onca*) y puma (*Puma concolor*) en el Magdalena Medio Antioqueño, con revisión del estado de amenaza y de los métodos empleados.” (Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, Grupo de Mastozoología-CTUA, 2011), 67.

395 Holling, “Resilience and Stability of Ecological Systems”, 7.

396 “Coffee Cultural Landscape of Colombia - UNESCO World Heritage Centre”, accedido 28 de noviembre de 2014, <http://whc.unesco.org/en/list/1121%20%29>.

397 Sánchez L., “Seguimiento del Estado de las Poblaciones de Grandes Felinos, así como la Interacción de estos con los Pobladores y sus Actividades Productivas en el Magdalena Medio Antioqueño”, 4.

desaparición del tigre en el territorio colombiano:

“[...]el jaguar perseguido y cada día con menos posibilidades de alimentarse, está condenado a desaparecer, y lo peor es que no existe la fórmula capaz de ofrecerle supervivencia, porque resulta un extraordinario trofeo para quien lo caza. Además, el campesino de manera implacable matará a cuanto jaguar se aproxime a su fundo, pues así defiende sus intereses pecuarios de semejante peligro”<sup>398</sup>.

Pese a que el pronóstico de Otero de la Espriella no deja de ser un posible futuro para el jaguar, este ha conseguido sobrevivir y a su favor cuenta con algunos aspectos que quizás no fueron muy claros para la época en que se redactó esta sentencia. En el primer capítulo de este trabajo se planteó como el tigre siempre ha estado en medio de un proceso de “invención” que no ha finalizado. Pues el tigre que hoy se revela en nuestros días muestra algunas “pintas [manchas]” que lo distinguen de como fue representado en el pasado. Con el arribo hacia mediados de 1970 de las leyes de protección del Medio Ambiente y conservación de especies se comenzó a construir una imagen mucho más positiva sobre el jaguar no solo en Colombia, sino en casi todos los países que conforman su territorio. Gracias a estas leyes, el tigre americano comenzó a ser visto como parte del patrimonio natural que se debía cuidar.

El contexto en el cual se produce este proceso es bastante particular. Viene antecedido por el fenómeno de las tigrilladas en las selvas de los países de la cuenca amazónica, la cual produjo hacia mediados del siglo XX escalofriantes números de caza y comercio de pieles de felinos<sup>399</sup>. Por ende, las primeras medidas de protección de los felinos se vincularon con la idea de conservar un “recurso” que estaba desapareciendo. Como punto de partida de estas nuevas pretensiones el gobierno colombiano creó a lo largo de los años sesenta las corporaciones regionales y en 1968 el Instituto Nacional de Recursos Naturales Renovables, INDERENA, con el objetivo de manejar sosteniblemente los recursos naturales renovables del país.

Si bien pareciera que la creación de este instituto no suponía algún cambio radical respecto a las

398 Rodrigo Otero de la Espriella, “Indiscreciones sobre el jaguar o tigre americano”, *Carta Ganadera* 20, n° 4 (1983): 68.

399 Se calcula que en el puerto fluvial de Leticia (Colombia) entre 1962 y 1967 se exportaron cerca de 10000 pieles de tigrillos y jaguares por año. James Parra Monsalve, “Imaginario, cacerías y comercio de jaguar en las cuencas de los ríos Caquetá-Japurá y Putumayo-Içá (Amazonia), durante el Siglo XX” (Tesis para magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2009), 70–71.

políticas tradicionales de extracción y aprovechamiento de recursos, se considera que sirvió de centro para la construcción de una conciencia ambiental en nuestro país y a su vez como un antecedente sobre las discusiones ambientales que todavía so vigentes en el país: “Es una concientización [sic] que se hizo a través de innumerables programas educativos, de diversas campañas ecológicas de la búsqueda del cumplimiento de la normatividad, y de las diversas polémicas públicas en torno a posiciones y decisiones del Instituto, que en ocasiones se convirtieron en verdaderas batallas campales”<sup>400</sup>.

A nivel internacional dos hechos significaron un punto de flexión en la representación y la forma de relación que deberían mantener los seres humanos con el jaguar. El primero de ellos fue la creación en 1964 de la lista roja de especies amenazadas de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), la cual concretó una serie de iniciativas, surgidas a mediados del siglo XX, sobre la necesidad de implementar un censo de las especies vivas que estaban desapareciendo -o habían desaparecido ya- en el planeta<sup>401</sup>. El segundo fue la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES) realizada en Washington (1973). El texto del acuerdo de la convención enuncia en sus primeros renglones los principios que la guían:

*“Reconociendo* que la fauna y flora silvestres, en sus numerosas, bellas y variadas formas constituyen un elemento irremplazable de los sistemas naturales de la tierra, tienen que ser protegidas para esta generación y las venideras;

*Conscientes* del creciente valor de la fauna y flora silvestres desde los puntos de vista estético, científico, cultural, recreativo y económico;

*Reconociendo* que los pueblos y Estados son y deben ser los mejores protectores de su fauna y flora silvestres;

*Reconociendo* además que la cooperación internacional es esencial para la protección de ciertas especies de fauna y flora silvestres contra su explotación excesiva mediante el comercio internacional”<sup>402</sup>

400 Manuel Rodríguez Becerra, “INDERENA, el gran pionero de la gestión ambiental en Colombia”, en *Memoria del primer Ministro del Medio Ambiente*, vol. I (República de Colombia, Ministerio del Medio Ambiente, 1994), 93.

401 “IUCN - Celebrating 50 years of The IUCN Red List”, accedido 29 de noviembre de 2014, [http://www.iucn.org/about/work/programmes/species/our\\_work/the\\_iucn\\_red\\_list/](http://www.iucn.org/about/work/programmes/species/our_work/the_iucn_red_list/).

402 “Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres | CITES”, accedido 29 de noviembre de 2014, <http://www.cites.org/esp/disc/text.php>.

La concreción de estos proyectos fue el comienzo de una política global sobre la protección y conservación de la fauna y flora en peligro. En cuanto al jaguar este apareció por primera vez en la lista roja de la UICN en 1982 bajo la categoría de “Vulnerable”<sup>403</sup> y en 1975 en el Apéndice I de la CITES<sup>404</sup>. Cubierto por estas disposiciones el jaguar, que durante largo tiempo había sido considerado un enemigo del hombre, se convirtió en una criatura que debía ser protegida. En cuanto al contexto local, esta política internacional contó con una repercusión temprana y que se manifestó de forma clara en El Decreto 2811 de 1974 que instauró el “Código Nacional de Recursos Naturales Renovables y de Protección al Medio Ambiente” que se sumó a otras medidas como la creación del INDERENA y del sistema de Parques Nacionales Naurales. Colombia es Parte de CITES mediante la Ley 17 de 1981 y entró en vigor para el país el 28 de noviembre de 1981<sup>405</sup>.

Esto significa que desde hace unos 40 años se ha comenzado a promover desde diversa instancias, y con la participación del gobierno central, una nueva visión sobre el jaguar distinta a aquella que lo acompañó por siglos. Hoy en día es vista como una criatura en peligro, víctima de las acciones del hombre y -en forma positiva- un reflejo de la biodiversidad americana a la par de considerarse un animal vinculante con la cosmogonía de los pueblos nativos americanos. Esta nueva representación del felino parece haber afectado también su lugar en la cultura de la región andina.

Este tigre -convertido a veces en un carismático y ecológico jaguar- ha a vuelto a aparecer en algunas fiestas y celebraciones regionales. En el carnaval del Riosucio se ha querido, por ejemplo, encontrar en el motivo del jaguar una conexión con el pasado indígena de la región y con la efigie del Diablo que preside esta festividad<sup>406</sup>. En el carnaval de “Negros y Blancos” de San Juan de Pasto, uno de los más importantes de la nación, las carrozas y montajes alusivos al felino se han convertido en invitados recurrentes a la festividad<sup>407</sup>. En la última Feria de las flores, la plaza Mayor de la ciudad de Medellín,

403 “Panthera onca (Jaguar)”, accedido 29 de noviembre de 2014, <http://www.iucnredlist.org/details/15953/0>.

404 “Jaguar | CITES”, accedido 30 de noviembre de 2014, <http://www.cites.org/esp/gallery/species/mammal/jaguar.html>.

405 “Convención sobre Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES)”, Gubernamental, *Convención sobre Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES)*. Cancillería de Colombia, accedido 10 de noviembre de 2015, <http://www.cancilleria.gov.co/en/convencion-sobre-comercio-internacional-especies-amenazadas-fauna-y-flora-silvestres-cites>.

406 “Hoy comienza el Carnaval de Riosucio, la fiesta que el diablo ‘prende’ en Caldas”, accedido 30 de noviembre de 2014, <http://www.elpais.com.co/elpais/cultura/noticias/hoy-comienza-carnaval-riosucio-fieta-diablo-prende-caldas>.

407 “Pasto se llenó de color”, accedido 30 de noviembre de 2014, <http://historico.elpais.com.co/paisonline/notas/Enero072006/carnaval.html>; “Actores del Festival, Carnaval de Negros y Blancos | EXPRESO COLOMBIA”, accedido 30 de noviembre de 2014, <http://expresocolombia.com.co/video/actores-del-festival-carnaval-de-negros-y-blancos/>.

contó con la presencia de figuras animales gigantes elaboradas en flores y entre las cuales se encontraba un jaguar como evocación de la fauna que habita el departamento (ver figura No. 21. Página 151).<sup>408</sup>.

Un poco más compleja, aunque quizás más interesante, es la aparición de estatuas del tigre que adornan las plazas centrales de dos pueblos de Antioquia. La primera, y más conocida, es la estatua hecha en honor del tigre de Amalfi, aquel que “atacó” al pueblos en 1948, y cuya primera versión -un felino manchado policromado, aunque no tan parecido a un jaguar- fue instalada en las postrimerías de los años 70 del siglo XX, época de la cual también procede el relato sobre el tigre escrito por el historiador del pueblo José Rendón Builes. Al parecer, el pueblo trató de revitalizar su identidad en una época que coincidió con una tregua que dio la violencia que azotó al pueblo y al departamento<sup>409</sup>. Lo realmente particular es que se haya escogido al tigre como icono del municipio. Tanto la estatua como la crónica escrita por Rendón Builes “El tigre malo de Amalfi”<sup>410</sup> se pensaron primero como reivindicaciones de los hombres que cazaron a la bestia “cuasilegendaria” que azotó al pueblo.



Figura No. 21 Jaguar de la Feria de las Flores (Medellín 2014)<sup>411</sup>

408 Mónica María Jiménez, “Feria de las Flores es cultura y tradición paisa”, *eltiempo.com*, 31 de julio de 2014, <http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/feria-de-las-flores-2014-cultura-y-tradicion-paisa/14328617>; “Gigantes en Flores 2014”, 2 de agosto de 2014, <http://www.silleteros.com/csse/>.

409 Diana Henao Holguín, “Bandolerismo rural en el Bajo Cauca, Magdalena Medio y el Nordeste antioqueño (Colombia), 1953-1958”, *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 7, n° 14 (julio de 2015): 285–319, doi:10.15446/historelo.v7n14.48708.

410 Rendón Builes, “El tigre malo de Amalfi”.

411 Imagen extraída de

<https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpcontent/Sites/Portal%20Ciudad%20de%20Medell%C3%ADn/Galer%20de%20Floreles>

Desde luego, la exaltación sobre la riqueza natural del pueblo existió, pero en ese momento fue lejana a cualquier intención ambiental o ecológica. En el siglo XXI se elaboró una nueva versión de la estatua del tigre, más grande y con un color mate oscuro, la cual vendría a ocupar el pedestal de su predecesora. En el año 2013, esta última estatua también sería cambiada de sitio para dar lugar a un busto de Santa Laura Montoya, primera santa colombiana canonizada por el Vaticano, despertando esta decisión una inmensa polémica y poniendo a prueba los sentimientos divididos que todavía genera el tigre entre los amalfitanos<sup>412</sup>.

Casi como respuesta a lo sucedido en Amalfi, otro municipio antioqueño cuenta con una estatua de un tigre. La población de Ituango instaló durante la administración municipal correspondiente al periodo 2008-2011 una estatua de un felino. La placa que acompaña esta estatua cuenta con un lema peculiar cuando menos: “«El temible Tigre de Ituango» ... Así tituló el periódico el Colombiano la noticia. [...] Ocurrió en noviembre de 1980[.]Un acierto para nuestros campesinos que estaban perdiendo sus animales, una pérdida para el progreso de la Fauna Itanguina” . La interpretación de esta estatua puede resultar mucho más compleja que la estatua -o estatuas- de Amalfi, a pesar de que esta es su fuente de inspiración. El lema presente en la estatua de Ituango no hace una reivindicación tan clara de los hombres que hicieron parte de la cacería del tigre, a pesar de que si defiende el hecho de la cacería. A diferencia de los relatos del tigre de Amalfi en los setenta, la estatua de Ituango elaborada en este siglo deja un mensaje de preocupación ecológica: se lamenta en el lema la pérdida del jaguar como parte de la fauna del municipio. Coincide la instalación de la estatua de Ituango con algo ocurrido también con la primera estatua de Amalfi: su levantamiento se dio en una época en la cual el municipio pretende recuperarse de profundos hechos de violencia que han afectado la población durante los últimos treinta años. Por eso, la mención final de Ituango como “tierra de paz” no resulta ser gratuita. Las estatuas de los dos municipios antioqueños también cuentan con un rasgo en común: muestran al jaguar como un elemento contrario al progreso, a la “civilización”.

---

C%ADas%20de%20Im%C3%A1genes/Galer%C3%ADas/Feria%20de%20las%20Flores%202014./big/gigantefloreslubiach.jpg el 30 de abril de 2015.

412 Óscar Andrés Sánchez, “Cambiaron al tigre de Amalfi por la Madre Laura”, *eltiempo.com*, 22 de mayo de 2013, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12814734>.



*Figura No. 22 Foto de la primera estatua del tigre de Amalfi (ca. 1970-1980). Extraída del grupo “SoyDeAmalfi”<sup>413</sup>*

413 [ww.facebook.com/SoyDeAmalfi/photos/pb.272489352833646.-2207520000.1432587995./278550162227565/?type=3&theater](https://www.facebook.com/SoyDeAmalfi/photos/pb.272489352833646.-2207520000.1432587995./278550162227565/?type=3&theater)



*Figura No. 23 Segunda estatua del tigre de Amalfi instalada en este siglo. Archivo CNC<sup>14</sup>*

En cuanto al encuentro con el animal viviente, también parece haberse dado algunos cambios. En 2011 el grupo de Mastozoología de la Universidad de Antioquia fue testigo de la entrega de dos cachorros de jaguar encontrados en una vereda del municipio de Yondó a las autoridades ambientales por parte de algunos campesinos que los encontraron en medio de unos rastrojos y que, por error, creyeron que su madre “los había abandonado”<sup>415</sup>. Pese a la equivocación, originada en el desconocimiento del comportamiento del animal<sup>416</sup>, debe reportarse la preocupación que mostraron los campesinos para que los pequeños jaguares pudiesen sobrevivir, una situación muy difícil de concebir en la región 100 años atrás.



*Figura No. 24 Estatua del tigre Ituango. Extraída de Internet<sup>417</sup>*

415 Sánchez L., “Seguimiento del Estado de las Poblaciones de Grandes Felinos, así como la Interacción de estos con los Pobladores y sus Actividades Productivas en el Magdalena Medio Antioqueño”, 26–27.

416 La hembra suele dejar solas a sus crías mientras procura comida.

417 [http://4.bp.blogspot.com/-5bApCbpwGiQ/Uz1Vllm\\_JfI/AAAAAAAAAsE4/\\_y4fab9idtk/s1600/TIGREOK.jpg](http://4.bp.blogspot.com/-5bApCbpwGiQ/Uz1Vllm_JfI/AAAAAAAAAsE4/_y4fab9idtk/s1600/TIGREOK.jpg)



Figura No. 25 Detalle de la dedicatoria de la estatua del tigre de Ituango

En medio de un contexto en el cual el desarrollo nacional pretende fundamentarse en el aprovechamiento de sus recursos naturales, Colombia ha sido denominada como “vínculo crítico” para garantizar la supervivencia del jaguar<sup>418</sup>, dentro del marco de uno de los proyectos más ambiciosos que se hayan pensado en procura de la conservación de una especie animal: La iniciativa del corredor jaguar (*Panthera onca*). Esta iniciativa pretende conectar las 90 poblaciones reportadas por la ciencia del tigre americano a lo largo de toda su distribución<sup>419</sup>. El gobierno colombiano suscribió en 2010 una carta de compromiso con el desarrollo de este proyecto teniendo como garantes al entonces vicepresidente de la República Francisco Santos y Alan Rabinowitz, director de la *Fundación Panthera* y principal promotor de la iniciativa<sup>420</sup>. Los jagures que todavía habitan en la región andina pueden resultar

---

Consultada el 29 de noviembre de 2014.

418 Rabinowitz y Zeller, “Conectando puntos: Conservación del jaguar a lo largo de su distribución”, 13.

419 Ibid., 15–16.

420 “Parques Nacionales trabaja para conservar el jaguar”, *El Universal Cartagena*, 25 de febrero de 2010, <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/ambiente/parques-nacionales-trabaja-para-conservar-el-jaguar>.

## Conclusiones

*“Los animales no tienen historia de sus acontecimientos pasados, ni pronóstico del porvenir que les espera. En nada cambia, nada aprenden, nada naturalmente adelantan ni por la edad los individuos ni la especie con los siglos. La mosca cae en la red que la tiende la araña y la hurraca se precipita y hunde en los pozos y cabernas, lo mismo las de ahora que lo hacían las primitivas de sus respectivas especies[sic]”* Torres, José. *Reflexiones sobre la naturaleza, el arte, la ciencia y la opinión*. Imprenta de la Biblioteca Nueva, 1835. Print. 44

El presente trabajo ha pretendido convertirse en una historia del jaguar. Desde luego que la reflexión sobre si los animales (no humanos) tienen o no historia no hizo parte del trabajo. Pero implícitamente se pretendió matizar opiniones como las enunciadas por el encabezado y dar lugar al jaguar en la historia de la región andina colombiana. La intención de este trabajo es cercana al objetivo de Erica Fudge “derribar muchas concepciones antropocéntricas sobre nosotros mismos [...]revisar nuestro lugar en el mundo”<sup>421</sup>. El hombre es el único animal consciente de su historia, pero no el único partícipe y afectado por ella. El jaguar en la región andina hizo parte de la cultura y de la vida cotidiana, por lo cual su figura contó con una fuerza inusitada. Sobre el jaguar se construyeron representaciones “positivas” y “negativas” que todavía hacen parte de la percepción que tiene nuestro tigre al día de hoy. Odiado por ser un depredador que mantenía rivalidad con el hombre, admirado por su fuerza y por la belleza de su piel Este proceso hace parte de un proceso de “invención” que todavía se mantiene sobre esta criatura. Al jaguar también se le atribuyeron rasgos sanguinarios y violentos que parecen más propios de los seres humanos que del felino.

Durante el periodo de estudio seleccionado (1820-1910) se mantuvo un periodo crítico de conflicto entre el jaguar y los seres humanos cuyo punto álgido se dio a mediados del siglo XIX, producto de los frentes de colonización que se dieron en la región andina. Si bien la región siempre ha sido la más poblada de la nación, durante este marco cronológico la población humana aumentó de forma drástica y se terminó por ocupar espacios de “frontera” que habían servido de santuario a los jaguares. Las actividades humanas terminaron por modificar drásticamente la existencia tanto simbólica como ecológica del tigre que habita el centro del país. La primera década del siglo XX se considera como un punto de flexión en la relación entre seres humanos y jaguares. Fue para esa época que los jaguares del Quindío desaparecieron, al igual que el comienzo de la ruptura de la selvas del Carare, del mismo modo el café y otros cultivos ocuparon lo que fuera el hábitat del felino entre otros hechos nefastos

<sup>421</sup> Fudge, “Left-Handed Blow: Writing the History of Animals”, 16.

para el tigre andino. La fragmentación del hábitat, la desaparición de presas potenciales, la cacería por su piel y por retaliación además de la urbanización del territorio de la región andina afectaron a los tigres que la habitaban. En medio de la confluencia de estos procesos, la ocupación y el poblamiento fueron las causas fundamentales para la manifiesta disminución de los jaguares de la región. implicó la desaparición de poblaciones enteras del felino. Estas podrían haber guardado enormes diferencias de adaptación y comportamiento frente a los animales del presente, entre ellas, la posibilidad de que el tigre fuese habitante de las tierras que sobrepasaban los 2000 m.s.n.m. Esta cuestión no puede resolverse, pero queda abierta la posibilidad

La historiografía temprana -y no tanto- de la colonización mantuvo una visión ampliamente positiva de todos estos procesos<sup>422</sup> exhibiéndolos como un triunfo de la tenacidad del hombre -retratado intencionalmente en masculino- sobre la naturaleza del trópico: Una especie de segunda conquista sobre el territorio nacional. Se sustentaron claramente en suplir una serie de necesidades de una población humana creciente y de una nación que apuntaba a encarrilarse en las vías del “progreso”. Por cuenta del desarrollo de estos procesos, los jaguares casi desaparecieron del centro de la país, cien años después de que la Comisión Corográfica ubicara tigres en casi todas las provincias andinas. El jaguar “desapareció” de forma simbólica del centro del país no solo como producto de la disminución material de sus individuos, sino también como resultado de la consolidación del discurso de “progreso” y “civilización” que convirtió a la región andina en ejemplo de “desarrollo” para el resto del país. Como consecuencia de lo anterior, las memorias sobre el tigre que habitó la región pasaron a ser reliquias de un pasado salvaje con el que se quiso romper. El tigre de los Andes colombianos también desapareció de la memoria colectiva ante la aparición a mediados del siglo XX del “jaguar ecológico y shamanico” que se asoció a las poblaciones de *Panthera onca* que habitan el sur del país. Este “nuevo” felino, pese a basarse en el mismo animal, cobró connotaciones positivas que nunca logró el tigre andino. Todo lo anterior puede contribuir a que la ciencia se “olvidara” de las poblaciones del jaguar que habitan la región central del país, situación que desde hace algunos años ha sido revisada.

Pese al cuadro tan dramático y difícil que se le diagnóstico al tigre andino hacia la primera década del siglo XX, a diferencia de otros casos, el jaguar todavía no ha desaparecido de la región. El felino es un ejemplo más de un proceso de resistencia y *resiliencia* ambiental. En algunos de los parches de bosque

422 Londoño Mota, “El modelo de colonización antioqueña de James Parsons. Un balance historiográfico”, 188.

y selva que todavía perduran en la región andina tigres que han resistido condiciones totalmente desfavorables. Durante la última década y especialmente durante la escritura de este trabajo, los jaguares que habitan todavía la región andina se han hecho sentir. Esto ha permitido que se formen nuevas apropiaciones y preguntas sobre los tigres que habitan la región.

Dentro de la historiografía tradicional de la colonización de la región las pérdidas ambientales que produjeron algunos de los procesos aquí tratados -aparte de ocupar renglones de segundo orden- son percibidas como efectos colaterales e inevitables ante la procura del bienestar de los seres humanos. El presente trabajo quiso, por el contrario, darle relevancia a estos fenómenos y entenderlos ante la disminución de una criatura que funcionó como el hilo conductor de todo el ensayo. La desaparición del “reino del tigre” que se describió en estas líneas no debe ser asumida necesariamente como parte de “una narrativa de declive” sino como un intento de comprensión de la creación de un nuevo ambiente<sup>423</sup>, en este caso, el medio ambiente de la región andina como la conocemos hoy en día, asumiendo las posibilidades dinámicas y de interacción compleja que esto conlleva.

La necesidad de esta reflexión compleja de las relaciones entre los animales, medio ambiente y los seres humanos resulta fundamental en procesos que ya comienzan a hacer parte de la realidad nacional. Este tipo de razonamiento es requerido para analizar las políticas ambientales en las que pretende encaminarse el país. Las propuestas de expansión de la frontera agrícola y de economía extractiva en los ecosistemas de llanura, altillanura y sabanas inundables del Oriente del país<sup>424</sup>, que supone todo un desafío social y ambiental, pues busca replicar la controvertida experiencia del “Cerrado” brasileño durante el gobierno de Lula Da Silva<sup>425</sup>, además de la puesta en marcha de la polémica “Locomotora minero-energética”<sup>426</sup>, nombre con el cual se conoce la política del gobierno de Juan Manuel Santos de extracción de recursos minerales y producción de energía a partir de la explotación de fuentes naturales, son fenómenos nacionales que pueden encontrar su espejo en algunos de los procesos aquí

423 Carey, “Latin American Environmental History”, 239.

424 Cuyo documento base no tiene una sola mención sobre la Flora y Fauna nativa. Consejo Nacional de Política Económica y Social, República de Colombia, Departamento Nacional de Planeación, “Documento Conpes 3797. Política Para El Desarrollo Integral De La Orinoquia: Altillanura- Fase I”, 12 de enero de 2014.

425 Camila Osorio, “El futuro agroindustrial de la Orinoquia ya arrancó”, *La Silla Vacía*, 22 de noviembre de 2010, <http://lasillavacia.com/historia/el-futuro-agroindustrial-de-la-orinoquia-ya-arranco-19998>.

426 “Objetivo: convertir al país en potencia minero-energética”, *Portafolio*, 10 de febrero de 2012, <http://www.portafolio.co/economia/objetivo-convertir-al-pais-potencia-minero-energetica>.

mencionados y que también se resguardan en términos como “prosperidad” y “progreso”.

Mientras esta discusión ocurre, allí, afuera, en el mundo de lo real, el tigre lucha por su subsistencia. Este trabajo ha querido apenas mostrar una parte de esta y como la “historia de los seres humanos” ha sido un factor determinante en la situación que vive hoy en día. En medio de una cruel paradoja, el jaguar requiere hoy en día de la colaboración de su rival más antagónico para que esta lucha no sea condenada al fracaso y sus rugidos no se pierdan en el silencio.

## Bibliografía

### Fuentes Primarias

#### Fuentes de Archivo:

Archivo Histórico de Antioquia, *Censos y estadísticas*, Volumen 343, Documento 6538 [Relación de la Provincia de Antioquia], (1808)

#### Fuentes impresas:

- Ancízar, Manuel. *Peregrinación de Alpha: por las provincias del norte de la Nueva Granada, en 1850 i 51*. Imprenta de Echeverría Hermano, 1853.
- Buitrago, Jaime. *Hombres trasplantados: novela de colonizaje*. Imp. departamental, 1943.
- . *Hombres trasplantados: novela de colonizaje*. 2da. ed. Armenia: Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío, Universidad del Quindío, 2011.
- Caldas, Francisco José de. “El influjo del clima sobre los seres organizados”. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. 5 de junio de 1808.
- . “El influjo del clima sobre los seres organizados”. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. 12 de junio de 1808.
- . “El influjo del clima sobre los seres organizados”. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. 3 de julio de 1808.
- . “Estado de la geografía del virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio”. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. 3 de enero de 1808.
- Caldas, Francisco José de. “Del influjo del clima sobre los seres organizados. Del influjo del clima sobre los seres organizados”. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. 3 de julio de 1808, 27 edición.
- Camacho Roldán, Salvador. *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de America)*. Bogotá: Camacho Roldan & Tamayo, 1890.
- Carrasquilla, Tomás. “Del monte a la ciudad”. En *Obras completas*, s. f.
- Carrasquilla, Tomas. *La marquesa de Yolombó*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Comisión Corográfica. *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada / por la Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi. [Recopiló y ordenó Eduardo Acevedo Latorre]*. Vol. II Provincias de Tunja y Tundama. Archivo de la economía nacional ; 21-24. Bogotá: Impr. del Banco de la República, 1957.
- . *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada / por la Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi. [Recopiló y ordenó Eduardo Acevedo Latorre]*. Vol. III Provincias de Soto, Santander, Pamplona, Ocaña, Antioquia y Medellín. Archivo de la economía nacional ; 21-24. Bogotá: Impr. del Banco de la República, 1957.
- Córdovez Moure, José María. *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá*. II. Bogotá: Fundación Editorial Epigrafe, [1893] 2006
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Vol. II. Madrid: Ediciones Atlas, 1959.
- . *Historia general y natural de las Indias*. Vol. III. Madrid: Ediciones Atlas, 1959.
- . *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. Edición de Nicolás del Castillo Mathieu. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Univ. Jorge Tadeo Lozano, 1995.

- Fernández de Piedrahita, Lucas. *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*. Vol. I. Amberes: Por Juan Baptista Verdussen, 1688.
- Gosselman, Carl August. *Viaje por Colombia : 1825 y 1826*. Editado por Ann Christien Pereira. Bogotá: Ed. del Banco de la República, 1981.
- Hamilton, John Potter. *Travels through the Interior Provinces of Colombia*. Vol. I. Londrés: John Murray, Albemarle Street, 1827.
- . *Travels through the Interior Provinces of Colombia*. Vol. II. Londrés: John Murray, Albemarle Street, 1827.
- Hettner, Alfred. *Viajes por los Andes Colombianos (1882-1884)*. Banco de la República, 1976.
- Humboldt, Alexander von. *Del Orinoco al Amazonas : viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. 2ª ed. Barcelona: Editorial Labor, 1988.
- Isaacs, Jorge. *María*. Presidencia de la República, 1996.
- Kastos, Emiro. *Colección de artículos escogidos*. Bogotá: Pizano i Pérez, 1859.
- López de Mesa, Luis. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana, 1934.
- Pedro Martir de Angleria. *Décadas del nuevo mundo*. Vol. I. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1989.
- . *Décadas del nuevo mundo*. Vol. II. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1989.
- Pereira Gamba, Fortunato. *La vida en los Andes colombianos*. Quito: El Progreso, 1919.
- Pérez, Felipe. *Jeografía física i política del Estado de Santander*. Bogotá: Imprenta de la Nación, 1863.
- Petre, F. Loraine. *The Republic of Colombia: An Account of the Country, Its People, Its Institutions and Its Resources*. Londrés: Edward Stanford, 1906.
- Quijano Wallis, José María [from old catalog. *Memorias autobiográficas, historico-políticas y de caracter social*. Grottaferrata: Tipografía italo-orientale, 1919.
- Rendón Builes, José. “El tigre malo de Amalfi”, 1979. [www.ucn.edu.co/unidos/Documents/el-tigre-malo-de-amalfi.pdf](http://www.ucn.edu.co/unidos/Documents/el-tigre-malo-de-amalfi.pdf).
- Restrepo, José Manuel. “Sobre la Geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reyno de Granada”. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. 19 de febrero de 1809.
- Restrepo M., José María. *Apuntes para la historia de Manizales: desde antes su fundación hasta fines de 1913*. Imp. San Agustín, 1914.
- Revista del Club Nacional de Caza y Pesca*. Vol. 3. Medellín, 1962.
- Rivas, Medardo. *Los Trabajadores de Tierra Caliente*. [Bogota]: Ministerio de Educacion, 1946.
- Röthlisberger, Ernst. *El Dorado; reise- und kulturbilder aus dem südamerikanischen Columbien*. Bern: Schmid & Francke, 1898.
- Stuart Cochrane, Charles. *Journal of a Residence and Travels in Colombia*. Vol. I. Londres: Henry Colburn, 1825.
- Uribe Uribe, Rafael. *El pensamiento político de Rafael Uribe Uribe: Antología*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano de Cultura, 1974.
- Wiener, Charles, Jules Crevaux, Désiré Charnay, y Edouard François André. *América pintoresca: Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores*. Barcelona: Montaner y Simon, 1884.
- Zalamea Borda, Luis. *Memorias de un diletante*. Taller de Edición Rocca, 2008.

### Fuentes secundarias

- “Actores del Festival, Carnaval de Negros y Blancos | EXPRESO COLOMBIA”. Accedido 30 de noviembre de 2014. <http://expresocolombia.com.co/video/actores-del-festival-carnaval-de-negros-y-blancos/>.
- “Alerta por jaguar que ronda el oriente de Cundinamarca”. *NoticiasCaracol*. Accedido 25 de marzo de 2014. <http://www.noticiascaracol.com/nacion/video-255566-alerta-jaguar-ronda-el-oriente-de-cundinamarca>.
- Almario García, Oscar. *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940: Espacio, poblamiento, poder y cultura*. Cegan Editores, 1994.
- Altrichter, Mariana, Gabriel Boaglio, y Pablo Perovic. “The decline of jaguars *Panthera onca* in the Argentine Chaco”. *Oryx* 40, n° 03 (julio de 2006): 302–9. doi:10.1017/S0030605306000731.
- Appelbaum, Nancy P. *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007.
- Aprile Gniset, Jacques. *Génesis de Barrancabermeja : ensayo*. [Colombia]: Instituto Universitario de la Paz, 1997.
- Aprile-Gniset, Jacques. *La ciudad colombiana: siglo XIX y siglo XX*. Vol. II. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1992.
- Arias Alzate, Andrés, Sebastian Botero-Cañola, Juan David Sánchez L., y Sergio Solari. “Caracterización del estado de los Felinos(carnivora felidae) y su interacción con el hombre en el Oriente de Antioquia: informe fina”, s. f.
- Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, 2005.
- Avellaneda, Alfonso. *Petróleo, colonización y medio ambiente en Colombia: de la Tora a Cusiana*. Ecoe Ediciones, 1998.
- Baptiste-Ballera, Luis. “La fauna silvestre como producción discursiva”. En *Rostros culturales de la fauna : las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano*, 113–28. Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ;Fundación Natura, 2002.
- Baptiste-Ballera, Luis, Sandra Hernández Pérez, Rocío Polanco-Ochoa, y María Quiceno-Mesa. “La fauna silvestre colombiana: una historia económica y social de un proceso de marginalización”. En *Rostros culturales de la fauna : las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano*, 295–340. Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ;Fundación Natura, 2002.
- Belozerskaya, Marina. *La Jirafa de los Medici*. Barcelona: Gedisa, 2008.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Botero-Cañola, Sebastian. “Aproximación a la distribución del jaguar (*Panthera onca*) y puma (*Puma concolor*) en el Magdalena Medio Antioqueño, con revisión del estado de amenaza y de los métodos empleados.” Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, Grupo de Mastozoología-CTUA, 2011.
- Braudel, Fernand. *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Vol. I. Mexico: Fondo de cultura economica, 1976.
- Bushnell, David. *Colombia : una nación a pesar de sí misma de los tiempos precolombinos a nuestros días*. 9. ed. Bogotá: Planeta, 2008.
- Cabarcas Antequera, Hernando. *Bestiario Del Nuevo Reino De Granada: La Imaginación Animalística Medieval Y La Descripción Literaria De La Naturaleza Americana*. Biblioteca “Daniel Samper Ortega” 1. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1994.

- Carey, Mark. "Latin American Environmental History: Current Trends, Interdisciplinary Insights, and Future Directions". *Environmental History* 14, n° 2 (4 de enero de 2009): 221–52.
- Carrasquilla, Tomás. "Del monte a la ciudad". En *Obras completas*, s. f.
- Carrasquilla, Tomas. *La marquesa de Yolombó*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Castaño-Uribe, Carlos. "Algunos de los Arquetipos del Paleoarte de Chiribiquete (Colombia) en la Fase Ajajú: una Aproximación Arqueológica para Entender el Concepto de Jaguaridad y la Definición de una Tradición Cultural que se Remonta al Paleolítico Continental". En *Grandes felinos de Colombia*, 47–64, 2013.
- Chichkoyan, Karina Vanesa. *Grandes Mamíferos del Sur. Extinciones Sudamericanas y la Colección Rodrigo Botet del Museo de Ciencias Naturales de Valencia, España*. San Carlos de Bariloche: Universidad Nacional de Río Negro - CONICET, 2011.
- Christie, Keith H. *Oligarcas, campesinos y política en Colombia: Aspectos de la historia socio-política de la frontera Antioqueña*. Universidad Nacional de Colombia, 1986.
- "Coffee Cultural Landscape of Colombia - UNESCO World Heritage Centre". Accedido 28 de noviembre de 2014. <http://whc.unesco.org/en/list/1121%20%29>.
- Colchero, F., D. A. Conde, C. Manterola, C. Chávez, A. Rivera, y G. Ceballos. "Jaguars on the Move: Modeling Movement to Mitigate Fragmentation from Road Expansion in the Mayan Forest". *Animal Conservation* 14, n° 2 (1 de abril de 2011): 158–66. doi:10.1111/j.1469-1795.2010.00406.x.
- Coleman, Jon T. *Vicious: Wolves And Men in America*. Yale University Press, 2006.
- Consejo Nacional de Política Económica y Social, República de Colombia, Departamento Nacional de Planeación. "Documento Conpes 3797. Política Para El Desarrollo Integral De La Orinoquia: Altillanura- Fase I", 12 de enero de 2014.
- "Convención sobre Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES)". Gubernamental. *Convención sobre Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES)*. Cancillería de Colombia. Accedido 10 de noviembre de 2015. <http://www.cancilleria.gov.co/en/convencion-sobre-comercio-internacional-especies-amenazadas-fauna-y-flora-silvestres-cites>.
- "Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres | CITES". Accedido 29 de noviembre de 2014. <http://www.cites.org/esp/disc/text.php>.
- Correal Urrego, Gonzalo, y Gerardo Ardila. *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos de Nemocón y Sueva*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, 1979.
- Correal Urrego, Gonzalo, y Thomas Van der Hammen. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama: 12000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá*. Banco Popular, 1977.
- Crooks, Kevin R. "Relative Sensitivities of Mammalian Carnivores to Habitat Fragmentation". *Conservation Biology* 16, n° 2 (1 de abril de 2002): 488–502. doi:10.1046/j.1523-1739.2002.00386.x.
- Crosby, Alfred W. *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900*. 2ª ed. Cambridge University Press, 2004.
- . *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. Greenwood, 1973.
- Dahl, George. *Jaguar*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colección Popular, 1985.
- De la Fuente, Ariel. *Los hijos de Facundo: caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del estado nacional argentino (1853-1870)*. Prometeo Libros Editorial, 2007.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). "La visibilización estadística de los

- grupos étnicos colombianos”. Imprenta Nacional, s.f.  
[http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/visibilidad\\_estadistica\\_etnicos.pdf](http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/visibilidad_estadistica_etnicos.pdf).
- Díaz Pulido, Angélica. “Áreas de distribución potencial del jaguar (*Panthera onca*) en Colombia”. Tesis de Maestría, Universidad de los Andes, 2011.
- Dirección General de Censos. *Censos de la República de Colombia : población en 1883*. Colombia, 1883.
- “Documento final de síntesis de caracterización de la cuenca del río grande de la Magdalena”. Cormagdalena/Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Emmons, Louise H. “Comparative Feeding Ecology of Felids in a Neotropical Rainforest”. *Behavioral Ecology and Sociobiology* 20, n° 4 (abril de 1987): 271–83.
- Etter Rothlisberger, Andrés, y W Van Wyngaarden. “Patterns of landscape transformation in Colombia, with emphasis in the Andean Region”. *Ambio* 29, n° 7 (noviembre de 2000): 443–50.
- Flores, Nona. *Animals in the Middle Ages*. Garland Publishing, Incorporated, 2000.
- Flórez, Carmen Elisa, y Olga Romero. “La demografía de Colombia en el siglo XIX”. Bogotá: Banco de la República, 2007.
- Forcat, Julio. “La literatura maya”. *Anales de literatura hispanoamericana*, n° 5 (1976): 25–48.
- French, R. K. *Ancient Natural History: Histories of Nature*. Sciences of antiquity. London: Routledge, 1994.
- Friedemann, Nina S. de, y Jaime Arocha. *Herederos de jaguar y la anaconda*. Bogotá: C. Valencia, 1993.
- Fudge, Erica. “Left-Handed Blow: Writing the History of Animals”. En *Representing Animals*, editado por Rothfels Nigel, 3–18. Indiana University Press, 2002.
- Galindo, Aníbal. *Estudios económicos i fiscales*. Impr. a cargo de H. Andrade, 1880.
- Gallini, Stefania. “El ambiente entre representación y ecología – Un estudio de caso en Guatemala, siglo XIX”. *Varia Historia* 21, n° 33 (enero de 2005): 76–104.
- . “Invitación a la Historia ambiental”. *Revista Tareas*, n° 120 (agosto de 2005): 5–28.
- . “La naturaleza cultural de la historia ambiental y su re-materialización”. En *Historia cultural desde Colombia: categorías y debates*, editado por Hering y Pérez. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Universidad Nacional de Colombia, Universidad de los Andes, 2012.
- García Saínz, Georgina. “El jaguar , Dios y origen de nuestra raza indígena”. *Revista de Arqueología mexicana* Vol. XII, n° número 72 (2005): 17.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica: 1750-1900*. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- . *La Naturaleza De Las Indias Nuevas: De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández De Oviedo*. 1. ed. en español. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- “Gigantes en Flores 2014”, 2 de agosto de 2014. <http://www.silleteros.com/csse/>.
- Gómez Cardona, Fabio. “El jaguar en la Literatura Kogi”. Maestría Literatura Colombiana y Latinoamericana, Universidad del Valle, 2010.
- Gómez-Centurión, Carlos. “Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la ‘Ménagerie’ real durante el siglo XVIII”. *Anuario de estudios americanos* 66, n° 2 (2009): 181–211.
- Gómez Valderrama, Pedro. *Más arriba del reino; La otra raya del tigre*. Editado por Jorge Eliécer Ruiz. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- Henao Holguín, Diana. “Bandolerismo rural en el Bajo Cauca, Magdalena Medio y el Nordeste antioqueño (Colombia), 1953-1958”. *HiSTORELo. Revista de Historia Regional y Local* 7, n° 14 (julio de 2015): 285–319.
- Henao, Jesús María, y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. 3ª ed. Bogotá: Librería Colombiana, C. Roldán & Tamayo, 1920.

- Holling, C. S. “Resilience and Stability of Ecological Systems”. *Annual Review of Ecology and Systematics* 4 (1 de enero de 1973): 1–23.
- Horta Duarte, Regina. “Cavalinhos, leões e outros bichos: o circo e os animais”. *Varia Historia*, n° 26 (enero de 2002): 97–106.
- Horta, Óscar. “Ética Animal . El cuestionamiento del antropocentrismo: distintos enfoques normativos”. *Revista de Bioética y Derecho*, n° 16 (abril de 2009): 36–39.
- “Hoy comienza el Carnaval de Riosucio, la fiesta que el diablo ‘prende’ en Caldas”. Accedido 30 de noviembre de 2014. <http://www.elpais.com.co/elpais/cultura/noticias/hoy-comienza-carnaval-riosucio-fiesta-diablo-prende-caldas>.
- Hribal, Jason. “Animals, Agency, and Class: Writing the History of Animals from. Below”. *Human Ecology Review* 14, n° 1 (2007): 101–12.
- Isenberg, Andrew C. *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920*. Cambridge University Press, 2000.
- “IUCN - Celebrating 50 years of The IUCN Red List”. Accedido 29 de noviembre de 2014. [http://www.iucn.org/about/work/programmes/species/our\\_work/the\\_iucn\\_red\\_list/](http://www.iucn.org/about/work/programmes/species/our_work/the_iucn_red_list/).
- “Jaguar | CITES”. Accedido 30 de noviembre de 2014. <http://www.cites.org/esp/gallery/species/mammal/jaguar.html>.
- “Jaguar fue cazado por campesinos de Amalfi”. *www.elcolombiano.com*, 27 de julio de 2012. [http://www.elcolombiano.com/jaguar\\_fue\\_cazado\\_por\\_campesinos\\_de\\_amalfi-FUEC\\_199279](http://www.elcolombiano.com/jaguar_fue_cazado_por_campesinos_de_amalfi-FUEC_199279).
- Jiménez, Magdalena. “Vías de comunicación desde el virreinato hasta la aparición de la navegación a vapor por el Magdalena”. *Historia Crítica*, n° 2 (diciembre de 1989): 118–25.
- Jiménez, Mónica María. “Feria de las Flores es cultura y tradición paisa”. *eltiempo.com*, 31 de julio de 2014. <http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/feria-de-las-flores-2014-cultura-y-tradicion-paisa/14328617>.
- Jurado, Juan Carlos. “Metáforas y simbolismos zoológicos. Consideraciones sobre los sentimientos respecto a la naturaleza en Antioquia, en los siglos XVIII y XIX”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* XXXIV, n° 46 (1997).
- Kalmanovitz, Salomón. *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá Colombia: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2010.
- Latour, Bruno. *La esperanza de Pandora ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa Editorial, 2001.
- LeGrand, Catherine. *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Bogotá, Colombia: Centro Editorial, Universidad Nacional de Colombia, 1988.
- Londoño, Eduardo. “Un mensaje del tiempo de los Muiscas”. *Boletín del Museo del Oro*, n° 16 (julio de 1986): 48–57.
- Londoño Mota, Jaime Eduardo. “El modelo de colonización antioqueña de James Parsons. Un balance historiográfico”. *Fronteras de la Historia* 7 (2002).
- Long, Stanley Vernon, y Juan Yanguez Bernal. *Excavaciones en Tierradentro*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1971.
- Luna García, Jairo. “Configuración de la Salud Obrera en la Tropical Oil Company: Barrancabermeja 1916-1951”. Tesis Doctoral en Salud Pública, Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá), 2011.
- Machado, Absalón. “El café en Colombia a principios del siglo XX”. En *Desarrollo económico y social en Colombia: siglo XX*. Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Económicas, 2001.
- Marchini, Silvio. *Guia de Convivencia Gente y Jaguares*. Mato Grosso, Brasil: Fundación Ecológica Cristalino. Wildlife Conservation Research Unit-, 2009.

- Márquez, Germán. *Mapas de un fracaso: Naturaleza y conflicto en Colombia*. Univ. Nacional de Colombia, 2004.
- Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. Fondo de Cultura Económica, 1992.
- McNeill, J. R. “Observations on the Nature and Culture of Environmental History, Observations on the Nature and Culture of Environmental History”. *History and Theory, History and Theory* 42, 42, nº 4, 4 (1 de diciembre de 2003): 5, 5–43, 43.
- Medellín, Rodrigo A., Sanderson Ew, Alan Rabinowitz, Kh. Redford, G. Robinson, y Ab. Taber. “Un análisis geográfico del estado de conservación y distribución de los jaguares a través de su área de distribución”. En *El jaguar en el nuevo milenio*. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Melo, Jorge Orlando. “Historia de la población y ocupación del territorio colombiano”. En *Población y desarrollo*. Corporación Centro Regional de Población -CCRP- y Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico -CEDE- Universidad de los Andes, s.f.
- Melville, Elinor G. K. *Plaga de Ovejas: Consecuencias Ambientales de la Conquista de México*. Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Mishra, Charudutt. “Livestock depredation by large carnivores in the Indian trans-Himalaya: conflict perceptions and conservation prospects”. *Environmental Conservation*, nº 04 (diciembre de 1997): 338–43.
- Montgomery, Georgina, y Linda Kalof. “History from Below: Animals as Historical Subjects”. En *Teaching the Animal: Human-Animal Studies Across the Disciplines*, 35–47. Brooklyn: Lantern Books, 2010.
- Montoya Upegui, Laura. “Estrategias de evangelización y catequización de las misioneras Lauritas en el Occidente Antioqueño (1914-1925)”. *Revista de Estudios Sociales*, nº 51 (marzo de 2015): 118–31.
- Morales Muñiz, Carmen. “Zoohistoria: Reflexiones acerca de una nueva disciplina auxiliar de la ciencia histórica”. *Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval*, nº 4 (1991): 367–84.
- Morgado García, Arturo. “La visión del mundo animal en la España del siglo XVII: El Bestiario de Covarrubias”. *Cuadernos de Historia Moderna* 36 (2011).
- Nieto Olarte, Mauricio. *Historia natural y política: conocimientos y representaciones de la naturaleza americana*. Banco de la República, 2008.
- Nowell, Kristin, Peter Jackson, y IUCN/SSC Cat Specialist Group. *Wild Cats: Status Survey and Conservation Action Plan*. Gland, Switzerland: IUCN, 1996.
- “Objetivo: convertir al país en potencia minero-energética”. *Portafolio*, 10 de febrero de 2012. <http://www.portafolio.co/economia/objetivo-convertir-al-pais-potencia-minero-energetica>.
- Ocampo López, Javier. *Mitos y leyendas de Antioquia la Grande*. Plaza y Janes Editores Colombia s.a., 2001.
- O’Gorman, Edmundo. *La invención de América: el universalismo de la cultura de Occidente*. 1 ed. [Fondo de Cultura Económica] Sección de obras de historia. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Ortiz Mesa, Luis Javier, y Oscar Almario Almario García. *Caldas: una región nueva, moderna y nacional*. Universidad Nacional de Colombia. (Medellín). Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2007.
- Osorio, Camila. “El futuro agroindustrial de la Orinoquía ya arrancó”. *La Silla Vacía*, 22 de noviembre de 2010. <http://lasillavacia.com/historia/el-futuro-agroindustrial-de-la-orinoquia-ya-arranco-19998>.
- Ospina Rodríguez, Mariano. *Cultivo del café: Nociones elementales al alcance de todos los labradores*. Medellín: Imprenta del Estado, 1880.
- Otero de la Espriella, Rodrigo. “Indiscreciones sobre el jaguar o tigre americano”. *Carta Ganadera* 20,

- nº 4 (1983): 61–68.
- Palacio, Germán. *Fiebre de tierra caliente : una historia ambiental de Colombia, 1850-1930*. Bogotá: ILSA : Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia, 2006.
- Palacios, Marco. *El café en Colombia, 1850-1970: una historia económica, social y política*. 4a. edición corregida y actualizada. México, D. F: El Colegio de México, 2009.
- . *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Editorial Norma, 2003.
- “Panthera onca (Jaguar)”. Accedido 29 de noviembre de 2014.  
<http://www.iucnredlist.org/details/15953/0>.
- Pardo Tomás, José. *El tesoro natural de América: Oviedo, Monardes, Hernández colonialismo y ciencia en el siglo XVI*. 1. ed. Tres Cantos: Nívola, 2002.
- “Parques Nacionales trabaja para conservar el jaguar”. *El Universal Cartagena*, 25 de febrero de 2010.  
<http://www.eluniversal.com.co/cartagena/ambiente/parques-nacionales-trabaja-para-conservar-el-jaguar>.
- Parra Monsalve, James. “Imaginarios, cacerías y comercio de jaguar en las cuencas de los ríos Caquetá-Japurá y Putumayo-Içá (Amazonia), durante el Siglo XX”. Tesis para magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Parsons, James Jerome. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.
- “Pasto se llenó de color”. Accedido 30 de noviembre de 2014.  
<http://historico.elpais.com.co/paisonline/notas/Enero072006/carnaval.html>.
- Pastoureau, Michel. *El oso historia de un rey destronado*. Barcelona: Paidós, 2008.
- . *El oso: historia de un rey destronado*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Payán, Esteban, C. Carbone, K. Homewood, E. Paemelaere, H. Quigley, y S.M. Durant. “Where will Jaguars roam? The importance of survival in unprotected lands”. En *Molecular population genetics, evolutionary biology and biological conservation of the Neotropical carnivores*, 603–28. New York: Nova Science Publisher, 2013.
- Payán, Esteban, y Carolina Soto Vargas. *Los felinos de Colombia*. Bogotá: Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt: Panthera Colombia, 2012.
- Payán Garrido, Esteban, Carlos Castaño-Uribe, José F. González Maya, Carolina Soto, Carlos Valderrama Vásquez, y Manuel Ruiz-García. “Distribución y estado de conservación del jaguar en Colombia”. En *Grandes Felinos de Colombia*, I:23–36. Bogotá D.C.: Panthera Colombia, Fundación Herencia Ambiental Caribe, Conservación Internacional y Cat Specialist Group UISCN/SSC, 2013.
- Pérez Silva, Vicente. “Garra y perfil del grupo de Los Leopardos. Al final de la Hegemonía, ellos renovaron la política conservadora.” *Credencial Historia*, nº 132 (s. f.).
- Pineda, Roberto. “Malocas de Terror y Jaguares españoles”. *Revista colombiana de Antropología* 3, nº 2 (1987): 83–114.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Programa Nacional para la Conservación de Félidos en Colombia*. Colombia: Ministerio de Ambiente Vivienda y Desarrollo Territorial, 2007.
- Rabasa, José. *De la invención de América: la historiografía española y la formación del eurocentrismo*. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2009.
- Rabinowitz, Alan, y Kathy A. Zeller. “Conectando puntos: Conservación del jaguar a lo largo de su distribución”. En *Grandes felinos de Colombia*, Vol. I, 2013.
- Ramos Peñuela, Aristides. *Los Caminos Al Río Magdalena: La Frontera Del Carare y Del Opón*,

- 1760-1860. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 2000.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. *El chamán y el jaguar : estudio de las drogas narcóticas entre los indios de Colombia*. 1. ed. en español. México: Siglo Veintiuno Editores, 1978.
- Restrepo, Libia J. *La práctica médica en el ferrocarril de Antioquia: 1875-1930*. La Carreta Editores, 2004.
- Restrepo Ramírez, Roberto. *Referencias visuales del paisaje cultural desde el mirador colina iluminada de Filandia*. Armenia: Fundación Territorio Quindío, 2011.
- Rivera, Antonio. “Jaguar Conservancy ‘El Jaguar’”. <http://jaguarconservancy.mx>, 15 de octubre de 2012. <http://jaguarconservancy.mx/portfolio/el-jaguar/>.
- Roa Avendaño, Tatiana. “Petróleo y deuda ecológica: Inicios de la historia de un saqueo”. Censat Agua Viva – FoE (Colombia), 2002.
- Rodríguez Cuenca, José Vicente. *Las enfermedades en las condiciones de vida prehispánica de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Sáenz-Rovner, Eduardo. “La industria petrolera en Colombia, concesiones, reversión y asociaciones”. *Credencial Historia*, mayo de 2005.
- Samper, Miguel. *La miseria en Bogotá y otros escritos*. Universidad Nacional, Dirección de Divulgación Cultural, 1969.
- Sánchez L., Juan David. “Seguimiento del Estado de las Poblaciones de Grandes Felinos, así como la Interacción de estos con los Pobladores y sus Actividades Productivas en el Magdalena Medio Antioqueño”. Corantioquia, Grupo Mastozoología-CTUA, Instituto de Biología, Universidad de Antioquia., 2011.
- Sánchez, Óscar Andrés. “Cambiaron al tigre de Amalfi por la Madre Laura”. *eltiempo.com*, 22 de mayo de 2013. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12814734>.
- Saunders, Nicholas J. “El icono felino en México: fauces, garras y uñas”. *Revista de Arqueología mexicana* Vol. XII, n° número 72 (2005): pp. 20–27.
- . *Icons of power: feline symbolism in the Americas*. London and New York: Routledge, 1998.
- Seymour, Kevin L. “Panthera onca”. *Mammalian Species*, n° 340 (26 de octubre de 1989): 1.
- Soluri, John. “On Edge: Fur Seals and Hunters along the Patagonian Littoral, 1860-1930”. En *Centering Animals in Latin American History: Writing Animals Into Latin American History*. Durham and London: Duke University Press, 2013.
- Suárez Cortina, Manuel. *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*. Ed. Universidad de Cantabria, 2006.
- Thomas, Keith. *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800*. Oxford University Press, USA, 1996.
- “Tres jaguares andan sueltos en el municipio de Amalfi (Antioquia) - eltiempo.com”. *eltiempo.com*. Accedido 28 de julio de 2012. [http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/tres-jaguares-andan-sueltos-en-el-muni\\_12073564-4](http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/tres-jaguares-andan-sueltos-en-el-muni_12073564-4).
- Ulloa, Astrid. *La construcción del nativo ecológico: complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2004.
- Uribe Botero, Eduardo, Luis Fernando Molina Prieto, y Jacquelin Osorio Olarte. *Cerros, humedales y áreas rurales: Santa Fe de Bogotá*. DAMA, 1997.
- Valencia Llano, Albeiro. *Colonización: fundaciones y conflictos agrarios (Gran Caldas y norte del Valle)*. Artes Gráficas Tizan, 2000.
- . *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña*. Centro Editorial Universidad de Caldas, 1996.
- Valencia Sepúlveda, Catalina. “La reconquista de Ituango: un reto en seguridad y defensa nacional del

- Estado colombiano”. *Analecta política* 3, n° 4 (2013): 139–60.
- Valera Aguilar, Daniela. “Conectividad de las poblaciones de jaguar (*Panthera onca*) en el noroeste de México”. Tesis de Maestría para Maestría en Ciencias-Recursos Bióticos, Universidad Autónoma de Querétaro, 2010.
- Valverde Valdés, María. *Balam : el jaguar a través de los tiempos y los espacios del universo maya*. 1. ed. Ciudad Universitaria México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Filológicas Centro de Estudios Mayas, 2004.
- Van Ausdal, Shawn. “Potreros, Ganancias Y Poder. Una Historia Ambiental de La Ganadería En Colombia, 1850 - 1950”. *Historia Crítica*, n° Edición Especial (noviembre de 2009): 126–49.
- Velandia Jagua, César Augusto. “Un oso en la trastienda: acerca de la fauna inédita en la iconografía de San Agustín”. *Maguaré*, n° 24 (2010): 313–29.
- Velásquez Rodríguez, Rafael. “Los Yareguíes: Resistencia en el Magdalena Medio santandereano”. *Credencial Historia*, agosto de 2013.
- Velásquez Rodríguez, Rafael Antonio, y Víctor Julio Castillo León. “Resistencia de la etnia Yareguíes a las políticas de reducción y ‘civilización’ en el siglo XIX”. *Historia y sociedad*, n° 12 (2006): 285–317.
- Walker, Brett L. *The Lost Wolves of Japan*. University of Washington Press, 2009.
- Webb, S. David. “Mammalian Faunal Dynamics of the Great American Interchange”. *Paleobiology* 2, n° 3 (1 de julio de 1976): 220–34.
- Weissengruber, GE, G Forstenpointner, G Peters, A Kübber-Heiss, y WT Fitch. “Hyoid apparatus and pharynx in the lion (*Panthera leo*), jaguar (*Panthera onca*), tiger (*Panthera tigris*), cheetah (*Acinonyx jubatus*) and domestic cat (*Felis silvestris f. catus*)”. *Journal of Anatomy* 201, n° 3 (septiembre de 2002): 195–209.
- Wessing, Robert. “The Last Tiger in East Java: Symbolic Continuity in Ecological Change”. *Asian Folklore Studies* 54, n° 2 (1 de enero de 1995): 191–218.
- Winner, Langdon. *La Ballena y el reactor: una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*. 2da ed. Gedisa, 2008.
- Woodroffe, Rosie. “Predators and People: Using Human Densities to Interpret Declines of Large Carnivores”. *Animal Conservation* 3, n° 2 (1 de mayo de 2000): 165–73.
- Worster, Donald. *Nature’s Economy: A History of Ecological Ideas*. Cambridge University Press, 1994.
- “Yo Soy Quindio-Fundadores”. Accedido 27 de marzo de 2014.  
<http://www.yosoyquindio.org/fonda/fundadores.htm>.
- Zambrano, Fabio. “La navegación a vapor por el río Magdalena”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 9 (1979).
- Zambrano Pantoja, Fabio, y Oliver Bernard. *Ciudad y territorio: el proceso de población en Colombia*. Academia de Historia, Instituto Francés de Estudios Andinos, Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia, 1993.